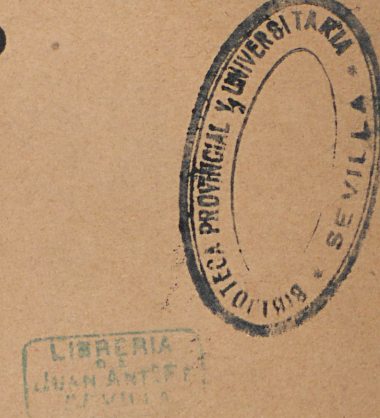
E/100

ANGEL GANIVET

LOS TRABAJOS

DEL INFATIGABLE CREADOR

PÍO CID

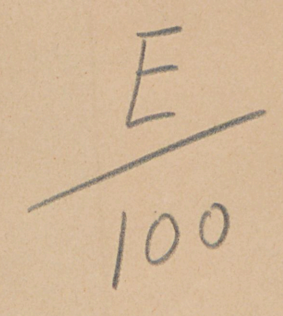


TOMO I

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

1898

LOS TRABAJOS DE PÍO CID





LOS TRABAJOS

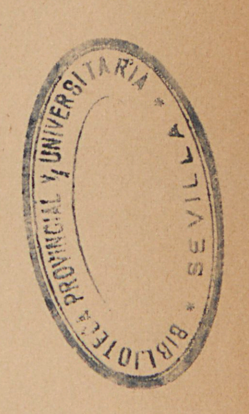
DEL INFATIGABLE CREADOR

PÍO CID

COMPUESTOS POR

ANGEL GANIVET

TOMO I



MADRID
«EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

1898

TRABAJO PRIMERO.

Pío Cid intenta desasnar á unos estudiantes.

En una modesta casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo vivía Pío Cid cuando le conoció mi amigo Cándido Vargas, de quien he recogido las escasas noticias que tengo sobre los primeros años de vida madrileña del original protagonista de esta instructiva historia. Yo le conocí algunos años después, y me interesó tan profundamente la rareza, con visos de genialidad, de sus dichos y hechos, que formé el firme propósito de estudiarle de cerca para satisfacer mi curiosidad de novelista incipiente y utilizarle en una obra de psicología novelesca al uso, que me quitaba entonces el sueño y el apetito.

Por fortuna mía, la amistad que, andando el tiempo, llegó á unirme con Pío Cid fué tan íntima, tan desinteresada y tan fraternal, que, aun supuesto que yo no me hubiera arrepentido de mi deseo de ser escritor á la moderna, nunca hubiera tenido la avilantez de emplear en esta historia de mi desgraciado amigo los procedimientos literarios que las escuelas en boga preconizan. No merece, en verdad, mi amado héroe que se le observe, analice y maltrate como á un conejo ó rata

de Indias, en los que el frío y descorazonado vivisector ensaya sus venenos; merece, al contrario, que se le ame y se le saque á la luz pública para universal enseñanza, como ejemplo de un hombre que vivió muy humanamente y que con humanidad debe de ser juzgado. Esta historia será, pues, una biografía escrita con amor; un retrato moral exacto en lo que afirma y piadoso en lo que encubre, que será todo lo que el original tuvo de censurable. Y aun sospecho que muy poco he de encubrir, porque los numerosos disparates que mi amigo cometió lo fueron sólo en apariencia, y dejan de serlo cuando se los mira en el conjunto de su extraña vida, con los ojos con que él, al realizarlos, los miraba; tuvo momentáneos desfallecimientos y dió grandes caídas, como hombre que era, y tampoco esto se ha de ocultar, porque realza la humanidad de su carácter y de sus obras; en suma, sólo he de guardar reserva sobre aquellas acciones que, por arrancar de los bajos instintos materiales, descomponen y afean la noble figura humana.

Aquella malsana curiosidad mía fué, sin embargo, provechosa, porque me movió á conocer á Pío Cid y á averiguar muchos misterios de su vida que, sin mi diligencia, hubieran quedado ocultos, y, por último, á convencerme de que aquel hombre que yo había tomado por extravagante ó estrambótico era el prototipo de la sencillez admirable y de la noble naturalidad. Que la virtud del esfuerzo de la inteligencia se reconoce, entre otras muchas señales, en la purificación de nuestro espíritu, el cual comienza á veces á ejercitarse con intención

dañada ó malévola, y conforme avanza en su tortuoso camino va distinguiendo claramente lo innoble de su proceder hasta concluir por el arrepentimiento; de suerte, que el trabajo que dimos en la sombra sale á luz de pronto, transformado y como transfigurado por nuestra tardía bondad, más fecunda, de cierto, que la bondad temprana de aquellos que nunca sufrieron la atracción del mal y nunca sintieron tampoco el inefable contento de descubrir el bien como tesoro escondido y de regocijarse con él como con hallazgo inesperado. Así, esta historia, concebida con ánimo de arrojar á la voracidad pública los más íntimos secretos de un amigo confiado, se transfiguró al calor de la amistad y de la confianza en algo semejante á un legado piadoso, historia escrita para cumplir un deber de conciencia: el de dar á conocer á quien poseyó la suma grandeza humana y vivió oculto en una envoltura humildísima, y murió sin molestarse en que le conocieran sus contemporáneos.

Porque una de las rarezas de Pío Cid, que más que rareza parecía cumplimiento obstinado de algún voto solemne, consistía en rehuir la conversación siempre que se le preguntaba algo de su vida. No daba explicaciones ni dejaba entrever recuerdos dolorosos, ni excitaba la curiosidad con estudiadas reservas; su silencio era despreciativo, acompañado de encogimiento de hombros, y se podía interpretar de varias maneras:—«Me incomoda hablar de mí mismo».—«Á mí no me ha ocurrido nunca nada de particular.»—«No nos demos tanta importancia, habiendo, como hay,

cosas más interesantes en qué fijar la atención»; ó bien, en sus momentos de aparente misantropía: —«Déjeme usted en paz.» Todo esto y mucho más lo decía sin decirlo, con los ojos, con los que solía hablar más que con la boca, salvo en las raras ocasiones en que su locuacidad retenida se desataba y se desbordaba en un hablar rápido y penetrante, en el que las ideas originales salían á borbotones y se despeñaban como manantial que brota entre las rocas de un alto tajo. Pero ni en sus arranques más fieros de verbosidad rompía su natural reserva tocante á su persona; sus ideas eran, como él decía, ideas puras, humanas, no personales; según él, la idea personal es inútil y ocasionada á trastornos en quien la tiene, y más aún en quien la conoce, la acepta y la practica. Hay que dejar dormir esa idea primitiva para que ahonde en el espíritu del que la concibió, para que lo que era esencia de una impresión fugaz se convierta en sustancia de nuestra propia vida, en idea humana fecunda en todos los hombres que la reciben. La causa de los males de la humanidad es la precipitación: el deseo de ir de prisa rigiéndose por ideas en flor. Así, las flores se ajan y los frutos nunca llegan.

Comprenderá el amable lector lo difícil que ha de ser á un historiador ó novelista habérselas con un héroe de tan repelosa catadura. Un hombre que no suelta prenda jamás, un arca cerrada como el protagonista de esta historia, es un tipo que parece inventado para poner á prueba á algún consumado maestro en el arte de evocar en letras de molde á los seres humanos. Mi obra no es una

evocación, sino una modesta relación de un testigo de presencia; pero un hombre que, si no ocultó su vida, no dió á nadie noticias de ella, dejando á los curiosos el cuidado de escudriñarla, no es posible que sea enteramente conocido y justificado. Mucho me temo que, á pesar de mi buena voluntad, el malaventurado Pío Cid tenga que sufrir la pena póstuma de no ser comprendido ó de que le tomen por engendro fantástico y absurdo, fundándose en lo incongruente de mi relato, que no abraza toda su vida, sino varios retazos de ella, zurcidos por mí con honradez y sinceridad, pero sin arte.

La primera anomalía que no está en mi mano remediar, la hallará el que leyere cuando vea aparecer al protagonista frisando en los cuarenta años y representando algunos más, y no sepa á ciencia cierta qué se hizo de él durante esos largos años de obscura existencia. Los amigos decían que Pío Cid era de familia bien acomodada y quizás noble, pero venida á menos y obligada por la dura necesidad á esconderse en un pueblo de la costa de Granada, en donde tenían los Cides su casa solariega. El joven, que era hijo único, siguió estudiando leyes en Granada, y una vez terminada la carrera se encerró en el pueblo con sus padres y allí pasó los años vegetando, como caballero pobre y que se resiste á doblar la raspa; á lo sumo dedicaría sus ocios á leer libros y á cultivar las musas, pues sólo así se explicaba su vasto y enmarañado saber y la facilidad con que componía versos en todos los metros y rimas conocidos y en algunos de su propia invención. Se le tenía por refractario al amor, ó, cuando menos,

al matrimonio; así, vivía apegado á sus padres, y cuando éstos le faltaron, se halló solo en medio del mundo, y acaso deseoso de dejar la estrechez de su pueblo y olvidar sus tristezas en la agitación de la corte, adonde vino, en efecto, con una credencial en el bolsillo, ya que lo mermado de sus rentas no le permitía, según parece, vivir sin empleo y con entera independencia, como hubiera sido su gusto. No podía ser más vulgar su historia: un hombre inteligente, pero desilusionado é incapaz de hacer nada; extravagante más por falta de sociedad que por sobra de talento; con varias aptitudes que hubieran sido útiles á una persona activa y discreta, y que á él no le servían más que para perder el tiempo y distraer á cuatro amigos. Á ratos parecía poeta, y á ratos jurisconsulto, ó músico, ó filósofo, ó lingüista consumado; pero en cuanto á ser, era no más que un insignificante empleado de Hacienda, que iba á disgusto á la oficina.

El buen Cándido Vargas, que sentía por él un afecto fraternal, me refirió algunos detalles que me confirmaron la falsedad de estas historias y opiniones, á las que yo nunca dí crédito, porque desde el principio había adivinado en Pío Cid cierto mar de fondo debajo de la quietud y serenidad de su espíritu resignado. Notábase en él un menosprecio profundo de sus semejantes, aun de los que más estimaba, que no era orgullo ni presunción, al modo que muestran estos sentimientos los hombres que se creen superiores, sino que era expresión de un poder misterioso, semejante al que los dioses paganos mostraban en sus tratos con las

criaturas: mezcla de energía y de abandono, de bondad y de perversión, de seriedad y de burla. Entre las mil imágenes de que se valía para expresar este poder oculto, que indudablemente ejercía sobre cuantos trataba, la más graciosa y extraña era la de cortar el hilo de nuestros discursos soplándonos en la frente. Decía él humorísticamente que los hombres le producían el mismo efecto que grandes orzas ó tinajas llenas de aceite, en las que navegaran, lanzando sus rayos mortecinos, mariposas diminutas como las que usamos de noche para semialumbrar nuestras alcobas. Tan triste y ridículo sería ver asomar por la boca de aquellos panzudos depósitos una luz desmirriada y relampaguceante, como lo es adivinar en la parte superior de nuestro complicado y grosero organismo el miserable y angustioso chisporroteo del presuntuoso pensamiento humano. Por esto Pío Cid, que era poco aficionado á las luminarias, y que para tener poca luz prefería estar á obscuras, se incomodaba cuando alguno de sus amigos, caldeado por el sacro fuego de la elocuencia, pretendía hacer alarde de su saber en períodos arrebatados y altisonantes, imitados de los tribunos, oradores parlamentarios, habladores académicos y demás gentuza (esta era su frase) que desde hace un siglo se dedica á encubrir con su insustancial palabrería la ignorancia sencilla y candorosa de nuestra nación; y no sólo se incomodaba, sino que á veces se sonreía diabólicamente y se levantaba, y acercándose de repente al orador, le soplaba, como antes dije, en la frente, y lo apagaba con la misma facilidad con que se apaga un candil. ¿Su-

gestión? ¿Diablura? No sé lo que había en el fondo de esta maniobra, de que yo mismo fuí víctima algunas veces; lo que sí atestiguo es que los oradores nos quedábamos como si nos hubieran extraído el cerebro, sin poder pensar ni articular una palabra más, ni tener siquiera conciencia de nuestro estado, hasta que algunos minutos después comenzábamos á lucir de nuevo, poco á poco, como si el calor disgregado por todo el organismo se concentrara lentamente dentro del cráneo y empezara á levantar llama.

Esta y otras mil artes, que en tiempos menos adelantados hubieran parecido derivadas de la ciencia misteriosa de alquimistas, magos, nigromantes y adivinos, las explicábamos nosotros, sin meternos en más honduras, por lo que sabíamos de la vida de pueblo que Pío Cid había llevado hasta bien pasada su juventud; puesto que es frecuente que los señoritos de pueblo, holgazanes y aburridos, pierdan el tiempo en cultivar las ciencias y artes inútiles: charadas, acertijos y rompecabezas, juegos de sociedad y juegos de manos, hasta llegar algunos á ser consumados prestidigitadores y adivinadores del pensamiento, cuando no les da por el espiritismo y consiguen solos ó, con auxilio de una mesa rotatoria, trípode automóvil ó *medium* de carne y hueso ponerse en comunicación con sus antepasados difuntos ó con los personajes de más viso de la antigüedad clásica. Así, pues, aunque la palabra no sonó jamás, la que teníamos en los labios al hablar de nuestro amigo era la de «espiritista»; y aunque le hubiéramos visto dar voz á los mudos, oído á los

sordos y vista á los ciegos, todo esto y mucho más lo explicáramos como obra de la picardía y de la astucia de un farsante original. Yo, sin embargo, no las tenía todas conmigo; porque, no obstante la reserva de Pío Cid, veía en él rasgos de una personalidad oculta, muy diferente de la que á nuestros ojos se mostraba; y á no haberme engañado la idea que de él tenía preconcebida, hubiera desde luego comprendido que su rara sabiduría, que era su mayor rareza, no se había formado en el retiro de un pueblo, sino que era el resultado de una larga experiencia cosmopolita. Aunque parezca extraño, estos dos extremos se tocan y pueden dar lugar á confusión. Nada hay que se acerque tanto al tipo del cosmopolita, del hombre que ha visto mucho mundo, como el tipo del sabio de pueblo, del doctor de secano. La diferencia está en que el uno tiene la realidad de la experiencia, mientras que el otro posee solamente el conocimiento teórico; pero tocante á cantidad, es seguro que el viajero más corrido no llega jamás á reunir tantas noticias ni á adquirir tanto saber como el arrinconado curioseador que en la quietud imperturbable de su aldea se propone enterarse de cuanto ocurre en ambos hemisferios. Dejará éste ver en ciertos detalles lo atrasado que está de noticias, pero en otros muchos sorprenderá al que se tenga por más al corriente de las cosas de su tiempo. Con Pío Cid ocurría, por excepción, que su experiencia del mundo era real, como de un hombre que ha vivido en todas partes y todo lo ha visto con sus propios ojos; y al mismo tiempo su atraso de noticias en muchas

ocasiones nos hacía reir á carcajadas y pensar si aquel hombre acababa de caer de la luna. Sirva, pues, esta circunstancia para que no se nos tenga por tontos de capirote á cuantos tomábamos á Pío Cid por sabio palurdo ó persona de poco más ó menos, siendo, como era, hombre de tantísimos quilates.

En la historia de familia de Pío Cid, que corría como verdadera, había desde luego la falsedad evidente de presentarlo como hijo único, siendo así que tuvo por lo menos una hermana, con la que vivió algún tiempo en Madrid. Doña Paulita, la pupilera de la calle de Jacometrezo, estaba muy al corriente de todo, porque era granadina como los Cides y conoció á D.ª Concha y á una hija de ésta, de pocos años, en circunstancias tristísimas, que, siempre que había ocasión para ello, relataba con pelos y señales por habérsele quedado muy impresas en la memoria. Según Cándido Vargas, D.ª Paulita era de muy buena familia, hija de un médico de gran reputación, que ya no visitaba por haberse quedado ciego; pero había tenido la desgracia de casarse con un pillastre de investigador de Hacienda, que cuando no estaba colocado, y á veces estándolo, dirigía en Granada una Agencia universal ó poco menos, que lo mismo entendía en las sustituciones de quintos, que en el arreglo de asuntos municipales, formación de expedientes administrativos y demás negocios que los particulares le encomendaban. Parece ser que la especialidad de la Agencia eran los negocios sucios, aunque D.ª Paulita defendía en este punto á su marido á capa y espada, ase-

gurando que si su infeliz esposo había ido á dar con sus huesos en la cárcel por falsificación de una partida de bautismo, ella sabría poner las cosas en su lugar, pues para esto había venido á Madrid, y hasta conseguirlo no pararía, aunque tuviera que remover el cielo y la tierra.

Vino á la corte esta obscura heroína del deber conyugal con escasos recursos y algunas cartas de recomendación, la principal para Pío Cid, no porque éste fuera hombre de influencia, sino porque se sabía que era amigo ó protegido de uno de los diputados á Cortes de la provincia, á cuya amistad ó protección debía el empleo que, sin haberlo pedido, disfrutaba. Por este tortuoso camino llegó D.ª Paulita á conocer á Pío Cid; y aunque no se sabe á punto fijo si éste atendió la recomendación, se supone que sí la atendería y que haría cuanto de su parte estuviese; pues si bien no le gustaban las recomendaciones y nunca las utilizó por cuenta propia, tampoco era capaz de negarse á favorecer á los desvalidos, aunque les viera pringados y sucios desde los pies á la cabeza. Lo que sí se sabe de seguro es que ofreció casa y mesa á su malaventurada paisana, la cual, agradecida, aceptó por lo pronto, hasta tanto que pudiera llevar adelante su plan de campaña, que era traerse los muebles que en Granada tenía y comprar algunos más á plazos, poner casa de huéspedes y ver si ganaba para irse sosteniendo y recoger á sus tres chiquillos, que, por venir más desembarazada, había dejado desparramados en la familia. Porque aunque D.ª Paulita sacara absuelto á su marido, y esto lo daba por cosa hecha,

había decidido establecerse para siempre en la corte y no volver á mirar á la cara á los muchos amigos y conocidos que en esta prueba la habían indignamente abandonado.

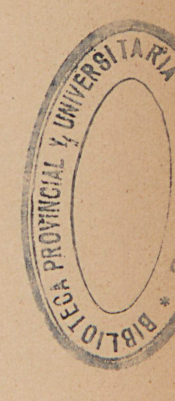
Como lo pensó lo hizo, y al mes de estar en Madrid, sin contar con otro apoyo que el de los Cides, tenía ya puesta su casa en la misma en que éstos vivían. Pío Cid, con su hermana y sobrinilla, estaban encaramados en el tercer piso, y D.ª Paulita alquiló el principal, pensando en la comodidad de los huéspedes futuros, los cuales, no obstante ser pocas las escaleras, tardaban tanto en presentarse que la flamante pupilera pasó días amarguísimos sin más compañía que la fiel criada, que, juntamente con los muebles y como uno de tantos, había venido al lado de su señora, y que era de tanta ley que en aquellos malos días trabajaba la pobre como una condenada, haciendo faenas, lavando y planchando en varias casas de la vecindad, para ayudar con sus gajes á su ama, la cual se avergonzaba de recurrir con demasiada frecuencia á sus amigos del tercero, cuya situación no era tampoco muy brillante. El único huésped que vino á turbar aquella angustiosa soledad fué un joven valenciano, llamado Orellana, abogado recién salido de las aulas y opositor á Notarías, que no conociendo á nadie en Madrid tuvo la suerte de caer en manos de D.ª Paulita. Poco eran catorce reales diarios para una casa y tres bocas, pero al menos eran seguros y caían en buenas manos. La incipiente pupilera sólo necesitaba un cabello adonde asirse para salir á flote, pues poseía á fondo,

como todas las mujeres de su tierra, el arte de dar vueltas á un ochavo; era capaz, como decía, de sacar aceite de una alcuza nueva, pero á condición de tener alcuza; y el simpático Orellana, desempeñó, sin saberlo, el papel de este indispensable utensilio, sin sacrificio de su parte, porque, á pesar de ser solo en la casa, le trataban á cuerpo de rey, como en ninguna otra le hubieran tratado. Él no se explicaba el dón maravilloso de D.ª Paulita, porque era hombre poco madrugador; pero Pío Cid, que se acostaba muy temprano y se levantaba rayando el día, contaba, en alabanza de su ingeniosa paisana, que la vió muchas mañanas, temprano, cuando los barrenderos salen en bandadas, con los escobones enhiestos, como brujas que vuelven del aquelarre, salir resueltamente con Purilla la criada, sendas cestas al brazo, y encajarse nada menos que en Vallecas á llenarlas de provisiones por poco dinero, fuera del radio de consumos y sin perjuicio de reñir de vez en cuando con los guardas si éstos ponían reparos á lo que D.ª Paulita tenía por ejercicio de un legítimo derecho. Así, haciendo prodigios en la compra y maravillas en la cocina, conseguía la pobre mujer sacar su casa adelante; y es también cosa averiguada que estos tráfagos no le impedían dedicarse á otro género de labores; como bordadora de fino era una notabilidad, y si le caía el encargo de bordar un equipo de novia lo aprovechaba para pagar algún mes atrasado de casa; como zurcidora de paño había ganado premios en las Exposiciones de Granada, y sabía zurcir un siete de una capa con tanto pri-

mor que cuando la prenda salía de sus manos ni el más lince hallaba traza de siete ni de ningún otro guarismo. En los primeros tiempos, que fueron los peores, tuvo en la puerta de la calle un cartelillo anunciándose como zurcidora de capas, y más de una vez hubo de dar gracias á Dios por serle deudora de ésta al parecer inútil habilidad, sin la que algún día no hubiera tenido siquiera ni para encender las hornillas.

Mal que bien, hoy trampeando, mañana pagando y nunca con sobras, iba tirando de su cruz, hasta que una gran desdicha de nuestro Pío Cid vino á ser para ella aurora de días más felices. Vivían los Cides, como sabemos, con apuros, pero en paz y gracia de Dios. Doña Concha, que se había criado en la abundancia y vivido en Madrid, casada, con todo género de comodidades, y hasta con regalo, al morir su marido se vió de la noche á la mañana en la miseria. Había en esta historia algún punto obscuro, que D.ª Paulita no pudo penetrar; pero aseguraba que el esposo de D.ª Concha se había suicidado después de arruinarse en el juego de Bolsa, y que sin la llegada providencial de Pío Cid quizás la viuda hubiera tenido que arrojarse por el viaducto, por no hallarse con resolución para luchar por la vida ni con carácter para sufrir humillaciones. La misma D.ª Concha dijo alguna vez que había estado ya determinada á quitarse la vida, y que no lo hizo por no atreverse á matar también á su hija, ni menos á dejarla sola en el mundo; pero que éste hubiera sido su fin de no aparecer su hermano, á quien tenía por muerto después de largos años de

ausencia. No decía, ni acaso sabía la buena de D.ª Concha, dónde había estado Pío Cid en todo ese tiempo; mas de seguro había sido en tierras lejanas, no en su pueblo, como sus amigos creíamos. Doña Concha decía algunas veces que donde había estado era en el infierno, porque sólo allí podía haber recogido las ideas endemoniadas que llevaba en la cabeza, y otras veces aseguraba que sin duda habría vivido entre salvajes, y que de ellos se le habían pegado muchas cosas que se le ocurrían, y que le acreditaban por loco en el juicio de las personas vulgares. Claro está que todo esto lo decía D.ª Concha medio en broma, puesto que adoraba á su hermano, y tenía de él tan elevada idea, y sentía por él admiración tan fanática, que jamás se nombraba un hombre grande en la ciencia, en el arte ó en la política, sin que ella asegurase que aquel hombre, grande y todo, no le llegaba á su Pío á la suela del zapato. Y cuando alguien le preguntaba qué había hecho su hermano para llegar á tan considerable altura, ella respondía que su grandeza estaba en no querer ser nada pudiendo serlo todo; pero que, á pesar de su humildad, algún día, sin pretenderlo, quizás después de morir en la obscuridad y la miseria, sería conocido y admirado por todos los hombres.



Cándido Vargas estaba casi seguro de que Pío Cid había vivido en diversos países salvajes del centro de África, y realizado en ellos grandes proezas, dignas de pasar á la historia; y aun tenía entendido que al volver á España escribió é imprimió el relato de sus aventuras, descubrimientos y conquistas en el continente negro, con tan mala

fortuna que no vendió ni un ejemplar de la obra; por lo cual se supone que, despechado, la recogió y la quemó, haciendo juramento de no hablar jamás palabra del asunto en todos los días de su vida. No era hombre Pío Cid que se incomodara por tan poco, y más se debe creer otra versión que me dió Vargas, pues, según ella, lo que le ofendió fué que los pocos que le leyeron no le dieron ningún crédito, y que el único que tomó en serio la relación fué un señor cura, amigo de los Cides, quien censuró acerbamente, como contrarios á la religión, á la moral y hasta á la humanidad, los procedimientos que Pío Cid empleó para civilizar á los infelices salvajes con quien fué topando en su camino. Y había, por último, otra explicación que, si bien me parece infundada, no me atrevo á suprimir en una tan puntual historia como ésta. Dicen que entre las contadas relaciones que doña Concha conservó en su época aciaga de viudez y desamparo, la que ella estimaba más era la de una familia asturiana, algo emparentada con su marido. El jefe de esta familia, que tuvo en Madrid casa de banca, había muerto hacía bastantes años, y la viuda, con tres hijos mayores, dos varones y una hembra, que pasaba ya de los treinta, siguió viviendo en la corte. Los dos hijos se dedicaban á matar el tiempo, gastando tontamente sus rentas, y Rosita, que se había dado por la beatitud, se pasaba la mejor parte de su vida en las iglesias, á las que iba acompañada de su madre ó de una vieja doncella de mucha confianza. Gustaba asimismo de hacer algunas caridades, y de vez en cuando iba á casa de D.ª Concha para ofre-

cerle discretamente algún auxilio, no como limosna, sino como dádiva de una buena amiga. Al presentarse Pío Cid, hubo de ocurrírsele á doña Concha la idea de casarlo con una joven de tan buenas prendas; pues la pobre señora sentía su salud tan cascada, que siempre estaba anunciando que ella no haría los huesos viejos, y pensando en lo que sería de su hermano solo, con una criatura de seis años, que esta edad podría tener Pepita entonces, á lo sumo. Todo esto es muy natural, y tampoco sería extraño que no hubiera resistencias por parte de Rosa, que, á pesar de lo crecido de su dote, había perdido ya la esperanza de casarse. Sin ser extremadamente fea, no era nada apetitosa; no tenía pizca de ángel, ni asomo de juventud; su figura vulgar estaba velada por un aire de vejez prematura y de agria tristeza, que no dejaba resquicio por donde el amor pudiese mirarla con buenos ojos. Después de tratarla se la estimaba, y aun se la admiraba como á una hermana de la caridad, por su espíritu humilde y resignado; pero no se pasaba de ahí. Había tenido quien la pretendiera, pero mostrando tan visiblemente que el interés era el único móvil de la pretensión, que ella no había querido servir de juguete á ningún cazador de dotes. Y sin embargo de lo dicho, se aseguraba que Pío Cid estuvo enamorado de ella, y ella enamoradísima de él, y que poco faltó para que se cumpliera el deseo de D.ª Concha.

Una de las más nobles cualidades de Pío Cid era el saber distinguir al primer golpe de vista el lado bueno de las cosas; su pesimismo era tan hondo, que le obligaba á buscar un agarradero

por donde cogerlas; y así, despreciándolas todas por malas, sabía amarlas todas por lo poco bueno que tuvieran. Rosa tenía algo bello, de belleza admirable, por donde pudo muy bien Pío Cid amarla; no con amor nacido de la estimación moral, sino con amor corpóreo, enamorándose como un mozalbete en sus primeros revuelos, si se ha de creer al amigo Vargas; y este algo eran las manos finas, blancas, espiritualizadas por el ejercicio de la caridad, las que para Pío Cid revelaban plásticamente, ellas solas, toda la belleza de alma que detrás de aquel rostro miserable y de aquella insignificante figura se escondían. ¿Cómo se rompieron súbitamente estos amoríos, rotos hasta el extremo de que Rosa no volviera á poner jamás los pies en casa de los Cides? Aquí se injertaba la malhadada historia del libro que Pío Cid tuvo la ocurrencia de publicar, para que, sin darle utilidad ni fama, le hiciera perder la estimación del mejor amigo que tenía y el amor de la única mujer por quien llegara á interesarse; puesto que el horror ó el miedo, ó lo que sea, que Rosa le tomó á Pío Cid, provino de la lectura del tan famoso cuanto desconocido libro, en el que, á juzgar por las señas, debía mostrar el actor y autor cualidades poco recomendables. Yo no he creído nunca que Pío Cid estuviera enamorado, ni menos decidido á contraer formalmente matrimonio, porque toda su vida atestigua en contra de esas invenciones; pero valgan por lo que valieren, aquí las consigno.

Lo que se debía sacar en sustancia de las suposiciones de Vargas era que había de por medio

alguna historia en que los salvajes habían desempeñado un gran papel, dando á Pío Cid cierto aire salvaje ó poco menos, que se descubría, á poco que se le tratase, debajo de su apariencia de hombre culto. Su amor á la vida natural, libre de artificios y trabas; su desprecio de los hombres, su misma bondad, no exenta de dureza, se explicaban muy bien por el largo contacto con gentes de raza inferior, en las que vería en forma descarnada, en esqueleto, la baja y mísera condición de los hombres. Y su único error, que por ser suyo tenía que ser grandísimo, capital, consistía en creer que en España continuaba viviendo entre salvajes, y que podía someter á sus compatriotas á las mismas manipulaciones espirituales que sin duda ensayó, no se sabe si con buen éxito, en el ánima vil de los negros africanos; sin este error, Pío Cid hubiera sido un hombre perfecto, digno de que lo canonizaran.

Pocos hermanos harán en el mundo lo que hizo él con su hermana al llegar á Madrid, puesto que, á pesar de su gran pereza y ninguna afición á solicitar favores, se apresuró á visitar al diputado por su distrito, que había sido administrador de los bienes heredados por D.ª Concha, hasta que el marido de ésta los malvendió para hacer frente á alguno de los compromisos que al fin y al cabo vinieron á dar con él en tierra. Y no se sabe si por agradecimiento y amistad, ó porque no se encontrara con la conciencia completamente limpia, el ex administrador no anduvo reacio en gestionar y obtener para el hijo de sus antiguos amos un empleo que le permitiera cubrir sus más indispen-

sables atenciones. Pío Cid no tenía ningún vicio: no fumaba, no iba al café ni al teatro, ni salía nunca por la noche; hasta en las cosas más precisas, como comer, beber y vestir, era muy ahorrativo; comía poco y alimentos muy ligeros, generalmente legumbres; no bebía más que agua, y esto sólo alguna vez en verano, y no tenía más ropa que la puesta, ni quería jamás comprar un traje nuevo mientras el puesto podía prestar decente servicio; por último, no gastaba ni en barbero, porque no gustaba de que le sobasen la cara; ni en peluquero, porque tampoco le hacía gracia que le anduvieran en la cabeza. El mismo se arreglaba, como mejor podía, de tarde en tarde, cuidando más de la limpieza interior del cuerpo y de la ropa blanca, que de la aparente de los vestidos, sombrero y zapatos. No usaba guantes, y llevaba la menor cantidad posible de corbata. De este modo, su sueldo iba íntegro á manos de D.ª Concha, y aunque no era nada crecido, bastaba para vivir modestamente, y aun para que Pepita no careciera de juguetes y chucherías, que su tío le compraba, cuando algunas mañanas, antes de ir á la oficina, la sacaba á dar un paseo. Aparte su habitual mal humor, que jamás fué molesto para los que le rodeaban, considerábase felicísimo Pío Cid, y sólo le apuraba la idea, que algunas veces se le ocurría, de que su sobrinilla pudiese quedar súbitamente desamparada si le llegara á faltar su madre, siempre achacosa, y él, que tampoco las tenía todas consigo á causa de una molesta afección al hígado, que de tiempo en tiempo hacía sus asomadas. ¡Y quién sabe si su solicitud por Pepita

no fué la razón que le determinó á escribir su dichoso libro, con la esperanza de ganar algún dinero é ir ahorrándolo para asegurar el porvenir! Mal le salió, sin embargo, la cuenta, como sabemos; y aun parece que para pagar la edición tuvo que empeñar ciertas alhajas de familia, reliquias de que D.ª Concha no había querido deshacerse ni en la época angustiosa en que hasta para comer le faltaba. Pero un hombre como Pío Cid no se abate fácilmente, y ya que por la muestra comprendió que por el camino emprendido no iría á ninguna parte, comenzó á cavilar, y de sus cavilaciones sacó en limpio que lo que él debía ser era traductor. Ni él era capaz de escribir obras al gusto de un público tan necio y estragado como el que había de leerle, ni este público estragado y necio podía entender y apreciar las que él escribiese según su leal saber y entender; no había motivo para escandalizarse, ni era cuerdo repetir la prueba y verse en la triste necesidad de empeñar hasta las sábanas. Se dedicaría, pues, á traducir libros de las diversas lenguas que poseía, y sin calentamientos de cabeza ganaría algo, aunque fuese poco. Así lo hizo, procurando traducir libros útiles, porque los de puro entretenimiento, y en particular las novelas, entonces de moda, le molestaba hasta el leerlas, cuanto más traducirlas. Sus trabajos más importantes fueron por este tiempo versiones del alemán de obras de Derecho, por cuenta de varios editores; su traducción y anotación de la *Evolución histórica del Derecho civil en Europa*, fué considerada como obra de un verdadero jurisconsulto, y le produjo cerca de mil

pesetas, con las que pudo desempeñar sus queridas alhajas y aun guardar un buen pico, punto de partida de los dos ó tres mil duros que pensaba reunir para la dote de Pepita. Bueno es decir que él personalmente no salió ganando ninguna honra científica, porque firmó con el seudónimo de Licenciado Gregorio López de Górgolas, y nadie supo quién era el tal Licenciado. Otras traducciones ni siquiera las firmó, y algunas las firmaron por él ciertos falsos traductores que tenían empeño en recoger la distinción ó el aplauso que nuestro amigo desdeñaba.

Todo parecía sonreirle ó, cuando menos, mirarle con ojos de benevolencia, cuando la fatalidad, que le tenía reservadas mayores y más espinosas empresas, derribó de un soplo el castillo de naipes que él, paciente y cuidadosamente, iba levantando; no fueron menester más de tres días para que la traidora difteria arrebatara á Pepita, dando el golpe de gracia á la pobre D.ª Concha. Pepita se fué á la región donde descansan los ángeles, después de cruzar los eriales de la tierra como ligeras mariposas, y su madre se quedó penando aún algún tiempo, luchando, no contra la muerte, á la que ningún miedo le tenía, sino entre la imagen de la niña muerta, que la llamaba, y con la que, en su fe de buena católica, ella estaba segura de reunirse, y la otra imagen que tenía á su lado, la de su hermano Pío, que en recompensa de dos años de sacrificios y desvelos se iba á quedar solo, completamente solo en el mundo. Doña Paulita, que asistió á D.ª Concha con tanto amor como lo hubiera hecho con su propia madre, y que le cerró

los ojos con sus propias manos, lloraba como una Magdalena cuando recordaba este cuadro tristísimo, y decía siempre que lo que más la impresionó fué la calma y la serenidad espantosa de Pío Cid en aquella ocasión. No derramó una lágrima, ni se inmutó, ni siquiera pareció entristecerse; él mismo embalsamó y amortajó á sus dos muertas, como las llamaba, complaciéndose en adornarlas con todas las joyas que en la casa había de algún valor. Á Pepita la llevó él solo al cementerio, y cuando murió D.ª Concha no quiso valerse de nadie, sino que él mismo anduvo los pasos para trasladarla, con su hijita, á Aldamar, donde los Cides tenían su panteón de familia; en lo cual gastó cuanto tenía, hasta lo que le dió un baratillero por todos los muebles de la casa. De suerte que al regresar á Madrid de su fúnebre viaje no le quedaba más que un baúl pequeño con contadas prendas de ropa y una maleta que le sirvió para el camino; volvió sin avisar á casa de D.ª Paulita, donde había dejado el baúl; se instaló sin decir palabra en una habitación que estaba enfrente de la puerta de entrada, y continuó viviendo como hasta entonces había vivido, acostándose temprano y levantándose al amanecer, paseando por las mañanas, yendo entre once y doce á su oficina y encerrándose en su cuarto cuando venía de ella, sin encender jamás la única luz que tenía á su disposición, una palmatoria sobre la mesa de noche. Comía también en su cuarto, y no hablaba arriba de cuatro palabras con D.ª Paulita cuando ésta, con el pretexto de servirle la comida, buscaba ocasión para sacarle de su mutismo. Siempre fué hombre

de pocas palabras, pero ahora era hombre de ningunas.

—Don Pío, le decía su amable paisana, mi pleito marcha muy bien; creo que pronto voy á tener aquí á mi marido.—Me alegro, le contestaba. —¿Sabe usted que hoy ha venido un nuevo huésped.....? Es un chico vizcaíno que se llama D. Serapio. Parece muy bella persona..... Además dice que pronto vendrá á vivir con él un amigo que se llama D. Camilo Aguirre. Creo que los dos vienen á estudiar para ingenieros, y que el D. Camilo es de familia riquísima. Necesitará dos ó tres habitaciones buenas..... Yo, si sigue el buen viento, me voy á lanzar á tomar el tercero, que aun está desalquilado.—Si es así, me voy á él.—Eso no debe usted hacerlo, porque se va acabar de morir de tristeza. Aquí es, y vive usted como un hurón..... Eso, digan lo que quieran, no puede ser bueno para la salud..... En fin, no le hablo de esto por no desagradarle; pero..... ¿Sabe usted, D. Pío, que tiene usted de verdad buena mano? Hoy ha venido otro huésped.—Me alegro, le contestaba.—Es un estudiante de Farmacia. Éste parece un chico pobre, pero muy infeliz. Le he dado un cuarto interior por doce reales..... Y por si no bastara, dice el Sr. Orellana que quizás se venga á vivir con él un amigo con quien se reune en el café. Yo estoy ya decidida; hoy mismo, que estamos á 15, voy á tomar el cuarto de arriba.....—Pues lleve usted mis bártulos.....—No he visto hombre más testarudo que usted. Es inútil tratar de convencerle..... Supongo que no se ofenderá porque yo, como buena amiga, le hable de cierto modo..... Don Pío gran-

des noticias hoy. Al fin tomé el tercero. Le estamos dando una mano de limpieza, y esta noche le mudo á usted á él. Voy á ponerle frente á la puerta, como está usted aquí, para que se figure que está en la misma habitación..... Ya sé que á usted no le gusta cambiar. (Pío Cid no contestó, pero miró á D.ª Paulita con aire de reconocimiento.) Para que no esté usted completamente solo en el piso vacío voy á trasladar también á D. Benito, y le daré un cuarto más grande y con más luz, porque ahora el pobre chico no puede rebullirse..... Ya es seguro que viene el D. Camilo Aguirre y que tomará esta habitación de usted y las dos de al lado. Además ha venido á preguntar un nuevo huésped, que quizás vuelva, pues parece que le ha gustado la casa y el trato. Ya ve usted que no hay de qué quejarse. — Me alegro, contestaba imperturbablemente Pío Cid; y todos los días tenía algo por qué alegrarse y continuaba siempre del mismo humor sombrío, tétrico, con que regresó de su viaje á Aldamar.

En verdad que no tenía de qué quejarse doña Paulita, pues en menos de dos semanas se le llenaron los dos pisos de bote en bote. Además de D. Serapio, y D. Camilo y D. Benito, vinieron el amigo de Orellana, que era gallego y estudiante del último de leyes, y se llamaba D. Perfecto Fernández Vila, y el joven que quedó en volver, que era estudiante de Medicina y cartagenero, llamado D. Mariano con su amigo y compañero de estudios, Pepe Rodríguez, un murciano andaluzado, dicharachero y alegre como unas sonajas. No fueron huéspedes todos los que vinieron, porque detrás de

los huéspedes llegó la chiquilla menor de D.ª Paulita, y el anuncio que de pronto vendrían los dos niños que en Granada quedaban. Sin duda las buenas noticias corren tanto como las malas, cuando tan pronto supieron los parientes de D.ª Paulita que ésta comenzaba á levantar cabeza. Los abuelos, que estaban hartos de bregar con Paquilla, que era más viva que una pimienta, se la remitieron á su madre con una familia conocida que iba á Madrid, y los hermanos, en cuyo poder estaban Fernando y Manolo, que eran también muy traviesos é incorregibles, se dispusieron á soltar la carga. No asustaba esto, sin embargo, á una madre tan buena como era D.ª Paulita, y ahora que los recursos no escaseaban se dió por muy contenta de recoger y tener á su lado á sus tres inaguantables pimpollos, y aun á su esposo si lograba sacarlo con sus influencias del mal paso en que se había metido.

—Es usted un hombre de buena estrella, don Pío—repetía constantemente su agradecida paisana.—Pues nadie me quita que todo esto me lo ha traído usted, porque desde el día en que usted entró en mi casa parece que entró la bendición de Dios.

—Lo que hay—contestaba Pío Cid—es que yo he venido en Septiembre, en la época en que vienen los estudiantes. No busque usted explicaciones maravillosas á un hecho tan natural.

—No tan natural—insistía D.ª Paulita.—Porque yo abrí la casa hace más de un año, y pasó Septiembre y no vino un alma. Diga usted lo que quiera, yo soy supersticiosa y creo que hay personas que llevan consigo la buena ó la mala suerte,

y usted es de los que la llevan buena y retebuenísima. Quizás por eso la tenga usted tan mala, porque se la da toda á los demás.

—Usted es muy dueña—decía para terminar el afortunado sin fortuna—de creer en mi virtud oculta y en todo cuanto se le venga á las mientes; que en el creer no hay pecado, aunque se crea en grandes tonterías.

Lo mismo cuando estaba solo Orellana que cuando eran siete los huéspedes, ó cuando fueron ocho con la llegada del joven canario, Carlos Cook, amigo de los vizcaínos, Pío Cid vivía como de costumbre, retraído y sin tratarse con nadie. Sólo alguna vez cruzaba la palabra con Benito y los estudiantes de Medicina, que eran sus vecinos más próximos. Sin embargo, aunque seguía comiendo en su cuarto bajaba algunos días á almorzar al comedor, que estaba en el principal, y con el tiempo conoció á toda la patulea estudiantil, con la que simpatizó grandemente, pues era amigo de la juventud, y bien que su exterior fuese el de un hombre ya entrado en años y su carácter misantrópico, sus ideas eran tan frescas y vibrantes que cuando hablaba todos le escuchaban con la boca abierta, como cuando se oye algo nuevo é inesperado. Aquellos estudiantes eran, según Pío Cid, pellejos acabados de salir de manos del curtidor y llenos de vino viejo y echado á perder, de ciencia vana y pedantesca aprendida en los bancos de las aulas de boca de varios doctores asalariados.

No todos los comensales le pagaban estas simpatías, pues se sabe positivamente que algunos le tenían cierta punta de encono, y le tachaban de re-

volucionario y perturbador, no obstante ser Pío Cid persona tan pacífica y tan enemiga de cambios y trastornos, que por no cambiar ni siquiera se afeitaba. Su deseo era perturbar el espíritu de aquellos jóvenes ramplones, y las revoluciones que á él le gustaban eran las que llevan los hombres en la inteligencia y no salen á la superficie sino en forma pacífica, bella y noble. Pero Orellana, que era tradicionalista furibundo, y su amigo Vila que allá se iba con él, no comprendían estos perfiles ni veían en Pío Cid más que un predicador de ideas disolventes, y lo que más les llegaba al alma era que no predicaba con discursos, ni empachaba al auditorio con abusos de palabra, sino que exponía sus ideas en frases cortas, que las más veces no tenían réplica. La reunión se alegraba con estas salidas graciosas é intencionadas, que bien pronto se convertían en frases hechas, usadas á diario por los estudiantes. Á pesar de la diferencia de opiniones, ni Orellana ni Vila llegaron á reñir seriamente con el irrespetuoso predicador; antes parece cierto que Orellana era su mejor amigo, casi tanto como Benito, que no dejaba á Pío Cid ni á sol ni á sombra. El que le tenía una marcada aversión, hasta el punto de que varias veces quiso tomárselas de prueba, era D. Camilo Aguirre, el único enteramente refractario á sus enseñanzas. Dicen que el comienzo de esta enemistad vino de una discusión científica, promovida entre Orellana de una parte y de la otra Pepe Rodríguez y Mariano Avilés, sobre un tema tan espinoso como el de las causas finales. Orellana las defendía como si fueran personas de su familia, y los futuros médicos sacaban

á relucir toda la Patología y la Fisiología para demostrar que en el mundo hay muchas cosas que no sirven para nada, ni tienen otro fin conocido que el de molestarnos y empeorar nuestra desgraciada condición. En semejante disputa no podía quedar en el olvido el bazo, órgano completamente inútil y sin objeto en la vida humana, según los sabios más empingorotados. Á D. Camilo, que gustaba de punzar á Pío Cid, se le ocurrió preguntarle:

—Hombre, usted que está tan enterado de todo podía acudir en auxilio del Sr. Orellana, explicando para qué sirve eso que dicen que no sirve para nada.

—Eso no sirve hoy para nada—contestó el aludido,—porque es un órgano atrofiado y condenado á desaparecer paulatinamente; pero en lo antiguo, amigo mío, el bazo era el órgano del honor, sentimiento que, cuando los hombres lo tenían, dió lugar á muy bellos incidentes.

Rió la asamblea, Orellana se atribuyó la victoria y Aguirre se tragó la píldora, no sin intentar echar los pies por alto. Otros creen que la tirantez de relaciones nació cierto día que Aguirre, metiéndose en lo que no le iba ni le venía, preguntó á Pío Cid cuándo pensaba arreglarse la barba.

—Cuando usted se dedique á barbero—contestó secamente el interpelado.

Con lo cual Aguirre, que era más mal intencionado que discreto y que no sabía seguir una broma, comenzó á desbarrar y dijo una porción de inconveniencias, que decidieron á Pío Cid á no hacerle caso en lo sucesivo; pues no le agradaban las dis-

putas, ni los altercados, y su único medio de venganza con los bellacos era el desprecio. En realidad la causa verdadera de este antagonismo era la pretensión de Aguirre, de que le guardaran excesivas consideraciones, engreidillo, como estaba, con su gran fortuna; que más de una vez se dejó decir que él no debía estar en aquella casa, sino en el mejor hotel de la corte, y que sólo estaba allí por la amistad que le unía con D. Serapio. Pío Cid sentía gran complacencia en bajar los humos de los que pretendían imponerse sin motivo para ello, y no podía hacer buenas migas con el flatulento, bien que bueno en el fondo, de D. Camilo.

—Todos los hombres — decía — tenemos una fuerte dosis de grosería, que procede de nuestra animalidad; velada en los unos por la sencillez que da la pobreza, en los otros por las formas nobles ó por la distinción personal, ó sólo por la buena crianza; pero los que de repente salen de la pobreza, sin haber tenido tiempo para conocer el nuevo disfraz social con que han de presentarse, éstos muestran la animalidad tan al descubierto que no es posible soportarlos. Bendita sea la naturalidad cuando es natural, que yo soy el mayor devoto de ella; y estoy seguro que hubiera sido buen amigo de Aguirre cuando su señor padre era un pelagatos y no había descubierto ningunas minas de hierro, con las que en dos por tres, según parece, se ha hecho él hombre de pro y su hijo caballero, sin dar al tiempo lo que es suyo, ni dejar á la Naturaleza que obre y dé á cada cual lo que le convenga.

Lo más recio de la pelea intelectual que Pío Cid había empeñado, sin darse cuenta, con sus comensales, no se reñía en el comedor, porque el maestro no era aficionado á enseñar nada á muchos á la vez; por esto no había pensado nunca dedicarse á la enseñanza, aunque títulos y capacidad tenía para ello. Todos aquellos jóvenes le decían que era una lástima que viviese como obscuro empleado, pudiendo ser un profesor de fama á poco que se lo propusiera; pero Pío Cid contestaba que él tenía segura su manutención y no estaba necesitado de mayor sueldo para enseñar á quien quisiera aprender algo de lo poco que sabía.

—Cierto que no es grano de anís estar detrás de una mesa con la toga á cuestas y el birrete calado, para que las palabras salgan con la autoridad debida; yo pienso, sin embargo, que en una sociedad en que existe verdadero amor al saber no basta la ciencia oficial, sino que, además de los sabios de uniforme, debe de haber otros que enseñen, aunque sea en camisa, sin ánimo de lucrarse con lo que dicen, y diciendo muchas cosas que sólo se pueden decir cuando se hace gustosamente el sacrificio de las propias conveniencias, y diciéndolas, no á muchos hombres reunidos, que después se van y no vuelven á acordarse más de lo que oyeron, sino á uno y luego á otro, según sus entendederas, para que se les queden bien grabadas y les sirvan de aguijón que les arranque de su miserable rutina espiritual.

Ese detalle de enseñar en camisa, no crea el lector que venía á humo de pajas; era una alusión que Pío Cid se dirigía á sí mismo, por haber em-

pezado á enseñar en ropas menores á su primer discípulo; por donde quizás, más que por otra causa, se despertó en todos los estudiantes el deseo de aprender algo de tan singular maestro.

Cuando no tenía éste ni pensado salir del retiro de su cuarto, donde se consumía en cavilaciones, sucedió que, volviendo á casa por la cuesta de Santo Domingo, vió á Purilla parada delante de unos anuncios de teatro, y moviendo la boca como si penosamente deletreara lo que aquéllos papeles decían.

—¿Qué haces ahí, Purilla?—le dijo sonriendo.—Te estás empapando de fijo para ir esta noche á correrla.

—Ya sabe usted, D. Pío—contestó la muchacha,—que me estorba lo negro.

—Entonces estás enterándote por el olor.

—No señor, que conozco algunas letras. ¿Ve usted allí en lo alto? Á ver si no dice: Pa-lo-ma.

—Eso dice; y conociendo las letras, como las conoces, y con la afición que demuestras, yo te aseguro que en un mes podías aprender á leer de corrido.

—¡Á buena hora pidió el rey gachas! Tengo yo la cabeza ya más dura que el *pernal*.

—Pues el pedernal echa chispas dándole con fuerza. Si quieres yo haré de eslabón, y no sólo vas á echar chispas, sino que va á parecer tu cabeza un castillo de fuegos artificiales.

—¿Qué dice usted?

—Digo que, si quieres, te compro una cartilla y un cuaderno, y, desde hoy mismo, empiezo á enseñarte á leer y á escribir.

—¡Qué más quisiera yo que eso fuera verdad!

—Pues no hay que hablar más; voy á comprar los avíos, aquí, en la calle Ancha, y desde esta noche comienza la función.

Desde aquella noche, en efecto, comenzó Purilla á subir al cuarto de su maestro cuando terminaba sus quehaceres, que no eran pocos, porque se hallaba sola para acudir á tanto como en aquella bendita casa había que hacer. Pío Cid se acostaba, como siempre, poco después de obscurecido; pero tenía el sueño muy ligero, y las más veces ni siquiera dormía, sino que dormitaba, pensando cosas enmarañadas, de las que salían luego ideas hondas, que á veces le despertaban y le hacían llorar como un muchacho, y á veces tomaban cuerpo en forma poética, espontánea y sencilla, que se evaporaba bajo la influencia de la luz. Todo lo que le ocurría á Pío Cid era extraño, sin que él se lo propusiera, y su inspiración maniática tenía el capricho de enardecerse en la sombra y de amortiguarse en la claridad. En pleno día, con la pluma en la mano, no era capaz este desventurado poeta de componer un solo verso; y de noche, sin necesidad de buscar consonantes ni asonantes, le brotaban las poesías hechas ya, como si se las soplara al oído algún geniecillo benéfico. Él no se molestaba en trasladarlas al papel, y á poco las olvidaba, porque venían otras nuevas y borraban el recuerdo de las anteriores; sólo cuando comenzó á dar lección á Purilla le pedía á ésta tintero, pluma y papel, y escribía las que le danzaban en la cabeza cuando su discípula entraba con la palmatoria en la mano y le sacaba de su absorción

soñadora. Entretanto Purilla se sentaba junto á la cabecera, sacaba la cartilla y empezaba á señalar las letras, á juntarlas para formar sílabas y á unir las sílabas para formar palabras, hasta que, después de varios tanteos, conseguía leer una palabra ó una frase, dando más ó menos tropezones, según el viento que soplaba, pues la pobre criatura era, como decía su ama, más torpe que un guardia valón, y particularmente en tiempo tormentoso estaba como alelada, y se necesitaba la paciencia de Job para meterle algo en la cabeza. En la casa era proverbial la torpeza de Purilla, á la que todo el mundo aturrullaba con advertencias y gritos, aun antes de que cometiera las faltas que tenía costumbre de cometer. Doña Paulita, que no obstante ser pequeña de cuerpo y menuda de facciones tenía un geniazo que metía miedo, andaba siempre tras ella para ver de corregirla, aunque estaba segura de que la enmienda no era posible, y convencida de que la enmienda sería más bien perjudicial, porque la simpleza de Purilla estaba compensada por otras bellísimas cualidades que no son comunes en las criadas listas. Esto sin contar con que Purilla servía de pretexto constante para que su ama desfogara en ella las irritaciones que un oficio tan enojoso como el de pupilera le proporcionaba á ella, que se había criado entre cristales, mimada y consentida como pocas. Siempre que D.ª Paulita sufría una contrariedad, réspice seguro. Comenzaba por llamar á Purilla, despreciativamente, Albolote, nombre del pueblecillo de donde la chica era; y á poco, la infeliz, que presentía la tempestad y se

azoraba, había roto una copa, un plato ó una fuente, algo que, por insignificante que fuera, diera pie para que su señora se desahogara. Después, lo roto se quedaba roto y la casa como una balsa de aceite.

Pues bien; á pesar de la torpeza de Purilla, se sabe con entera seguridad que su maestro nunca se impacientó con ella, ni le dijo una palabra más alta que otra; prueba clara de la serenidad de espíritu de nuestro amigo y de su humanidad para con los débiles. Y no sólo la enseñaba gradualmente á deletrear, silabear y frasear, sino que después de una hora de cartilla y de repasar el cuaderno de palotes, curvas y ligados, que la discípula emborronaba sola antes de acostarse, había otra media hora, por lo menos, de explicación de cosas útiles para la vida. Cuando el maestro quería terminar la primera parte de la lección, preguntaba á la discípula qué quería decir ésta ó aquélla palabra que había salido en la lectura; Purilla no sabía, ó sabía muy mal, lo que aquello significaba, y entonces Pío Cid se lo decía valiéndose de ejemplos de mucho relieve, tomados de la misma realidad vulgar que ella conocía, para que así su saber no desentonara de su condición.

—Porque el saber leer y escribir—le decía el maestro—es estúpido cuando no se sabe lo que se lee y se escribe; para esto es mejor no saber nada, porque ninguna utilidad hay en tener una cazuela cuando no se puede guisar nada en ella; pero una vez que haya que guisar algo, aunque sea un faisán, mejor es guisarlo en esa cazuela que no pedir trastos prestados al vecino. Esto quiere decir que

tú eres una criada, y que, aunque llegaras á ser tan sabia como Salomón, debes seguir siendo criada para ennoblecer tu oficio, que no es peor que los demás. Tú no te salgas nunca de la esfera en que te hallas, pues si está de Dios que no vivas siempre como hasta aquí, alguien vendrá que te sacará. Ha habido hombres muy grandes que han vivido hasta en la esclavitud, y puede haber mujeres muy instruídas que se dediquen á fregar y á barrer si decentemente no encuentran otro modo de vivir. Es más: si tú aprendes con ánimo de ser más de lo que eres, serás más infeliz que eres, porque en cuanto adelantes un paso ya no querrás pararte, y si llegas á doncella de buena casa, querrás untarte con las pomadas de tu señora, y ponerte, como ella, sombrerillo, que te pegará probablemente muy mal, porque, por mucho que aprendas, la cara que sacaste de tu pueblo no es fácil que la cambies. Al contrario, si te contentas con ser siempre lo que eres, todo te saldrá á pedir de boca; cada día estarás más despierta para desempeñar tus servicios, romperás menos platos y te evitarás muchos disgustos. Y quién sabe si, andando el tiempo, volverás á tu pueblo y te casarás con el hijo del alcalde.

—¿Cómo sabe usted—interrumpió ella—que el alcalde de mi pueblo tiene un hijo?

—No lo sé, pero me lo figuro.

Y Purilla, después de un rato de silencio, como si examinara las ventajas é inconvenientes que tenía el casarse con el novio que le proponía su maestro, contestaba:

—No crea usted que yo vaya nunca á dejar á

mi ama, que no tenía yo quince años cuando entré á servir con ella, y no me acostumbraría á vivir sin los niños. Á Paquilla, sobre todo, la quiero como si fuera mía, porque, como quien dice, la he visto nacer.

En estas y otras pláticas semejantes les daba muchas noches la una, y más de una vez asomaba D.ª Paulita la cabeza y decía:

—Bueno está lo bueno, D. Pío, que si no por la mañana no podré despertar á la chica ni á cañonazos.

—Eso no lo diga usted, que yo me levanto siempre á las seis—replicaba Purilla.

—Cállate, que á respondona no hay quien te gane. ¿Crees tú que todos vamos á tener la calma de D. Pío? Á buen seguro que no me calentaría yo los cascos contigo para que saques luego lo que el negro del sermón.

—Mala idea tiene usted de Purilla—decía Pío Cid interviniendo;—yo doy palabra de que es muy buena discípula y de que la enseño con gran gusto. Á ratos pienso que quien está á mi cabecera no es una pobre sirvienta, sino España, toda España, que viene á aprender á leer, escribir y pensar, y con esta idea se me va el santo al cielo, y me explayo como si estuviera en una llanura sin horizontes, en vez de estar, como estoy, encerrado en esta jaula.

A más de Pío Cid, D.ª Paulita, con su niña y la criada, dormían en el tercero D. Benito y los estudiantes de Medicina, á los cuales intrigaba sobremanera el teje maneje de su vecino. Los huéspedes sospechaban que entre el ama y Pío Cid ha-

bía algo, porque D.ª Paulita mostraba por su paisano excesiva predilección; hasta que más adelante tuvieron ocasión de conocer que Pío Cid no era hombre á propósito para andar en semejantes trapisondas, y D.ª Paulita, mujer muy honrada, aunque algo coqueta cuando se le despertaba la vanidad oyendo adulaciones y piropos á su gracia y á sus andares, que eran lo mejor que tenía. El buen Orellana, no obstante sus acendrados sentimientos religiosos y las relaciones formales que sostenía con una joven valenciana, con la que pensaba casarse en cuanto fuera notario, fué el único que se propasó seriamente, llegando su osadía en cierta ocasión hasta á dar á D.ª Paulita un beso, nada menos que en la boca, cuando ella estaba en la cocina con las manos ocupadas en colocar una olla en la cornisa de la chimenea. El atrevido mancebo fué despedido de la casa, y si no se marchó fué porque Pío Cid, puesto al corriente del caso, aconsejó á la ofendida que no llevara las cosas tan á sangre y fuego, y que se contentase con exigir del ofensor que de rodillas, como convenía á un hombre tan cristiano, le pidiese perdón de aquella falta de respeto, que al fin y al cabo no era ningún crimen. Á todo lo cual se sometió humildemente Orellana, asombrado de hallar tales ejemplos de virtud en una casa de huéspedes de la calumniada corte de las Españas. No era inferior en honestidad la Purilla, arisca y repelosa como un erizo con todo el que pretendía bromear con ella; pero viéndola entrar todas las noches en el cuarto de Pío Cid, los del tercero comenzaron á murmurar y á decir

que la criada, aunque fea en conjunto, no tenía malos ojos y era sanota y rolliza, y no del todo mal formada; y aun llevaron su malicia hasta el punto de espiar por detrás de los visillos del cuarto, cuya puerta era de cristales y dejaba ver la cama frente por frente; mas nunca observaron nada contrario al buen recato. La criada leía la cartilla ó escuchaba con todos sus sentidos puestos en lo que se le decía, y Pío Cid, sentado en el lecho, el codo izquierdo apoyado sobre las almohadas y el brazo derecho libre, para acompañar con el gesto las explicaciones, oía ó hablaba reposadamente. Sobre la blancura de las ropas del lecho y de la camisa de dormir, resaltaba con vigor su cabeza, más bien grande que pequeña, poblada de cabello muy obscuro, largo, que casi le llegaba á los hombros, formando, juntamente con la espesa y descuidada barba que le cubría parte del pecho, un marco en el que se ocultaba parte del rostro. Sólo quedaba descubierta la frente anchísima, y debajo de las salientes órbitas, los ojos, penetrantes y duros, cuya mirada estaba sostenida por la expresión punzante de la nariz, correcta, fina y afilada como una lezna.

Tan contagioso es el bien como el mal, y aquellos mal aconsejados estudiantes, que si hubieran visto alguna indignidad se hubieran apresurado á ser también indignos á expensas de la criada, viendo tan edificante escena sintieron el deseo de entrar en amistad con aquel maestro tan desinteresado que, según D.ª Paulita, era comparable á un sastre de su tierra, el célebre sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo.

—Puesto que es usted tan amigo de enseñar— le dijo un día Pepe Rodríguez,—¿por qué no nos da usted á D. Mariano y á mí algunas lecciones de alemán, que buena falta nos haría para leer obras de fondo?

El alemán era un pretexto, y así lo conoció el profesor; pero el pretexto era lo de menos, pues con uno ú otro se puede enseñar cuanto se quiere, y Pío Cid era capaz de enseñar á hacer pajaritas de papel é incidentalmente explicar un curso completo de Metafísica. No era completamente lego en Medicina, puesto que á la sazón tenía empantanada la traducción del inglés de un *Tratado de Obstetricia*, que comenzó cuando vivía con su familia, y no había vuelto á mirar ahora que la necesidad no le apremiaba. Así, pues, accedió á dar las lecciones que se le pedían, en las que injertó después algunas nociones de griego, que—decía—un buen médico debe siempre conocer, para emplear con acierto el tecnicismo de su profesión. Al mismo tiempo ejercía también de consultor de Orellana, que terminaba el doctorado y se preparaba para las oposiciones.

Pero el discípulo predilecto fué Benito, el estudiante de Farmacia, al que no instruía en ninguna rama del saber, sino en el arte dificilísimo é inagotable de vivir, del que el infeliz muchacho estaba completamente en ayunas. En la casa todos le tenían por medio simplón y se divertían á su costa. La broma más inocente era la de los garbanzos. Benito era de Fuentesaúco, patria de los garbanzos más gordos y tiernos de España, y D.ª Paulita guisaba ¡doloroso contraste! unos

garbanzos durísimos que Pepe Rodríguez decía que eran traídos directamente de Fuentepiedra. Se había, pues, decidido solemnemente que Benito encargara un saco, no ya de garbanzos, sino de garbanzas, de su pueblo, que los huéspedes pagarían á escote; y como Benito no se daba por enterado, no le dejaban vivir con el martilleteo de si venían ya de camino ó estaban para llegar las célebres leguminosas. Cuando no eran los garbanzos era algo peor, y lo que más incomodaba á Benito eran los consejos para persuadirle á que dejara la carrera emprendida, en la que después de estudiar mucho—le decían—necesitaba un capital para establecerse, y, al fin y al cabo, para estar siempre pegado á un mostrador como un tendero de ultramarinos. Benito volvía por los fueros de la farmacopea, y argumentos le sobraban para defenderse si él hubiera sabido manejarlos; pero el más fuerte de todos, el que achicó á la tertulia y agigantó la enclenque figura del maltratado estudiante, fué inventado por Pío Cid y aprendido con entusiasmo por el futuro boticario en las conferencias que ambos celebraban. Y fué que, lamentándose Benito de lo ingrato de su carrera, y mostrándose arrepentido de haberla comenzado, comprendió el maestro que era preciso fortalecerle el ánimo é inspirarle la idea madre de todas las enseñanzas, el amor á lo que se aprende y la convicción de que aprendiendo aquello se es tan digno, si no más, que aprendiendo otra cosa cualquiera, y se cumple en la vida un fin trascendental; porque nadie se entusiasma cuando su trabajo es menospreciado, y sin entu-

siasmo no hay fuerza para acometer grandes obras. Así, pues, tomó la palabra, y contra su costumbre de hablar largo, habló así:

—Siento tener que decirle, amigo Benito, que es usted una criatura sin fundamento, y que el día menos pensado le van á asegurar á usted que los burros vuelan y usted los va á ver volar. No faltaba más sino que por influencia de cuatro tontos renegara usted ahora de la profesión de su padre y de su abuelo, y dejara la honrada y útil carrera que comenzó muy á gusto de su familia, para seguir la de leyes, que más que carrera es calamidad pública en España. Abogado soy yo y no me arrepiento, porque no me gusta arrepentirme de ninguna cosa que hago, y de ésta menos, que la hice por consejo de mi buena madre; pero ni ejercí nunca mi profesión, ni he ganado con ella un real, mientras que con las manipulaciones químicas he ganado dinero y he influído beneficiosamente en mi país. Ya veo que usted se extraña de que yo haya metido también las narices en asuntos tan ajenos á mi oficio; pero aquí donde usted me ve, yo he sido, entre otras mil cosas, director de una explotación de abonos químicos y he inventado algunas fórmulas, empleadas hoy mismo con buen éxito en el cultivo del olivo y de la vid, que constituyen la mayor riqueza de nuestro suelo. Y algunas veces, cuando me dedicaba á estos estudios, se me venía al entendimiento una idea que le voy á explicar en pocas palabras. Seguramente el sistema de abonos químicos es un notable adelanto económico, y aun estético; el estiércol es sucio, mal oliente y difícil de transportar por

su gran volumen; ¿cuánto mejor no es usar el abono en pasta ó en polvo, en el que se combinan diversas sustancias, como en una receta, para producir en las labores el efecto que se apetece, según la clase de tierra, el clima y la especie de cultivo? Pues bien: mi idea es introducir este adelanto en la vida humana. No digo yo que el hombre sea comparable á un árbol, y los alimentos de que se nutre comparables á la basura; pero como ejemplo se puede admitir la semejanza, y si yo tuviera empeño, no me costaría mucho trabajo demostrar que la mayor parte de las cosas que comemos son verdaderas porquerías. Sería más limpio, más cómodo y más sano cambiar la actual alimentación por el «alimento químico», y esta revolución, que yo estoy cierto ha de acaecer para bien de la humanidad, ha de ser obra de ustedes los farmacéuticos. Supóngase usted que á un modesto boticario se le ocurra componer pastillas concentradas, en las que se contiene la alimentación completa del hombre; una pastilla representa igual cantidad de sustancia nutritiva que los cuatro ó seis platos que nos sirven en cada comida; y no es esto sólo, sino que hay pastillas de diversas clases, según la edad, el temperamento ó estado de salud de quien las consume, de suerte que el alimento, además de nutrir, cura las enfermedades ó impide que se presenten, en cuanto sea posible; y por último, las hay para los diferentes paladares, á fin de que sea más fácil y grata la deglución. Quien tal compusiera pasaría quizás por inventor extravagante, pero esté usted convencido de que había cambiado la condición

humana, mejorándola hasta un extremo inconcebible. Porque se habría hallado un producto universal, de valor fijo; y así como el metro es una medida constante mientras subsista la Tierra como hoy es, así la unidad de alimentación química tendría su fundamento en nuestra naturaleza y sería la base de todas las relaciones entre los hombres. El Estado podría sustituir todos los recursos económicos con que hoy se sostiene por el monopolio de la alimentación; sería propietario de la tierra y de todas las primeras materias nutritivas, que poco valor tendrían, porque, habituados los hombres á la nueva alimentación, desdeñarían la antigua y grosera; del mismo modo que hoy se gastan su dinero en casa del sastre y no quieren vestirse de pieles, hojas ó plumas, como los salvajes. Pero lo más importante sería que, creado un producto de valor humano, nacería la moneda humana, la «moneda alimenticia», representada realmente por las pastillas que el Gobierno fabricara en sus laboratorios y fiduciariamente por créditos alimenticios, pagaderos en especie, con los que cubriría todas sus atenciones. Vea usted resuelta de plano la cuestión social, de la que tanto se habla, y que sin el medio que yo le indico á usted no tendrá arreglo jamás. La sociedad tendría como misión primordial la alimentación de todos los asociados y se realizaría la verdadera igualdad humana. Porque la desigualdad no está en que unos valgan ó posean más que otros, sino en que unos tengan asegurada una excelente nutrición mientras otros viven mal comidos y con la zozobra natural en quien no tiene más recursos

que los diarios y puede verse privado de ellos. En cuanto todos los hombres tuvieran asegurado el alimento, ¿qué diferencia habría entre el que sólo gana para vivir y el que acumula riquezas y reune créditos alimenticios para muchos años? Que el que acumulara podría vivir en la ociosidad como recompensa de sus anteriores trabajos, y sin privar á los otros de los medios indispensables para la vida. Porque quien quiera que no pudiere vivir de su trabajo libre, de las mil profesiones que hoy conocemos y de las que aparecieran más adelante, tendría siempre una puerta abierta: ponerse al servicio del Estado y contribuir á la producción de valores alimenticios, en lo cual no habría límite, pues cuanto se produjera sería utilizado por la nación ó por otras naciones que cambiaran por estos productos los de sus industrias, ni más ni menos que como hoy, aunque en forma diferente, se realiza. Asimismo, si el Estado subvenía á la nutrición de los niños hasta la edad en que el trabajo fuera posible, el crecimiento de la población sería maravilloso y la situación de la mujer cambiaría radicalmente, puesto que el vasallaje á que el hombre la tiene sometida no se funda en la inferioridad de la mujer, sino en la necesidad en que ésta se ve de ligarse para asegurar la existencia de la prole. En suma, amigo Benito, el día en que todas las cocinas particulares se fundieran en una cocina universal, que no sería cocina, sino laboratorio, y no uno sólo, sino varios en los diversos centros de producción; cuando los Gobiernos cuidaran de la alimentación cierta, uniforme y científica de todos

sus gobernados, se evitaría el triste espectáculo de nuestras luchas por un mísero pedazo de pan, y los hombres podrían entablar combates más nobles por cosas del espíritu que, por no estar sujetas á medida, permiten á cada cual subir tan alto como se lo consienten sus facultades naturales y su aplicación. Entonces todos podríamos dormir con la conciencia tranquila, sin pensar, como yo pienso muchas veces, que en el momento que unos comen hay otros que se mueren de hambre; de donde viene que yo tenga tan poco apetito, según usted ha notado en más de una ocasión.

Contentísimo se quedó Benito oyendo este discurso, en el que tan lisonjero cuadro se trazaba de la vida futura, y en el que tan brillante y principal papel se atribuía á los químicos en general y á los boticarios en particular; y le parecían siglos las horas que faltaban para la de comer, y proclamar ante sus petulantes compañeros las excelencias del estudio farmacológico y los horizontes que á éste se le abrían con la idea feliz del alimento químico, que á él le pareció tan al alcance de la mano que casi veía ya delante de sus ojos las pastillas milagrosas, que, además de suprimir las molestias de la comida y aminorar considerablemente las de la digestión, resolvían la «pavorosa cuestión social», de que los periódicos hablaban á diario. Los comensales se dividieron en dos bandos; pues mientras la mayoría, con Orellana á la cabeza, combatió la idea por impracticable y ridícula, los estudiantes de Medicina y Carlos Cook, el canario, decían que mayores absurdos aparentes han llegado á tener realidad, y que no había mo-

tivo para burlarse de D. Benito; el cual, satisfecho de aquella discordia en los pareceres, se creció de una manera extraordinaria y comenzó á mirar por encima del hombro á sus contradictores, con quienes sostuvo empeñadas polémicas, recordadas aún por cuantos se hospedaban en casa de D.ª Paulita, y por algunos que, sin ser huéspedes, comieron allí invitados, algunas veces, como le ocurrió á Cándido Vargas, amigo y compañero de estudios de Orellana y de D. Perfecto. Por él conozco yo todos estos detalles, como dije, y, por si no bastaran, la descripción de un banquete que dió Orellana á sus amigos para celebrar su triunfo en las oposiciones á Notarías. Porque Vargas, antes de dedicarse al periodismo, estuvo tentado de escribir novelas y comenzó una titulada *La nueva generación*, de la que sólo llegó á componer el capítulo primero, donde, bajo el epígrafe, apestosamente fisiológico, de «El protoplasma», describía el banquete y el grupo de jóvenes que á él asistieron del modo que verá el curioso lector.

Entre los papeles que Vargas me envió, cuando yo le pedí que me dijera cuanto supiese de Pío Cid, con ánimo de escribir esta historia, figuraba el famoso «Protoplasma», que me sorprendió á más no poder. Pensé desde luego utilizarlo, pero no sabía cómo, pues ni me gusta adornarme con plumas ajenas, ni era cosa de deshacer aquel capítulo que, bueno ó malo, había sido compuesto por un tan estimado amigo mío. Así, pues, escribí á éste una carta en que le decía:

«Sr. D. Cándido Vargas.
»Director de *La Juventud*.
»Madrid.

»Mi querido amigo y compañero: Te voy á distraer un instante con una nueva petición, referente á mi pleito de Pío Cid; y perdóname la insistencia, ya que no por mí mismo, por consideración á la memoria de tan noble amigo. Entre las cartas y apuntes que me has enviado, y que te agradezco en grado sumo, encuentro un capítulo de novela titulado «El protoplasma», que querría publicar tal como está, como cosa tuya, se entiende. Hay en esto algo de delicadeza, pero para serte franco también hay algo de prevención. Quiero decir que tu capítulo me parece bueno, pero que yo no lo daría con mi nombre, porque entiendo los asuntos literarios de muy distinto modo que tú, en lo cual nadie pierde ni gana.

»No voy á explicarte todos los reparos que se me ocurren, sino algunos que merecen explicación de tu parte. Por ejemplo, tú pones la casa de huéspedes en la calle del Arenal, y no en la de Jacometrezo, que es la verdadera, y á mí me parece el cambio poco afortunado, porque la segunda calle, como más estrecha y obscura, es más propia para colocar en ella un cuadro de la vida estudiantil, obscura con la obscuridad que da el poco saber y el no mucho tener, y para que en ese cuadro resalte más la figura de Pío Cid, que no es la de un maestro de relumbrón, sino la de un Diógenes, ó poco menos, amante de la grandeza oculta y de la virtud miserable. Además, y esto tiene más importancia, introduces dos tipos que me

huelen á ser de pura invención: Felipe Bonilla y Augusto Sierra piensan casi como Pío Cid, aunque hablan de distinto modo, desluciendo la figura principal, á la que se diría que pones empeño en recortar para igualarla con las de los infelices gurripatos que le rodeaban. Y no sólo haces esto, sino que presentas á Pío Cid por el lado menos favorable; lo que él dice allí sobre el sexto sentido, verbigracia, es cosa suya, esto no lo dudo, pero sí dudo que lo dijera en aquella ocasión y delante de tanta gente. Claro está que tú no te propusiste presentar solo á Pío Cid, y que lo utilizaste como bien te pareció en el grupo que describías; pero la verdad en su lugar, y la verdad es que el Pío Cid de «El protoplasma» no es enteramente el mismo que yo conocí y que tú me has ayudado á conocer.

»No insisto más y te repito mi ruego de al principio, confiando en que no tendrás inconveniente en la publicación de unas páginas tan interesantes para quien desee conocer con todos sus pelos y señales la vida de un hombre tan singular como Pío Cid. Escríbeme, pues, y cuenta siempre con el leal afecto de tu viejo amigo y camarada,

»Ángel.»

Á esta carta se apresuró á contestar mi amigo con la siguiente, breve y sustanciosa como pocas:

«Mi muy querido amigo:

»Ya que no te escriba tan largo como deseara, no quiero que me taches de perezoso, y te contesto en el acto que recibo la tuya.

»Ni siquiera me acordaba de haber escrito el

capitulejo ese, que tú has leído y analizado con más detenimiento que yo lo escribí.

»Llevas casi razón en lo de la calle, y la llevas por completo en lo demás. Yo hice el cambio porque me proponía poner en solfa á la patrulla y no quería exponerme á que alguien se diera por aludido.

»Has tenido gran olfato al conocer que Sierra y Bonilla son dos pegotes. Ellos existen si no se han muerto, y yo los conocí; pero no estuvieron jamás en la calle de Jacometrezo, ni dijeron en su vida lo que dices que les hago decir.

»Lo que pasó fué que yo estaba entonces sugestionado por la novedad naturalista; para mí una novela debía tener fisiología, mucha fisiología y muchos detalles descriptivos, y de los héroes huir como el diablo de la cruz.

»Para que en mi novela no hubiera ningún héroe se me ocurrió, sin duda, partir á Pío en tres. Era mucho hombre.

»Dispensa todas estas tropelías y haz lo que te parezca de mi «Protoplasma». Publícalo con ó sin retoques, y cuenta que no le doy al asunto la menor importancia.

»Ya sabes mi opinión. Con la literatura no se va á ninguna parte, y cada día se ha de ir menos. El libro ha muerto. R. I. P. Amén.

»Y con el periódico pronto ocurrirá lo mismo.

»Sabio tú que vives retirado en esa ciudad de los cármenes, disfrutando de tu prebenda municipal, y que te entren moscas.

»Adiós, un abrazo de tu viejo

»Cándido.»

Así decía la carta, y, no obstante la autorización de mi amigo, es tal el respeto que me inspira el trabajo de los demás, que no he querido cambiar punto ni coma en lo que él escribió, que fué lo que sigue:

«EL PROTOPLASMA.

»Poco después de oscurecido entró Pepe Orellana en el café Imperial.

»Se dirigió á la mesa donde tenía costumbre de sentarse todas las noches, y saludó á dos jóvenes que allí estaban discutiendo sobre la corrida de toros de la tarde anterior.

»—¿No ha venido todavía D. Perfecto?—preguntó.

»—Vino y se marchó hace poco—contestó uno de aquellos jóvenes con acento andaluz muy marcado.

»—Son ya cerca de las siete—agregó Orellana, mirando al reloj del café.—Si queréis nos iremos, y en casa nos encontraremos todos.

»Se levantaron los jóvenes, se pusieron las capas y los sombreros, y sin pagar, pues eran parroquianos asiduos y pagaban cuando querían ó podían, se marcharon á la calle encaminándose hacia la del Arenal.

»—Por fin corremos la broma—preguntó el del acento andaluz, que, en efecto, era sevillano y se llamaba Augusto Sierra.—Bonilla, creía que nos tomabas el pelo.

»—Bonilla—dijo Orellana—es un informal y cree que todos son como él. Á ver si no está aquí el palco—añadió, mostrando un papel encarnado. Y en casa está todo lo demás.

»—Magnífico—exclamó Bonilla;—me retracto de lo dicho, y reconozco que eres digno de una notaría y hasta de un archipampanato.

»Para los lectores que no están en el secreto, conviene declarar que Pepe Orellana acababa de ganar por oposición una notaría, y que con tan fausto motivo había dispuesto, en obsequio de algunos compañeros y amigos, un banquete en la casa en que se hospedaba, y para acabar de echar á perder la noche, un rato de broma en el teatro de la Zarzuela, donde había baile de máscaras.

»Llegaron los tres amigos á la casa donde vivía Orellana, en la misma calle del Arenal; subieron al segundo, y después de soltar sombreros y capas en el pasillo, entraron de rondón en el comedor, en el que estaban de pie vociferando varios jóvenes.

»Aunque interrumpieron su acalorada disputa al llegar Orellana y sus amigos, debían disputar sobre un tema ya pasado en cuenta, porque Orellana, apenas entró, dijo:

»—Haga usted el favor, D. Benito, de dejarnos en paz con su alimento químico, que hoy no es día de aplicar ningún invento, sino de comernos una paella valenciana que yo le encargué á doña Paulita, y que Dios haga que salga bien.

»Y dicho esto le miró con fijeza, como si fuera á comérselo con los ojos, mientras con un gesto habitual en él se subió de hombros y se tapó la boca con la mano derecha, apoyando sobre el arco que forman el pulgar y el índice la nariz ancha y aplastada, que era lo más característico de su fisonomía de hombre testarudo.

»El D. Benito no contestó. Era un joven farma-

céutico, mancebo de botica y autor del invento á que se refería Orellana. Yo no sé si el invento sería disparatado, pero el aspecto del joven no daba buen indicio, pues la frente era pequeña y los ojos tan próximos, que no distaban el uno del otro más de media pulgada. Parecía más terco que inteligente.

»Los demás que estaban en el comedor tenían figura más distinguida. Uno de ellos, de aire seco y flemático, era canario, natural de Orotava, y al saber que se llamaba Cook y Pérez, se caía en la cuenta de que era un español retocado de inglés. Los otros dos eran bilbaínos, y estaban para acabar la carrera de ingeniero. Se llamaban D. Camilo de Aguirre y D. Serapio de Asúa, y eran amigos inseparables y grandes aficionados á gastarse alegremente el dinero.

»Don Serapio se moría por la ópera y los toros, y después de Dios ponía á Gayarre y á Frascuelo. Casi siempre hablaba gritando, como no se lo impidieran las ronqueras que solía coger y que le obligaban á llevar al cuello, como medida preventiva, un pañuelo de lana.

»El D. Camilo era más ecléctico y se aficionaba á toda clase de diversiones, en particular á las piezas en un acto. En los teatros por horas era muy conocido, no sólo porque iba con frecuencia, sino por un rasgo fisonómico muy marcado. Sus narices eran de las llamadas de á cuarta, y seguramente tendrían nueve centímetros, más bien largos que cortos.

»No tardaron mucho en llegar otros tres huéspedes de la casa. Primero dos discípulos de Escu-

lapio, que eran de los más divertidos de la reunión, y entraron tarareando á dúo la marcha de *Cádiz*, y á poco el orensano Vila, amigo y compañero de cuarto de Orellana.

»Vila era uno de esos hombres cuyo nombre engaña. Quien oyera hablar de D. Perfecto Fernández Vila se figuraría á un caballero alto y enjuto, con planta de militar ó de juez; y, sin embargo, era un tipo rechoncho, el rostro coloradote, la barba rala y los ojillos alegres, aunque poco expresivos.

»—Hombre—le dijo Orellana cuando le vió entrar,—eres el último que llega, y no será por no haber ido á buscarte.

»—Ya te contaré. Un tropiezo afortunado....., en fin, ya te contaré.

»—Me apuesto—dijo Sierra—á que has emprendido la conquista de alguna maritornes.

»—Las maritornes para ti, que eres especialista en el género—respondió Vila.

»—Señores, haya consideración á lo sagrado de este lugar — interrumpió con fingida gravedad Orellana,—y sentémonos.

»Y después, mirando alrededor suyo, añadió dirigiéndose á la criada, que estaba en la cocina, al lado:

»—Pura, haz el favor de decirle á D. Pío que se le ruega que venga.

»Todos se fueron sentando donde tenían costumbre, salvo D. Perfecto que se fué á un extremo de la mesa, dejando sitio para Sierra y Bonilla, que eran convidados de fuera, y se sentaron á la derecha de Orellana.

»Á la izquierda de Orellana se sentaron Aguirre,

D. Serapio y Cook, y en lado opuesto los doctores, como llamaban á los estudiantes de Medicina Pepe Rodríguez y D. Mariano, y D. Benito, quedando entre éste y el canario una silla desocupada para D. Pío.

»El cual se presentó á poco, y saludando con un breve «buenas noches», se sentó. Era un hombre de alguna más edad que los allí reunidos, alto y de presencia varonil, y al primer golpe de vista algo antipático. Á pesar de su barba espesa y obscura, tenía cierto aire sacerdotal.

»Era un solterón, sin familia, empleado de Hacienda y paisano de la dueña de la casa, doña Paulita, andaluza muy desenvuelta, con la que malas lenguas decían que si tenía ó no tenía ó dejaba de tener cierta intimidad. Lo cual les parecía á todos naturalísimo, por la costumbre que hay de que las patronas sueltas tengan algún requeleque.

»Mientras se servían la sopa, inició la conversación D. Perfecto con diversas consideraciones acerca del porvenir sonriente del afortunado Orellana.

»—Aquí tienen ustedes—decía—á un hombre que ha resuelto su problema. Dentro de poco se posesiona de su Notaría, que le dará dos ó tres mil duros, limpios de polvo y paja. Y esto para empezar. Después se va á Valencia, se casa con su novia, que es una realísima moza, y no se vuelve á acordar de ninguno de nosotros.

»—Hombre, no hay que exagerar—contestó Orellana.—Los amigos son siempre amigos.

»—Vaya—dijo Sierra,—que á Vila se le hace la

boca agua pensando que él podría ir de notario á Orense y casarse con la rapaciña que tendrá allí esperándole.

»—Prefiero eso á andar, como tú, rodando por los periódicos, engañando al público incauto—contestó Vila.

»—Pues yo afirmo—repuso Sierra—que los que piensan como tú son unos degenerados. Porque bueno es que las mujeres se dediquen á pensar en el casorio, pero los hombres deben pensar en algo de más trascendencia. En cuanto se reunen varios jóvenes, he notado que no hablan ahora más que de tener un sueldo y casarse, lo mismo que si fueran mujeres. Y es que la juventud de hoy está afeminada y su único ideal es asegurar el plato.

»—Tiene usted razón que le sobra, D. Augusto—dijo D. Pío interviniendo,—nuestra juventud debía estar encerrada en San Bernardino.

»—Hacía falta en España un nuevo Hércules—agregó Sierra—que volviera de arriba abajo la nación.

»—Pues yo creo—añadió D. Pío—que si Hércules resucitara no querría cuentas con nosotros. Porque se comprende que entre sus doce famosos trabajos acometiera al más penoso de todos, que, á mi juicio, debió de ser el de limpiar los establos de Augias. Pero aquí lo que tendría que hacer sería limpiar los establos por doce veces, y aún quedaría materia para otras doce; y esta operación me parece más propia de un basurero que de un héroe semidivino.

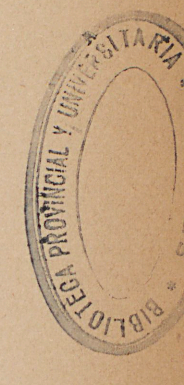
»Esta ocurrencia hizo gracia á D. Benito, quien se echó á reir al mismo tiempo que mascaba la

primera cucharada de garbanzos, y estuvo á punto de ahogarse con uno que se le atravesó de mala manera.

»Don Pío le sacó del paso dándole golpes en las espaldas, mientras Pepe Rodríguez hacía reir al resto de la reunión diciendo:

»—Por fortuna los garbanzos son menudos; que si llegan á ser de los de Fuentesaúco, acaba esto trágicamente.

»Sin duda D. Benito, que era de Fuentesaúco, celebraría con demasiada frecuencia los garbanzos de su tierra, y de aquí la oportunidad con que Pepe Rodríguez hacía ver el inconveniente de los garbanzos gordos.



»Pero D. Benito, inspirado por la excitación del ahogo, replicó con gran tino:

»—Los garbanzos de mi tierra se deshacen en la boca, amigo D. Pepe, y no hay temor de que se atasquen.....

»—Pues sí, señores—dijo Orellana, siguiendo el tema anterior,—me parece una pretensión ridícula la de querer reformar la sociedad cuando no se cumplen siquiera los deberes elementales de un ciudadano. ¿Cree usted—agregó, encarándose con Sierra—que no es misión alta la de fundar una familia y dar hijos útiles á la patria?

»—¿Pero qué hijos puede dar quien vive sin ideales?—replicó Sierra.—Si nosotros nos contentamos con ganar un sueldo, echándonos después á dormir, nuestros hijos querrán jubilarse á los veinticinco años, y la nación se hundirá más que está. Aquí ya no hay más esperanza que la juventud intelectual, y si esta esperanza se pierde también,

no habrá patria, ni nación; sólo habrá una gusanera.....

»—No lo tome usted por el lado patriótico—interrumpió Vila;—á mí no me va ni me viene con la patria, y lo que me interesa es resolver mi problema. Los que hablan de la patria son los peores, y yo creo que, si cada cual se condujera decentemente, no habría más que pedir.

»—No exageres, Perfecto—dijo Orellana;—eso que defiendes es un egoísmo inadmisible. Yo creo que debemos interesarnos por la nación, pero no reformándola, según el capricho de éste ó aquél, sino moralizándola y manteniéndola en la fe, y luchando por implantar el reinado de Cristo.

»—Amén—concluyó Pepe Rodríguez.

»—¿De modo—dijo Sierra,—que las generaciones se van á suceder unas á otras sólo para repetir constantemente los mismos actos? Eso sería aburridísimo. Tenga fe el que quiera ó el que pueda, pero que la humanidad no se pare, porque parándose á ninguna parte se va.

»—Es que hemos llegado ya, amigo mío—replicó Orellana,—y cuando uno llega adonde quería llegar, es insigne tontería seguir andando á ciegas. Yo me río de la agitación inconsciente de estos reformadores del día, que se dan aires de salvadores de la humanidad porque se preocupan por mejorar lo que antes han echado á perder. ¡Habrá majaderos!

»—Magnífico, Orellana—interrumpió Bonilla; —te recomiendo que, en cuanto puedas, pidas traslado para mi pueblo, donde te hallarás como el pez en el agua.

»—¿De dónde es usted?—preguntó Aguirre.

»—De Toledo; y le aseguro á usted que entre vivir allá y que me ahorquen, no sabría qué elegir.

»—Pues yo he estado una vez en Toledo—dijo Orellana,—y me parece que viviría allí muy á gusto. Aquello es una ciudad verdaderamente española.

»—Vosotros llamáis españolas á las cosas petrificadas y muertas—repuso Bonilla,—y yo creo que se puede ser muy español yendo hacia adelante. Lo que ha dicho Sierra es mucha verdad; ese amor al reposo, á casarse y enjaularse sin mirar el porvenir, es un carácter de los jóvenes de hoy, lo mismo los tirios que los troyanos, y ese carácter es mujeril y revela una gran degradación. Hay que tener algo dentro de la cabeza y pensar alto. La mujer tiene como centro natural la familia, pero el hombre debe salirse de esta pequeñez y trabajar como si su familia fuera el mundo entero. Así es como progresa la humanidad.

»—Me sé de memoria todos esos sofismas—gritó Orellana;—ahora me sales con el cuento del progreso indefinido y de la evolución, que están ya mandados recoger. ¿Crees tú que es posible transformar la sociedad? Un paso más, y creerás que se puede transformar el hombre, y hasta aceptarás que procedemos directamente del mono, como aseguran los transformistas.

»—No hay que levantar falsos testimonios—interrumpió D. Mariano, que hasta entonces no había intervenido en la discusión.—Lo que aseguran es que las especies se transforman según ciertas

leyes. Y aunque el mono es el animal que se aproxima más al hombre, han podido existir otras especies intermedias que desaparecieron ya.

»—Llámele usted hache—replicó Orellana.

»—Eso del mono me recuerda—dijo Pepe Rodríguez—un lance que le ocurrió á una criada de mi casa. Venía de visita mi profesor de Historia Natural, que era transformista, y la criada me había oído á mí decir que el profesor nos explicaba que el hombre venía del mono. Un día la criada no hacía más que mirar por detrás á mi profesor, y mi madre quiso saber por qué miraba tanto, y entonces la criada contestó:

»—Como ese señor dice que venimos de los monos, iba á ver si le asomaba el rabo por debajo de la levita.

»—Pues no crea usted que el disparate es tan grande—dijo riendo Orellana,—que yo he oído decir á un catedrático que el huesecillo ese que tenemos en salva la parte es el residuo del apéndice caudal que en otro tiempo tuvimos.

»—Esa—rectificó D. Benito—es la apófisis.....

»—No ponga usted motes feos—interrumpió D. Pío.

»—Á ese huesecillo y al del codo los llaman los huesos de la alegría—dijo Sierra,—y la verdad es que no sirven nada más que para molestar.

»—Precisamente en su falta de objeto—insistió D. Mariano—debía usted ver, amigo Orellana, usted que defiende la finalidad de todas las cosas, un motivo para buscar el por qué de que ese hueso atrofiado esté donde está. ¿Usted sabe el por qué?

»—Eso que lo explique D. Pío—dijo con sorna Aguirre.

»—Ese hueso está ahí—contestó seriamente D. Pío,—para que, cuando le dan á un hombre un puntapié, le duela mucho y se enmiende.

»—¿Le han dado á usted alguno?—preguntó amoscado Aguirre, mientras se miraban unos á otros los comensales.

»—Á mí no, porque los puntapiés se le dan al que huye, volviendo las espaldas, y yo no he hecho eso jamás. ¿Y á usted?

»—¿Á mí?.....—repitió Aguirre, mudando de color y levantándose.

»Al mismo tiempo D. Serapio, que estaba tan ronco aquella noche que apenas podía hablar, intervino para apaciguar á su paisano.

»—Hombre, parece mentira.....—fué lo único que se le entendió.

»—Eso es una ofensa que se me hace á mí personalmente—dijo Orellana.—Estamos aquí pasando el rato como buenos amigos, y me parece una descortesía que se agüe la fiesta por una cuestión tan baladí.

»—Bien está—dijo Aguirre sentándose,—ya arreglaremos el asunto después. Supongo—agregó dirigiéndose á D. Pío—que usted que da siempre la cara me la dará á mí cuando yo se lo exija.

»—Ahora mismo si usted quiere—contestó don Pío;—y á fin de que nuestros compañeros no se disgusten por causa nuestra, creo que podíamos en el acto zanjar la dificultad. Usted desea apelar á las armas, y yo propongo un duelo con las armas primitivas del hombre, con las manos. Va-

mos á echar el pulso, y al que venza por ser más fuerte se le da la razón, aunque no la lleve.

»—¡Magnífico!—gritó Bonilla, y todos le hicieron coro con diversas exclamaciones, entre las que sobresalían los ¡bravos! de Cook, que se deshacía de gusto.

»Aceptó Aguirre el desafío, y después de apartar un frutero y algunos platos que estorbaban, pusieron los contendientes los codos sobre la mesa y se cogieron las manos. La de D. Pío era fina como la de una señora, y la de Aguirre grande y apoyada en una muñeca hercúlea.

»Casi instantáneamente los nudillos de Aguirre golpearon repetidas veces en la mesa, con asombro de los comensales, que de pie rodeaban á los duelistas.

»—Espere usted que me apoye bien—dijo Aguirre.

»Y D. Pío contestó:

»—Apóyese usted cuanto quiera y eche las dos manos á la vez.

»Aguirre no aceptó esta libertad por lo pronto; pero, una vez que se vió dominado por segunda vez, echó las dos manos. Se mantuvo algunos segundos en equilibrio, pero después lentamente le hizo D. Pío dar con ambas manos en la mesa y aun levantar los codos.

»—Tiene usted una mano que engaña—fué lo único que dijo Aguirre, en tanto que todos los asistentes se disponían á probar también el pulso con D. Pío.

»Y éste los fué venciendo á todos los que probaron con una mano ó con las dos, como á Aguirre.

El único que con ambas manos le sostuvo el pulso fué Cook, excelente gimnasta y gran ciclista, como representante que era en España de varias casas constructoras de aparatos velocipédicos. Y Cook decía que sus puños estaban acreditados hasta en Inglaterra.

»La entrada triunfal de la paella en manos de la propia D.ª Paulita dió fin al certamen, y todos ocuparon sus puestos.

»Orellana, satisfechísimo, dijo á la criada que trajera algunas botellas de las que habían llevado para él aquella tarde, y Bonilla proclamaba las excelencias del duelo á pulso.

»—Hasta resulta más noble—decía—darse las manos en el acto de batirse, que no dárselas después del modo ceremonioso que se emplea en los duelos ordinarios. Ha sido una idea magnífica, D. Pío.

»—Y á propósito, D. Pío—dijo Orellana,—¿sabe usted para qué he hecho el encargo del vino y de algunas otras cosillas? Pues se trata de pasar el rato en el baile de la Zarzuela, y contamos también con usted.

»—Me extraña—contestó D. Pío—verle á usted tan sacado de quicio. ¿De cuándo acá?

»—Un día es un día, y yo, como quien dice, celebro mi despedida de la vida de hombre soltero. No hay que ser tan puritanos. ¿Usted viene desde luego?

»—Hombre, yo no me despido de la vida de soltero, porque afortunadamente no pienso casarme ni lo he pensado nunca. Ni creo que estoy para esos trotes, que no soy ya un muchacho como ustedes.

»—Pues si acaba usted de arrumbarnos á todos como trastos viejos.

»—Eso no tiene mérito, porque es en mí hereditario. Ya sabe usted que yo me llamo Cid de apellido, y en mi familia se conservaba la tradición de que el primer Cid que se estableció con los suyos en Aldamar poco después de la expulsión de los moriscos, era de los viejos Cides castellanos, descendientes de los Díaz de Vivar, que cambiaron el apellido en recuerdo del famoso Cid Campeador. Y éste, según las leyendas, tenía la mano dura.

»—De todos modos, usted tiene más alientos que un joven y no debe ser tan meticuloso ni tan retraído. Un día es un día. Conque no hay escapatoria.

»Don Pío no contestó, quedándose absorto como quien desea recordar algo que no le acude á la memoria.

»Entretanto los comensales elogiaban la paella con frases que llenaban de satisfacción á doña Paulita.

»—¿En qué piensa usted, D. Pío?—insistió Orellana, después de un momento de espera.—Se dirá que la idea del baile le recuerda á usted alguna historia antigua.

»—No hay tales historias antiguas ni modernas, ni yo he estado nunca en ningún baile de máscaras. Y si les dijera á ustedes lo que pienso se reirían de mí, estoy seguro.

»—Dígalo usted, que no nos reiremos—suplicó D. Benito.

»—Ustedes no creerán—dijo D. Pío—que un

hombre que no teme á nada ni á nadie en el mundo tenga miedo de las máscaras.

»—¿Y usted tiene miedo?—preguntó asombrado Cook.

»—Yo tengo miedo, sí, señores—contestó don Pío;—y si ustedes pensaran como yo, lo tendrían también.

»Todos alargaron las orejas y se prepararon á oir algún relato maravilloso.

»—La experiencia de la vida—prosiguió don Pío—me ha dado la convicción de que yo domino absolutamente cinco de mis sentidos corporales, y de que en cuanto á ellos toca soy amo de mí mismo, más que amo, déspota. Pero hay un sexto sentido que no cae por completo bajo mi poder, y que es una puerta abierta por donde temo que llegue hasta mí, el azar, que juega y se divierte con todos nosotros, cuando nosotros nos abandonamos á él.

»—¿Y cuál es ese sexto sentido?—preguntó Orellana.—Porque yo creía que eran cinco solamente: ver, oir, oler, gustar y tocar.

»—Hay además el sentido de la orientación—dijo D. Mariano,—y el muscular ó de la resistencia.

»—No me refiero yo á esos—dijo D. Pío,—esos son variedades del tacto, y aunque sean sentidos distintos no tienen importancia mayor.

»—Entonces será un sentido inventado por usted—dijo riendo D. Mariano.

»—Yo no invento nada—continuó D. Pío.—Ustedes habrán visto alguna vez una mujer vestida de máscara con un capuchón que la cubre por

completo, y habrán experimentado una sensación extraña, y luego habrán pensado que esa sensación provenía de la idea de que aquella mujer era una beldad rara, algo desconocido, fantástico.

»—Eso es cierto—afirmó Sierra.—Y no hay mujer enmascarada que no parezca hermosísima al mirarla al través del disfraz, al adivinar los ojos llenos de fuego y la boca encendida, y al ver asomar la garganta, que es bella en todas las mujeres.

»—Pues bien—dijo D. Pío;—esa idea vulgar es un gran error, que ha impedido que se ahonde en el asunto y se vea lo que hay dentro de él. Y hay muchísimo. No es que se adivine nada, ni que nos seduzca lo misterioso; es que recibimos directamente, sin intervención de los cinco sentidos, que el vulgo admite, la sensación del amor. Hay máscaras simpáticas y antipáticas, y si al amigo Sierra le parecen todas hermosísimas, es porque se acerca á las que le han inspirado simpatía. Y esta atracción ó repulsión no es cosa del sentimiento, sino de la sensibilidad; es una sensación como la del color ó el sonido. Como existe lo negro, ó negación de la luz, y la luz blanca ó indistinta, y por descomposición de ésta los colores del iris y sus matices; y como existe el silencio, ó negación del sonido, y el sonido indistinto, y por descomposición de éste las notas de la gama y sus variedades, así existe también la repulsión ó negación del amor y la atracción ó amor indistinto, y por descomposición de éste, una escala de sensaciones amorosas, cuyas combinaciones forman el arte de la vida.

sentimental. En la pintura ó la música hay muchos que admiran las obras de arte, y hay también quien las crea pasando por el penoso aprendizaje del dibujo y estudio de los colores ó del solfeo y ejercicios de ejecución. En el amor nadie ha creado jamás una obra propiamente artística, porque se desconocen las sensaciones elementales. Se ha escrito mucho sobre la psicología del amor, pero lo que se ha escrito tiene la misma utilidad que la crítica de las obras de arte. Y aun menos, porque en el amor los sabios estudian obras no de nuestro saber, sino de nuestro instinto; y tanto valdría estudiar como composición musical la serie de sonidos que, según la fábula cuenta, arrancó á una flauta el burro flautista.

»—Y ¿qué ciencia ni qué arte quiere usted que haya en el amor?—interrumpió Orellana—¿Está en nuestra mano amar ó dejar de amar, ó hacer las cosas de distinto modo que las hacemos?

»—Sí lo está—contestó D. Pío.—Y sólo un pudor mal entendido nos mantiene en la ignorancia que padecemos. ¿Qué diría usted de un hombre que para ver un cuadro cerrara los ojos y aplicara el oído, y para oir una sonata se tapara los oídos y abriera desmesuradamente los ojos?

»—Diría que era un estúpido—contestó Orellana.

»—Pues más estúpido es—dijo D. Pío—quien se enamora de una mujer viéndola, oyéndola, oliéndola, gustándola ó palpándola. Yo veo á una mujer, aun la más hermosa, como podría ver el pórtico de una iglesia. Y la oigo, si tiene la voz agradable, como una sinfonía, y aun el roce del

vestido al andar, que á otros tanto les seduce, á mí me suena á ruido de hojas secas, arrastradas por el viento. Y si va bien perfumada, me parece que estoy oliendo una caja de perfumes. Y si llega la ocasión de besarla y percibir su sabor, la gusto como podría gustar una fruta. Y si la toco y encuentro fina y sedosa la piel, me figuro que estoy acariciando á una gata. Y todo esto me ocurre porque yo he aprendido á conocer la sensación pura del amor y á separarla en absoluto de las demás sensaciones, que poco, casi nada, tienen que ver con el amor. Se compadece al ciego ó al sordo porque les falta un sentido; más digna de compasión es la humanidad, que tiene un sexto sentido más importante que los otros, y no lo usa por ignorancia.....

»—No sé por qué—interrumpió Orellana con gravedad—me figuro que va usted á decir alguna inconveniencia de marca mayor.

»—Pues está usted muy equivocado, amigo mío—replicó D. Pío secamente,—y por sí ó por no hago aquí punto redondo.

»—No haga usted caso del señor Orellana—dijo Pepe Rodríguez,—y díganos lo que nos iba á decir, que nos interesa de un modo extraordinario.

»—Yo también escucho con vivo interés á don Pío—agregó Orellana,—y mi observación no tenía malicia ni es motivo para que nos deje á media miel.

»—Otro día será—dijo D. Pío.—Por hoy baste saber que si los hombres ejercitaran su sexto sentido, evitarían los engaños del amor, causa principal de la bajeza humana. Nosotros vemos que

el sol se mueve, y que un bastón introducido en el agua se quiebra, y que los objetos que están fijos se mueven en sentido contrario del tren puesto en marcha, y que dos largas hileras paralelas de árboles se van juntando hasta tocarse sus extremos; y rectificamos éstos y otros errores vulgares porque conocemos la sensación óptica y sus leyes y anomalías. En la atracción amorosa las anomalías son inmensas; pero no es posible corregirlas, porque se desconoce la sensación pura y se echa mano de otras sensaciones que nos engañan más aún. Yo puedo asegurar que jamás me enamoraré de una mujer como ustedes se enamoran; los cinco sentidos de uso corriente no sólo no me sirven para enamorarme, sino que me distraen y me libran de caer en el verdadero amor, que sería el que llegase á mi espíritu por el sexto sentido. Una vez vi pasar por mi lado una máscara con un capuchón negro que la cubría de pies á cabeza, y sentí una emoción que jamás había sentido en mi vida; era una mujer, y si yo la hubiera seguido, no estaría hoy con ustedes. Quizás era un monstruo de fealdad ó de depravación. ¿Qué importa? Era una mujer que á mí me dió la sensación pura del amor, una sola, pero tan fuerte, que contra ella nada hubieran valido las de los otros sentidos juntos. Y he aquí por qué á mí me dan miedo las máscaras.

»—Dispense usted—dijo Vila—que no comprenda ese miedo. Porque si á mí me pudiera dar una máscara ese amor que usted nos pinta, yo la buscaría aunque tuviera que ir al centro de la tierra.

»—Porque ese amor—replicó D. Pío—le daría á usted la felicidad que usted desea.

»—Y ¿usted no desea la felicidad?—preguntaron á una Vila y Orellana.

»—No le doy importancia—contestó D. Pío.—Es una forma de la vida, pero no es la vida. ¿Qué ganamos con que á un tonto le adore una mujer y le haga feliz (cosa que á diario sucede), si el tonto continúa cometiendo tonterías y poniendo en ridículo á la especie humana? Y ¿qué se pierde con que un hombre de genio viva en la soledad y pase grandes amarguras, si la soledad y el dolor le inspiran nobles pensamientos que realzan á la humanidad, ofendida por el tonto feliz? Yo no soy enemigo del amor, pero sé que hay en el mundo algo más grande que el amor, y por este algo es por lo que yo vivo; y porque presentía que el amor sería un obstáculo en mi vida, lo sacrifiqué tiempo ha y huyo de él, y huiré mientras el cuerpo me haga sombra.

»—Y ¿se puede saber qué es para usted eso más grande que el amor?—preguntó Orellana.—Porque para mí lo primero es mi fe, y por ella lo sacrificaría todo; pero usted, que es bastante descreído, no sé qué pondrá en el primer lugar. Voy á serle enteramente franco; desde que le conozco le he tenido á usted por un hombre sin ideales, por un hombre tan hondamente escéptico, que no hará nada jamás, no por falta de inteligencia ni de energía, sino por falta de eso, de amor á algo que le saque de la quietud en que vive.

»—Es que yo me muevo por dentro—dijo don Pío, sonriendo y levantándose.

Y ya de pie, cogió una copa de Jerez, que no había gustado hasta entonces, se la acercó á los labios y añadió:

»—Brindo porque al amigo Orellana no le falte la fe jamás.

»—Y yo brindo porque usted la tenga algún día—contestó Orellana levantándose.

»Al mismo tiempo, algunos comensales se disponían á brindar también, mientras otros tomaban los postres.

»—Yo brindo—dijo Vila, dirigiéndose á su compañero—porque pronto seas el notario que otorgue más escrituras en España.

»—Y yo—dijo Bonilla—brindo porque se traslade á Toledo y deje la notaría para hacerse canónigo.

»—Pues yo brindo porque se case y tenga una docena de chiquillos—dijo D. Mariano.

»—Yo porque sea cacique de su distrito notarial—brindó Pepe Rodríguez.

»—Yo brindo—dijo D. Camilo de Aguirre levantándose—porque vuelva alguna vez á Madrid á pasar un rato con nosotros.

»—Yo brindo—dijo Sierra—porque venga, pero no sólo á divertirse, sino como diputado, para defender en el Parlamento la causa de la moralidad y de la justicia.

»—Yo—dijo Cook, por no ser menos que los demás—brindo por su prosperidad, y porque esta prosperidad no le haga olvidar á sus amigos de Madrid.

»—Y yo—brindó D. Benito—porque con el tiempo sea notario donde yo sea farmacéutico.

»—Eso es lo mismo que si brindaras por ti— interrumpió Pepe Rodríguez.

»—Á mí me parece—dijo Orellana—que lo que ha querido expresar es su deseo de que vivamos cerca, y éste será también mi gusto, porque, aparte nuestras peleas, D. Benito es un amigo de corazón.

»—Señores—dijo D. Serapio,—yo no quiero quedarme sin brindar. Brindo porque el nuevo notario no tenga nunca ronqueras como la que á mí no me deja hablar.

»Todos los brindis merecieron la aprobación de la concurrencia; y no obstante el tono espontáneo y ligero con que fueron pronunciados, dieron al final de aquella comida cierto aire de gravedad que emocionó al buen Orellana, el cual, agradeciendo á todos sus buenos deseos, dió rienda suelta á sus escasísimas facultades oratorias y dijo:

»—Poco más de un año hace que vine á Madrid, sin conocer á nadie y con el temor de perder el tiempo y recibir algunos desengaños. Pronto saldré de él con mi porvenir asegurado, y lo que es mejor, dejando amigos tan leales como ustedes, á quienes estimo como si les conociera de veinte años atrás. No es Madrid tan malo como dicen, pues el que trabaja algo y se porta como es debido, halla aquí quien le atienda, le aprecie y le ayude. Yo entré en esta casa por casualidad, y el trato que he recibido en ella ha sido excelente; he encontrado algunos amigos, y todos han sido excelentísimos; he luchado por ganar un puesto y lo he obtenido. ¿Qué más se puede apetecer? Yo creo que la mayor parte de los que se

quejan se quejan de vicio, ó porque sus pretensiones son inasequibles por lo exageradas. Yo prometo solemnemente que do quiera que esté seré un defensor entusiasta de este Madrid, de que otros hablan tan mal, y guardaré vivo el recuerdo del año que aquí he vivido, y en particular de los amigos que dejo, cuya amistad no se ha de perder ni entibiar porque los azares de la vida nos lleven, hoy á unos, mañana á otros, en distintas direcciones. Convengamos, pues, en conservar esta amistad, y que Dios le dé á cada uno lo que le tenga señalado en sus inescrutables designios.

»Con grandes aplausos fué acogida la proposición de Orellana. Todos le felicitaron, y los que estaban cerca le abrazaron, y cogiéndole en medio le condujeron hacia la puerta del comedor.

»—Señores—gritó Pepe Rodríguez,—antes de irnos propongo que se dé un voto de gracias á D.ª Paulita por la perfección con que estaba guisada la paella.

»—Aprobado, aprobado—contestó la asamblea.

»—Por unanimidad—exclamó Pepe Rodríguez.

»Y todos, en tropel, salieron del comedor con gran estrépito.»

Aquí termina el capítulo primero, y único escrito, de *La nueva generación*, en el que el autor no puso ciertamente gran cosa de su cosecha, puesto que la mayor parte de los conceptos están copiados, con imparcialidad telefónica, del banquete original, al que asistió Vargas, aunque, por conservar su impersonalidad de novelista, se oculte y ponga en el sitio en que él estuvo á los

falsos Sierra y Bonilla, cuyas razones son las únicas que hay que poner en cuarentena. Fuera de éste y de los otros reparos, ya mencionados, y de alguna pincelada caprichosa en el discurso final de Orellana (en el que Vargas, como buen madrileño, más que como fiel cronista, habla de Madrid como de Jauja), estoy convencido de que los comensales hablaron como Vargas les hace hablar, y no de otro modo. Para mí, lo más importante del banquete fué haber dado ocasión para que Pío Cid, por no desairar á un amigo á quien acaso no volvería á ver, se decidiera, aunque á disgusto, á ir al baile de máscaras; pues sin esta condescendencia quizá se hubiera muerto de viejo en una casa de huéspedes, y yo no tendría que escribir la historia de sus trabajos. ¡De tal suerte los hechos menudos é insignificantes trastornan la vida de los hombres, aun la de los más experimentados y dueños de su voluntad! Pío Cid tenía, como Aquiles, un solo punto vulnerable, el sexto sentido misterioso, que, por la imprudente interrupción de Orellana, nos hemos quedado sin conocer; y su mala estrella quiso que en el baile de máscaras recibiera la herida de amor que él, con su claro espíritu, presentía.

Muy largas eran ya las doce en el reloj de Gobernación cuando Orellana con D. Benito, D. Mariano y Pepe Rodríguez volvía del café á la calle del Arenal á recoger las provisiones que pensaba llevar al teatro. Pío Cid se fué con ellos, y reunida en el café toda la pandilla, salió en dirección del teatro de la Zarzuela; se posesionaron de su palco, y después de dejar en él las botellas y paquetes

de fiambres, se desparramaron para dar la primera coleada en el animado salón de baile, dejando solo á Pío Cid, que se distraía viendo desde su observatorio la abigarrada y bulliciosa cadena que formaban las apretadas parejas al recorrer la órbita del baile, mientras en el centro de la sala hormigueaba la concurrencia más inquieta, y en las butacas, puestas al rededor, descansaban los más pacíficos ó más fatigados.

Eran más los hombres que las mujeres; y como sólo las mujeres iban disfrazadas, predominaba en el baile el tono obscuro de la ropa masculina. Así, paseando la mirada sobre este fondo uniforme, casi se podía ir contando las máscaras. Notó, pues, Pío Cid, á poco de entrar, un grupo de seis máscaras, sentadas casi enfrente de su palco. Todas iban vestidas ó encapuchonadas de negro, con vivos rojos, como una bandada de pájaros ó como personas de la misma familia. Unas antes, otras después, iban saliendo á bailar cuando alguien las invitaba, y volvían luego á sentarse en el mismo sitio, en el que quedaban siempre dos por lo menos de la banda. Y Pío Cid notó también que las dos eran siempre las mismas.

Maquinalmente se levantó, bajó al salón, y después de dar una vuelta por el centro, se acercó á las dos máscaras é invitó á bailar á una de ellas, que era más alta y más delgada que la otra. La máscara dió las gracias, y se excusó diciendo que estaba fatigada. Á lo cual replicó Pío Cid:

—¿Cómo está usted fatigada si no ha bailado ni una sola vez?

Y diciendo esto, se sentó al lado de la máscara,

que, oyendo aquella pregunta y viendo aquel descaro, dijo con voz un tanto agria:

—Le advierto á usted que esa butaca está tomada.

—Ya lo sé—contestó Pío Cid,—y con irme cuando llegue quien se sentaba en ella, estoy cumplido. Pero antes, ¿qué mal hay en que yo insista una y diez veces para que usted baile conmigo?

—¿Nada menos que diez veces va usted á insistir?—preguntó la máscara con voz algo melosa, pero penetrante como el maullido de un gato.

—Diez no—respondió Pío Cid,—porque usted no es capaz de negarse nueve veces. Ya sé que hasta ahora no ha querido usted bailar con nadie; pero yo tampoco he venido á bailar; y, ahora que me acuerdo, ni siquiera sé bailar, ni me hace falta, puesto que usted no es aficionada al baile. Si á usted le parece, daremos un paseo por la sala y le haré á usted una pregunta que me interesa mucho.

—Mamá—preguntó la máscara á la de al lado,—¿quieres que dé una vuelta, y vuelvo en seguida?

—Bueno—contestó la mamá;—pero que no tardes.

Pío Cid se había puesto de pie y ofreció el brazo á la máscara, que apoyó en él apenas la mano. Ambos cruzaron la corriente de los danzantes y se perdieron en los grupos del centro de la sala.

—¿Sabe usted por qué he salido á dar una vuelta?—dijo la máscara, sin que Pío Cid le hubiera hecho ninguna palabra.—Pues porque me ha extrañado que tuviera usted el atrevimiento de querer bailar sin saber.

—Eso no es atrevimiento, sino distracción—dijo Pío Cid.—Yo deseaba acercarme á usted, y tomé el pretexto del baile como pude tomar otro.

—¿Y cómo, sin conocerme—preguntó la máscara,—deseaba usted acercarse á mí y hablar conmigo?

—Precisamente para conocerla—contestó Pío Cid.—Es decir, yo la conozco á usted espiritualmente, y me figuro cómo es su rostro y su cuerpo. Poco me falta ya que conocer.

—¿Es usted adivino?—preguntó la máscara.

—No lo soy; pero al verla á usted con disfraz he tenido que figurármela de algún modo, porque soy impaciente y no podía esperar á que se descubriera.

—Y ¿cómo se ha figurado usted que soy?—interrumpió la máscara con viveza.

—Tiene usted—contestó Pío Cid con aire de seguridad—los ojos grandísimos y negros. Más le diré: el antifaz, que á otras mujeres las agracia porque deja ver los ojos casi por completo, á usted la desfavorece, porque oculta lo mejor que hay en su rostro.

—Usted me dice eso para que me descubra—dijo la máscara.—Usted cree que yo soy una mujer á quien conoce, y desea salir de dudas.

—Yo no he visto á usted nunca—dijo Pío Cid,—ni usted me ha visto á mí tampoco hasta hoy. Pero yo la conocía á usted, y la he reconocido mirándola desde aquel palco. Si quiere usted venir conmigo.....

—Usted está viendo visiones—dijo la máscara, dejándose llevar fuera del salón.

Y mientras subía las escaleras apoyada en el brazo de su acompañante, preguntó á éste con voz natural, poco diferente de la fingida con la que hasta entonces había hablado:

—¿Es usted marino?

—Yo no soy marino....,—contestó Pío Cid sonriendo, porque le agradó la perspicacia con que la mascarita había notado su aire rudo é insociable, que algo se parecía al de la gente de mar.

Y luego, como si completara su pensamiento, añadió, mirando fijamente á la máscara:

—¡Esos ojos sí que son la mar!

Entraron en el palco, que estaba solo, y la máscara avanzó algunos pasos para ver el sitio donde sus compañoras se sentaban; luego se retiró al fondo para no ser vista. Pío Cid le ofreció una copa de vino y le mostró un paquete de chucherías por si deseaba tomar algún bocado. La máscara rehusó al principio, y aceptó después una rodaja de salchichón y algunas galletas; y como el disfraz le estorbaba, se echó atrás el capuchón y se levantó un poco el antifaz, dejando ver la barba, pequeña y redonda, y la boca, algo grande, de labios rojos muy bien dibujados, entre los que asomaban dos hileras de dientes blanquísimos.

—¿No quiere usted dejar ver sus ojos?—preguntó Pío Cid con tono familiar.

—No quiero que sufra usted un desengaño—contestó la máscara con cierto aire de presunción, que decía lo contrario que las palabras.

—Usted sabe—insistió Pío Cid—que no ha de haber desengaño, sino sorpresa agradable. Yo sé cómo son sus ojos porque los he visto. ¿No dice

usted que yo veo visiones? Pues los he visto en una visión que tuve la noche pasada.

—Entonces no tiene usted necesidad de verlos,— replicó la máscara.

—Al contrario, deleita más—dijo Pío Cid—ver en la realidad lo que ya se ha visto en sueños.

La máscara no se hizo rogar más, y descubrió por completo su rostro, que era de bella y rara expresión. Pío Cid se quedó sorprendido, mirando aquella extraña mujer; los ojos eran inmensos, como él los había adivinado, y las facciones muy semejantes á las que él se figuraba; pero él había ideado una belleza que tenía algo de raza negra; una mujer morenísima, de ojos brillantes y cabellera fuerte y rizada, en tanto que aquella joven tenía la tez clara, los ojos lánguidos, soñadores, y el cabello fino, sedoso. La joven le miraba con inocente coquetería, y él le preguntó:

—Tiene usted el tipo acabado de una criolla. Usted es española, pero no es de España.

—¿De dónde cree usted que soy?—preguntó la joven.

—El acento es español, casi andaluz; pero yo diría que es usted cubana.....

La joven se echó á reir, y por la risa comprendió Pío Cid que no se había equivocado.

Carlos Cook y D. Benito entraron en el palco con unas máscaras, y la joven se bajó el antifaz y se echó el capuchón.

—Vámonos—dijo Pío Cid, mientras D. Benito le decía:

—Vaya, maestro, que usted también se arregla como puede.

—Á ver si esa mascarita es la del sexto sentido,—agregó Cook en tono jovial.

—¿Por qué le ha llamado á usted maestro ese amigo?—preguntó la joven, apoyándose de nuevo en el brazo de Pío Cid.

—Porque le doy lecciones—contestó éste echando á andar.—Somos compañeros de casa.

—Es extraño—dijo la joven;—yo no me figuraba que usted diera lecciones.

—¿Qué había pensado usted de mí?—preguntó Pío Cid.

—Nada. Que era usted un hombre raro—contestó la joven.—Pero—añadió deteniéndose—por ahí vamos á la calle.

—Sí, vamos á respirar un poco, que aquí se asfixia uno. Volveremos muy pronto.

—Es que si tardo me van á reñir—replicó la oven.

—No tenga usted cuidado, yo iré con usted y no ocurrirá nada—le aseguró Pío Cid.

Y al mismo tiempo recogía su capa del guardaropa y se la echaba sobre los hombros á la joven con igual naturalidad que si ésta fuese una criatura de pocos años, diciéndole:

—Usted debe abrigarse bien, porque no estará acostumbrada á este frío..... Súbase también un poco el antifaz.

—Pues no he sentido ningún frío en los dos meses que llevo en Madrid..... Pero me parece un disparate salir ahora del teatro..... Y luego que yo apenas le conozco á usted.....—iba diciendo la joven, sin atreverse á volver pies atrás, como si un lazo misterioso la obligara á seguir al lado de Pío Cid.

Y este lazo era el temor de separarse de él y de perder de vista, quizás para no volver á encontrarle, á un hombre que le había llamado la atención, aunque sin despertarle gran simpatía.

Pío Cid debió de comprender esto, porque después de un rato de silencio, comenzó á hablar así:

—La invité á usted á pasear para decirla á usted algo que me interesaba, y para decírselo á solas, en pocas palabras, me he atrevido á sacarla del baile. Antes de verla á usted, cuando sólo la conocía por figuraciones, había yo decidido acercarme á usted para no separarme más. Yo no sé qué sentimiento es éste que yo tengo ahora, y casi puedo asegurar que no es amor, porque ya soy viejo para enamorarme; podría ser padre de usted, y si no la miro con ojos de padre, tampoco me atrevo á hacer ninguna declaración de amor, que me parecería ridícula, porque no se me ocurre naturalmente y tendría que urdirla con frases artificiosas. Me gusta en todo la naturalidad, y lo natural en mí ahora es decirla que deseo que vivamos unidos, sea en la forma que fuere, porque de seguro esta unión ha de crear entre nosotros algún grande y noble afecto, que en este instante no acertamos ó, mejor dicho, no acierto yo á prever. Por mí no hay dificultad ninguna, pues me hallo solo en el mundo, sin obligaciones ni ligámenes, y puedo cambiar de postura cuando se me antoje; pero usted tiene familia y no puede usted abandonarla ni yo meterme por las puertas de rondón.

La joven escuchaba estas inesperadas razones sin saber qué pensar ni qué decir. Había tenido

muchos novios y había oído muchas declaraciones de amor; pero ninguna, ni á cien leguas, se aproximaba á la de Pío Cid, para la cual no había contestación preparada en el repertorio que ella, como todas las muchachas casaderas, tenía para estos casos. Un momento pensó que aquel hombre no era raro solamente, sino loco de remate. Sin embargo, le hacía desechar este mal pensamiento la idea de que lo que él le explicaba era lo mismo que ella sentía. Ella tampoco estaba enamorada, ni podía estarlo, de una persona desconocida poco antes; y ella también deseaba seguir á su lado, como si hallara en él un protector que le inspirase igual confianza que un padre ó un hermano. Al fin, después de mucho dudar, rompió el silencio con una pregunta, la primera que se le ocurrió, al mismo tiempo que asomaban á la calle de Alcalá:

—¿Por qué no habla usted con mi mamá y con mi tía, que algunas veces han pensado admitir huéspedes?

—¿Viven ustedes solas?—preguntó á su vez Pío Cid.

—Solas, mi mamá, mi tía, mis tres primas y yo; pero no es seguro que estemos mucho tiempo en Madrid.

—¿Piensan ustedes irse á Cuba?

—No, á Barcelona con una familia conocida.

Y al decir esto, la joven intentó soltar el brazo de Pío Cid y preguntarle por qué se dirigía á la acera opuesta.

—Vamos á la chocolatería de enfrente—contestó Pío Cid antes que le preguntara,—un mo-

mento nada más. Me ha interesado mucho lo que me ha dicho usted, y desde luego estoy decidido á irme á vivir á su casa si me admiten, y á trabajar para que no se vayan de Madrid si está en mi mano hacerlo. Sólo que á mí me agrada la franqueza, y he de decir que voy por estar cerca de usted, y no sé qué van á pensar.

—Para decir eso—respondió la joven,—más vale que no vaya y se ahorra el viaje..... Pero no sé á qué venimos aquí—añadió al llegar á la puerta de la Chocolatería de Madrid;—yo no entro así como voy, y además se nos va á hacer muy tarde.

—Iremos á otra—dijo Pío Cid,—aquí cerca, donde habrá menos gente....., y si usted quiere, mi casa está á dos pasos, como quien dice; venga usted y verá mi madriguera.

—Vamos, no faltaba más, sino que yo fuera sola á su casa—dijo la joven, sin dejar de seguir á Pío Cid, y entrando con él por la calle de Peligros.

—Verá usted—añadió tranquilamente Pío Cid—cómo vivo, y viéndolo tendrá más confianza en mí, pues no sé por qué me figuro que usted cree á ratos que yo soy un loco ó un libertino. Ahora no hay nadie en mi casa, y no han de verla á usted, ni aunque la vieran la conocerían, ni aunque la conocieran perdería usted nada en ello. Voy á dejar mi cuarto mañana mismo, y quizás algún día le agrade á usted haber estado en él para saber donde vivía yo al conocerla..... Porque no sabemos lo que una simpatía que nace así, al azar, puede traer consigo; yo, sin más que esta simpatía,

deseo ya saber cómo vive usted, y dónde y cómo ha vivido desde que nació; y si llegara á quererla de veras, como lo espero y casi lo temo, desearía conocer hasta sus más escondidos pensamientos y todas las vicisitudes de su vida, principalmente las penas que ha debido pasar y que le han puesto en los ojos ese velo de tristeza, que me entristece á mí también.

Con esta conversación llegaron á la calle de Jacometrezo y á la puerta de la casa, seguidos del sereno, al que al pasar le había dicho Pío Cid que viniera á abrirles. Cuando la puerta estuvo abierta, Pío Cid le dió unas cuantas monedas y le pidió algunos fósforos. La joven entró la primera, y ambos subieron las escaleras, yendo delante con un fósforo encendido Pío Cid, quien, al llegar al tercero, tiró del cordón que quedaba puesto todas las noches para que la criada no tuviera que esperar á los huéspedes rezagados, y abrió sin mover ruido. Ambos entraron en el cuarto de enfrente de la puerta, y mientras la joven, fatigada, se sentaba en un sillón colocado delante de la mesa, Pío Cid encendía otro fósforo y buscaba la palmatoria que solía estar sobre la mesa de noche.

—Tiene esto gracia—exclamó después de echar una ojeada por la habitación,—me han dejado sin luz. La verdad es que, como yo no la uso nunca, quizás me la quitaron hace tiempo, sin que yo lo haya notado hasta ahora.

—Y ¿cómo se arregla usted sin luz?—preguntó la joven, no comprendiendo aquella ocurrencia.—Se pasará usted la noche fuera de casa.

—Al contrario—respondió Pío Cid encendiendo

otro fósforo,—es que me acuesto al obscurecer, y aunque no me acueste me gusta más, cuando estoy solo, estar á obscuras.

—Todas las cosas las hace usted al revés de los demás—dijo la joven.

—Voy por aquí fuera á ver si encuentro algo con que alumbrarnos—dijo Pío Cid,—antes que los fósforos se acaben.

—Mejor es—dijo la joven—que nos vayamos en seguida, no sea que se despierte alguien y nos vea.

—Espere usted un momento—dijo Pío Cid, echando otro fósforo y saliendo del cuarto.

La joven se levantó temerosa, y en el silencio y la obscuridad oyó la primera campanada de un reloj distante, aguzó el oído y contó los cuatro cuartos y luego la una, las dos, las tres y las cuatro. Aquel reloj parecía el cuento de nunca acabar.

—¿Usted no ha oído la hora?—preguntó á Pío Cid que volvía, sin haber hallado más que un pequeño cabo de vela en el cuarto de D. Benito. —Mire usted el reloj, porque no es posible que sean las cuatro.

—Yo no gasto reloj—contestó Pío Cid,—pero creo que no puede ser tan tarde.

—Ahora suena otro reloj—dijo la joven,—no haga usted ruido.....

—Las cuatro son—dijo Pío Cid, con gran serenidad,—parece mentira cómo paseando se nos ha ido el tiempo. Sin duda nos hallábamos muy á gusto el uno al lado del otro.....

—No hable usted de ese modo—interrumpió la

joven echándose á llorar.—Ya me habrán echado de menos, y quizá me estén buscando por todo Madrid..... Y ¿cómo me presento yo ahora delante de mi mamá?

—Me presentaré yo, como le ofrecí á usted—contestó Pío Cid,—y no ocurrirá nada. Lo que yo siento es que usted piense mal de mí; pero ahora que nos ha ocurrido esto, aunque me da pena de ver llorar á usted, me alegro, porque quizá de este disgustillo salga nuestra felicidad. Muchas veces—añadió acercándose á la llorosa joven y secándole las lágrimas,—las cosas se encargan de dirigir á las personas, y ya verás cómo á nosotros nos dirige esta pequeña torpeza. Si tú quieres—prosiguió tuteándola ya resueltamente,—mañana mismo podemos vivir juntos en tu casa, y cambiar todas vosotras y yo la vida que hasta aquí hemos llevado. Seis mujeres solas no pueden ir á ninguna parte buena, y, sin cometer indiscreción, te diré que os hace falta un hombre en la casa. Poco me has dicho tú, pero me basta para saber hasta el cabo de la historia. Tú no has sido, ni quizás tu madre tampoco, pero alguien de tu casa ha ideado ir al baile, como quien va á probar fortuna, porque no se presenta por los caminos naturales salida para vuestra embarazosa situación. Y sin vanidad te aseguro, pues conozco bien la gente que hoy se estila, que de todos los hombres que estábamos en el baile, yo soy el más á propósito para sacaros á flote á todas juntas. No soy rico, pero lo que tengo me sobra y no me lleva ningún interés bajo, ni se aviene con mi carácter aprovechar las flaquezas de los que se hallan en apuro. Yo

puedo ir á tu casa como huésped, pero con esto poco ó nada se adelantaría por faltar intimidad y confianza para que pudiérais acudir á mí; en cambio, si mañana nos presentamos los dos juntos y tú haces lo que yo te diga, todo se arreglará á gusto de todos.

—Pero ¿qué van á decir de mí?—preguntó la joven, que no comprendía por completo el plan de Pío Cid.

—Si dicen algo malo lo dirá tu misma familia, que se guardará de dar un cuarto al pregonero. Yo te digo esto á disgusto, porque parece que doy á entender que te tomo como pretexto para gobernar tu casa ó que deseo que tú te sacrifiques por toda tu familia. La verdad es que si yo he pensado lo que te he dicho, lo he pensado por ti, y que tú eres quien me atrae y quien es el centro de todas estas ideas mías. Pero los años no pasan en balde, y yo he aprendido á conocer que los sentimientos deben someterse á la prosa de la vida. Yo hubiera podido preguntarte las señas de tu casa y esperar á que mañana salieras, y seguirte, y hablarte, y escribirte cartas necias y rondarte como un mozalbete y pasar las semanas en este juego tonto, en el que yo me hubiera puesto en ridículo, mientras tú y tu familia luchábais quizás contra la miseria y sufríais las mayores privaciones. ¡Cuánto mejor no es saltar por encima de ciertas convenciones, que en este caso no sirven más que de estorbo y hablar con entera franqueza! Tu familia comenzará por poner el grito en el cielo, pero después comprenderá la razón y callará. Esto lo has de ver.

La joven se había levantado, mientras Pío Cid hablaba, y parecía más tranquila. Sin duda pensaba que el mal estaba ya hecho y que lo mejor era confiar en aquel hombre que no parecía malo y que tenía el dón de adivinar lo que á ella y su familia les pasaba. Todo aquello la sorprendía, le sonaba á música nueva y nunca oída; ni su malicia era tanta que imaginase ser víctima de un seductor astuto y perverso, ni su inteligencia tan despierta que comprendiese habérselas con un misántropo que de repente había sentido una ráfaga de amor, y por ella el deseo de correr una aventura filantrópica y extravagante. Lo que la joven percibía muy bien era que aquel hombre hablaba como un libro y demostraba un conocimiento exacto y admirable de la situación. Así, pues, sintió que se le iba del pecho la congoja que la ahogaba, y comenzó á sentir curiosidad y á mirar por todos lados para hacerse cargo de la habitación en la que, sin darse cuenta hasta entonces, se hallaba; luego, mientras Pío Cid se sentaba en el sillón que ella había dejado, comenzó á husmear los libros y papeles que sobre la mesa había; después se acercó á la mesa de noche, vió un papel blanco que asomaba por el cajoncillo entreabierto; cogió el pedazo de papel y leyó en voz baja y con dificultad, porque la letra era malísima, unos versos, sin título, que decían así:

¡Oh qué extraña visión me aparecía
esta noche en mis sueños!
Un ángel con las alas extendidas
bajaba de los cielos;
volando suavemente se acercaba

á los pies de mi lecho,
y con triste expresión me contemplaban
sus ojos grandes, negros.

Que era un nuncio divino yo creía
sus blancas alas viendo
y su forma en el aire suspendida
como un fantasma aéreo.
Mas aquella figura me miraba,
y yo angustiado, trémulo,
mi corazón sentía que abrasaban
sus ojos grandes, negros.

Yo quería escapar, pero en la huída
dejaba allí mi cuerpo,
y sólo, encadenado lo veía
con cadenas de hierro.
La piedad y el amor me sujetaban
y volvía de nuevo,
aunque la esfinge inmóvil me clavara
sus ojos grandes, negros.

Quizás aquella esfinge no traía
ningún mensaje célico,
sino que era la imagen dolorida
de mis amores muertos.
Se fué con la primera luz del alba,
y aun á saber no acierto
qué me diría cuando en mí fijaba
sus ojos grandes, negros.

—¿Ha escrito usted estos versos?—preguntó la oven cuando acabó de leer.—¿Es usted también poeta?

—Buen poeta estoy yo—respondió Pío Cid.—Esos versos los compongo durmiendo, y no valen la pena de que nadie los lea.

—Pues me gustan mucho—replicó la joven.—Ahora veo que no era broma lo que usted me de-

cía de la visión. ¿Es verdad que ha tenido usted esa visión?

—Sí, es verdad: pero no era visión; ahora veo que eras tú misma, ó el presentimiento de que iba á encontrarte.

—¿Entonces por eso me dijiste—preguntó la joven tuteando á Pío Cid por primera vez—que yo tenía los ojos negros?.... Pero he leído aquí una cosa..... á ver.....—añadió releyendo la poesía.—¡Qué letra más infernal!..... aquí..... «la imagen dolorida de mis amores muertos»..... ¿Qué amores muertos son esos?

—¿No me quieres todavía—preguntó Pío Cid con dulzura—y ya empiezas á estar celosa?

—No son celos....., pero contesta—insistió la joven.—¿Qué amores son éstos? Por algo me ha dado á mí el corazón, y mi corazón nunca me engaña, que tú eras un hombre gastado, un calavera. Tienes el aire avejentado, pero se ve que eres más joven que pareces, y que lo que te sale á la cara son las picardías.

—Buena idea tienes de mí—dijo Pío Cid eludiendo la pregunta.

—No es mala idea—replicó la joven.—Puedes ser muy bueno, y para serte franca, lo que me ha dado el corazón es que eres un hombre muy bueno y al mismo tiempo muy malo, es decir, duro y..... no sé explicarme.....

—Más vale que no sepas, porque me dirías algún disparate—interrumpió Pío Cid.

—Pero ¿y los amores esos?—insistió aún la joven.—A esto no me quieres contestar. Estarás estudiando el embuste.

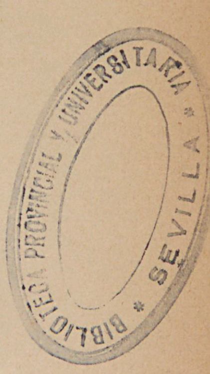
—Esos amores son—contestó Pío Cid gravemente—las ilusiones perdidas. Yo no hablo de ninguna mujer, y aunque hablara sería de amores muertos ya.

—¿Me juras que no has compuesto esos versos para ninguna mujer?—preguntó la joven con voz tierna, como si de pronto se sintiera poseída de un sentimiento nuevo y extraño.

—Para ninguna.....; es decir, para ti, antes de conocerte. Esta es la verdad—contestó Pío Cid.

Y al mismo tiempo su pensamiento se alejaba de allí volando á tierras lejanas, donde veía sombras de mujeres que él quizá había amado, y cuyo recuerdo había venido á visitarle en forma de visión alada y á anunciarle la resurrección del amor en aquella mujer de ojos grandes y negros que la fatalidad le había puesto delante. Y él se veía encadenado, sin poder ni querer huir, resignado voluntariamente á seguir un nuevo rumbo y á arrojarse en brazos del azar. Entonces sintió una hondísima y desconsoladora tristeza, y se echó á llorar como un niño. La joven le veía llorar con asombro sin atreverse á romper el silencio. Sonaron en la escalera pasos de los huéspedes que volvían, y ella fué á la puerta á ver si estaba bien cerrada; volvió junto á la mesa de noche y apagó el moribundo cabo de vela, que se derretía sobre la piedra de mármol, para que no vieran luz encendida los que entrasen. Luego se acercó á Pío Cid, le cogió á tientas la cabeza, se sentó sobre sus rodillas, le echó un brazo por el cuello y comenzó á besarle los ojos para enjugarle las lágrimas.

TRABAJO SEGUNDO.



Pío Cid pretende gobernar á unas amazonas.

Azarosa fué por demás la vida del capitán de infantería D. José Montes, y si hubiera de referirla punto por punto tendría materia sobrada para llenar varios volúmenes. No más que con la relación de los traslados que sufrió en su carrera, desde que la comenzó de soldado raso á mediados de siglo, hasta que se retiró de capitán graduado de comandante á los cincuenta años de servicios, y con la descripción de los disgustos que le dió D.ª Socorro, su mujer, en veintitantos años que le duró á la infeliz señora una enfermedad crónica de la matriz, que la tenía siempre en estado de excitación insoportable, habría asunto para escribir una docena de capítulos, llenos de abusos é injusticias, de dolores y de miserias. El capitán Montes fué perpetuamente el tipo del hombre obscuro, que se halla en todas partes, y á quien nunca le ocurre nada digno de mención. Su vida era una proeza continuada, y no había ninguna proeza en su vida. Estuvo en la guerra de África, en el Norte y en Cuba, y nunca tuvo ocasión para lucirse, como él hubiera deseado, ya que no por su inteligencia, que era mediana, ni

por su pericia, que era la de un militar rutinario, por su corazón, que era de buen temple. ¡Qué remedio! No tenía fortuna, y tuvo que tener paciencia y subir paso á paso y quedarse en los primeros escalones. Pero como el capitán Montes, aunque pobre y sin fortuna, era un hombre á la buena de Dios y con su pizca de filosofía, se consideraba venturoso en medio de sus contrariedades, y decía continuamente que si mil veces volviera á nacer mil veces haría lo mismo que había hecho, incluso casarse con la que fué su mujer, la cual, aunque le dió muchos malos ratos, tenía un corazón de oro y había sido una madre como pocas. Así, cuando al buen capitán le llegó la hora de morirse, en Murcia, al lado de su hija Candelaria, con la que se fué á vivir cuando se quedó viudo, cuentan que mandó llamar á un capellán castrense, llamado D. Gualberto González, que era su mejor amigo, para tener con él una última entrevista y cumplir los deberes de buen cristiano. Como su amigo le conocía muy á fondo, no tuvo la entrevista el carácter de una confesión, sino que ambos platicaron largamente con familiaridad y tan sin reserva, que Candelaria oyó gran parte de las razones que su padre tuvo en aquella hora suprema, y recordaba siempre la serenidad con que, resumiendo toda su vida, dijo:

«Yo no sé si será vanidad esta pretensión mía; pero crea usted, amigo D. Gualberto, que ahora que me veo tan cerca de cerrar el ojo, estoy más satisfecho que nunca de mi conducta y más convencido de que he hecho cuanto me tocaba hacer en el mundo. Mi pobre Socorro me echaba siem-

pre en cara mi falta de resolución, y hubiera querido que yo llegara á general, puesto que otros sin valer más que yo llegaron, Dios sabe cómo; y claro está que á mí me gustaría dejar á mis hijos un nombre encopetado, y que les diera más lustre que el que puede darles el de un obscuro capitán, que es lo más que yo he podido ser; pero al menos mi nombre es honrado como el primero y en mi hoja de servicios consta que yo permanecí siempre fiel á la disciplina; y habiendo estado en medio mundo, y nunca con muchos haberes, tengo el orgullo de no deberle nada á nadie y de no haber dejado á nadie un mal recuerdo mío. A mi mujer no le faltó nada en la larga enfermedad con que Dios quiso probarla á ella y probarnos á todos, y mis cinco hijos quedan colocados y no necesitan ya de nadie. Ricardo, el mayor, sigue en Barcelona, y ahora parece que sentó los cascos y que tiene un destino bastante decente en una oficina de Seguros. Ya sabe usted lo calavera que me salió este pícaro de Ricardo y lo mucho que me ha dado que hacer y lo que yo he bregado para ver de darle una carrera formal; siquiera he conseguido que sepa bien de pluma y cuentas, y con esto y con su dón de gentes, creo que no le faltará nunca que comer. Por el que estoy más tranquilo es por Luis, porque éste tiene su carrera; y aunque pasa sus apuros, y más ahora que está en Madrid, donde con el sueldo de teniente no hay para empezar, pronto ascenderá y mejorará algo. Ahora le he escrito para quitarle de la cabeza la idea que tiene de pedir para Filipinas, porque yo soy perro viejo y estoy al cabo de lo

que pasa en Ultramar. El Pepe me salió poco hábil para los estudios, y no pudo entrar en la Academia, pero él se ha sabido buscar la vida; se pasó á la Guardia civil, y ahora lo tiene usted en Cuba muy bien casado y muy contento. Este era el mejor de todos, y yo estoy seguro de que será el más feliz, porque, desengáñese usted, D. Gualberto, para mí la primera cualidad del hombre es la bondad, y aunque se diga que los pillos prosperan, me río yo de estas prosperidades; al fin el que es bueno es el más estimado de todo el mundo, y aunque no consiga glorias del otro jueves consigue vivir á gusto y hacer felices á los que le rodean. Con las mujeres es otra la canción; no tienen más salida que casarse, y si le digo á usted la verdad, ninguna se casó completamente á mi gusto. Este Colomba no es malo, usted le conoce de sobra; pero es un hombre sin pies ni cabeza y con el que no se puede contar para nada; menos mal que tiene para vivir con desahogo, y á mi Candelaria, ya que pasa sus tragos, al menos no le falta nada y podrá educar bien á mis nietas, que en verdad lo merecen, porque lo que es la Candelita en particular, esto no es ceguedad de abuelo, va á ser un prodigio. Usted sabe los disgustos que sufre mi Candelaria y la saliva que yo he tenido que tragar para no enviar á mi yerno á paseo; pues bien, más tranquilo me moriría si tuviera á mi Justa á mi lado, casada con otro Colomba, aunque fuera con otro un poco peor. Las hermanas creen que Justa es la afortunada de la familia, y casi le tienen envidia por pensar que está nadando en oro; pero un padre no se equi-

voca, y cuando á mí no me ha entrado nunca el fantasmón de mi yerno, por algo será. En fin, nada es perfecto en este mundo, y quizá yo peque de caviloso. Después de todo, ¿qué más puedo apetecer que dejar á mis dos hijas puestas en estado? Peor sería que se quedaran solteras, con una miserable pensión y expuestas á mayores calamidades. Aunque estén mal casadas, las mujeres ganan siempre teniendo al lado un hombre que les dé sombra; así, por este lado me puedo también morir tranquilo, aunque á ratos me aflija el pensar que las mujeres nunca tienen asegurado el porvenir, y que, por mucho que un padre haga por sus hijas, tiene que confiar su suerte á manos extrañas.»

No eran vanos estos presentimientos del honrado capitán, y si hubiera vivido algunos años más, su muerte, turbada sólo por las leves dudas que asaltaron su espíritu de padre previsor, hubiera sido amargada por las desdichas que cayeron sobre los suyos y contra las que no había ningún remedio. La primera víctima fué su hija Justa, que vivía en Matanzas, casada con un cubano rico, el fantasmón que tan poco simpático era á su suegro.

Los casamientos de Candelaria y Justa habían sido motivo de grandes disturbios domésticos. Don José buscaba ante todo la hombría de bien, y por su gusto las hubiera casado con dos medios novios que tuvieron en Sevilla, donde estaba destinado cuando las niñas comenzaron á pollear; pero D.ª Socorro no quería apresurar las cosas, esperando la llegada de los soñados príncipes que

sus hijas se merecían; y si no príncipes, personas de mérito y posición.

—Ya que yo me he sacrificado—decía—junto á un hombre muy bueno, pero muy nulo, como tú eres, deseo que á mis hijas no les ocurra lo propio y que me dejes á mí decidir lo que les conviene.

Á D.ª Socorro se debió, pues, la decisión, puesto que las niñas, particularmente Justa, no tenían más voluntad que la de su madre.

Candelaria se casó en Murcia, á los veintidós años, con un novio que le habló poco más de dos meses y que á D.ª Socorro le entró por el ojo derecho. Llamábase Fermín Colomba y era mallorquín de origen y de familia de pocos pergaminos; su padre ó abuelo, el que primero vino á Murcia, era panadero, y amasando tortas y bollos de Mallorca comenzó á reunir la fortuna, que el padre de Fermín hizo crecer como la espuma. Fermín, como muchos hijos de industriales enriquecidos, salió con pájaros en la cabeza y despreciaba no sólo las industrias, sino hasta el dinero que en ellas se ganaba, siendo su sueño dorado el arte, en el que no hubo rama que no picoteara. Sabía algo de música, pintaba bien, se las daba de literato y era un poquitín escultor; tenía, pues, varias habilidades inútiles y distinguidas, unidas á la promesa de heredar una fortuna no muy distinguida, pero en ningún modo despreciable, y D.ª Socorro vió colmada la medida de su deseo. Poco después del casamiento fué trasladado de nuevo D. José á Sevilla, que era la ciudad de su predilección, por haber nacido allí D.ª Socorro

y dos de los hijos, Justa y Pepe. Apresuraron el viaje á fin de llegar para la feria, y el mismo día que llegaron conoció Justa al que había de ser su esposo. Era éste un jovenzuelo de veinte años (algunos meses menos que Justa), de bella y arrogante figura y con humos de potentado. Se firmaba Martín de Gomara, y decía ser hijo único de una de las familias más ricas de la Habana. Tomábasele á primera vista por extranjero, pues se había educado en Inglaterra, y hacía gala de su extranjerismo para singularizarse; y á poco que se hablara con él se notaba que era un buen muchacho con pretensiones de hombre corrido y hastiado ya de todo lo que da de sí la vida.

La muchacha más descontentadiza se hubiera enamorado del joven D. Martín, sobre todo si tenía la desgracia de verle fumar, pues con dificultad se hallaría quien supiese manejar como él un cigarro; lo cogía con extremada delicadeza, lo encendía con autoridad, lo chupaba con petulancia, arrojaba el humo como un déspota y escupía después con aire tan marcado de desprecio que parecía ofender personalmente á cuantos cerca de él se hallaban. Nada tiene de extraño que Justa se enamorara ó se encaprichara; pero en cuanto á D. Martín, no se comprende que cayera tan fácilmente en las redes de una joven pobre y peninsular por añadidura, siendo vano y pretencioso hasta dejárselo de sobra y detractor sistemático de la Península. Él aseguraba que todo lo había hecho por dar un disgusto á su madre, contra la que estaba ofendido por asuntos de familia. Como no tenía padre, ni se dejaba gobernar por su madre,

estaba acostumbrado á hacer su santa voluntad, y en los últimos meses se le había ocurrido probar fortuna en el juego; después de varias alternativas salió de la broma empeñado y comprometido, y tuvo que acudir á su madre; ésta pagó sin replicar, y desde aquel día puso al hijo á media dieta, sin atender los ruegos ni hacer caso de las amenazas de suicidio con que le molía el alma todos los correos. Estaba, pues, D. Martín muy bien dispuesto para cometer un disparate, y el que se le ocurrió, decía él que fué llevarse á Justa y hacer una que fuera sonada. Pero Justa no se dejó robar, sino que, con el aprendizaje que tenía en las artes del amor y con el valioso auxilio de su expertísima mamá, no tardó dos semanas en volver tarumba al incauto D. Martín, quien ni siquiera comprendía lo que le pasaba. Él no estaba acostumbrado á sufrir, y le tenía verdadero miedo á todo lo que fuera incomodidad ó malestar; así, pues, se enfurecía consigo mismo viendo que muchas veces iba á pasear por la ciudad, y después de mil vueltas y revueltas se hallaba, sin saber cómo, debajo del balcón de aquella muñeca de Justita; y que si ésta no se asomaba, quizás intencionadamente, por hacerle sufrir, perdía él el apetito hasta el día siguiente y no dormía tampoco pensando si al día siguiente sería más afortunado. Todas las inocentes necedades que cometen los novicios en amor las cometía D. Martín sin darse cuenta, y creyendo en su orgullo cándido que estaba corriendo una original aventura, hasta que un día comprendió que sufría realmente y que tenía necesidad absoluta de poseer á Jus-

tita para que se le quitara su congoja, y sin pensarlo más, como hubiera podido apuntar á una carta que creyera había de salir, escribió á su madre pidiéndole permiso para casarse, bajo la amenaza habitual de suicidarse si se lo negaba. Su madre no se lo negó; al contrario, se mostró complacida de que alguien viniera á ayudarle á gobernar á su incorregible retoño, y sólo le recomendaba que no se apresurase y que supiera bien en qué familia iba á meterse. En el acto se presentó D. Martín en casa del capitán Montes, que estaba ya avisado por su hija y aleccionado por su mujer, y solicitó casarse con Justa como hombre que trae los papeles debajo del brazo y tiene que aprovechar el tiempo. El capitán no veía con buenos ojos aquella precipitación; pero D.ª Socorro había escrito ya á la Habana, donde tenía algunas relaciones por haber vivido allí algunos años con su marido, y sabía que D. Martín, salvo lo de ser un poco calavera, ni más ni menos que todos los jóvenes, era un bellísimo sujeto y un partido inmejorable en toda la extensión de la palabra. Se marcó, pues, un plazo para pedir informes, sólo por cubrir la fórmula; el casamiento se celebró á los dos meses, y los recién casados salieron de la iglesia para embarcarse en el vapor que desde Cádiz les condujo á la Habana.

Tuvo Justa la suerte de dar con una suegra buenísima, con la que ligó muy bien, no sólo por simpatía natural, sino porque á ambas las unían los disgustos que les daba D. Martín á diario con sus exigencias; aunque éste algo mejoró con el casamiento, seguía siendo caprichoso y voluble, y

dominado siempre por la manía del derroche inútil, como si le espoleara el deseo de liquidar pronto su fortuna.

«Yo no me veré nunca en la miseria—aseguraba—pues no he nacido para sufrir privaciones. De un modo ó de otro nunca me faltará, y si me faltara me suicido, y no hay más que hablar.» Al año de casado volvió á España con su mujer, y después de pasar algunos días en Sevilla y Madrid fué á Barcelona, donde tenía algunos amigos; se le ocurrió poner casa para venir todos los años una temporada, y sin más preámbulos lo puso por obra y se instaló con gran rumbo, como él hacía todas las cosas. Allí volvió D. Martín á entregarse al juego, y se hallaba tan á gusto en su nuevo centro de operaciones, que no se hubiera movido de él sin una circunstancia que le llenó de regocijo. Su mujer se quedó embarazada, y don Martín decidió que el hijo que naciera no debía ser peninsular, y dispuso el viaje á la Isla para cuando el embarazo estuviera bastante adelantado; y tanto quiso apurar las sesiones del tapete verde que la buena de Justa dió á luz en alta mar, á poco de pasado el golfo de las Yeguas, temido de todos los que cruzan el Océano hacia las Antillas y tienen la desgracia de marearse. Así nació la criatura, que fué bautizada con el nombre de Martina, en Matanzas, donde á la sazón se había ido á vivir la abuelita, para estar más al cuidado de su ya mermada hacienda.

Después de aquel primer viaje fué un no dejar de ir y venir, y acaso pasaron de veinte las veces que D. Martín y su familia surcaron el Océano,

que para ellos vino á ser cosa de juego también. Justa todo lo soportaba sin quejarse, porque había ido perdiendo poco á poco la escasa voluntad que tenía, y hasta se acostumbró á sufrir malos tratos de palabra y de obra cuando su marido llegó á estos extremos, exasperado contra sí mismo y contra todos por las continuas zozobras de su vida inquieta y desordenada. La pérdida de un niño que le nació dos años después que Martina, y en el que tenía puesto todo su orgullo, le retuvo algún tiempo al lado de la abuela, que se había quedado casi impedida; pero la muerte de ésta le dió nuevas alas, y después de un luto cortísimo, volvió á Barcelona á disipar la herencia. Así fueron pasando los años, unas veces en alza, otras hundidos y entrampados, hasta que el mismo don Martín se encargó, según lo había mil veces anunciado, de dar fin á su infeliz existencia. Justa decía, sin embargo, que no había habido suicidio, sino que su esposo se hallaba en cama gravemente enfermo y se había quitado la vida en un acceso de fiebre tirándose por una ventana, sin que los que estaban á su lado tuvieran tiempo para impedirlo. En los momentos lúcidos de la enfermedad, que fué la única que tuvo en más de veinte años de matrimonio, se mostraba cambiado y arrepentido de sus locuras, y su mujer estaba convencida de que si se hubiera curado hubiera sido muy otro de como fué hasta entonces.

Muerto D. Martín, su esposa y su hija, que ya estaba hecha una mujer, se hallaron solas en Matanzas, casi en la miseria, pues la enfermedad había dado al traste con lo poquísimo que que-

daba. Realizaron los muebles y se fueron á la Habana, donde tenían algunos parientes, y éstos, por quitarse la carga de encima, les aconsejaron marcharse á España y les dieron para el viaje y para los primeros gastos que tuvieran hasta llegar á Madrid, que era el punto que Justa había elegido. Con su hermano Ricardo no había que contar, pues ella le había tenido casi siempre á su cargo en Barcelona; Pepe el menor, que estaba en un pueblo no lejos de la Habana, era bueno, pero tenía un sueldo miserable y mucha familia, y además Justa había tomado horror á la Isla, y lo que quería era ir á España, que por estar más lejos le parecía mejor. En Madrid estaba su hermano Luis, y con su ayuda podrían hallar alguna salida, y por lo pronto hacer algunas gestiones para obtener la pensión á que, por parte de su padre, creía tener derecho como huérfana y viuda. Así, pues, se embarcaron madre é hija y emprendieron su último viaje á España; llegados á Santander, tomaron el primer tren para Madrid, y desde la estación del Norte fueron directamente á casa de Luis, que vivía en el extremo del barrio del Pacífico, creyendo darle una sorpresa, pues no le habían avisado de la llegada. Pero la sorpresa, y dolorosa, fué la de las viajeras, que hallaron el piso desalquilado, y por un vecino de la casa supieron que Luis, con su mujer, había salido para Filipinas pocos días antes, y que acaso en aquel momento se estaría embarcando en Barcelona. Justa no sabía qué hacer, hasta tal punto la turbó aquel desencanto; pero Martina tuvo una idea que creyeron salvadora: irse por lo pronto á

una casa de huéspedes y escribir á su tía Candelaria, explicándole lo ocurrido y preguntándole si quería que se fuesen con ella á Murcia, puesto que en Madrid solas, sin conocer la población ni poder siquiera moverse, y, lo que es peor, sin recursos, no les podía suceder nada buéno. Decidido así, en el acto encargaron al cochero que las llevase á una casa decente y modesta, pues ellas no conocían ninguna, y éste las condujo á una de la calle de Tudescos que era modesta, aunque no muy decente del todo. Por fortuna el hospedaje no duró ni veinticuatro horas, porque las atribuladas mujeres tuvieron un encuentro feliz, de esos que no ocurren más que en Madrid y en la Puerta del Sol. Almorzaron de prisa y mal, escribieron la carta entre las dos, con muchas frases cariñosas de Martina para su tía y primas, á quienes no había visto nunca más que en retrato, y, después de informarse de por dónde se iba al Correo, fueron á certificar la carta para estar más seguras de que llegaría á su destino. Despachada tan urgente comisión, volvían pies atrás por la calle de Carretas, donde un pilluelo pretendió darles el timo de la sortija, de tal suerte se les conocía el aire forastero, y al llegar á la esquina de Gobernación oyó Justa que alguien le decía:

—No puedo equivocarme, usted es D.ª Justa; lo estoy viendo y casi no lo creo.

—¡Usted, D. Narciso, por aquí!—exclamó doña Justa.—Sin duda el cielo le envía á usted. ¿Quién podía esperar este encuentro, niña?—añadió, dirigiéndose á Martina.—¿Tú no conoces á nuestro amigo Ferré?

—Vaya si le conozco—respondió Martina;—si le he visto antes de que se acercara, y te lo iba á decir.

—Pues yo he notado que me mirabas—dijo D. Narciso,—y casi estaba tentado de echarte un piropo. ¡Válgame Dios y qué buena moza estás, quién diría que yo te he tenido en brazos mil veces! ¿Pero de dónde has sacado esos ojos, chiquilla? Vaya, vaya.....; pero ahora veo que van ustedes enlutadas; ¿qué desgracia han tenido? ¿Quizás Martín, que me dijeron que estaba allá muy enfermo?.....

Doña Justa bajó la cabeza con aire compungido y Martina contestó:

—Sí, señor; hará pronto tres meses.

—¿Y cómo están ustedes en Madrid?—preguntó D. Narciso.

—Hemos llegado esta mañana creyendo encontrar á mi hermano Luis—contestó D.ª Justa,—y para que la desgracia sea mayor se ha ido á Filipinas. Estamos en una casa de huéspedes, pero pronto nos marcharemos á Murcia con mi hermana Candelaria. Ahora venimos del Correo, de dejar una carta para ella, y en cuanto conteste nos iremos, á no ser que ocurra otra nueva contrariedad..... Porque bien vengas mal si vienes solo.

—Pues mire usted, D.ª Justa, yo siento en el alma la pérdida que han sufrido, porque estimaba á Martín y porque le debía atenciones de esas que con nada se pagan. A cada uno lo suyo, y él, aunque tenía sus defectos, como todo el mundo, era un hombre generoso, de los que hoy ya no se gastan. Y ya que yo no pueda hacer

grandes cosas, porque desgraciadamente los negocios están cada día más perros, no permito que sigan ustedes ni un momento más en una casa extraña teniendo yo la mía, en la que hay sitio para todos. No le ofrezco á usted ningún palacio, sino un pobre piso, allá en el quinto cielo; pero la voluntad no puede ser mejor. ¡Y poco contenta que se pondrá Catalina cuando las vea; tantas veces como hablamos de ustedes en casa!

—Pero D. Narciso—replicó D.ª Justa, que no podía ocultar su gozo,—¿cree usted que no hay más que meterse dos personas por las puertas? Con mil amores aceptaría yo, pues ya ve usted que me encuentro aquí con esta criatura sin conocer á nadie más que á usted. Cuente con que iremos todos los días á su casa y que el tiempo que estemos aquí les molestaremos más de lo debido; pero, la verdad, yo sé lo que es una casa, y no quiero darle un mal rato á Catalina, haciéndole poner las cosas de arriba abajo.

—Es inútil cuanto hable usted—insistió D. Narciso;—ó somos ó no somos amigos. Hasta me ofende que ande usted con esos reparos, porque creo que revelan falta de confianza. Vamos todos á casa, y yo me encargaré de que recojan el equipaje.

Y todos juntos se encaminaron á la calle de Villanueva, donde D. Narciso vivía en un piso cuarto de una casa elegante, aunque de construcción endeble, de esas de tente mientras cobro.

Por muy poco estable que fuera la casa, menos estables debían ser los inquilinos del piso cuarto. Don Narciso estaba en tratos con un amigo de Barcelona para emprender un negocio que á él se le

había ocurrido, y esperaba no estar en Madrid para primero de año. Y D.ª Justa estaba pendiente de la contestación de su hermana y creía ir á Murcia para pasar la Nochebuena. Y el día que llegó á Madrid era el de la Concepción. Pasaban, pues, aquellos días, como quien vive en el aire; formando planes para el porvenir y recordando los buenos tiempos en que ambas familias vivían en Barcelona, cuando D. Martín daba de comer espléndidamente á sus amigos y D. Narciso andaba en empresas teatrales, que le daban para vivir bien y le permitían tratarse con lo mejor de la sociedad. Actualmente el buen hombre, después que el negocio se le torció, trabajaba como comisionista, y pretendía montar una empresa editorial, por un nuevo sistema de repartos, á medias con un editor barcelonés. D.ª Catalina, que era una mujer muy apocada y envejecida por los disgustos, soñaba en el día de volver á Barcelona, donde tenía su hijo único, empleado en un escritorio; no se alegró poco la buena señora de pasar aquellos últimos días acompañada por doña Justa y Martina, con las que podía desahogarse con la confianza que á todas ellas les daba su antigua amistad y su presente y común miseria. Recibió D. Narciso la carta que decidía favorablemente su proyectada empresa y su marcha de Madrid, y se decidió despedir la casa y partir todos el mismo día, supuesto, como se debía de suponer, que fuera también favorable la anhelada contestación de Candelaria, á la que D.ª Justa había escrito, además de la primera, otra carta en que le daba cuenta del encuentro con D. Narciso y

del cambio de casa. La respuesta se hizo esperar seis días, y al fin llegó certificada bajo sobre de luto, que sobresaltó á D.ª Justa, aunque Martina le decía: No te sofoques sin motivo, que el luto será por papá. Abre y lo verás. Y abrieron, y la carta decía así puntualmente:

«Mi queridísima Justa:

»Con una pena que no puedes figurarte leo tu carta de la Isla, dándome cuenta de tu terrible desgracia, pues la tuya llegó á mi poder cuando no habían pasado dos semanas de la muerte de mi pobre Fermín. Mira qué estrella la nuestra, que después de lo pasado, que ahora no hay para qué recordarlo, nos quedamos viudas las dos, con ocho días de diferencia y, como quien dice, en medio de la calle. Yo te escribí á Matanzas, pero, por lo visto, la carta no llegó á tiempo. Así es que me sorprendió tu carta de Madrid y me hizo llorar lo que no puedes imaginarte, viendo que á mis apuros se juntaban los tuyos, y que, además de los disgustos que estoy pasando, tenía que decirte que no vinieras. Dios sabe lo que hubieras pensado de mí, porque las cosas mientras no se ven no se comprenden. Pero ya sabes que yo, aunque me esté mal el decirlo, no me he cortado nunca por nada, y, después de pensarlo un rato, dije; lo que sea de una será de otra, yo me voy á Madrid á ver lo que Dios dispone. Ya debía estar ahí, y por eso no te he escrito, por llegar de repente; pero el viaje se me retrasa unos días, y te escribo porque estarás inquieta y por lo que me dices de la marcha probable de la familia Ferré.

Si se van, ya lo sabes: no dejes el piso. He facturado ya los muebles para que lleguen al mismo tiempo que yo, y arreglaremos el cuarto como mejor podamos. Á todo esto dirás que estoy loca, porque no sabes lo que aquí pasa. Ya te lo explicaré cuando llegue. Sólo te digo que tú eres feliz con haberte quedado sin nada, pero sin quebraderos de cabeza, mientras que yo no sé si me costarán una enfermedad las irritaciones que me ha dado la familia de Fermín. Dios le tenga en su santa gloria, que él ha tenido parte de la culpa por lo confiado que fué siempre en cuestiones de intereses, creyendo que todos eran como él, cuando su familia es una chusma, y no digo más. El mejor es el cuñado, que cuando se casó era un don nadie, y ahora, aunque se ha subido de punto, sabe guardar algunas consideraciones; pero la hermana es una desollada insufrible, y las niñas cortadas por la misma tijera. Yo sé bien que si me metiera por las puertas me recibirían con los brazos abiertos, porque en el fondo lo que tienen es envidia; pero no es la hija de nuestra madre la que ha nacido para vivir á cara de nadie, y en llegando á hablar de orgullo nadie me gana. Se han dejado decir que todo lo que nos correspondía por parte de los abuelos lo ha ido tomando Fermín á cuenta, conforme le hacía falta, además de lo que daba la hermana por haberse quedado sola con el negocio, y hasta que tienen dado de más, y que no han dicho nada durante la enfermedad de Fermín porque se hacían cargo de nuestra situación. Pero que no pueden seguir sosteniendo otra casa de familia además de la suya.

Todo, ya te lo digo, porque nos vayamos con ellos y bajemos cabeza. Ya les he dicho que yo me voy á Madrid, y que deseo un arreglo amistoso, aunque los abogados dicen que si yo quiero puedo reclamar y darles un disgusto. Figúrate que ni siquiera está hecha la partición de lo que dejaron los abuelos, lo que tendría que moverse ahora. Pero yo no quiero pleitos, y luego que todo esto duraría mucho, y, puestos de malas, no sé cómo íbamos á sostenernos aquí las cuatro. Yo pasaría por todo, pero las niñas dicen que en otra parte harían cuanto fuera menester, pero que aquí les da fatiga. Además, la Paca está, como sabes, mal de la vista, y cada día peor, y dicen que convendría que la viera algún buen oculista de Madrid, pues todavía tiene cura. Desde que les he dicho que ya es seguro que nos vamos, están que no saben lo que les pasa, deseando por horas y momentos salir de aquí, y conocerte á ti y á Martina. Os envían un millón de besos, y yo otros tantos. La detención del viaje consiste en que tengo que arreglar el asunto de que te hablo para ver de contar con algo, aunque sea poco. Un amigo muy antiguo de papá (q. e. p. d.), llamado D. Gualberto, se ha encargado de hablar por mí con mi cuñada, y dice que él la convencerá de que deben de nombrarme alguna pensión, siquiera hasta que las niñas se casen. Esto sería lo mejor. No tengo tiempo para escribirte más. Como pronto nos veremos, ya te contaré cosas que te parecerán increíbles, y tú me contarás también las tuyas. ¡Si nuestros padres vivieran y nos vieran ahora teniendo que vivir, como quien dice, á expensas

de unos y de otros y con la carga de cuatro criaturas! Por ellas lo siento yo más que por nosotras, que de cualquier modo nos arreglaríamos. Y ¿qué me cuentas de Luis, haberse ido á Filipinas, tantó como papá trabajó para quitárselo de la cabeza? Si estuviera en Madrid, aunque no pudiera ayudarnos, siquiera sería un hombre á quien acudir; porque para ciertas cosas las mujeres no servimos. En fin, hay que hacer de tripas corazón, y cuando Dios nos pone en este aprieto, él sabrá por qué lo hace, y él se encargará de iluminarnos y de darnos fuerzas y ánimo para salir adelante.

»Me parece mentira que pronto vamos á vernos juntas después de tantos años de separación. ¡Quién sabe si nuestras desgracias serán motivo de que mejoremos de fortuna! En fin, no queda papel para más; mil besos y abrazos de las niñas y de tu hermana, que con alma y vida te quiere,

»Candelaria.»

En uno de los márgenes decía además la carta: «Llegaré por la mañana para poder dedicar el día á recoger los muebles de la estación y arreglar, por lo menos, las camas para no tener que dormir en el suelo.» Y en otro venía esta nota: «No te digo fijamente el día de mi llegada porque no lo sé. Quizás no te avise para llegar sin que me esperes.» Además había una esquela para Martina, en la que las primas le decían:

«Querida Martina:

»Ya te dirá tu mamá que muy pronto vamos todas á Madrid, de lo que te alegrarás tanto como

nosotras. Estamos muy tristes desde la muerte de papá, y tú estarás lo mismo. Ya nos consolaremos las unas á las otras, y procuraremos desechar nuestra tristeza viviendo juntas como buenas hermanas. Yo no te conozco todavía y ya te quiero mucho, como todas. Estoy deseando de ir á ésa para conocerte y para ver si me curo del mal que tengo en la vista. Dicen que si se deja pasar el tiempo quizás me quedaría ciega. Hazte cargo la pena que tendré, que no hago más que llorar, y esto me pone peor. Adiós, querida prima; recibe un beso y un abrazo muy apretado de tu prima.

»PACA.»

«Simpática primita: Todas te hemos agradecido en el alma las cosas tan cariñosas que nos dices en la carta de tu mamá. Parece mentira que no nos hayamos visto nunca queriéndonos tanto como nos queremos. Yo te aseguro que te veo como si te conociera, y que estoy enamoradísima de ti por tu retrato de hace tres años, y me figuro que estarás aún más bonita. Dice mamá que eres el vivo retrato de tu padre, que tenía fama de guapo y arrogante. Ya nos contarás cosas de los países que has visto, sobre todo de Cuba, que me gusta al perder. Antes de la enfermedad de papá aprendí á cantar las guajiras que me enviaste. Son lindísimas. En cuanto vaya á Madrid, como pueda, iré al Conservatorio, pues tengo pasión por la música y el canto, y mamá dice que podía hacer muy buena carrera. ¿Y tú, has perdido ya la afición? No me dices nada. Verdad es que no estarás de

humor para pensar en esto. Yo tampoco hago nada desde hace más de tres meses, ni están las circunstancias para hablar de estas cosas. Sueño pensando en que nos vamos á ver al fin. Que fuera para vivir siemprejuntas es lo que desea tu prima, que te quiere muchísimo y te envía mil besos,

»CANDELARIA.»

»Mi queridísima prima:

»Ya ves lo egoistonas que son Paca y Candelita, que no me dejan más que dos renglones. Cuanto te dicen ellas te lo repito yo, y además te envío un millón de abrazos y caricias, y te beso en los ojos, que nos tienen á todas chifladas. Adiós.

»VALENTINA.»

No se puede saber á punto fijo las veces que la carta y la esquelita fueron leídas y releídas, sin comprender si era malo ó bueno lo que anunciaban. Martina estaba entusiasmada con la idea de reunirse todas en Madrid; D.ª Justa no las tenía todas consigo, aunque se le quitaba un peso de encima con la llegada de su hermana, la cual, como más lista y resuelta, sería la directora del cotarro, y pensaría, buscaría y revolvería por todas, y más y mejor que todas juntas. Don Narciso, enterado del caso, creía un solemne disparate la reunión de seis mujeres solas en Madrid sin otro recurso que la imaginación.

—Tal vez—decía á D.ª Justa—su hermana de usted traiga algunos fondos para vivir los primeros meses, y entonces menos mal; pero, aun así y

todo, mejor sería establecerse en una ciudad pequeña; porque aquí, en Madrid, el dinero se va sin sentir, y antes que ustedes conozcan el terreno y decidan lo que van á hacer, el dinero se les habrá volado y se encontrarán en un callejón sin salida. De todos modos, nosotros deseamos conocer á su hermana y sobrinas, y puesto que han de venir, las esperaremos, y el mismo día que lleguen por la mañana, nos vamos por la noche, y ustedes quedan dueñas de la casa. Y si no pueden seguir aquí, en Barcelona estoy; no tienen más que ir allá y disponer de mí en lo poco que yo valgo.

Dos días después de la carta, muy temprano, cuando todos dormían aún, excepto D.ª Catalina, que se había levantado para ir á la compra, entraron por las puertas de la casa las cuatro viajeras sin mover ruido, porque, al saber que D.ª Justa y su hija dormían, quisieron sorprenderlas en la cama. Traían consigo sólo el equipaje de mano: dos maletas y dos sombrereras, una cestita con pan y algunos fiambres, y un gran cestón de tapaderas muy cosido, que D.ª Candelaria se apresuró á abrir cortando las puntadas de hilo bramante con un cortaplumas para dar suelta á cinco gatos que allí encerrados venían, y que comenzaron á arquear el lomo y estirar patas y rabo con desperezos y maullidos, más de hambre que de entumecimiento.

—Cinco huéspedes más—dijo D.ª Candelaria, viendo el gesto de extrañeza de D.ª Catalina.—Ya ve usted, no hemos tenido corazón para abandonarlos. Todos han nacido en casa, y mi Valentina los quiere mucho. Pero vamos adentro.....

¿Por dónde? ¿Hace usted el favor, D.ª Catalina?

—Por aquí..... Pasen, pasen..... Esa puerta de enfrente es la de la alcoba.....

Al decir esto, aparecía D.ª Justa en camisa, gritando, riendo y llorando, todo á un tiempo; y mientras se abrazaba á su hermana, sus sobrinas se metían en el dormitorio y despertaban á abrazos y á besos á Martina, que sentada en la cama, con los ojos atontados, chillaba de gusto y sorpresa. Entraron las mamás en la alcoba, y mientras los gatos hacían coro á la puerta, arañando para entrar también con sus amas, y D.ª Catalina iba á despertar á su marido, D.ª Justa y su hija se echaban una bata, se recogían el cabello con cuatro horquillas y se calzaban apresuradamente para poder atender con todos sus cinco sentidos al diluvio de preguntas que se les hacían y hacer otras tantas por su parte. Salieron todos á la sala, y las viajeras se aligeraron un poco de ropa, como quien se encuentra ya en su casa.

—¡Válgame Dios!—dijo D.ª Justa.—Después de tanto tiempo, sigues con la manía de los gatos, como cuando tenías la coja y la morisca, que dormían contigo en la cama.

—Ahora no soy yo—contestó D.ª Candelaria,—es esta Valentina, que por parecerme más, me ha salido hasta en eso. Y ¿qué me dices de mis niñas? Yo á Martina la encuentro guapa de verdad. Es pintiparada á su padre; pero con más expresión en los ojos y la nariz un poquito acaballada, como todos los Montes. Y luego ese pelo tan negro, más negro que el azabache. Vaya, que puedes estar orgullosa.—No os ofendáis, feas mías—

agregó dirigiéndose á sus hijas;—pero Martina es más guapa que vosotras. A mí el amor de madre no me ciega.

—Pues las tuyas—dijo D.ª Justa—no tienen nada que envidiar á nadie, no digas. Lo que me extraña..... Vamos, que yo no creía que tú tuvieras hijas tan rubias. En particular Candelita, parece una espiga de oro. Verdad es que Fermín era rubio y blanco como pocos hombres he visto yo..... Pero encuentro que la que más se parece á ti es Paca. Valentina tiene más de mamá; fíjate en la frente, y sobre todo en el entrecejo; es materialmente una haba partida.

El diálogo encomiástico de las mamás y el coloquio pueril que en voz más baja sostenían las primitas, fueron interrumpidos por D. Narciso y su mujer, con cuya llegada la conversación cambió de tono, porque D. Narciso, después de los saludos, deseó aprovechar el escaso tiempo que le quedaba que estar en Madrid para aconsejar á aquella familia, que bien lo había menester. Doña Candelaria todo lo hallaba llano y fácil, y no porque contara con nada seguro, pues con sorpresa supieron todos que el arreglo convenido por don Gualberto con la hermana de Fermín consistía en que ésta diera doce duros mensuales por trimestres anticipados, y parte de los primeros treinta y seis duros se había ido en el viaje. De suerte que hasta Marzo sólo quedaba el resto y unos cuantos duros que tenía D.ª Justa, con todo lo cual no había ni para acabar el mes. Sin embargo, decía D.ª Candelaria que con aquella insignificante pensión no se podía vivir en ninguna parte, y que

para tener que buscarse la vida, convenía un centro cuanto más grande mejor, donde hubiera mundo y donde cada cual pudiera hacer lo que le diese la gana, sin críticas ni murmuraciones de nadie. En fin, á lo hecho, pecho. La necesidad es la mejor consejera, y lo que seis mujeres no discurrieran, no sería capaz de discurrirlo ni el mismo diablo en persona. La vanidad de D.ª Candelaria fingía verlo todo de color de rosa, aunque, á decir verdad, la procesión iba por dentro.

Dedicaron aquel día al cambio de muebles. Los que se iban embalaron unos pocos suyos y devolvieron los más, que eran alquilados, dejando sólo algunos chismes de cocina, que no valían la molestia de transportarlos, y las que se quedaban distribuyeron provisionalmente los muebles traídos de la estación, que eran, según nota escrita de puño y letra de D.ª Candelaria: una cama grande y tres pequeñas de hierro, cada una con un jergón, dos colchones de lana, un juego de almohadas y dos cobertores; un estrado completo en bastante buen uso, con dobles fundas blancas y de lona gruesa; doce cuadros, pintados por Colomba; una docena de sillas de paja, dos de cuero y un sillón de vaqueta; una cómoda; dos armarios; dos clavijeros de hierro y dos de madera; una mesa de sala, con su espejo, y dos más, una de comedor y otra pequeña de pino; un tocador con espejo y dos espejos más, sueltos; un cajón con varios santos de talla, dos de ellos, San José y la Virgen del Socorro, con sus correspondientes fanales; una caja con una guitarra y una bandurria; un cajón grande con varios efectos de cocina. Todos los de-

más objetos venían en tres grandes baúles, llenos principalmente de ropa blanca de cama y vestir y de rollos de tela, antiguos vestidos que D.ª Candelaria había deshecho para teñirlos y arreglarlos para el luto, á fin de no comprar más que lo preciso, que era lo que traían puesto.

No es posible describir la colocación que los muebles enumerados tenían en el piso de la calle de Villanueva, porque fueron tantos los cambios que sufrieron, que no pasaba día sin que aquellas seis mujeres, solas y sin ocupación por el momento, no se entretuvieran ideando una nueva distribución de la casa y del mueblaje. Ni la cocina, cuyo uso forzoso estaba indicado por las hornillas, carboneras, vasares, fregadero y caño de agua sucia, se vió libre de la acción revolucionaria de aquellas amazonas, que la convirtieron en comedor para que la hornilla y vasares hicieran las veces de repostero. Para guisar lo poco caliente que guisaban servía un anafe que D.ª Candelaria había traído, y que economizaba mucho carbón y trabajo de limpieza. Lo que sí se puede asegurar es que en ninguna de las transformaciones podía compararse aquella casa con la de Murcia, puesto que D.ª Candelaria había malvendido allí todos los muebles que no eran indispensables ó que no eran un recuerdo de familia, sin excluir el piano, el ojo derecho de Candelita. Asimismo hubo varios arreglos para dormir las seis en las cuatro camas, por no seguir pagando el alquiler de la que tenían D.ª Justa y Martina. Primero dormían solas D.ª Candelaria y D.ª Justa, y las niñas dos con dos: Martina con Candelita y Paca con Va-

lentina. Después, como la cama de D.ª Candelaria era muy grande, Valentina, que todavía era una niña, pues apenas había cumplido quince años, se fué con su mamá y Candelita con Paca; pero como ésta estaba enfermucha y Candelita había simpatizado en extremo con su prima, volvieron á dormir juntas y dejaron á Paca sola.

No era el dormir ciertamente lo que más preocupaba á aquellas abejas inactivas, sino el hallar medios de vivir. Lo poquísimo que tenían se acabó en los días de Pascua, y hubo que ir á una casa de préstamos á empeñar un reloj, y después otro, hasta que todas las niñas se quedaron iguales, y no se volvió á saber la hora que era á punto fijo.

—Cuando pasen estos días—decía D.ª Candelaria,—hay que empezar á moverse.

Y, en efecto, no se descuidó, pues apenas supo andar por Madrid salía sola ó con su hermana muy temprano, y volvía á salir después de almorzar para enterarse dónde podían darle alguna labor. Martina sabía adornar sombreros, más por gusto natural que porque hubiera aprendido; Candelita podía dar lecciones de piano á niños pequeños que comenzaran el solfeo, y todas bordar, coser en blanco y cuanto fueran labores propias de señoras distinguidas, aunque venidas á menos. Halló algunas promesas de trabajo para más adelante, y en una corbatería le dieron avíos y modelo para hacer dos docenas de corbatas por vía de prueba; pero esto no resolvía nada, porque pagaban á seis reales la docena y no era seguro que hubiera una tarea todas las semanas. En otra tienda no le die-

ron trabajo, pero le dieron las señas de una modista á la moda que tenía necesidad de una joven elegante y de buena figura para la prueba de vestidos y confecciones. Martina fué elegida por su mamá y tía de acuerdo, y presentada á la modista, que la admitió gustosa, quedando en fijar el sueldo después de algunos días de ensayo. Pero á las pobres mujeres no les dió buena espina la casa, y menos cuando en la corbatería, donde hablaron del asunto, les dijeron que la modista no era persona de confianza para entregarle una joven sin experiencia, pues en su casa, con el pretexto de las modas, celebraban entrevistas secretas señoras y caballeros de la buena sociedad, según decían malas lenguas, que cuando lo decían lo dirían por algo.

En estas y otras tentativas pasaba el mes de Enero, y entre la casa, la comida y los gastillos menudos se llevaban poco á poco las alhajas, que, como menos precisas, eran las primeras que iban al empeño. Por donde se comprenderá la recta intención de aquellas mujeres, puesto que otras en su lugar quizás hubieran empeñado las sábanas antes que las sortijas y pendientes para no privarse de estos adornos, útiles cuando se aspira á servirse de la belleza para atraer algún enamorado generoso que haga el gasto. Doña Candelaria no pensó jamás en semejante bajeza, y aunque algún día habló de ceder á un caballero una habitación con asistencia ó sin ella, según los usos de Madrid, pensó desde luego en un caballero decente, y, á ser posible, respetable por su edad. En cuanto á D.ª Justa, solía terminar algunas dispu-

tas que se promovían por la escasez de dinero, con una frase, que en sus labios era sacramental:

—Aquí hacen falta unos pantalones.

Porque la buena señora no tenía carácter ni voluntad propia, y no comprendía que una casa pudiera marchar bien sin un hombre que ejerciera la autoridad, aunque fuese del modo absurdo y despótico que la ejercía su difunto marido. Y el mal éxito de las gestiones de su hermana la confirmaba más de día en día en su parecer. Aunque parezca extraño, á pesar de que las muchachas salían todas las tardes con sus mamás, no se les había presentado ningún pretendiente, que al menos les diese compañía y rompiera la vida monótona que llevaban, ya que no fuese un hombre honrado y formal de quien pudiera esperarse algo para el porvenir. Los jóvenes honrados y formales que había en la corte, si había entonces alguno, huyeron del número excesivo de mujeres ó de la miseria que se les transparentaba, y los vividores y libertinos quizás no se atrevieron, temerosos de que al lado de aquellas mujeres vestidas de luto la diversión se les convirtiese en lluvia de lágrimas. Por todas estas razones se explica que D.ª Candelaria tuviera el arranque repentino que tuvo el día 1.º de Febrero de ir á la Zarzuela y hablar con el director de la compañía que allí actuaba y suplicarle que diera á Candelita un puesto en el coro, y, si era posible, que le confiara papeles para empezar, pues la joven tenía condiciones para salir airosa en cuanto venciera la timidez de los primeros días. El director probó la voz á la

muchacha, con amabilidad rara en las costumbres teatrales, y dijo que no tenía inconveniente en colocarla en el coro; pero, interesado por la joven, cuya educación y distinguida compostura saltaban á la vista, aconsejó á la mamá que desistiera de su propósito, pues era lástima que anduviera rodando entre gente de vida poco ejemplar, salvo contadas excepciones, una joven que podía ser una artista de mérito con poco que estudiara y supiera presentarse al público como era debido. Doña Candelaria agradeció el consejo con lágrimas en los ojos, y salió del teatro llena de orgullo maternal por tener aquel portento de hija y entristecida porque también aquella puerta se les cerraba. Entonces miró distraídamente el cartel de anuncios, y vió que después de la función de zarzuela había anunciado baile de máscara, y se le ocurrió pensar:

—¡Si viniéramos esta noche al baile!.....

Á decir verdad, D.ª Candelaria no pensó seriamente en aventajar nada yendo al baile; pero tenía odio á la inmovilidad y al recogimiento, y decía siempre que al que no grita Dios no le oye. Estarse en casa quietas y resignadas, era tanto como echarse al surco y declararse vencidas á los primeros disparos. La sociedad puede ser útil cuando se vive realmente en ella, no encerrándose entre cuatro paredes, y á falta de relaciones, no les quedaba más medio de entrar en campaña que acudir adonde hubiera mucha gente y confiar á la casualidad el cuidado de proporcionarles algún buen encuentro. Todo esto se lo calló D.ª Candelaria, y el pretexto que dió para justificar su idea de ir al

baile, fué la necesidad de distraer un poco á las niñas. Á D.ª Justa le parecía que en un baile así nada se podía ganar, porque las mujeres que á él irían serían lo peor de cada casa. Pero las niñas, que deseaban ver un baile de máscara, contestaban que nada se podía perder tampoco puesto que nadie las conocería. En cuanto al gasto, perdido por ciento, perdido por mil y quinientos; y además, ellas mismas se harían los trajes, como, en efecto, se los hicieron en un dos por tres con la tela de los vestidos deshechos que D.ª Candelaria había traído. Ésta ideó el modelo de disfraz, igual para todas, con el que ellas candorosamente se figuraban representar una bandada de golondrinas.

—Vamos á parecer empleados de alguna funeraria—dijo la directora de la banda;—habrá que poner algunos adornos de color.

Y los pusieron sin grandes calentamientos de cabeza, cosiendo unos moñajos hechos con tiras de percalina roja.

—Ahora faltan las caretas—dijo D.ª Justa;—las tendremos que comprar.

—De ningún modo—contestó su hermana.—Tengo yo un retazo de crespón, que por lo tieso parece trafalgar, y que nos viene de perilla.

Sacó la tela y cortó un pedazo en forma de corazón; abrió los agujeros de los ojos, nariz y boca, tomando bien las medidas, y enfiló todos los cortes para que no se deshilacharan; luego punteó los ojos á punto de ojal, con seda roja, y, por último, adornó los bordes con cruzadillo rojo también, y puso los indispensables cordones; con lo cual quedó el antifaz perfecto y hasta gracioso. Con arreglo

á él cada mujer hizo el suyo, y no serían las diez de la noche cuando todas estaban ya dispuestas para echarse á la calle, aunque todavía no habían comido.

Fueron al baile con ánimo de divertirse cuanto pudieran, excepto Martina, á quien á última hora le entró el pavo, como decía su mamá, disgustada por tener que estar al lado de la niña, que ni quería bailar ni que la dejasen sola. La llegada oportuna de Pío Cid rompió el hielo, y entonces doña Justa también salió á bailar con el primero que la invitó, sin que, soliviantadas como estaban ella y su hermana y sobrinas, notasen, hasta muy avanzada la hora, que Martina había desaparecido.

—Estará por ahí—decían cuando se encontraban en el sitio convenido de antemano; y volvían á desparramarse por la sala, hasta que D.ª Justa entró en cuidado y comenzó á mirar por todas partes y á recorrerlo todo, y se convenció de que su hija no estaba en el teatro. Se reunieron todas, alarmadas; volvieron á mirar por abajo y por arriba, y no encontrándola, recogieron los abrigos y fueron á echar una ojeada por los cafés próximos. Luego se encaminaron á la calle de Villanueva, y volvieron de nuevo al teatro y, preguntando, dieron con la Casa de Socorro del distrito, donde les dijeron que aquella noche no había ocurrido ninguna desgracia. Martina no parecía, y D.ª Justa comenzó á temer que su hija hubiera sido engañada por quien la sacó á pasear, que, según todas las trazas, debía ser un pillo redomado. Y la pobre madre explicaba las señas particulares del raptor con tan negros colores, que

de sus labios salía Pío Cid digno de que lo llevasen á la horca.

—Pero tita Justa—preguntaba Candelita, que era la más afligida por la desaparición de su prima y compañera de cama,—¿qué facha tenía ese hombre que la sacó á bailar?

—Yo no me fijé bien—contestaba D.ª Justa.—Recuerdo que me pareció al primer golpe de vista un militar vestido de paisano.

—¿Qué traje llevaba?

—Un traje todo negro, creo que de americana.

—¿Y el sombrero?

—Un sombrero hongo, de hechura algo rara. Ya te digo que no me fijé mucho, porque ¿quién había de pensar?.... Lo que sí recuerdo bien es que la cara de aquel sujeto no me fué simpática.

—¿Qué le encontraba usted, tita?

—No es que le encontrara nada, sino que no me fué simpático..... Yo no sé cómo vosotras no le habéis visto..... Era uno de barba negra muy larga, con melenas como los artistas; pero ya os digo que parecía un militar, porque no le caía bien el traje de paisano.....

—¿Y era hombre de edad?

—No era viejo, pero tampoco jóven.

—Pero ¿por qué no le fué simpático?—insistió Candelita, que no comprendía que se pueda tener sin motivo antipatía por una persona.

—No fué por nada—contestó D.ª Justa.—Déjame en paz, que no estoy para que me pregunten ni sé lo que me digo. Á mí no me gustó aquel hombre, y no me extrañaría que fuera un criminal porque los ojos no eran de otra cosa.

—No me cabe duda—dijo, oyendo la descripción, D.ª Candelaria;—Martina ha sido engañada, y ya no nos queda más recurso que esperar en casa á que sea bien de día á ver si parece, y si no parece daremos parte á la autoridad.

Se fueron á casa llenas de tristeza é inquietud, y se quitaron los disfraces en silencio; D.ª Justa lloraba, y su hermana se acusaba de haber sido la causante de aquella terrible desventura.

Mientras tanto Pío Cid ponía por obra su plan. Antes que el día clareara por completo abrió el balcón de su cuarto, se asomó y llamó al sereno, que aún estaba en la esquina, para que abriera la puerta. Martina se había quitado el disfraz y se había puesto encima de su vestido, que era algo ligero, una chambra de lana, y en la cabeza una rica mantilla, prendas ambas que Pío Cid conservaba en el fondo del baúl y que habían sido de D.ª Concha. El disfraz y todo lo que en el cuarto había de la pertenencia de Pío Cid fué encerrado en el baúl y en una maleta de mano, que quedaron en medio de la habitación. Salieron sigilosamente los fugitivos, y Pío Cid dió al sereno una peseta, diciendo á Martina cuando estuvieron en la calle:

—Desde que estoy en Madrid, esta es la primera noche que me ha servido el sereno.

—Ojalá sea la última—dijo Martina, recelosa.—Pero ¿cómo me dijiste antes que no podíamos salir porque no tenías llave, y ahora has encontrado medio de que salgamos? Esto me parece una tunantada.

—Es que al entrar yo no pensaba en la salida, y no se me ocurriría lo que después, cuando de-

seaba salir, se me ha ocurrido. Quiero decirte que no hay mala intención, sino que, según es el deseo, así se esfuerza la atención y se halla el medio de cumplirlo.

Martina no contestó y siguió andando, sin darse cuenta de por dónde iba, aunque iba hacia su casa. No pensaba tampoco; de vez en cuando miraba á Pío Cid de arriba abajo, como si jamás le hubiese visto, como si se sorprendiera de hallarse al lado de aquel hombre, y sentía miedo y vergüenza de haberse rendido como un juguete á su voluntad. Pío Cid la miraba también, pero con calma, y sin hablarle, iba junto á ella en la misma disposición de espíritu que el soldado que después de una acción en la que ha salido bien librado, emprende de nuevo la marcha en busca del enemigo. Así llegaron á la puerta de la casa de la calle de Villanueva cuando aún estaba cerrada, pues Pío Cid quería evitar que la portera y el vecindario tuvieran noticia de la aventura de Martina. Dió un aldabonazo, y á poco se asomaron á un balcón del cuarto piso varias mujeres; y un minuto después D.ª Candelaria abría la puerta, mientras bajaba detrás D.ª Justa. Martina estaba en el quicio de la puerta como oveja que presiente el degüello, y su actitud contrita y lastimosa decía, sin palabras, que la pobre criatura había cometido el mayor desaguisado que puede cometer una doncella. Su madre y su tía la miraban con estupor, pues con la chambra y la mantilla les parecía una persona extraña ó que hubiera estado ausente cuatro años en vez de cuatro horas. Pío Cid se adelantó, y con voz reposada dijo:

—Vamos arriba pronto, y podremos hablar sin darle un cuarto al pregonero.

Y apartándose para que Martina pasara entró tras ella, y todos subieron la inacabable escalera, y se hallaron á poco en la sala principal, mientras las hijas de D.ª Candelaria, que estaban esperando, se retiraban confusas á otra habitación á una seña de su mamá. Martina se fué á sentar en el hueco del balcón, cuyas maderas entornadas dejaban pasar la claridad fría del amanecer; la mamá y la tía se sentaron en el sofá, cada una en un extremo, y Pío Cid, sin que le invitaran, se sentó frente á Martina, en una butaca, de espaldas á la puerta, y sin preámbulos tomó la palabra y dijo:

—Les pido á ustedes mil perdones por el mal rato que habrán pasado; yo soy el único culpable de lo ocurrido; pero mi culpa es muy leve, porque, como ven, me he apresurado á venir para sacarlas de su inquietud y para que todo quede en familia. Si ustedes no han cometido ninguna torpeza nadie tendrá noticia de esta escapatoria, pues ni aquí ni en mi casa nos ha visto nadie.....

—Martina—interrumpió D.ª Justa,—¿tú has estado en casa de este..... hombre? ¿Quién es? ¿Cómo se llama? Vamos, responde.

Martina miró con ojos espantados, mientras Pío Cid sonreía levemente, porque al oir el nombre de Martina cayó en la cuenta de que ni él le había preguntado á ella su nombre, ni ella á él. Doña Candelaria hizo un movimiento brusco, como si fuera á arrojarse sobre Pío Cid; D.ª Justa seguía preguntando con los ojos fijos en su hija, y ésta se tapó la cara con las manos y se echó á llorar.

—Esto que ocurre—prosiguió Pío Cid—les demostrará á ustedes que Martina no tiene culpa; yo he sido el que la he engañado, y tan aturdidos estábamos ella y yo, que no nos hemos preguntado nuestros nombres. Ella no sabe siquiera que yo me llamo Pío, y yo no sabía que ella se llamaba Martina, hasta ahora que lo oigo por primera vez.

—Pero usted le ha dado algo á mi sobrina—gritó D.ª Candelaria;—usted es un criminal.

—No se irrite usted, señora, y tenga la bondad de escucharme—continuó Pío Cid en el mismo tono que había empezado.—Si ha habido arrebato de parte de Martina en seguirme sin conocerme, también lo habrá de parte mía en resolver, como he resuelto, unir mi suerte á la de ustedes sin saber tampoco quiénes son ni cómo se llaman.

—Eso es fácil de saber—interrumpió D.ª Candelaria, que no podía tolerar que se dudase de ella;—preguntando en la Habana por los Gomaras, y en Murcia, donde yo he vivido hasta hace poco, por los Colombas, y en Sevilla, donde vivieron muchos años mis padres, por los Montes....., sabrá usted que somos por los cuatro costados una familia dignísima, que no es merecedora, si hubiera justicia en la tierra, de verse en la situación que nos vemos.

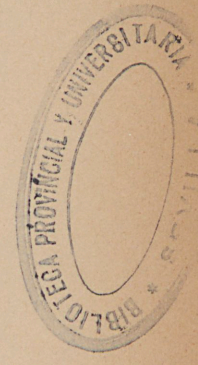
—Yo no he dudado de ustedes—siguió Pío Cid;—ustedes son las que dudan de mí, considerándome como un criminal; y yo no me ofendo ni recurro á la opinión pública, porque me basta la mía. Al contrario, sin conocerlas á ustedes me he figurado que eran buenísimas; y por figurármelo así, y porque me parecía imposible que fuera

de otro modo, después que he hablado con Martina y he apreciado su gran mérito, determiné, sin pensarlo, venirme á vivir con ustedes, si ustedes no se oponían. Yo no tengo familia, vivo solo y he podido tomar casa para los dos, puesto que Martina me quiere; pero me parecía más noble presentarme y pedirles perdón por el abuso que, sin poderlo remediar, he cometido, y exponerles la idea, que tengo por muy sensata, de vivir todos juntos.

—¿Y usted cree que no hay más que engañar á una joven y quitársela á su familia como si no hubiera leyes ni tribunales, como si estuviéramos en el centro de África?—replicó D.ª Candelaria con energía.

—Yo no creo nada de eso—contestó Pío Cid.

—Entonces, ¿creerá usted que puede abusar de nosotras porque somos mujeres solas?—dijo doña Candelaria.—¿Quizás porque sepa ya por esta niña loca que su madre es una mujer sin carácter? Pues está muy equivocado, que yo estoy aquí para dar la cara, y verá usted quién soy yo.



—Martina no me ha dicho nada de ustedes—contestó Pío Cid,—ni yo trato de abusar de nadie.

—Entonces, ¿se figura usted—insistió D.ª Candelaria con la entonación de un juez que formula un interrogatorio,—que porque estamos en situación apurada nos vamos á doblegar, como quien dice, á vendernos por dinero?

—Yo soy pobre—contestó el reo,—y lo que les he ofrecido es compartir mi pobreza.

Doña Candelaria desarrugó el entrecejo y tomó

un aire más humano. Lo que más le llegaba al alma era la insolencia de aquel caballero desconocido, que se expresaba como quien posee la varita mágica, que cierra todas las bocas y abre todas las puertas, el dinero, dominador y triunfador. Ante tan humilde confesión de pobreza, doña Candelaria pensó que quizás aquel sujeto venía con buenas intenciones, y que, por lo pronto, se podía hablar pacíficamente con él, de igual á igual. Cambió, pues, el tono y asunto del interrogatorio, y le preguntó mirándole fijamente:

—¿Usted pensará casarse con mi sobrina?

—Yo la considero ya como mi mujer—contestó Pío Cid.—Le extrañará á usted mi respuesta, pero no soy amigo de dilaciones ni de ceremonias, y en las cuestiones mías mi voluntad y mi palabra bastan.

—Pero ésta no es cuestión de usted solo—replicó D.ª Candelaria;—es también de mi sobrina, y nuestra, y de la sociedad, que cuando tiene establecida la manera de hacer las cosas no será por puro capricho.

—Deje usted fuera la sociedad—dijo Pío Cid;—yo no le doy ninguna importancia, y tengo la costumbre de arreglar mi vida, no como la sociedad lo dispone, sino como yo quiero.

—Pero usted no es nadie para mandar en los demás—replicó vivamente D.ª Candelaria;—y hay que ver si los demás quieren lo mismo que usted.

—Si no quieren—contestó Pío Cid,—yo les dejo en paz y continúo viviendo solo, como hasta aquí he vivido, mejor ó peor, por no someterme á las

exigencias del público. No creo valer más que los otros, pero tampoco quiero valer menos.

Doña Candelaria quiso decir varias cosas á la vez, pero no dijo ninguna; se volvió hacia su hermana y habló con ella en voz baja. Pero Pío Cid, que tenía el oído finísimo, oyó algo, porque añadió encarándose con D.ª Candelaria:

—No me compare usted con Colomba; aunque yo esté algo tocado, como usted cree, no soy capaz de hacer lo que él hizo cuando se casó, que estuvo algunas semanas sin hacer caso de su mujer.

Doña Candelaria se puso roja como el fuego, y después amarilla como la cera, y luego verde y azul y de todos los colores del arco iris. ¿Cómo este hombre, que ella veía por primera vez, estaba enterado de un secreto que ella había ocultado hasta á sus padres y que había sido el tormento de su vida? Y ¿quién sabe si no sólo estaría enterado, sino que conocería la causa de aquella inexplicable conducta de su esposo, que ella jamás pudo á ciencia cierta conocer? No ya á su sobrina, sino á sus tres hijas las hubiera sacrificado por conservar cerca de sí á una persona que comenzaba á tomar un aspecto tan interesante y misterioso.

Para que no se crea que Pío Cid andaba en tratos ocultos con los espíritus infernales, conviene explicar cómo se había enterado de tan grave secreto de familia. Discutíase en la casa de huéspedes, después de almorzar, si el amor era uno en el hombre y en la mujer, ó si el hombre podía sentir varios amores simultáneos. Orellana proclamó que el amor, como el matrimonio, era uno

é indisoluble; y que los que creían sentir varios amores no sentían ninguno en realidad, y que el fundamento del amor y de la vida humana era la mutua fidelidad entre los que se amaban legítimamente. Pío Cid rechazó esta idea como formalista y convencional, y sostuvo que el amor era indicio de la fuerza creadora del espíritu, y que si hubiera un hombre que tuviese un solo amor en su vida, sería profundamente despreciable. En prueba de ello, dijo que en Europa, donde se sigue el régimen de la mujer única, aunque no el del amor único, el hombre ha ido achicándose hasta el punto de que la mujer se le sube ya á las barbas, y no tardará mucho en hacer con él lo que las ranas de la fábula hicieron con el pedazo de madera que les envió Júpiter, cuando ellas lo que necesitaban era un culebrón. Todos los huéspedes tomaron parte en la contienda, y hubo partidarios del amor único y del matrimonio indisoluble, de los amores sucesivos y del divorcio para poder darles forma legal, del doble amor simultáneo espiritual y carnal, y de otra porción de soluciones. Pepe Rodríguez, que tenía un repertorio inagotable de anécdotas, refirió una en apoyo de la opinión de Pío Cid, esto es, de que se pueda sentir á la vez dos ó más amores y revelar por ello más fuerza espiritual. Se trataba de un paisano suyo, llamado Fermín Colomba, amigo de su padre y persona de extraordinario mérito, aunque jamás hizo cosas que le hicieran famoso, porque despreciaba la fama y todo lo que el mundo pudiera darle. Este hombre, que decían era poco amigo de las mujeres, sostenía relaciones amoro-

sas con una señora casada, y después de varios años de secreto amorío, de la noche á la mañana se casó con una joven andaluza, muy bella, hija de un militar que acababa de llegar destinado á Murcia. Y lo notable del caso fué que Colomba, aunque se casó enamoradísimo de su mujer, se mantuvo tan excesivamente respetuoso con ella, que la recién casada, después de un mes ó dos de meditaciones y de esperas inútiles, se decidió á consultar con su suegra, con cuyo auxilio logró al fin sacar á su marido de aquel triste retraimiento. Alguna criada debió de estar detrás de las cortinas, porque toda la ciudad supo y comentó la extravagancia de Colomba; y de tal modo extrañaba á aquellas cándidas naturalezas que un hombre de carne y hueso pudiese enfrenar tan rudamente sus pasiones, que se inventaron historias picantes para explicar el suceso, aunque no faltó quien, mejor pensado, aseguró que Colomba era un místico que se había casado por equivocación. Y la verdad, ¿saben ustedes lo que era?—dijo Pepe Rodríguez para terminar.—Que la antigua amante de Colomba, aunque había consentido en el matrimonio, porque al fin y al cabo ella también era casada, hizo jurar á su amante que había de estar no sé cuánto tiempo sin hacer caso de su esposa. Y él lo juró, porque, aunque estaba enamorado de la andaluza, no quería perder á la murciana, de la que estaba enamorado también. Otra criada debió de estar detrás de otras cortinas, y toda la ciudad supo esto, como había sabido lo otro, excepto la joven engañada y el esposo ofendido, que éstos no se enterarían de nada, según costumbre.

Pero mi padre lo sabía todo muy bien, y hasta hizo algunas reflexiones á Colomba, quien le declaró que todo era verdad; pero que á él le gustaban las dos, y no quería perder á ninguna.

Pío Cid recordaba esta historieta, y se sorprendió no poco cuando, por cabos sueltos, sacó en limpio que la tía de Martina era la mujer del estrafalario murciano; y como desde el principio comprendió que la tía era la fortaleza que allí había que expugnar, la hirió en el lado flaco de todas las mujeres: la curiosidad, aunque con propósito deliberado de no descubrir jamás toda la verdad de lo sucedido, pues el tipo de Colomba le fué simpático, y no quería arrebatarle el afecto que su viuda pudiese conservar aún á su memoria. El tiro dió en el blanco, y desde el punto en que D.ª Candelaria vió á Pío Cid dueño de un secreto que la mortificaba, aplacó sus ímpetus y se declaró en abierta derrota. No cedió de repente, pero comenzó á hablar como si aceptase el hecho consumado.

—Yo comprendo, sí—dijo,—que, después de todo, la sociedad no merece que uno se preocupe por ella, pues cuando llegan los días de apuro, todas las bocas que estaban abiertas para murmurar se cierran diciendo: «perdone usted por Dios». Pero una mujer que no está casada está siempre en el aire. Usted piensa hoy de un modo. ¿Y si mañana piensa de otro?

—Aunque piense de otro modo—contestó Pío Cid,—yo no falto jamás á mi palabra. Mientras yo viva, no les faltará á ustedes para vivir, y mientras Martina voluntariamente no estuviera

conforme en separarse de mí, yo no la abandonaré. La mayor parte de los hombres busca en las mujeres el placer ó la comodidad, y cuando no los consiguen, casados ó sin casar, vuelven las espaldas. Yo no busco nada de eso, y, por lo tanto, no puedo tener nunca motivo para separarme.

—Entonces, ¿qué es lo que usted busca?—preguntó D.ª Candelaria.

—Yo mismo no lo sé—contestó Pío Cid.—Algunas veces me dan ideas de hacer algo, y no hago nada, porque soy perezoso ó porque no tengo necesidades á que atender. Quizás lo que busque sea un estímulo para trabajar..... ¿Quién sabe? Ya les digo que yo mismo no lo sé.

—Otra cosa—dijo D.ª Candelaria.—Yo tengo tres hijas solteras..... ¿qué ejemplo le parece á usted que es para ellas ver á una prima, que es casi como una hermana, vivir en la situación en que usted quiere colocar á mi sobrina?

—Á la semana de estar yo aquí—contestó Pío Cid,—sus hijas de usted me querrán como á un hermano mayor, y si se dejaran guiar por mí, sería para su bien. Usted, no me extraña, tiene ideas ajustadas á la manera usual de vivir, y no comprende el valor de la realidad. Acaso usted lleve la razón en la apariencia, pero la realidad está de parte mía. Al principio les causará extrañeza lo que, después que se les haga la vista, les parecerá naturalísimo; y entonces, cuando no vean la exterioridad, percibirán las ventajas reales que hay en la vida tal como yo la entiendo. Á mí tampoco me gusta ponerme en pugna estúpidamente con la opinión de los demás, y en los detalles me

avengo á todo. Ya ven cómo he procurado ser discreto en el modo de entrar en esta casa; si quieren, pueden decir que soy un huésped, ó que me he casado por poderes y he venido á reunirme con mi mujer. Ustedes tendrán pocas relaciones, y yo no tengo ninguna. Por este lado las complicaciones no serán graves.

—Yo—dijo D.ª Candelaria, levantándose—he hablado sin ser realmente la llamada á hacerlo. Mi hermana es quien tiene autoridad sobre su hija y quien debe decidir. Me gustan las cosas por el camino recto, y no veo con buenos ojos lo que ha ocurrido, ni me explico, ni me explicaré jamás, lo que ha hecho esta niña atolondrada. El proceder de usted es muy censurable. Sus ideas muy buenas serán; pero viene á defenderlas cuando ya el mal no tiene remedio, sin duda porque sabía muy bien que sin esta circunstancia no le hubiéramos escuchado á usted siquiera. ¿Qué dices tú á todo esto?—concluyó, dirigiéndose á su hermana.

—Su hermana de usted—contestó Pío Cid, levantándose también—piensa como usted, y estoy seguro de que ahora me detesta; pero no puede sacrificar á su hija á un orgullo mal entendido. En estas cosas que ocurren sin saber cómo, hay que ver algo superior á nuestra voluntad. Contra la mía salí yo anoche de mi casa, y no me pesa. Al contrario, me alegro de haber salido—añadió, acercándose á Martina;—me alegro, porque estoy seguro de que ningún hombre te hubiera comprendido como yo te comprendo, y de que tu vida será al lado mío más feliz y más noble que si te hubieras casado con un príncipe. Y diciendo esto

abrió una hoja del balcón y miró al cielo, y después puso la mano sobre la cabeza de Martina, que seguía amodorrada, tapándose la cara con las manos.—Tú no tienes culpa ninguna—le dijo,—ni necesitas que te perdonen; pero levántate y abraza á tu madre y á tu tía, y demos al olvido lo pasado. Desde hoy va á empezar aquí una nueva vida, y hay que comenzarla siendo generosos, no guardándose ningún rencor ni hablando más de asuntos desagradables. Anda, levántate, y no seas tonta.

Martina se levantó sin descubrirse el rostro, y Pío Cid la llevó casi en peso adonde estaba su madre. Doña Candelaria se acercó también, y las tres juntas se abrazaron sollozando. Pío Cid permanecía de pie junto á ellas, mirándolas como si fueran un grupo artístico, no mujeres de verdad.

Así que pasó un rato se acercó más, cogió por los brazos á Martina y la levantó en el aire, separándola del grupo; así quedaron las tres, mirándose cara á cara, y Pío Cid, para dar alguna salida á la embarazosa situación, dijo á Martina:

—Anda, quítate la mantilla y vete con tus primas, que las pobres desearán verte.

Martina se fué con la cabeza baja, más que por obedecer, porque le daba vergüenza de que su madre la mirara, y él, apenas la vió trasponer la puerta, añadió:

—Hay que pensar lo que hacemos. Yo he dejado en mi cuarto mis cosas ya preparadas para enviar por ellas, porque no pensaba volver por allá. Si ustedes quieren escribiré una carta y la enviaré con un mozo para que las traiga.

—¿Qué dices tú, Justa?—preguntó D.ª Candelaria.

—¿Qué voy yo á decir? Candelaria, si aun no me he hecho cargo de lo que aquí sucede?—respondió D.ª Justa llena de confusión.

—Es singular que haya conocido yo á usted el día de su santo—dijo Pío Cid á la tía de Martina.—Hoy creo que es la Candelaria.

—Somos dos las Candelarias, porque mi hija, la de en medio, se llama como yo—dijo la interrogada;—pero hablando seriamente, ¿le parece á usted natural que un hombre como usted, que se considera ya de la casa, y, como quien dice, de la familia, no supiera hasta ahora mismo nuestros nombres?

—¿Qué tiene eso de particular? Yo no le pregunto nunca á nadie cómo se llama, ni necesito saberlo. Cuando veo á una persona, yo mismo la bautizo y le pongo el nombre que se me antoja para entenderme, y este nombre es más expresivo que los que ponen en la pila, que, por regla general, no tienen relación con quien los lleva. Hasta hace poco no sabía el nombre de Martina, y ya ve usted que no hizo falta para interesarme por ella.

—Y ¿qué nombre le puso usted á Martina?—preguntó D.ª Candelaria.

—«Pájaro de plomo»—respondió Pío Cid, con la misma sencillez con que hubiera dicho Antonia ó Manuela.

—¿Pájaro de plomo?—repitió D.ª Candelaria.—Y ¿qué nombre es ese?

—Quiere decir—contestó Pío Cid—que Martina

parece un pájaro por lo ligera y atolondrada; pero que cuando se la conoce se ve que tiene un gran corazón y que sus sentimientos son macizos, pesados como el plomo. Martina es una de esas mujeres que se ligan á un hombre para toda la vida y que le son fieles hasta después de la muerte. Le advierto á usted que, por casualidad, el nombre propio también le cuadra, porque Martina suena algo á martillo, martinete, cosa que golpea y machaca con fuerza, como ella lo hará conmigo, ustedes lo verán.

—Vamos á ver, y á mí ¿qué nombre me había usted puesto?—preguntó D.ª Candelaria, en tono de confianza.—Dígalo aunque sea malo, porque no me he de ofender.

—Á usted le había puesto—contestó Pío Cid—«Fragata encallada». Sus disparos de usted son temibles cuando puede disparar con soltura; pero ahora ha tocado usted fondo y puede uno acercarse impunemente.

Doña Candelaria torció el gesto, como si lamentara reconocer que en verdad estaba embarrancada y sin poder defenderse con el brío que ella quisiera, y luego preguntó con ciertos asomos de risa:

—¿Y á mi hermana?

—Á D.ª Justa—contestó Pío Cid—la he llamado «Trompo».

—Y ¿qué significa eso?—preguntó D.ª Candelaria.

—Eso significa—contestó el infatigable inventor de motes—que es una mujer muy activa y ágil, pero que es necesario que otro la baile; es

decir, que otro le dé el impulso, porque ella carece de iniciativa.

—Eso es verdad; no te ofendas, Justa, es la purísima verdad—dijo la hermana;—pero á ver qué dice usted de mis niñas..... Niñas, venid aquí—gritó, acercándose á la puerta.—Y cuando las niñas llegaron, añadió: os voy á presentar á D. Pío..... Mi Paca, mi Candelaria y mi Valentina.

Las jóvenes habían entrado con timidez seguidas de Martina, que ya les había explicado del modo más favorable la fuga nocturna y los planes del que había de ser su esposo. Pío Cid se adelantó, diciendo:

—Tiene usted tres lindísimos pimpollos.....; pero ésta tiene los ojos malos. Á ver, qué es lo que tiene—agregó, cogiendo á Paca de la mano y llevándola cerca del balcón para examinarla bien á la luz.—Esta criatura ha tenido cegueras cuando niña, ¿no es verdad?

—Sí, señor—contestó su madre.—Hace tiempo que estamos pensando ponerla en cura.....

—Pues en estos padecimientos no conviene pensar mucho; casi todas las enfermedades creo yo que se pueden curar dejando que la naturaleza obre; pero en las de los ojos no se deben dar largas. Va usted á ver cómo la curo yo en pocos días.

—¿Es usted médico?—preguntó D.ª Candelaria.

—No, señora; sé algo de afición..... Nada, yo me encargo de Paca. Hoy mismo compraré los ingredientes y haré un colirio, que en unos cuantos días la curará por completo.

—¡No me lo diga usted!—exclamó contentísima la madre.—Pero esa medicina, ¿no será peligrosa?

—Esté usted tranquila, que no hay peligro; yo respondo con mi cabeza de que Paca se cura—aseguró Pío Cid para inspirar mayor confianza y para que la fe ayudara algo al medicamento.

—Pero, á todo esto, no se olvide usted—dijo doña Candelaria—de escribir esa carta de que antes habló. Yo voy á salir á la compra y puedo buscar el mozo que ha de llevarla.

—Tengo además otra idea—dijo Pío Cid.—Puesto que hay en casa dos Candelarias, hay que celebrar el día de hoy. Ustedes compran lo que les parezca. Tomen ustedes—agregó, sacando una cartera y tomando unos billetes,—esta es mi paga del mes, tal como la cobré ayer, que fué día primero; procuren estirarla todo lo que puedan, y cuando se acabe veremos. La idea del convite le pareció á Pío Cid excelente para romper la situación violenta en que todas estarían hasta que pudiesen tratarle con confianza, y se alegró de que la Candelaria viniese á punto, para que no pareciese que festejaban el comienzo de la nueva vida, en la que aquellas honestas amazonas entraban á regañadientes. De tal modo era Pío Cid respetuoso con los sentimientos ajenos, y se ingeniaba para evitar los encontronazos que pudieran darse sus ideas con las de aquella pobre familia.

Mientras D.ª Justa y D.ª Candelaria se arreglaban un poco para ir á la calle, Pío Cid pidió avíos para escribir, que Paca le trajo con gran diligencia, y escribió á vuela pluma la siguiente carta para D.ª Paulita:

«Mi estimada amiga:

»Tenga usted la bondad de entregar al portador de la presente el baúl y la maleta que hay en medio de mi cuarto, y disponga de éste desde hoy, pues yo estoy instalado ya en mi nueva casa, que le ofrezco, aunque le agradeceré que no venga á verme hasta que yo vaya á despedirme personalmente. La razón de esto, que á usted le parecerá extraño, no es otra que mi repugnancia á dar explicaciones, y el disgusto que me causa dejar su casa y su amable y amistoso trato, sin motivo por parte de usted. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y algún día encontrará usted justificado mi proceder, que hoy le parecerá inexplicable. Bástele saber que la casa en que estoy atraviesa una crisis en nada inferior á la de usted cuando yo entré en ella; porque ustedes eran dos bocas y siquiera tenían un huésped, mientras que aquí las bocas son seis y no hay ningún Orellana. Usted logró salir á flote, y en breve tendrá á su lado á su marido y á los dos hijos que le faltan; que siga la buena hora, y si alguna vez el carro se tuerce, acuda, antes que á nadie, á su buen amigo y paisano,

»Pío Cid.

»De esos dos duros haga el favor de entregar uno á Purilla para que se compre el pañuelo que le ofrecí; usted tome catorce reales por el día de ayer, y el pico para caramelos para Paquilla.

»Cuando vaya la lavandera con la ropa, dele las señas de mi nueva casa, que pongo al final.

»Despídame de los huéspedes, en particular de Benito y los Doctores.»

Dobló el papel, lo metió en un sobre, juntamente con dos duros en dos monedas, y puso en el sobre: «Á Doña Paula Sánchez de Piedrahita, de su a. y p., P. C.», y debajo las señas, entregando la misiva á las señoras que la aguardaban.

Apenas se marcharon las mamás, Pío Cid se puso á pasear por la sala y á mirarlo todo con atención. Los cuadros de Colomba le gustaron, aunque veía en ellos cierta vulgaridad que deslucía los toques fuertes y personales que revelaban que el que los pintó era un verdadero artista. Después de mirar los cuadros miró á Candelita y le pareció ver en su figura algún parentesco con el estilo de los cuadros. Candelita notó que la miraba y le preguntó:

—¿Le gustan á usted los cuadros de papá?

—Me gustan—respondió Pío Cid,—y el ser hijas de tal padre las obliga á trabajar y á aspirar á algo grande. ¿Hay alguna pintora?

—Mi hermana Paca empezó á dibujar, pero no ha podido seguir por la vista—respondió Valentina.—Nos gusta más la música á todas.

—¿Tocáis la guitarra?—preguntó Pío Cid, viendo el instrumento colgado en la pared.

—Un poco nada más—respondió Candelita; —quien la toca mejor es mamá y Paca. Valentina y yo estudiábamos el piano y Martina también.

—Yo sé muy poco—dijo ésta;—no tengo paciencia para estar mucho tiempo sentada.

—Aquí no tenéis piano—dijo Pío Cid.—Yo no tengo dinero para comprar uno, pero lo tomaré alquilado.

—Esos son gastos inútiles—dijo Martina.

—Los gastos que se hacen para entretenerse en casa son los más útiles—replicó Pío Cid,—porque, si no hay nada que hacer, se va uno á la calle y gasta más.

—Eso es verdad—asintieron todas.

—Y ¿qué tal os fué anoche en el baile?—preguntó Pío Cid, cambiando de conversación.—¿Cuántos novios os salieron?

—Eso va contigo, Paca—dijo Valentina.

—Diga usted que fué una broma—repuso la aludida.—No fué más que hablar por hablar.

—¿Cómo se llama el caballerete ése, á ver si yo le conozco?—preguntó Pío Cid.

—Es un chico navarro, que se llama Pablo del Valle—contestó Paca;—no crea usted que es cosa seria. Él quedó en buscarme, pero yo ni siquiera me descubrí por completo.

—Ya veremos qué clase de persona es si se presenta—dijo Pío Cid.—Por ahora, lo que tienes que hacer es curarte los ojos.

—Calle usted—dijo Paca,—pues si estoy soñando en que usted me dé la medicina.

—Hoy mismo la haré—aseguró Pío Cid,—y por la noche, al acostarte, te lavas los ojos, y luego te pones un trapo de hilo, picado, bien empapado en el agua ésa y duermes con él, y ya verás después de dos ó tres días qué efecto tan sorprendente. Pero estoy viendo que tenéis una cara que dice á la legua que no habéis dormido esta noche. Lo que debéis hacer es acostaros hasta la hora de almorzar.

—Yo tengo un dolor de estómago horrible—

dijo Martina.—¿Por qué no hacemos un poco café?

—Vamos á hacerlo—contestó Paca.—Tú, Valentina, baja por leche, mientras yo enciendo el anafe.

Hicieron el café en un periquete, y todos se sentaron á tomarlo como viejos amigos. Después de hablar un poco del pretendiente de Paca, Martina preguntó á Pío Cid bruscamente, como si estuviera muy ofendida:

—Oiga usted, caballero, ¿qué decía usted antes de pájaros de plomo? ¿Usted no sabe que las paredes oyen? Ó si no las paredes, nosotras, que estábamos en la habitación de al lado.

—Al paso que vamos—dijo Pío Cid—las paredes, no sólo oirán, sino que verán, porque estas casas de tiritaña parecen hechas con papel mascado.

—Y muy bien hechas—insistió Martina,—para que anden con cuidado los largos de lengua.

—Qué, ¿no te gusta que te comparen con un pájaro?—preguntó Pío Cid.

—Si fuera un pájaro bonito—respondió Martina,—con plumas de colores, ó si es de metal, un pájaro de oro, no habría nada que decir; pero pájaros de plomo no los hay, y si los hubiera serían feísimos. Eso ha sido una ofensa que no se me olvidará.

—¿Ya empieza el martillo?—preguntó Pío Cid con calma risueña.

Martina también se echó á reir, y de pronto preguntó:

—Vamos á ver, ¿qué nombres les has puesto



ya á mis primas? Dínoslos para que nos riamos.

—Pero, mujer—dijo Pío Cid,—si á tus primas las he conocido por sus nombres verdaderos cuando me las presentó su mamá.

—No le hace, no le hace; dígalos usted—rogaron las primas.

—Á Paca no le he puesto nombre—dijo Pío Cid;—se ve que es una joven encogida y apocada, pero esto es por la enfermedad; así que esté bien de la vista cambiará mucho, y entonces la bautizaré.

—¿Y á Candelita?—preguntó Martina con interés.

—Á Candelita—contestó Pío Cid—le he puesto «La Cometa». Se entiende, una cometa de esas que remontan los muchachos para entretenerse. Si Candelita tiene quien le dé hilo, puede remontarse muy alto; si no, andará dando cabezadas, y quizás se rompa antes de subir. ¿No habéis visto vosotras las cometas?

—Sí, sí—contestó Candelita;—pero ¿qué comparación más rara se le ha ocurrido á usted? Esa es una profecía triste.

—Ó alegre—dijo Paca,—porque también puedes subir muy alto. Ahora faltas tú, Valentina.

—Á Valentina—dijo Pío Cid,—la he puesto «Relamida».....

Varias carcajadas le interrumpieron, que él no comprendió hasta que Paca le explicó que Valentina tenía cinco gatos, y entre ellos una gata llamada *Relamida*, y que no habían podido contenerse ante el acierto extraordinario con que le había puesto el mote. Entretanto, Valentina se levantaba apurada, diciendo: ¡Pobres gatos míos,

que los había olvidado, y aún están metidos en la carbonera!

Pronto volvió con sus cinco dijes, que recogieron ávidos las migajas que quedaban de las tostadas hechas para tomar el café. Las muchachas estaban fuera de sí, porque después de dos meses de conversación sosa y aburrida, como es siempre la de las mujeres solas, les gustaban sobremanera las ocurrencias y dichos de Pío Cid, quien á duras penas logró convencerlas de que debían dormir un rato para estar luego mejor dispuestas para comer y beber y celebrar dignamente la fiesta de las Candelas.

Se fueron, por fin, á echarse un rato, y le dejaron solo, meditabundo, sentado en una butaca; pero al cabo de algunos minutos volvió Martina y se sentó en el sofá, apoyando un codo sobre el brazo del que debía ser su marido. Le miró unos segundos en silencio, y después le preguntó con seriedad fingida:

—¡Con que pájaro de plomo, eh!

—Lo que es andando—dijo Pío Cid, cogiéndole las manos—no eres de plomo, que tienes un aire gallardo y arrogantón que quita el sentido. Yo dije de plomo por abreviar, pero debí añadir que el plomo era muy poco y estaba por dentro, y que por fuera no se veía porque tenía un baño de oro finísimo y un engarce de pedrería de la más rica, y dos diamantes, que están en tus ojos, y dos sartas de perlas, que están en tu boca.....

—Cállate—interrumpió Martina avergonzada, —que cada vez me pareces más tuno. Tú eres más pillo que bonito, y á tener gramática parda no

hay quien te gane. No me extraña que me hayas engañado á mí, cuando te has metido en el bolsillo á mi tía Candelaria. Buen peje estás.

—Todo eso me lo dices— prosiguió Pío Cid con voz apasionada y mirando con tanta viveza que parecía haberse quitado veinte años de encima,— porque te he llamado pájaro; pero pájaros hay muchos, y se me olvidó decir que tú eras como un águila caudal, que, escondida en lo más remoto del cielo, ve todo lo que pasa en la tierra y hace temblar sólo con su mirada.

—Y con las uñas, míralas—dijo Martina desasiéndose de Pío Cid, poniendo las manos como garras y amenazándole con sacarle los ojos.

De repente se levantó, y cogiéndole la cabeza le dió un beso muy apretado en la boca y huyó, diciendo:

—Me voy con mis primas, porque no digan.....

Él la siguió con los ojos y murmurando entre dientes: ¡qué pedazo de mujer!

No había pasado un cuarto de hora cuando llegó el mozo con el baúl y la maleta y con una esquela para Pío Cid, en la que D.ª Paulita, después de darle las gracias, le decía que sus órdenes estaban cumplidas, y que, aunque había sentido mucho aquel cambio inesperado, se figuraba que sería por razones muy justas, y quedaba más amiga aún que antes. Pío Cid hizo al mozo colocar la carga que traía en una habitación, al lado de la sala, junto á la puerta, le pagó el mandado, y dejando entornada la puerta para cuando llegaran las mamás, volvió á la habitación, donde había solo una cama muy grande, un tocador y una

mesa, y se entretuvo en colocar sobre ésta sus libros y papeles, dejando á mano la traducción del libro de Obstetricia para proseguirla sin levantar mano á fin de aumentar un poco sus desmedrados ingresos. Unas cien cuartillas tenía traducidas, y desde luego pensó llevarlas al editor para tomar algún dinero y anunciar que en breve tendría terminado el trabajo y estaría en disposición de comenzar otro si se lo encomendaban. En esta faena le sorprendieron las mamás, y no fué poca la sorpresa de D.ª Candelaria cuando le vió leer aquel libro, abierto precisamente por una página que tenía un grabado espeluznante.

—Pero hombre de Dios—le dijo,—¿qué es eso que tiene usted ahí?

—Es un *Tratado de partos*, que estoy traduciendo del inglés—contestó Pío Cid.

—Pues por la Virgen del Carmen escóndalo usted, no vayan á verlo las niñas—le dijo la alarmada mamá.

—En dando orden de que no entren en mi cuarto.....—insinuó él.

—Por lo visto, usted se ha apropiado ya este cuarto, que era el mío—exclamó D.ª Candelaria.

—Es que en la casa en que yo vivía tenía un cuarto parecido á éste, y sin darme cuenta me he metido aquí, donde hay todo lo que yo necesito: una mesa para escribir, un tocador para asearme y una cama de matrimonio.

Doña Candelaria se echó á reir, diciendo:

—Es usted más pillo que bonito.

—Eso mismo acaba de decírmelo Martina—replicó Pío Cid, riendo también.

—Y se lo dirá á usted toda la familia—concluyó D.ª Candelaria; y cuando se lo dicen todos, por algo será.

—Las niñas duermen—entró diciendo doña Justa;—tendremos nosotras que hacer el almuerzo.

—Eso es lo mejor—dijo Pío Cid,—y después de almorzar se acuestan ustedes también un rato, y yo me entrentendré en preparar la medicina para Paca.

Así se hizo. El almuerzo fué ligero, y una vez terminado, Pío Cid salió un momento á comprar en la botica los componentes de la receta que él había combinado en su imaginación, en tanto que las mujeres seguían hablando de los nombres que Pío Cid les había puesto á todas, y que fueron el tema de discusión durante el almuerzo. De vuelta con sus compras, puso á cocer en una olla grande, llena de agua, varias hierbas olorosas, y metió entre los carbones encendidos una paleta pequeña de cocina, á falta de otra más á propósito para el caso. Cuando las hierbas hubieron hervido un buen rato, volcó la olla en un lebrillo de fregar, de modo que no cayesen las hierbas, y diluyó en la infusión unos polvos morados como el lirio. Después, en la paleta, encendida al rojo, echó otros polvos blancos, que debían ser de vitriolo, y cuando se derritieron y consumieron metió la paleta en el lebrillo y agitó aquel extraño cocimiento, que fué tomando diversos colores, hasta que, después de repetida tres veces la operación, se quedó

en un color de violeta claro con reflejos rojizos. Luego preparó un filtro con un colador y un pedazo de tela muy tupida, y filtró el agua curativa en dos botellas, que Paca había fregado con gran esmero. Todas estas manipulaciones las hizo con mucha calma y cuidado para producir mayor efecto, no porque le gustase el aparato teatral, sino porque pretendía reforzar más aún el crédito de que ya gozaba su colirio. Tapó, por último, muy bien las botellas y las puso en agua en el lebrillo para que se enfriaran y reposaran.

—Ahora no falta más—dijo á Paca para concluir,—que esperar que llegue la hora de acostarse y usar este agua como te dije. Al principio sentirás un gran escozor y los ojos se te pondrán más irritados; pero después ya verás cómo te curas. Por cierto que tienes unos ojos melados, muy graciosos, y que en cuanto estés curada vas á volver loco al pobre Pablo del Valle.

Aunque sea adelantar los efectos de la medicina, hay que decir que Pío Cid no era ningún curandero de tres al cuarto y que Paca se puso buena en cinco días, mejor quizás que si la hubieran asistido los oculistas más afamados del orbe.

Las mamás, luego que vieron componer el agua milagrosa, se fueron á descansar, y las niñas se quedaron navegando por la casa, ocupadas en preparar la comida, en la que echaron el resto de su saber culinario, que no era muy considerable, pues á excepción de Paca, que era la más casera, las demás entendían de casi todo menos de las faenas de la casa.

Martina era muy dispuesta, pero muy regalona é

ignorante de lo que era pasar fatigas y miserias, á las que ahora empezaba á habituarse. En todo el día no dió pie con bola, porque estaba dominada por una idea que parecerá pueril, pero que para ella era una montaña. No hacía más que entrar en el cuarto donde Pío Cid escribía, y dar vueltas y pensar cómo iba ella á dejar á Candelita y á venirse á dormir con su marido, ó con quien debía serlo, sin tener confianza con él, y luego, así, tan de repente, cuando la costumbre era estar un hombre y una mujer varios años diciéndose *cosas* y preparando el acto imponente y la hora solemnísima en que debían quedarse solos y mirarse á un espejo, abrazados, él muy vestido de negro y más tieso que un huso, y ella muy vestida de blanco, con su velo y su corona de azahar, y con un susto que no le cabía en el cuerpo, todo según ella se lo figuraba, porque lo había leído así en una novela, y porque debía ser así, y no como á ella le iba á suceder. ¿Qué modo de casarse era éste, ni qué niño muerto? Verdad es que ella se había ido la noche antes con aquel hombre, pero Dios sabe lo que después de pasadas las amonestaciones harán las demás novias..... Y ella tampoco era novia de aquel hombre, ni éste le había hablado como hablan los novios; esto lo sabía ella muy bien, porque había tenido varios: el primero militar, luego un estudiante, después un abogadillo, después..... el único que no había sido novio iba á ser su marido, quien, para que todo fuera raro, ni siquiera tenía..... es decir.....

—Oye, tú, Pío—exclamó de repente, cuando esta idea se le ocurrió,—pero tú, ¿qué eres?

—Yo soy un hombre—contestó él.

—Valiente contestación—replicó ella,—hombres son todos los que no son mujeres. Lo que yo te pregunto es que qué eres.

—Yo no soy nada—contestó él.

—Nada no puede ser—insistió ella,—tú vives de algo.

—Vivo de lo que como, y como lo menos posible—contestó él.

—Vamos, no seas guasón—insistió ella.—Tú tienes un empleo, ó una carrera, ó una ocupación.....

—Tengo un empleo—contestó él—que me da para ir tirando; tengo una carrera, y podría ser abogado, pero no ejerzo; y me ocupo en traducir libros por necesidad, y en una porción de cosas por mi gusto.

—De modo que eres abogado—dijo ella.

—No lo soy ni quiero serlo—afirmó él;—ya te digo que yo no soy nada, ni seré jamás nada, porque no me gusta que me clasifiquen.

—Bueno—dijo ella cambiando de tono y lanzándose á decir algo que le escarabajeaba en el pecho.—Además, tenía que decirte que yo sigo durmiendo con Candelita.

Él no contestó, y ella se fué á la cocina, donde las primas hablaban con entusiasmo de lo que iban á divertirse cuando Pío Cid les trajera al día siguiente el piano que les había ofrecido. La más entusiasmada era Candelita; á Paca le preocupaba más el agua de los ojos, y no apartaba los suyos de las botellas, y Valentina bregaba como de costumbre con los gatos en cuanto Paca la

dejaba libre de las faenas cocineriles, á que todas tenían que ayudar.

Todo salió á pedir de boca; y como hubo algunos extraordinarios, vino abundante y mucha conversación, la comida, que tuvo lugar en la sala principal, duró desde el obscurecer hasta la hora de acostarse.

—Esta vida mía es un escándalo—decía Pío Cid.—Anoche tuve un banquete y esta noche otro, y mañana no sabemos. Si me quejo mereceré que me caiga algún castigo.

—Y ¿cómo fué ese banquete?—preguntó Doña Candelaria.—Cuéntenos usted.

Y Pío Cid les habló de los huéspedes, describiendo sus tipos y costumbres con rasgos tan expresivos que á todas les parecía que los estaban viendo, y les interesaban aquellos jóvenes hasta el punto de declarar sus simpatías por unos ó por otros. Orellana y Cook eran preferidos como personas serias, Pepe Rodríguez por gracioso y por ser murciano, y Benito por bueno é infeliz. Porque Pío Cid los retrató á todos tan fiel é imparcialmente, que aun de Aguirre, con quien no hacía buenas migas, dijo que era un chico algo pretencioso, pero muy honrado y sencillote en el fondo y nada torpe en sus estudios, con lo cual, andando el tiempo, sería ingeniero muy distinguido y persona muy estimable.

—¿Y qué hacía usted entre tantos estudiantes—preguntó D.ª Candelaria,—usted que ya es hombre hecho y derecho y poco aficionado, según parece, á la vida alegre de los jóvenes?

—Yo no me reunía con ellos más que un rato,

á la hora de almorzar—contestó Pío Cid;—comer, comía yo solo en mi cuarto antes que todos, y por la noche no los veía. Algunas tardes venían á mi cuarto y hablaban de mil cosas, y yo les daba algunas lecciones, de idiomas principalmente.

Después tocó el turno á D.ª Paulita y á Purilla, de quienes Pío Cid habló con gran elogio, como se merecían, y, por último, D.ª Candelaria le preguntó:

—Nos ha dicho usted que es de Granada, y que de allí es toda su familia: ¿cómo es que está usted solo? ¿No le queda á usted allá nadie?

Pío Cid, que, como sabemos, no quería nunca hablar de su vida, pero tampoco quería mentir, echó una alforza monumental, saltando de la época en que estaba en Granada con sus padres á la en que vino á Madrid con su hermana y sobrinilla, de las que habló con gran complacencia, deténiendose en describir con detalles todo lo que hicieron y lo que él hizo con ellas hasta dejarlas sepultadas en Aldamar. En este relato hubo ocasión para que D.ª Candelaria intercalase muchas noticias de su vida, y hasta D.ª Justa, que era muy callada, dijo algo, por donde Pío Cid comenzó á conocer al padre de Martina y á la ilustre estirpe de los Gomaras.

Al llegar á los postres, como todos estaban un poco alegres y Pío Cid muy decidor, porque había bebido también, aunque poco, la conversación cambió de tono, y dándose ya todos por conocidos y no disgustados de conocerse cómo eran, se habló con más confianza y familiaridad; las niñas lucie-

ron sus habilidades en la guitarra y la bandurria, y Martina, que no sabía tocar, cantó unas guajiras muy sentimentales, para no ser menos, y después que le rogaron mucho.

—Usted debe de saber muchas cosas—dijo Paca á Pío Cid,—sobre todo muchas historias.

—¿Cómo historias?—interrumpió Martina.—Si es también poeta, y compone unos versos preciosos. Si vierais unos que leí yo anoche.....

—¡Poeta!—exclamó D.ª Candelaria,—ahora sí que estamos frescos, y qué ratos de hambre vamos á pasar.

—No se sofoque usted, D.ª Candelaria—dijo riendo Pío Cid,—que no soy poeta, y aunque lo fuera lo mismo sirvo yo para un fregado que para un barrido. Es decir, que si me aprietan, soy capaz de componer un poema tan largo como la *Ilíada;* pero esto no quita para que sepa preparar un agua para los ojos ó traducir libros de medicina, ó hacer cuanto sea preciso para asegurar la manutención. Porque para mí la ciencia primera y fundamental de un hombre es la de saber vivir con dignidad, esto es, ser independiente y dueño de sí mismo, y poder hacer su santa voluntad sin darle cuenta á nadie. Y para esto hay que tener pocas necesidades y mil medios para satisfacerlas, de suerte que esté uno siempre convencido, como yo lo estoy, de que no tendré jamás que bajar cabeza para obtener un pedazo de pan. El que sólo tiene un oficio puede quedarse sin trabajo y no saber por dónde echarse; pero yo sé más de treinta oficios, y siempre estoy estudiando alguno nuevo.

—¿Y cuál es el que estudias ahora?—preguntó Martina.

—Estoy aprendiendo á gobernar á seis mujeres —contestó Pío Cid entre las risas de todas, contentas y orgullosas de verse protegidas por aquel hombre, que debía parecerles un gallo muy hecho y con terribles espolones.

Doña Candelaria, que tenía muy buenas ocurrencias, dijo á su hermana:

—Justa, ¿no decías que en esta casa hacían falta unos pantalones? Pues creo que nos han traído un surtido completo.

—Pero no hay que escurrir el bulto—dijo Paca volviendo á su tema.—Don Pío, tiene usted que contarnos alguna historia ó leernos esos versos que ha dicho Martina.

—Cállate, que los versos los tengo yo—exclamó Martina.—Ahora que recuerdo, me los guardé en el bolsillo de la falda. Voy á buscarlos.

Y volvió al punto con la poesía de los ojos negros, que á disgusto de su autor fué leída y celebrada por la concurrencia, no por los méritos poéticos que en ella hubiera, sino por lo extraño de la visión y del presentimiento ó previdencia que Pío Cid había tenido.

—Ahora cuéntenos usted algo—insistió Paca, que sin saber por qué se había empeñado en que Pío Cid era un gran cuentista y debía saber muchas historias maravillosas.

—Puesto que tanto empeño tenéis, os voy á contar un cuento árabe que, no me acuerdo dónde, leí hace muchos años.

Y al decir esto recogió un poco la atención para

recordar, aunque no recordaba, sino que inventaba rápidamente la urdimbre de la fábula sin gran esfuerzo, porque su imaginación era felicísima.

—¿Cómo se llama ese cuento?—preguntó Martina.

—No me acuerdo bien—contestó Pío Cid;—creo que se titula *Elección de esposa de Abd-el-Malik*, y que formaba parte de un libro donde se contiene la historia de este famoso Rey.

—¿Y quién era ese Rey?—preguntó Martina.

—Abd-el-Malik, el *siervo del ángel*, fué un Rey muy glorioso, aunque yo no sé fijamente si existió, ó si el nombre es fingido—contestó Pío Cid.—Pero lo que es cierto es que, con uno ú otro nombre, el Rey existió, y lo que el cuento dice ocurrió puntualmente.

Y después de una breve pausa, lo comenzó de esta manera:

«ELECCIÓN DE ESPOSA DE ABD-EL-MALIK.

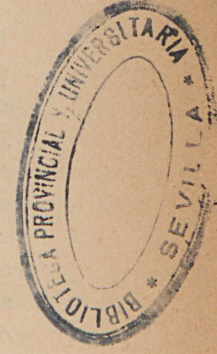
»En el interior de Arabia vivía hace ya mucho tiempo un Rey llamado Abd-el-Malik, que era un verdadero Rey: un hombre de valor, de talento y de humanidad. Juntaba á las más nobles cualidades del espíritu una figura gallardísima, heredada de su madre, que fué robada por unos salteadores en un escondido lugar del Kirgis y vendida como esclava á Abd-el-Eddin, padre de Abd-el-Malik, quien la elevó al rango de favorita, prendado de su belleza, de su porte y de su donosura. Y entre tantos hijos como tuvo aquel buen rey Abd-el-Eddin, ninguno le llegó ni al tobillo á Abd-el-Malik, que por un feliz cruce de sangre fué, como

dije, un dechado de perfección y un modelo de reyes.....»

—¿Cómo es eso—interrumpió Martina;—iba á ser mejor que los otros porque su madre fuera esclava? Yo he oído siempre decir que los mulatos son inferiores á los blancos; los esclavos yo no los he visto, pero cuando los había, dicen que eran malísimos, y que había que tratarlos á latigazos.

—Yo he tenido esclavos—añadió D.ª Justa,—y los que eran buenos, eran muy buenos; pero los que eran malos, era para que los quemaran vivos. Bastante ruina que nos trajo á nosotros el que les dieran la libertad.

—Todo eso está muy bien—dijo Pío Cid,—pero Abd-el-Malik no era mulato; su madre era tártara y su padre árabe, y el cruce de sangre fué magnífico. Y no es éste el primer caso de que de estos cruces salgan grandes hombres; y al contrario, que de los cruces entre parientes ó personas que tienen mucha comunidad de sangre salgan seres sin vigor, degenerados. Ya se ve lo que ocurre con muchas dinastías de Europa, y que hoy tenemos una baraja de reyes y emperadores que, si entraran en quintas y los midieran, algunos no llegarían á la marca. Y todo porque estas dinastías no quieren tomar sangre nueva y poderosa, aunque sea algo basta, donde la hay, que es en el pueblo. Por lo que ha habido que inventar la farándula constitucional, pretexto para que algunos hambrones gobiernen ó desgobiernen en lugar de los que no tienen fuerza para hacerlo.



—Vamos—dijo D.ª Candelaria,—que usted está, sin duda, por el absolutismo.

—Yo no me mezclo en política—contestó Pío Cid—ni estoy por nada, y menos por el absolutismo; porque las cosas ocurren porque deben ocurrir, y cuando hay reyes que no gobiernan, creo yo que será porque no son capaces de hacerlo; y aunque se les declarara absolutos, tendrían que guiarse por unos y por otros, y no estaríamos mejor ni peor que estamos. Pero dejémonos de política, que lo que á mí me interesa es decir que Abd-el-Malik no era ningún rey de mentirijillas, sino que reinaba y gobernaba; y algunas veces, á pesar de su humanidad, les hacía cortar la cabeza á los súbditos que no andaban derechos.

—¡Qué bárbaro!—exclamó Candelita.

—¿Bárbaro? ¿Por qué?—dijo su mamá.—Pues si yo mandara, ¿crees tú que no le cortaría yo la cabeza á tanto bribón como hay en el mundo?

—Con estas y las otras—interrumpió Paca—no dejan ustedes seguir el cuento.

—Es verdad, prosigo—dijo Pío Cid:

«Quedábamos en que Abd-el-Malik era un rey hecho y derecho, y que si heredó á su padre fué porque éste sabía lo que se hacía, y conoció que el hijo de la esclava tártara era quien reunía mejores dotes para gobernar y hacer feliz al pueblo, sobre el que su padre, su abuelo y toda su ascendencia venían reinando. No tenía Abd-el-Malik cuando entró á reinar ninguna mujer, á pesar de que la costumbre del país era tener varias; pero al ser Rey se halló con que era dueño de un harén, donde además de su madre figuraban más de doscientas mujeres de su padre, y, por decirlo así, madrastras suyas. Y luego, por seguir la costum-

bre, tuvo que aceptar varias esposas que le ofrecieron los magnates de la corte; pero (aquí empieza lo interesante del cuento) Abd-el-Malik no hizo caso de ninguna, y continuó viviendo como vivía cuando no era más que Príncipe y no tenía ninguna mujer.....»

Doña Candelaria aguzó las orejas y se dispuso á escuchar aquel cuento, que algo tenía que ver con el cuento ó historia de su vida. Pío Cid la miró distraídamente, y ella se puso colorada, aunque no tanto como la primera vez que oyó sacar á plaza el proceder incalificable de su marido.

«¿Por qué se conducía de esta suerte el egregio soberano con sus esposas, algunas de las cuales eran la flor y nata del país? Esto no se ha podido nunca saber á ciencia cierta, aunque lo que sigue del cuento aclarará algo la extraña conducta de Abd-el-Malik. Sus mujeres se devanaban los sesos, y comenzaron á inventar mil tretas para vencer la indiferencia del Rey y llevarse el galardón de ser, no ya la preferida (que esto ocurre siempre en los palacios árabes), sino la única esposa de un soberano cuyas costumbres eran tan morigeradas. Una de las esposas, llamada Yazminé, ideó un artificio que creyó seguro. Era la hora de la siesta, y Abd-el-Malik dormitaba en un templete rústico, frente al cual había un surtidor de agua que, con los rayos del sol, formaba un arco de colores, que parecía cosa de encantamiento. Yazminé se presentó á los ojos del Rey luciendo el tesoro de sus más secretas bellezas. Sólo la cubría un velo de púrpura finísimo, que casi se transparentaba, y sus únicos adornos eran

una corona de alelíes rojos, un collar de corales y brazaletes y ajorcas de mucho precio. Parecía una visión celestial; y como si no bastaran sus encantos naturales, que eran muchos, comenzó á bailar una danza caprichosa, en la que, sin tocar apenas el suelo con los pies desnudos, se cimbreaba como si, en vez de ser una mujer, fuese un tallo de azucena cargado de flores. Cualquier otro hombre que no fuera Abd-el-Malik se hubiera vuelto loco viendo aquella escultura admirable, que por complacerle tomaba vida y bailaba como las huríes soñadas en el Paraíso; pero Abd-el-Malik se quedó como estaba, y dijo á Yazminé, cuando ésta se cansó de bailar:

»—Ven todos los días á la hora de la siesta, y »baila como hoy, que eso me distrae.»

—¿Sabe usted que ese Malik—interrumpió doña Candelaria—era un hombre difícil de contentar?

—¡Un hombre sin corazón!—exclamó Candelita.

—¿Quién sabe? Ten paciencia—dijo Paca,—que puede que al fin se enamore de la mujer que fuera su media naranja.

«Abd-el-Malik era un gran Rey—prosiguió Pío Cid—y no le daba importancia á los bailes. Más extraño es que no le diera importancia á otras cosas, como se verá por lo que le sucedió á otra de sus mujeres, llamada Aina. Esta tenía un talento extraordinario para contar cuentos, y enterada de lo que le había sucedido á Yazminé, sintió mayor deseo de probar fortuna, y entró una noche sigilosamente en la alcoba del Rey antes que éste se acostara; y después de pedirle perdón por su

atrevimiento en ir á turbar aquella soledad, y de explicarle que su deseo era distraerle con algún cuento de su invención, empezó á hablar con tanta viveza y desparpajo, que el Rey la oía casi con la boca abierta. Aina cobró valor y aguzó el ingenio, y de sus labios salieron sentencias de tan profunda sabiduría, que el Rey quedó asombrado de que en una cabeza femenina pudieran caber todas aquellas cosas. Pero cuando Aina terminó su cuento, no le dijo ninguna terneza, sino estas solas palabras:

«—Aina, tu saber es grande; ven todas las no»ches á esta misma hora y háblame como me has »hablado, que así mi sueño será más sereno, y mi »ánimo se dispondrá mejor para gobernar á mi »pueblo con equidad y templanza.....»

—Eso se parece á los cuentos de *Las mil y una noches*—interrumpió Candelita.

—Todos los cuentos árabes tienen alguna semejanza—dijo Pío Cid—y, en efecto, Aina tiene algún parecido con Scheherazada, aunque ésta contaba sus cuentos para que el celoso y feroz sultán no degollase más mujeres.

—Pues mire usted—dijo D.ª Candelaria,—no me disgusta que el Rey hiciera lo que hizo con la sabia, porque las mujeres no deben meterse en tantas filosofías.

—Abd-el-Malik—contestó Pío Cid—no censuró á Aina, sino que pensó que era buena para consejera y no para mujer.

—Y ¿cuál fué la que quiso para mujer?—preguntó Martina, que escuchaba con gran atención.

—Déjame que prosiga, que no conviene sacar las cosas de quicio.

«Después de Aina, Seniha quiso conquistar el duró corazón del Rey. Seniha cantaba como los ángeles, y era quizá más bella que la bellísima Yazminé. Una mañana, cuando el Rey dormía aún, se acercó á la puerta de su cámara nocturna, cantando una canción que ella misma había compuesto, en la que expresaba las más tiernas y delicadas ansias de un alma de mujer que suspira cerca del hombre amado, y que desea endulzarle la existencia y alegrarle con los encantos del amor. Quien no fuera Abd-el-Malik se hubiera arrojado del lecho y acogido en sus brazos amorosos á la que tantas dichas le ofrecía; pero Abd-el Malik la dejó cantar, y para despedirla le dijo solamente:

«—Graciosa Seniha, tu canto es delicioso; ven »todas las mañanas á esta misma hora y cántame; »así comenzará más alegre el día, que bastantes »tristezas trae consigo.»

—¡Vamos, eso pasa de castaño obscuro!—exclamó D.ª Candelaria.—Ese Rey creía quizás que el mundo se había hecho para él.

—Mamá—dijo Paca—déjale que acabe, que deseo saber quién es la que por fin se lleva la palma. Porque es seguro que el Rey se enamorará.

«Se enamoró Abd-el-Malik—prosiguió Pío Cid—de quien menos podía nadie figurarse. Después de Yazminé, y de Aina y de Seniha, hubo otras que intentaron la prueba, y ni la que lloró, ni la que tocó el arpa, ni ninguna, le sacaron de sus casillas. Á la que tocó el arpa, aunque lo hizo con arte exquisito, le recomendó que viniera á la

hora de comer, y á la que lloró le dijo que viniera una vez al año, el día del aniversario de la muerte de Abd-el-Eddin, porque no era cosa de oir llorar todos los días. La que llevó el gato al agua, como suele decirse, fué una pobre esclava, llamada Esma, que la madre del Rey había comprado para su servicio. Esma era también hermosa, de piel muy morena y aterciopelada, y de expresión humilde y graciosa; pero no tenía ninguna habilidad notable, y apenas si sabía mal leer y escribir. Esta esclava venía muchas veces con recados de la Reina madre para su hijo, y se enamoró locamente del Rey; hasta el extremo de que una noche, no obstante su timidez natural y la que le imponía lo ínfimo de su condición en el palacio, se fué calladamente á la puerta de la alcoba de Abd-el-Malik, y, sin saber cantar, cantó con voz ardiente y condolida una canción que ella no había inventado, sino que le brotó de los labios como un lamento, y que decía:

«Abd-el-Malik, si no duermes,
»Escucha á tu esclava Esma,
»La que vino á tu palacio
»Desde los montes de Armenia.
»Sabrás que un hermoso niño
»Todas las noches se acerca
»Á mí cuando estoy dormida,
»Y con besos me despierta.
»Yo no sé de dónde viene,
»Viene de lejanas tierras,
»Mas á ti se te parece,
»Como si tú mismo fueras.
»Tiene tu mirar de fuego
»Y tu obscura cabellera,

»Como tú los labios rojos,
»Como tú la tez morena.
»Sus brazos, con ser tan tiernos,
»Tienen del león la fuerza,
»Como hechos para empuñar
»Las nobles armas de guerra.
»Redondas y torneadas
»Son sus infantiles piernas,
»Pero se agitan nerviosas,
»Cual si un corcel oprimieran.
»Su pecho débil suspira,
»Mas su corazón golpea
»Con brío, como el de un héroe,
»Ciego en la lucha sangrienta.
»Debe ser un hijo tuyo
»El que á mi lecho se acerca,
»Y cuando me ve dormida,
»Con sus besos me despierta.
»Abd-el-Malik, si no duermes,
»Escucha á tu esclava Esma,
»La que vino á tu palacio
»Desde los montes de Armenia.»

»Apenas acabó Esma de cantar, se abrió la puerta de la alcoba y asomó la figura imponente de Abd-el-Malik envuelta en un manto blanquísimo. Esma se quedó sobrecogida de espanto y pesarosa de haberse atrevido á turbar el sueño del Rey, de quien temió alguna admonición severa; pero el Rey no le dijo nada; le cogió tierna y amorosamente las manos y la condujo al interior de su cámara, cerrando tras sí la puerta. Y al día siguiente supo todo el palacio con asombro que la esclava armenia era la esposa de Abd-el-Malik. En honor de la verdad debe decirse que, cuando fué pasando el tiempo, el Rey se hizo más humano y tuvo muchas esposas por no romper

las sanas costumbres de su tierra; y ninguna de las que habían intentado agradar al Rey perdió su trabajo, puesto que la bailarina, y la consejera, y la cantora, y la arpista, y hasta la llorona, y muchas más que no se habían tomado ninguna molestia, todas fueron amadas, cuál más, cuál menos, por su soberano; pero la favorita fué siempre Esma, y el Príncipe heredero fué el hijo de la esclava, el cual nació tal y como ésta lo había soñado, y llegó á ser un rey digno de su padre, y aun muchos aseguran que le superó.» Y aquí se acaba el cuento.

—Es precioso—dijo Paca,—nos ha gustado mucho. ¿Veis como yo decía que D. Pío sabía historias muy bonitas?

—Pues á mí—dijo Martina—no me gusta ese empeño en hacer que los hijos mejores nazcan de las esclavas.

—¿Pero no ves—replicó Paca—que el Rey era hijo de una esclava? ¿Qué más natural que buscar para favorita una mujer que fuera lo que había sido su madre?

—De todos modos, el cuento ese es bueno—afirmó D.ª Candelaria—y tiene mucha filosofía.

—¡Vaya si la tiene!—apoyó Pío Cid.—Como que lo que quiere demostrar es que Abd-el-Malik, como sabio que era, deseaba para esposa y madre de su primogénito una verdadera mujer; y la más mujer de todas las mujeres que había en el palacio, y la que, por ser más mujer, debía de engendrar hijos mejores, era la esclava Esma; y por esto la eligió, aunque era una humildísima esclava, y la hubiera elegido, aunque fuese un horrible monstruo.

—Pero vamos á ver—preguntó D.ª Candelaria, —¿ese cuento es árabe de verdad ó se lo ha sacado usted de su cabeza? Porque en usted no me extrañaría nada.

—Yo apostaría algo—dijo Martina muy ufana —á que lo ha compuesto él; por lo menos los versos.

—Como que ustedes, los granadinos—añadió D.ª Candelaria,—son medio moros. Y lo bueno que en Granada tienen ustedes es obra de los moros, porque desde que ellos se fueron no han hecho ustedes nada.

—Algo se ha hecho, y mucho se podría hacer—dijo Pío Cid,—pero somos muy holgazanes. Y á todo esto no vemos á D.ª Justa que está dando cabezadas.

—Tengo un sueño que no puedo más—dijo la aludida.—Me voy á dormir, y mañana será otro día.

Martina comenzó á mirar á todos lados, porque las palabras de su madre la hicieron pensar nuevamente en lo que tan preocupada la había tenido. Casi se arrepentía de su decisión de seguir durmiendo con Candelita, ahora que el ejemplo de la esclava Esma le había hecho comprender que pueden casarse una mujer y un hombre sin grandes preparativos ni requilorios, y tener, si llega el caso, hijos célebres en la historia que dejen tamañitos á los que nacen después de muchos años de noviazgo y palabrería amorosa. Por fortuna la providencial D.ª Candelaria cortó por medio aquel nudo que Martina no sabía cómo desatar.

—Tú, Candelita, duermes con Paca y nos dejas

tu cama á las dos—dijo, señalándose á sí misma y á Valentina.

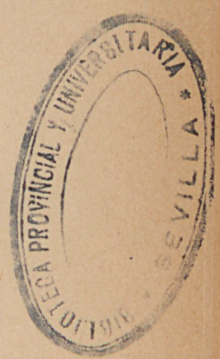
—Paca, es menester que te cures bien—dijo Pío Cid.—¿Te acuerdas de lo que te dije?

—Pues claro está—contestó Paca.—Candelita me pondrá el paño cuando me acueste.

Diciendo esto se fué á la cocina por una botella, y cuando volvió se retiraron ella con Candelita, y D.ª Justa, después de dar las buenas noches. Martina se deslizó sin decir nada en el cuarto elegido por Pío Cid, y á obscuras se desnudó en un segundo, y se acostó en el extremo de la cama grande, que estaba junto á la pared. Doña Candelaria dijo á Valentina que se fuera también á dormir, que ella iría muy pronto, y se hizo la entretenida recogiendo los manteles. Apenas se vió sola con Pío Cid, que tampoco quería retirarse para que Martina tuviera tiempo de desnudarse á solas, le hizo una pregunta que él ya esperaba:

—¿Sabe usted que cuando empezó á contar su cuento me figuré que iba conmigo? Porque como esta mañana me dijo usted aquello de mi esposo.....

—Efectivamente—contestó Pío Cid;—yo también noté la coincidencia, y por eso la miré á usted; pero la coincidencia es casual, y no tiene nada que ver lo uno con lo otro.



—Así lo he pensado yo después—asintió doña Candelaria;—pero aún no me hago cargo de cómo ha podido usted saber un secreto que yo creía que se había quedado en mí, puesto que mi esposo y mi madre política, que lo conocían, murieron ya.

—Nada más fácil—contestó Pío Cid, que no quería declararle que aquel secreto era un secreto

á voces.—Su marido de usted pudo tener un amigo de confianza y decírselo, y por éste lo he sabido yo.

—¿Es quizás—preguntó D.ª Candelaria—el joven murciano de que habló usted? Aunque éste por la edad no puede ser. ¿Cómo se llamaba su padre?

—Eso no lo sé—contestó Pío Cid.—El apellido es Rodríguez, y creo que tenía unas minas cerca de Cartagena.

—¡No me diga usted más!—exclamó D.ª Candelaria.—Ya sé quién es, y por ahí viene la historia. Por cierto que mi marido perdió buenos cuartos por meterse en negocios de minas, y ese señor Rodríguez fué el que le engatusó.

—Pero, mamá—gritó Valentina desde la puerta,—¿no vienes á acostarte?

—Niña, ya voy, déjame en paz y duerme tú—contestó D.ª Candelaria.

Y, siguiendo su interrogatorio, preguntó de nuevo:

—Eso que usted me dijo es verdad, no tengo por qué negarlo; pero lo que yo desearía saber con certeza es el motivo que tuvo mi esposo para hacer lo que hizo. Y usted lo sabe, no me cabe duda.

—¿Yo?—preguntó Pío Cid por no contestar, aunque pensaba que algo tendría que decir para aplacar la curiosidad que él mismo había despertado.

—¡Usted!—insistió D.ª Candelaria, cuyo rostro estaba animado por un arrebato de celos póstumos, que le daban cierto aire juvenil é interesante en pugna con sus cuarenta y pico de años.—Usted

lo sabe, y si no me lo dice es quizás por no mortificarme. Pero ya ve usted, ¿qué mal puede hacerme saber la verdad ahora que estoy viuda y que á lo pasado se le dijo adiós?

—Lo cierto es—contestó Pío Cid, decidido ya á inventar una mentira piadosa—que yo supe el secreto de usted por casualidad. Le daba yo lecciones á Pepe Rodríguez y á otros amigos, y hablábamos de todo lo divino y lo humano, y un día tocó hablar de las rarezas de los hombres, y Pepe Rodríguez habló de un vecino suyo y amigo de su padre, llamado Fermín Colomba, y contó algunas de sus extravagancias; por ejemplo, que llevaba en los bolsillos seis ú ocho relojes, todos parados.....

—Eso es mentira—interrumpió D.ª Candelaria.—No tenía más que uno, y quizá en lo único que era ordenado era en darle cuerda al reloj todas las mañanas.

—Pues ya ve usted—dijo Pío Cid—qué crédito se le puede dar á Pepe Rodríguez, ni á la explicación que diera de esa otra extravagancia que á usted tanto le duele todavía.

—De todos modos, digámela usted—insistió la celosa de ultratumba con tanta resolución, que Pío Cid se convenció de que no había escape.

—Pues bien—contestó Pío Cid;—lo que dijo Pepe Rodríguez fué que Fermín Colomba tenía hecho firme propósito de hacer lo que hizo porque una gitana que le dijo la buenaventura le profetizó que viviría tantos años como días dejara pasar, después que se casara, sin tocarle á su mujer ni al pelo de la ropa; y si esto fuera cierto, yo

afirmo que Fermín Colomba fué un héroe, porque tal es el apego á la vida que tienen la mayor parte de los hombres, que otros en su lugar, aunque el anuncio viniera de boca de gitana, por sí ó por no, hubieran dejado pasar años enteros con la esperanza de vivir más que vivió Matusalén, mientras que él no resistió más que unos cuantos días, y quién sabe si por eso murió tan joven, y si el anuncio de la gitana era realmente una verdadera profecía.

—¿Sabe usted que quizás eso sea verdad?—dijo D.ª Candelaria llena de confusión.—Porque mi Fermín era muy supersticioso, y daba mucho crédito á las adivinaciones por las rayas de las manos, y hasta por el modo de desgastar las suelas y tacones de las botas.

—Pues si era así—concluyó el piadoso embustero,—debía usted venerar la memoria de un hombre que por amor sacrificó una gran parte de su vida.

—Vamos, me ha dejado usted sorprendida de verdad—dijo D.ª Candelaria.—Aunque yo hubiese estado cavilando medio siglo no se me hubiera ocurrido esa explicación, que, después de todo, parece la más natural.

—Pues si á usted le parece—dijo Pío Cid—nos iremos á acostar, y ojalá que esta vida que hoy hemos comenzado felizmente dure muchos años, y sea para bien de todos, que por mi parte no quedará.

—Yo le confieso á usted—terminó D.ª Candelaria cogiendo el quinqué para retirarse,—que no comprendo cómo ha ocurrido; pero que algunas

horas han bastado para que yo, y creo que todas, tengamos en usted tanta confianza como si le hubiéramos visto nacer y crecer á nuestro lado.

Doña Candelaria se fué á dormir con Valentina, y Pío Cid entró en su cuarto; encendió la palmatoria, y levantándola más arriba de su cabeza, vió á la luz tenue, que el techo y las paredes reflejaban, á Martina dormida al parecer, y tan arrebujada que no se descubría de ella más que algunos rizos negros como de ébano, que resaltaban más aún sobre la blancura de las sábanas y almohadas. Luego se sentó junto á la mesa y meditó un largo rato.

Sin duda la sociedad en que vivimos descansa sobre muy frágiles fundamentos cuando un hombre como él, que ya iba para viejo y que además era pobre, pudo en veinticuatro horas constituir una familia natural contra todas las leyes y costumbres artificiales que rigen, y que, como artificio que son, se evaporan en cuanto una voz verdaderamente humana y sincera habla inspirada por el amor, no por el amor brutal de la carne, que para amar algo tiene que declarar la guerra á todo lo demás, sino por el amor que viene del corazón, y que lo ama todo, y aun falta realidad para satisfacerle.

—Esta familia—pensaba—ha tenido confianza en mí, y yo he de pagarle esa confianza como mejor pueda, y ya tengo ahora algo en qué pensar seriamente.

Con estas meditaciones se fué desnudando, apagó la luz y se acostó sin hacer ruido para no despertar á Martina.

TRABAJO TERCERO.

Pío Cid quiere formar un buen poeta.

Al día siguiente comenzó á funcionar la casa de la calle de Villanueva bajo la prudente dirección de Pío Cid. Las mamás eran las dueñas del bolsillo mancomunada y solidariamente, que hubiera dicho el insigne Orellana; las niñas trabajaban en las faenas de la casa y en los nuevos estudios en que las fué iniciando un maestro tan consumado como Pío Cid, y éste ganaba y pensaba por todos. Se levantaba al ser de día á pesar de los regaños de su mujer, y escribía hasta la hora de almorzar; después se iba á la oficina, y á la vuelta recogía á las muchachas y las llevaba á dar un paseo, ordinariamente por el Retiro; de regreso comían, y luego dedicaban el resto de la noche al piano, al canto, á la guitarra y á otros mil entretenimientos y enseñanzas útiles y recreativos. No entraba nadie de la calle al principio; pero más tarde solían concurrir á las reuniones dos muchachos excelentes, y no ciertamente porque Pío Cid los buscara, sino porque ellos solos se presentaron, y Pío Cid á nadie le cerraba la puerta. Cuando D.ª Paulita se quedó sin su pai-

sano, á quien tan obligada y agradecida estaba, no pudo resignarse á una despedida tan seca ni se atrevía á ir á visitarle, é ideó valerse de alguien para meter las narices en aquel lío, ó lo que fuera. Acudió en primer término á Purilla, y le dijo que debía ir á dar las gracias á su antiguo profesor por el regalo del pañuelo; pero la muchacha se negó resueltamente, prefiriendo que la mataran antes que conocer á la familia con quien Pío Cid había ido á hospedarse. Entonces recurrió doña Paulita á Benito, y le dió á leer la carta de Pío Cid, y le convenció de que cuando éste le mostraba mayor afecto que á los demás, nombrándole á él solo en la posdata, era porque no quería romper con él.

—Debe usted ir á visitarle—le recomendó,— y procure usted ver cómo vive nuestro buen amigo, pues en Madrid hay muchas lagartas, y me temo que le hayan engañado como á un chino.

—¿Cree usted—replicó Benito—que D. Pío es un niño de teta? Cuando tiene más cabeza que todos nosotros juntos.....

—No le hace—insistió D.ª Paulita;—los hombres de más talento son los más tontos para ciertas cosas, y D. Pío, con tanto como sabe, es una criatura en cuestión de faldas.

—Bueno, iré—dijo Benito,—y procuraré enterarme, aunque á mí no me gusta mezclarme en vidas ajenas.

Y fué, en efecto, una mañana, y Pío Cid le recibió muy amablemente en la sala principal, que á Benito le pareció la de un palacio comparada con los cuartos de la casa de huéspedes.

—Está usted aquí mejor que un príncipe—le dijo.—Esto se llama entender la vida. Yo he sentido mucho que se vaya usted, porque pierdo sus lecciones; pero ahora casi me alegro, porque ¡qué demonio! no hay que ser egoístas, y usted está aquí mil veces mejor.

—Y rodeado—dijo Pío Cid—de unas cuantas muchachas muy listas, y muy bien educadas y muy honestas, que, aunque han venido á menos, son dignas de casarse con hombres de bien. Hay una que se llama Valentina, que si la viera usted, estoy seguro que se enamoraba de ella.

—Presénteme usted—dijo Benito,—aunque yo mientras no acabe la carrera no puedo enamorarme.

—Eso es mucho decir—replicó Pío Cid;—lo que no puede usted es casarse; pero enamorarse, ¿quién lo impide? Una novia es á veces un quebraderillo de cabeza, y un motivo para recoger á fin de curso abundante cosecha de calabazas; y á veces es lo contrario, es un aguijón para estudiar más y hacerse hombre de pro. Sin embargo, lo que yo he dicho de Valentina es broma, porque la muchacha hace poco que viste de largo, y no piensa más que en jugar con cinco gatos que tiene.

—¡Dios me asista!—gritó Benito.—Cualquiera carga con una mujer aficionada á los gatos.

—Dice usted bien, amigo Benito—contestó Pío Cid,—una mujer gatera es una calamidad; pero una niña gatuna es una joya de gran precio, porque el amor que tiene á los gatos es indicio y preludio del amor que tendrá después á sus hijos.

Valentina será una excelente madre de familia, y en cuanto tenga el primer chiquillo no tarda un mes en dar pasaporte á todos sus gatos, y se queda convertida en mujer perfecta, sin este defectillo que ahora la deslustra.

Tan entusiasmado quedó Benito con esta pintura, que volvió dos ó tres veces para ver si lograba conocer á las amigas de Pío Cid. Éste se las presentó un día, y Benito las encontró á todas muy simpáticas, aunque miró más á Valentina, no porque ésta valiera más que las otras, sino porque era más joven y porque había sido la indicada por Pío Cid. Benito no tenía experiencia en materia de amores; y como llevaba ya hechas las entrañas por lo que había oído de Valentina, se fijó más en ella, aunque no le dijo ojos negros tienes, sino que le habló de los malos ratos que le daba la Química y de otra porción de cosas desprovistas de oportunidad. Cuando se retiraron las jóvenes, Pío Cid invitó á Benito á que viniera los domingos á oirlas tocar el piano, á condición de que fuera él solo y de que no llevara el cuento á la casa de huéspedes.

—Descuide usted—prometió Benito,—que yo no diré nada, y lo único que he dicho á D.ª Paulita, porque me preguntó mucho, fué que estaba usted admirablemente, y que la familia ésta era tan buena como la mejor. Además, la casa ha cambiado mucho con irse usted y Orellana, y yo no me trato apenas más que con los doctores, que dicen que se van á ir por una disputa que han tenido con los bilbaínos.

—Eso me disgusta—dijo Pío Cid,—pero puede

que al fin no se vayan. Influya usted con ellos, aunque no sea más que por D.ª Paulita, que sabe usted que tiene un familión á su cargo.

—Eso ni que decir tiene—contestó Benito.

Y desde aquel día vino todos los domingos, sin faltar, á oir música, á charlar y á decir tonterías á Valentina, que, aunque inexperta, sabía de sobra para iniciar al infeliz estudiante en el arte misterioso de conocer el corazón femenino.

Muy otro era el segundo concurrente á casa de Pío Cid. Cuando éste salía á pasear por las tardes con las muchachas, notaba algunas veces cuchicheos y risas é indirectas que ponían á Paca colorada como un tomate. Miraba como quien no mira, y veía á lo lejos la figura entelerida de un joven que tanto tenía de hortera como de licenciado en cualquier facultad, y que lo que más tenía era frío, pues siempre iba con las manos metidas en los bolsillos de un raído gabán, que juntamente con su dueño tiritaba.

—Ese será Pablo del Valle—pensó Pío Cid.—Del Valle de lágrimas debía llamarse, porque, ó mucho me equivoco, ó ese hombre lo está pasando rematadamente mal. Hay que desencantar este castillo, pues de lo contrario Pablo del Valle va á seguir haciendo la ronda y no vamos nunca á saber si es pez ó rana.

Con esta idea preguntó un día de repente á Paca:

—¿Cuántas cartas te ha escrito ya ese joven que te sigue por las tardes?

—Me ha escrito tres veces—contestó Paca sofocada.

—Pues aconséjale—dijo Pío Cid—que venga á hablar con tu mamá.

Vino Pablo del Valle, que no era otro el rondador, y habló con D.ª Candelaria, y ésta le dijo que no tenía motivo para oponerse á sus pretensiones amorosas, pero que antes de decidirse quería que diese su parecer el marido de su sobrina, el cual á falta de otro hombre hacía de cabeza en la casa.

Volvió Pablo del Valle al día siguiente y tuvo con Pío Cid una larga entrevista, de la que éste dió cuenta á toda la familia aquella misma noche en los términos siguientes:

—He hablado con Pablo del Valle, y no estoy disgustado ni creo haber perdido el tiempo; es un joven decente y de buena familia, como saben ustedes, y si se le ayuda un poco y logra conseguir una colocación fija cumplirá religiosamente sus deberes, porque ha pasado grandes miserias, y su ideal es tener casa y plato seguro, sin pedir más gollerías. Yo le he dicho, en vista de que ahora no tiene otra cosa en que ocuparse, que venga todos los días y me ayude á escribir y á corregir pruebas de la traducción que traigo entre manos. Con este pretexto él vendrá y le invitaremos todos los días á comer; donde comen siete comen ocho, y esto no ha de arruinarnos; yo le daré para tabaco y para lavarse la ropa, y así le pondremos en estado de que aspire á algo, pues tal como hoy se encuentra no es posible que haga cosa de provecho.

No era Pablo del Valle un hambriento vulgar, de esos que salen diariamente al paso, ni era tam-

poco un genio desconocido, un poeta de guardilla ó un bohemio al estilo romántico; era un joven que tenía hambre muy á disgusto suyo, y que soñaba con ganarse honradamente la vida, aunque no pudiera conseguirlo por su falta de talento práctico. Sabía muchas cosas y no sabía ganar el pan. Tenía mucho talento y vivía como si fuese tonto de remate. Tenía familia en Pamplona y un hermano rico en San Sebastián, y la familia y el hermano le habían abandonado porque no quería aplicarse al comercio ni á ningún trabajo útil, ni había tenido paciencia para concluir los estudios de Filosofía y Letras, que comenzó con gran afición. Pensaba acabar la carrera y hablaba de prepararse para ingresar en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios y Anticuarios; pero por lo pronto su único cargo era el de inspector ó investigador de los carteles públicos de la corte, y rara vez se dió el caso de que Pablo del Valle viera que un cartel no tenía el indispensable timbre, no porque no hubiera defraudadores de esta novísima renta, sino porque él no se fijaba, aunque en el fijarse le iba el comer. En cambio sabía de memoria los libros raros y curiosos, y aun los simplemente viejos que había en todos los baratillos de Madrid, porque su vocación era la bibliografía, y su cabeza era el catálogo de todos los libros de España. La bibliografía es un arma de dos filos: bien comido y con un buen traje de levita y su gran erudición, Pablo del Valle podía ser un sabio notable y un distinguido académico; pero con la erudición sola era una desdicha andando. Quizás la única cosa acertada que hizo en su vida fué entrar en el baile de

la Zarzuela y bailar con Paca, aunque probablemente lo hizo porque la vió vestida pobremente y no se atrevió á acercarse á máscaras de más rango. Su instinto de hombre desordenado adivinó ú olió allí una mujer ordenada y casera, y no fué menester más para que Pablo del Valle siguiera este rastro que debía llevarle á la tierra de promisión.

Pero con estos encuentros la carga de Pío Cid era cada día más pesada. El sueldo no bastaba para comer, y había además que pagar casa y alquiler de piano, vestir y obsequiar de vez en cuando á las jóvenes. La traducción del inglés marchó á paso de carga y le permitió salir adelante aquel mes, que por fortuna era el más corto del año, y sacar las alhajas que había en el empeño; porque, encima del precio estipulado, el editor le dió cuarenta duros por las anotaciones luminosas que él puso de su cosecha, y que versaban sobre diversos extremos de embriología humana, y muy particularmente sobre la manera de dar á luz las mujeres de raza negra. Estas últimas notas llamaron la atención de los doctos y dieron gran crédito al Dr. D. Juan López Calvo, seudónimo que Pío Cid empleó en esta ocasión. Por cierto que su idea fué poner Juan López Mata, pero el editor dijo que ya que el nombre era falso no debía ponerse Mata, que es nombre poco favorable para un médico. Pío Cid replicó que el nombre era lo de menos, y que Mata se llamó el doctor que organizó los estudios médicos en España, el cual fué un gran publicista y hombre de positivo valer; pero por dar gusto al editor sustituyó Mata por Calvo, apellido que anuncia á una persona que tiene po-

cos pelos en la cabeza á causa de sus estudios y vigilias. No hubo por el momento nuevos trabajos editoriales, y Pío Cid, con la presteza que le era propia, imaginó otros medios de ganar dinero para hacer frente á sus obligaciones domésticas, á las que no quería faltar por nada del mundo. Entonces fué cuando yo le conocí en la Redacción de *El Eco*, periódico recién fundado por Cándido Vargas, y del que yo fuí redactor, encargado de la crítica teatral y de las cuestiones sociales.

Me hallaba un día en la Redacción solo y sin ganas de escribir, cosa que me sucedía con frecuencia, cuando vi entrar á Pío Cid, cuya figura y nombre no me eran desconocidos, porque Cándido Vargas me habló de él una vez que le encontramos en la calle, y aun recuerdo que extrañó que yo no le conociera siendo paisanos y habiendo seguido los mismos estudios. Preguntó Pío Cid por D. Cándido Vargas, y yo le respondí que poco tardaría en llegar, y le ofrecí una silla que junto á mí estaba. Él la aceptó y me dijo, sin darme las gracias:

—Parece usted paisano mío por el tipo y por el acento.

—Y lo soy—le contesté yo,—y me alegro de tener ocasión de hablar con un paisano de quien don Cándido me ha hablado con mucho elogio.

—Cándido Vargas—dijo Pío Cid—es un buen chico, y es lástima que se haya metido en estos trotes, cuando podía ser un gran autor dramático.

—¿Cree usted eso?—pregunté yo, que no conocía aquella habilidad de mi director.

—Sí que lo creo, y tengo pruebas, y más que

pruebas, hechos; porque el año pasado me dió á leer una comedia, y le digo á usted que era una comedia magnífica. Yo se lo dije así, como lo pensaba, y luego le aseguré que el público la silbaría, con lo cual ya no quedaría duda de la excelencia de la obra. Pero Cándido no está por la gloria con silbidos, y se hizo atrás; mal, muy mal hecho.....

En esto entró Cándido Vargas; él y Pío Cid se saludaron con gran afecto, y seguimos hablando de la comedia en tono de broma, hasta que Pío Cid dijo que tenía que irse y que á lo que venía era á que le anunciáramos, sin dar su nombre, como profesor de lenguas vivas.

—¿Tan mal andas—le preguntó Cándido Vargas—que tienes que tascar el freno?

—No ando muy bien, y antes de estar peor me curo, aunque parezca que me curo en salud—contestó Pío Cid.—Si ese anuncio no pega, recurriremos á la preparación para carreras especiales ó á los estudios de Derecho. Lo de las lenguas me agrada más, porque es lo que me molesta menos.

—Te voy á hacer una proposición—dijo Cándido Vargas:—te encargo para mi periódico una revista extranjera, de política principalmente; semanal ó quincenal, ó trimensual, como quieras.

—Aceptado y gracias—dijo Pío Cid;—pero no olvides por eso el anuncio.

—No lo olvidaré—contestó Cándido Vargas,—porque cuenta con que no te voy á dar ningún puñado de duros; que el periódico anda de cabeza, y lo más que podré arañar serán quince durejos.

—Tú das lo que quieras—dijo Pío Cid,—y adiós.

Se marchó, y según lo convenido, siguió viniendo todas las semanas un día, y en dos ó tres horas daba un vistazo á la prensa extranjera y componía lo que él llamaba su buñuelo, y se iba como si no hubiera hecho nada. Otras veces traía las revistas hechas ya, sin haber leído los periódicos, y por raro azar éstas eran las mejores y más acertadas en sus pronósticos políticos. Pero más que sus pronósticos, lo que nos llamaba la atención en él era la pasmosa facilidad de su pluma, que en un instante cubría de ilegibles garrapatos seis ú ocho cuartillas, de las que luego salía un artículo tan claro y sonoro que daba gusto leerlo.

El anuncio salió en *El Eco*, y valió á Pío Cid dos lecciones, que, juntas con las revistas, le daban más de treinta duros al mes. Y una de las lecciones le dió, además, un amigo, que debía ejercer en su vida una considerable influencia. No porque este amigo fuese hombre de mucho valer, sino porque le sacó de sus casillas y le lanzó en una aventura desdichada, donde se originaron grandes infortunios. En un mismo día fueron á hablarle los dos discípulos: Severiano Tauris y Adolfo de la Gandaria. Tauris era italiano, ó griego de nacimiento, aunque su idioma natural era el alemán por haber vivido, cuando era niño, en Alemania con su padre, que, según parece, se vió obligado á huir por cuestiones políticas. Después de rodar por el mundo había venido á España, y como se hallaba mal de recursos, pensó hacer oposiciones á unas cátedras de alemán, para

las que no era obstáculo su condición de extranjero. Lo que él deseaba era conocer bien el español, estudiándolo con un maestro que supiera hablarle en su idioma. Pío Cid le dió las lecciones que necesitaba, pero sin tratarle nunca con intimidad; porque creyó que el tipo aquel era un pájaro de cuenta, y que á poco que se ahondara en él, quizás resultaría falso hasta el nombre. Con Gandaria, al contrario, intimó pronto, porque éste era un joven que se hacía querer por su carácter franco y jovial, no obstante sus pretensiones de diplomático. Gandaria era diplomático efectivo; servía como agregado en el Ministerio de Estado, y esperaba que le nombrasen en breve secretario en la Embajada de Londres, por desearlo él así y contar con buenos padrinos.

—Ya ve usted—decía Gandaria cuando fué á hablar con Pío Cid,—me parece una insigne majadería ir á un país sin conocer su idioma. Esto es lo que hacen todos, pero yo no quiero hacerlo, sino que estoy decidido á hablar inglés por los codos antes de cruzar el canal de la Mancha.

—Su decisión de usted me parece muy discreta, señor Gandarias—le dijo Pío Cid,—y si de mí depende, hablará usted en dos meses como una cotorra.

—No me llamo Gandarias, señor Cid—rectificó el joven,—sino de la Gandaria. Los Gandarias no tienen nada que ver con nosotros, aunque esto no es rebajarlos.

—Sea Gandarias ó Gandaria—dijo Pío Cid,—lo esencial es que usted me parece una persona muy estimable, y que le daré con mucho gusto

lecciones de inglés en cuanto usted se decida á comenzar.

—Mañana mismo, si usted quiere, á esta misma hora, que es la mejor para mí, porque es cuando salgo del Ministerio.

Así comenzaron las lecciones de Gandaria, que á los pocos días no fué discípulo, sino amigo íntimo y admirador de Pío Cid.

Gandaria era muy entusiasta, y no era menester mucho para que él pusiera á las personas en los cuernos de la luna. Pío Cid le entró por el ojo derecho, y después que le oyó hablar de una porción de materias que él desconocía en absoluto, se quedó pasmado. Debe de advertirse que Gandaria, cuyo talento natural era grandísimo, tenía una cultura superficial y tan estrecha de molde, que hablarle á él de labranza ó de trabajo industrial, ó de las operaciones de los diversos oficios, ó de animales, plantas y minerales, ó de los astros que pueblan el firmamento, y de las miserias que se agitan en el fondo de la vida humana, era descubrirle arcanos, ante los que se quedaba asombrado y atónito. Pío Cid le pareció un pozo de ciencia, y si algo faltaba para diputarle por sabio universal, este algo llegó el día que Gandaria, creyendo estar puesto en terreno firme, intentó cegarle los ojos hablándole de diplomacia y de si á España le convenía aliarse con ésta ó con aquella nación, y de las contingencias probables en todos los casos, según la pauta que él se sabía de memoria. Aquel día Gandaria echó el resto, y no fué el joven distinguido que sabía montar á caballo y llevar el frac con distinción suprema, sino que fué

el regenerador de la vieja y carcomida diplomacia española. Pío Cid le dejó desahogarse, y después de escuchar pacientemente la elocuentísima monserga, le dijo por toda contestación:

—Ahora mismo me he convencido, amigo Gandaria, de que tiene usted un verdadero temperamento de poeta, y de que debe usted dejar en el acto la diplomacia para que ésta siga su curso natural, que es el que ahora sigue, y el que debe seguir sin que nadie lo tuerza.

—Hombre, usted me descuaja (esta palabra y otras muchas eran nuevas en el vocabulario del joven diplomático). ¿Será usted capaz de sostener que nuestra política exterior es inmejorable?—preguntó á su contradictor dando un puñetazo en la mesa.

—Es inmejorable porque no existe—contestó Pío Cid.

—¡Acabáramos!—exclamó Gandaria.

—Pero no se precipite usted—continuó Pío Cid;—no existe, ni debe existir, hasta que nazcan en España seres racionales que comprendan lo que conviene hacer. Mientras este día llega, el mejor partido es no hacer nada, y para no hacer nada no es posible encontrar, ni buscándolas con un candil, personas tan diestras y hábiles como las que ahora tenemos al frente de nuestros negocios, que deberían llamarse no-negocios.

—Ja, ja, ja. ¡Si yo dijera en la Casa que debe llamarse Ministerio de los No-negocios Exteriores! —exclamó Gandaria riendo como un desesperado.

—Si lo dijera usted le darían una cruz—dijo Pío Cid.

—Todo podría ser—asintió Gandaria.

—En nuestro amado país—dijo Pío Cid—todos los centros gubernativos debían llevar una partícula negativa. Tendríamos Ministerios de la Desgobernación y de la Desgracia, de la Sinhacienda y de la Sinmarina, y así por el estilo. El único que funciona es el de la Guerra, y funciona mal. Pero ahora, hablando seriamente, yo le digo á usted que hay que trabajar para que España se levante, y que hasta que se levante no hay medio de hacerla andar en ningún sentido. Por esto la diplomacia es la última que debe aquí entrar en juego, y por ahora nada bueno se podría sacar metiéndose en historias, como no fuera que nos moliesen á palos como á D. Quijote los yangüeses. Yo he conocido á muy pocos diplomáticos españoles, y alguno de ellos ni siquiera conocía los límites geográficos del país en que representaba á España; pero éste, más que los otros, tenía un orgullo á prueba de bomba; y como quiera que lo único que hoy teremos en España es ignorancia y orgullo, no se puede pedir más perfecta representación de lo que somos. Ese orgullo es bueno; algún día vendrá el saber y todo se andará. Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual podremos aspirar á algo. Yo soy quizás el único español que tiene ese orgullo, pero pronto nacerán centenares que lo tengan, y usted debía también afiliarse á mi bando, y puesto que posee bienes de fortuna, dejarse de diplomacias y trabajar para ser el primer poeta de España.

Probablemente hablando así, Pío Cid recargaba

adrede, con colores sombríos, el cuadro, ya triste de suyo, que ofrece nuestra infortunada nación, para quitarle á Gandaria de la cabeza el propósito de regenerar á su patria; porque el joven diplomático era uno de esos fantaseadores candorosos que lo hallan todo llano como la palma de la mano, y se figuran que no hay más que imaginar las cosas para que luego ocurran como se las había imaginado. Él unía en abrazo fraternal á España con todas las naciones de origen hispánico, y con este núcleo de fuerza se convertía en árbitro, ó poco menos, de los destinos del orbe. Sobrevenía un formidable conflicto entre Europa, coligada, é Inglaterra sola, en su solo cabo, y el triunfo del continente era seguro; pero España se ponía del lado de Inglaterra, y Europa tenía que rendirse á discreción después de un larguísimo bloqueo. Excepto Rusia, las naciones escandinavas y Suiza, que habían permanecido neutrales, todas las demás salían con las manos en la cabeza, mientras que España, aparte de la restitución de Gibraltar, se redondeaba con el protectorado en Marruecos, quedando de paso fundada la unidad ibérica, porque Portugal había combatido al lado de España, y después de la victoria habían ambas naciones convenido en la unión.

—Todo eso está muy bien—le dijo Pío Cid echándole otro jarro de agua fría;—pero no se forje usted ilusiones. Casi todos los oficiales de nuestro ejército salen de las Academias soñando en arduos problemas estratégicos, y después se consumen años y años ¿en qué? en instruir á los quintos é inspeccionar el rancho. Si usted va á

una Embajada, lo que tendrá usted que hacer, si hace algo, es poner en limpio las comunicaciones que escriba algún superior, que quizás estén plagadas de sandeces. Y cuando á los treinta años de servicios llegara usted á ser cabeza, estaría usted tan aplanado y tan macilento que no pensaría usted más que en cobrar la nómina.

—Pero, amigo Cid—replicó Gandaria,—por precisión hay que ser brazo si se pretende ser algún día cabeza.

—Ese es un error—afirmó Pío Cid;—el que quiere ser cabeza debe serlo desde que nace. Si usted se dedica á la poesía y logra tener una personalidad, ya es usted cabeza; y si además de la poesía le gusta la diplomacia, siendo un gran poeta puede ser, de golpe y porrazo, ministro ó embajador.

—No está mal pensado eso— dijo Gandaria.

Y se fué aquel día dispuesto á ensayar sus fuerzas poéticas, y convencido de que Pío Cid era también, por ser de todo, perro viejo en materias diplomáticas, no sólo por las muchas historias secretas de que se mostraba enterado, sino porque al despedirse le dijo:

—Amigo Gandaria, para quitarle á usted por completo las ilusiones que le puedan quedar, le diré que ese señor I. R. Dávalos que firma las revistas de *El Eco*, y que usted ha citado como gran autoridad en apoyo de algunas de sus opiniones, soy yo mismo; y le diré además que lo que allí escribo lo escribo para comer y porque sé que nadie ha de hacerme caso por ahora. Mis ideas no serán malas, pero son prematuras, y las expongo

para que vayan sonando en las distraídas orejas de nuestros compatriotas.

Lo que decidió á Pío Cid á aconsejar á Gandaria que cultivara las musas, fué la brillante imaginación de que aquel día hizo gala el joven; y por si la imaginación no bastase, había además otra circunstancia más honda, en la que el amor andaba por medio. Á la tercera lección fué ya Gandaria presentado á la familia de Pío Cid, y comenzó á frecuentar la casa y á pretender llevar á Pío Cid á la suya. Este se excusó con el pretexto de sus muchos trabajos, y arregló de modo que intimasen Gandaria y Pablo del Valle, de cuya amistad se prometía muy buenos frutos. Donosa le parecería la ocurrencia á quien hubiera visto, como yo vi, entrar un día en la Redacción á Gandaria y Pablo del Valle, cuyas figuras hacían reir viéndolas juntas. Gandaria era un poco obeso, muy rubio, los ojos azules, la nariz aguileña y la boca un poco sumida, sombreada por un ligero bozo que aún no llegaba á bigote, y toda su persona era la perfección consumada en el vestir y la corrección atildada en el trato. Pablo del Valle era flaco y demacrado, casi exangüe; y con sus ojos tristes y su barba negra, parecía un Cristo crucificado, que en vez de túnica llevaba unos pantalones roídos por abajo y un gabán inverosímil. Este antagonismo, justo es decirlo, duró poco, porque, en cuanto Gandaria tuvo confianza con su amigo, le dió un gabán muy decente, y luego le dió unos pantalones y un chaleco y un chaquet, y sombrero y calzado, y hasta ropa interior. Con esto, y con algo que puso también Pío Cid, Pablo

del Valle se metamorfoseó completamente, y Paca, que antes le miraba con lástima, comenzó á mirarle con satisfacción. Pablo del Valle le dió en cambio á Gandaria una idea, la única que él tenía y que era su ídolo y su amor: el Libro. Su adoración era tal, que á fuerza de mirar un volumen por fuera adivinaba lo que decía por dentro sin necesidad de leer, á lo que no era muy aficionado. Gandaria empezó á hablar del tomo de poesías que estaba preparando; y aunque al principio la noticia era falsa, no tardó en ser verdadera, porque el falso poeta, sugestionado por su propio atrevimiento, no quería quedar en ridículo, y probó sus fuerzas y vió con asombro que sabía componer versos, y oyó á Pablo del Valle afirmar que los versos eran óptimos, y se echó á volar por los espacios etéreos. Todas estas transformaciones las noté yo, porque Gandaria y Valle iban con frecuencia á *El Eco* á buscar á Pío Cid; y cuando comprendí por ciertos detalles que detrás del telón estaba Pío Cid moviendo los muñecos, fué cuando me fijé en el raro y original mérito de mi gran paisano, y me aficioné á él y solicité ser su amigo, y conseguí ser el predilecto, según me dijo muchas veces, y sufrir su benéfica influencia. Á todos los transformaba, y á mí, por estimarme más, me trastrocó, de joven ambicioso que era, en filósofo contemplativo, y me arrinconó en este lindo carmen, quizás para que pudiera escribir la historia de sus trabajos que ahora mismo estoy escribiendo.

Además de la idea del libro de poesías, le inspiró Valle á Gandaria la de impulsar á Pío Cid por un nuevo camino.

—Si yo me hallara en el lugar de usted—le dijo—no dejaría que se consumiera sin dar utilidad al mundo un hombre como Pío Cid.

—¿Qué me dice usted?—respondió Gandaria.—Yo soy el primero en aconsejarle que se dé á conocer y ocupe el puesto que merece.

—No bastan los consejos con un hombre como él—insistió Valle;—hay que comprometerle. ¿Cree usted que si le dijeran, por ejemplo, vaya usted de gobernador á tal provincia, sería capaz de renunciar? Y si su papá de usted, que manda tanta fuerza en la nueva situación, lo deseara, Pío Cid sería gobernador como yo me llamo Pablo.

—Pero Pío Cid—contestó Gandaria—no tiene condiciones para el cargo.

—Pío Cid—afirmó gravemente Valle—sirve para todo. Yo he leído versos suyos, que son una maravilla, y le he oído hablar de ciencias y de artes como un oráculo, y luego le he visto hacer cosas que parecen impropias de un hombre de estudios y que revelan que para él no hay nada grande ni pequeño. El curó á mi novia como usted sabe, y yo le he visto hacer los collares que tienen los gatos de Valentina, que parecen obra de un maestro talabartero. Si va al Parlamento y quiere hablar, aunque no ha hablado nunca en público, hablará como Cicerón ó Demóstenes; y si le nombran gobernador, convertirá su provincia en un paraíso.

—No me refería yo—dijo Gandaria—á las condiciones de inteligencia y carácter, pues de sobra conozco á nuestro amigo, sino á la aptitud legal.

Para que fuera gobernador tendría antes que ser diputado.

—Y ¿á usted le parece que es muy difícil sacar un diputado?—preguntó Valle.—Ahora están haciendo el encasillado para las próximas elecciones, y con trabajar un poco la partida.....

—Ya hablaremos de eso—dijo Gandaria despidiéndose.—Si de mí dependiera.....

Valle se fué muy contento, pensando en que, si algún día Pío Cid era nombrado gobernador, él iría de secretario del gobierno, cargo que le seducía más que ningún otro. Gandaria entró en su casa deseoso de hacer algo por Pío Cid, ahora que había encontrado la manera práctica de mostrar su entusiasmo por su maestro.

Halló reunidos en conversación familiar á sus padres y á su única hermana, Consuelo, que tenía dos años menos que él y que era una encantadora criatura. Don Adolfo estaba de pie junto á la chimenea; D.ª Fernanda leía, alternando en la conversación, y Consuelo jugaba con un perrillo de lanas, mientras hablaba con su padre precisamente de Pío Cid. Porque Adolfito les había dicho algo de éste y de su familia, principalmente de Martina, de la que habló con tanto interés que Consuelo no pudo menos de decirle:

—Adolfito, parece que tu maestra te ha flechado con buena puntería.

—¿Qué me dices, Consuelito?—respondió él.—¡Ni pensarlo siquiera!

Así, cuando entró Adolfo, Consuelo se encaró con él y le dijo:

—¿No te aseguraba yo que no me era descono-

cido el nombre de tu profesor? Pues no me equivocaba. Hoy he hablado con alguien que le conoce y que sabe de él lo que tú no sabes.

—Cuéntame, cuéntame—preguntó Adolfo con viveza.

—No quiero guardar ningún secreto—contestó Consuelo.—La que me ha hablado es Rosita Suárez, á quien tú conoces muy bien. Pero te encargo que no le hables de esto.

—Y ¿qué te ha dicho Rosita?—preguntó Adolfo de nuevo.

—Te contaré—respondió Consuelo, disponiéndose á hablar con puntualidad.—Un día me vine de la iglesia con Rosita, y hablábamos de lo perdidos que están, digo, que estáis los hombres, y le pregunté yo á Rosita que si no había pensado nunca en casarse. «¿Querrás creer, me respondió, que yo misma me parezco una vieja y que no me acuerdo de que haya hombres en el mundo?—¿Pero es posible, le pregunté yo, que no te haya interesado nunca ningún hombre?—Ninguno, me contestó; es decir, hay uno, pero éste no sé si es un hombre ó un demonio.—¿Quién es?, le pregunté.—Tú no le conoces, porque no frecuenta la sociedad ni su nombre suena para nada.» Y entonces me dijo el nombre de Pío Cid, que se me quedó en la memoria porque no es corriente ni vulgar. «Y ¿cómo es, le pregunté yo, que habiéndote interesado no te casaste con él?—No era posible, me respondió; en fin, no hablemos de esto, que á nadie se lo he dicho nunca sino á ti.» Hoy recordé esta conversación, y que Rosita era la que me había hablado de tu profesor, y fuí á hablar

con ella; y ¿sabes lo que me ha dicho? Que no es posible que Pío Cid esté casado. Por cierto que se puso más pálida que un cadáver, y que para mí es seguro que ella ha tenido algo con tu profesor.

—¿Qué me cuentas, Consuelito?—exclamó Adolfo.—Que me maten si comprendo.

—Pues es muy claro—dijo Consuelo.—Rosita es una joven decente; el D. Pío ha tratado de engañarla, y ella, aunque le quisiera, ha huído de él, como hubiera hecho en su lugar cualquier mujer honrada.

—Más fácil es—gritó Adolfo—que Rosita esté celosa porque Pío Cid no le haya hecho caso. ¡No irás á decirme que Rosita es una beldad!

—Celosa ó no celosa—contestó Consuelo,—lo que ella asegura, apostando la cabeza, es que Pío Cid no está casado y que la familia con quien vive debe de ser gente de manga ancha.

—Y lo que yo aseguro—gritó Adolfo enfurecido—es que si una mujer se enamora de un hombre, y ese hombre quiere engañarla, no hay decencia ni honestidad que la salven.

—No digas esas herejías, Adolfo—exclamó doña Fernanda.—Ese no es modo de hablar con una hermana tuya.

—Es que me molesta la gazmoñería—dijo Adolfo,—y esa Rosita, que es más fea que un galápago, quiere tirar piedras á las demás porque la rabia se la come de no haber podido encontrar quien cargue con ella.

—Y tú te enfureces—dijo Consuelo con malicia—porque te tocan en el punto sensible.

—¿Á mí?—preguntó Adolfo.—Déjate de cuen-

tos. ¡Pues si hoy mismo venía á hablarle á papá en favor de Pío Cid! ¿Quieres mejor prueba de que soy su amigo leal y verdadero?

—Y ¿qué ibas á decirme?—preguntó D. Adolfo, que presenciaba la escena con impasibilidad, en él habitual.

—Pues te iba á decir—contestó Adolfo—que á ti que te gusta proteger á quien vale y crear hombres de provecho, se te presenta ocasión de ayudar á un hombre á que sea ministro en veinticuatro horas.

—No exageres—contestó D. Adolfo, que, en efecto, era una nulidad completa, y á falta del orgullo de ser algo, tenía el orgullo de dar, como él decía, «golpes de hombro» á todos los que se figuraba que prometían.

—Ahora que tenemos en el Ministerio á D. Bartolomé—insistió Adolfo,—podías trabajar para que sacaran á Pío Cid como adicto, y tú verías si mi hombre daba ó no de sí. Por supuesto que voy á obligarle á que venga, y en cuanto hables con él verás que me quedo corto.

—¿Cómo es eso?—preguntó el papá.—¿No querrá él venir?

—Él dice—contestó Adolfo—que su casa está abierta para todos, pero que no quiere ir á casa de nadie, porque no le gustan los cumplimientos ni los compromisos que el trato trae consigo.

—Entonces, ¿qué hombre es ese para la política?—preguntó el papá.

—Ahí está el quid—respondió Adolfo;—en que no es un ambicioso, sino que hay que forzarle y comprometerle para que salga de su obscuridad.

—Hombre—dijo el papá,—me parece que habiendo tantos cientos y miles que están suplicando con el sombrero en la mano, es una insigne estupidez, y dispensa la frase, ir á solicitar á quien no pide nada, ni probablemente agradecería lo que por él hicieran.

—Ahí está el mérito—insistió Adolfo;—y..... en fin, tú le conocerás.

Fuese D. Adolfo, y tras él su esposa, y quedaron solos los hermanos.

—Mira, Adolfito—le dijo Consuelo,—yo soy más lista que tú, y te estoy viendo, y lo que tú deseas es sacar á tu amigo de su casa para que te deje el campo libre.

—Consuelo, por Dios, eres atroz cuando te pones á pensar mal—exclamó Adolfo.—Que me muera ahora mismo de repente si tal idea ha pasado jamás por mi cabeza.

—Bueno—insistió la hermana,—yo te hago la indicación para que andes con cuidado, porque—añadió, bajando la voz,—esto no lo he querido decir, pero sé por Rosita que ese Pío Cid es un hombre terrible, que tiene cometidas las mayores crueldades que se pueden concebir.

—Esos son cuentos de vieja—afirmó Adolfo.

—Rosita lo ha leído en un libro, y desde entonces le tomó horror á ese hombre—dijo Consuelo.

—¡Cállate!—exclamó Adolfo.—¿Si será ese el libro que dice Pablo del Valle que compuso Pío Cid, y del que tiene el único ejemplar que hay en España un cura que dice misa en San Ginés? Si es así, no me extraña lo que dice Rosita, porque el cura no ha querido prestarle á Valle el libro

á causa de las herejías que contiene. Pero ese libro es de entretenimiento. Ya conocerás tú á mi amigo, y me dirás si no es un hombre de gran corazón. ¿Quieres que le proponga venir á darnos á los dos la lección de inglés? Así vendría sin dificultad.

—Bueno, haz lo que quieras—dijo la joven, que ya sentía curiosidad por conocer á Pío Cid, aunque no tanta como por conocer á Martina.

Pocos días después vino Pío Cid á casa de los Gandaria acompañado de Adolfo; y aunque la visita era la primera no fué de mero cumplido, sino que en ella se trató de asuntos serios y quedó cimentada la resolución de D. Adolfo de ayudar con todo su valer á aquel hombre, que no sólo demostraba tener un talento descomunal, sino que, por una rara circunstancia, coincidía en sus puntos de vista con los del propio señor de la Gandaria. Verdad es que D. Adolfo, aparte su idea fija de ejercer de Mecenas político, no tenía ideas propias ni puntos de vista personales, y se adhería á los de los demás; pero, de todos modos, es cierto que jamás se adhirió á nadie con tanta fuerza ni con tanto entusiasmo como á Pío Cid, que aquel día estuvo inspirado y certero. Se habló de cosas superficiales, llevando el peso de la conversación los dos Gandaria, padre é hijo. Pío Cid asentía ó contestaba con alguna frase breve, para que fuera D. Adolfo quien llevara la voz cantante. Hasta que al término de la conversación, estando presentes D.ª Fernanda, que entró á buscar á su marido para salir con él, y Consuelo, que se quedaba en casa con Adolfo para comenzar las leccio-

nes, al señor de la Gandaria se le ocurrió decir:

—Estamos completamente de acuerdo, Sr. Cid, y he oído con sumo gusto los juicios emitidos por usted; porque estamos devorados por el pesimismo y me complace ver que aún hay hombres que, como usted, tienen fe y esperanza en el porvenir de nuestra desgraciada nación. Pero..... una pregunta se me olvidaba hacerle sobre un asunto que para mí es de importancia capital: ¿cree usted que las instituciones actuales son una solución definitiva de nuestra organización política general, y que se ha cerrado ya el período constituyente y que no se debe tocar en adelante á las leyes fundamentales del Estado?

—¿Cómo he de creer yo semejante desatino?— contestó Pío Cid casi indignado.—Á mi parecer, la organización que hoy tenemos es apropiada á nuestro estado intelectual; no sabemos lo que queremos, valemos muy poco y sabemos poquísimo; ¿cómo vamos á tener un poder fuerte? Si lo tuviéramos de nombre, ¿cree usted que íbamos á engañar á nadie? Le voy á citar á usted un caso que le ocurrió á un amigo mío, director de cierta Sociedad. El hecho ocurrió en Dinamarca. Este amigo proyectó la construcción de un edificio para establecer en él las oficinas de la Sociedad que dirigía; y deseoso de hacer ver que la Sociedad era muy fuerte y poderosa, ideó lo que quizás á un arquitecto no se le hubiera ocurrido: poner desde el cimiento hasta la altura del primer piso, en vez de pilastras ó columnas ú otro adorno, enormes elefantes que con sus machuchas patas parecieran sostener en peso aquel palacio. La

idea era discreta, pero no bien intencionada, porque la fortaleza de la Sociedad de mi amigo era muy inferior á la de un elefante, y acaso hubiera sido más propio idear que el edificio estuviera sostenido en el aire por ligeras mariposas. No había ni dinero para que los elefantes fueran esculpidos en piedra durable, y hubo que vaciarlos en escayola, y antes que el edificio estuviera terminado había elefantes que habían perdido la trompa, los colmillos y las orejas, por cuyas roturas denunciaban la fragilidad de la construcción y anunciaban al público el engaño.

—¿Y qué consecuencia saca usted de ese ejemplo, que en verdad es interesante?—preguntó don Adolfo.

—Muy sencilla—contestó Pío Cid.—Nuestro país es un país de imaginación, y no se conforma con el papel modesto, y á ratos poco airoso, que ahora tiene que representar. Hay quien sueña con un poder fuerte y elefantiaco, como si dijéramos, el absolutismo. Y hay que preguntar si tenemos medios para costear esos lujos, si no es más prudente ir economizando y reuniendo fuerzas y robustecer el poder político conforme nuestros ideales vayan necesitando un instrumento de acción más poderoso.....

Don Adolfo comenzó á comprender; y como, no obstante su adhesión al régimen constitucional, él en su interior era absolutista, no pudo contenerse y exclamó:

—Luego entonces este régimen de ahora no es definitivo.....

—No hay nada definitivo en el mundo, señor

Gandaria, y nuestro sistema parlamentario, lejos de ser definitivo, está ya deseando que le den un puntapié y lo quiten de en medio. Ya le he dicho á usted que los problemas políticos me interesan menos que los astronómicos; así, pues, yo hablo sin encono, con absoluta imparcialidad é independencia, y le aseguro á usted que es mi convicción íntima que nuestro período de devaneo parlamentario no durará un siglo entero. Nuestro gobierno natural es un gobierno fuerte y duro, como nuestro temperamento; la filantropía democrática nos parece una degeneración de nuestro carácter, puesto que nosotros, quién más, quién menos, todos somos reyes en nuestra casa y para nuestro fuero interno, y nos gusta que el rey ó gobernador, ó lo que sea del país, lo sea de verdad, para, si llega el caso, lucirnos haciéndole bajar la cabeza. El tipo que más entusiasma á nuestro pueblo es el de un hombre que, como el Cid, trata al rey de potencia á potencia; pero tales caracteres sólo se forman cuando los reyes lo son de cuerpo entero é inspiran admiración ó temor. Si el rey es un funcionario reglamentado como los demás, los ciudadanos serán borregos esquilados, y el poder nacional, disgregado y disperso, sólo se mostrará en actos mezquinos de autoridades enanas, cuyos desafueros, cuando los cometen, sólo son merecedores de que se los castigue con un cogotazo. Por esta razón, en cuanto nosotros recobremos nuestro perdido vigor espiritual con sus naturales creces, hemos de querer un gobierno á nuestra semejanza, y el régimen de hoy se hundirá sin que haya tiempo para componerlo, ni siquiera para apuntalarlo.

—Magnífico—exclamó D. Adolfo, conteniéndose para que no se le saltaran de gusto las lágrimas.—Si fueran esas las ideas de nuestra juventud, habríamos entrado en el buen camino para regenerar á nuestra patria.

—Idealismo y fuerza—dijo Pío Cid.—Este debía de ser el lema de esa juventud, pues debajo de esos conceptos anchura hay para que todos se muevan, sin romper los vínculos comunes con que nos enlaza la tierra que nos sustenta, y el cielo, bajo el cual hemos nacido, y la tradición intelectual que á todos nos ha amamantado, cuando antes de pensar por cuenta propia aprendíamos á pensar en las obras magistrales de nuestra lengua.

—Idealismo y fuerza—repitió D. Adolfo.

—Y catolicismo—agregó D.ª Fernanda, impaciente,—y catolicismo.

—Eso por de contado—dijo su esposo. Y luego añadió:—Dispense usted, señor Cid, que tenga que retirarme; pero no me gusta que me esperen mucho. Espero que esta conversación agradabilísima no será la última....

Y con los usuales cumplimientos se marcharon los esposos, y se quedaron Adolfo y Consuelo con Pío Cid, hablando del mismo tema político por no hallar otro á mano en aquel instante, hasta que Consuelo, dirigiéndose á Pío Cid, le preguntó:

—¿Es cierto lo que me ha dicho Adolfo, que usted adivina el carácter de las personas por la escritura?

—No quisiera dejar á su señor hermano por embustero—contestó Pío Cid;—pero lo de adivi-

nar es de su cosecha. Hay personas que adivinan, y otras que analizan la escritura, y muchas que explotan la credulidad humana; yo no soy adivino ni analizador, y le ruego á usted que no crea en la mayor parte de los descubrimientos de la grafología. Lo que hay de verdad en eso es que algunos de los rasgos del carácter personal se reflejan en la escritura espontánea, y cuando se ha leído mucho y se tiene gran experiencia y hábito, se acierta á ver en un autógrafo, como en un retrato, muchas de las cualidades morales del autor ó del modelo.

—Para el caso viene á ser lo mismo—dijo la joven.—Le he hecho la pregunta porque tengo gran interés en que usted me diga su opinión sobre el carácter de letra de cierta persona.

—Como usted quiera; yo le diré sinceramente mi impresión, advirtiendo desde luego que puedo equivocarme—dijo Pío Cid.

—Pues voy por las cartas—dijo Consuelo; quien volvió á poco con una cajita japonesa.

Adolfo se levantó diciendo:

—Mientras usted analiza esos importantes documentos voy á salir un minuto, que ahora recuerdo algo que se me había olvidado.

—Pero Adolfito—insinuó su hermana,—eso no es muy formal que digamos.

—Dispénsame—replicó Adolfo;—pero es un asunto que no puedo aplazar..... Vuelvo sin tardanza. Y salió disparado, mientras Pío Cid decía:

—Se podría asegurar que esta es la hora en que el joven Adolfo espera ver á la señora de sus pensamientos. Hay que ser tolerantes con los

arrebatos juveniles, puesto que todos hemos pasado por ellos..... Es decir, yo no he pasado, y bastante me pesa; pero usted se halla en la mejor edad para comprender.....

—No lo crea usted: soy yo más vieja que parezco—dijo Consuelo, sentándose con un movimiento elegantísimo en el borde de un diván como amazona que monta á caballo.

Pío Cid la observó rápidamente y replicó:

—¿Tendrá usted diez y ocho años?

—De cuerpo—asintió la joven;—pero ¿y de espíritu?

—De espíritu—contestó Pío Cid, sonriendo—doce ó trece.

—¿Eso cree usted?—preguntó Consuelo, sonriendo también, entre halagada y ofendida.

—Hay en usted—afirmó Pío Cid—cierta apariencia de mujer dueña de sí, experimentada si se quiere; pero yo la atribuyo á que usted tiene movimientos varoniles, sueltos y vigorosos, como de quien ejercita mucho las fuerzas en la equitación ó la gimnasia.

—¿Me ha visto usted pasear á caballo?—preguntó Consuelo.

—No la he visto—respondió Pío Cid;—pero se le conoce á usted muy bien el aire de amazona, así como que, á pesar de ese aire y de su deseo de echarse años encima, es usted todavía una niña.

—Gracias por el cumplido—dijo Consuelo con gravedad cómica.—Ya me figuro á usted con las disciplinas ó con la palmeta castigándome cuando no dé bien la lección.

—No sería ese el castigo que yo le daría á us-

ted—dijo Pío Cid en el mismo tono,—sino que inventaría otro que le hiciese más mella y que á mí no me pusiera en ridículo.

—¿Cuál?—preguntó Consuelo.

—¿Cómo voy á decirlo si aun no ha caído usted en falta?—contestó Pío Cid.

—Pues suponga usted que estoy distraída y no atiendo—dijo la joven, abriendo la cajita japonesa y revolviendo las cartas que en ella había sin mirarlas, sólo por fingir la distracción.

—Lo supongo—contestó Pío Cid,—y la castigo á no saber hoy lo que iba á decirle examinando esas cartas, y además á rezar la letanía, arrodillada delante de la imagen de su devoción.

Consuelo oyó sorprendida aquella peregrina ocurrencia, y miró á Pío Cid de arriba abajo con extrañeza y con miedo. Lo que ella menos esperaba de aquel hombre era que le impusiese, ni en broma, la penitencia que le imponía; así no supo qué contestar y dejó que Pío Cid explicara su idea. El cual, después de un breve silencio añadió:



—Veo que le suena á usted á extravagancia e castigo que le he impuesto, y que á mí me parecía el más natural; porque apenas la vi á usted adiviné que su espíritu es muy religioso, aunque á ratos lo distraen ciertas aficioncillas profanas; y como yo quería que mi castigo fuese muy ligero, me dije: pongamos una pena suave en el capítulo de las cosas mundanas, y compensémosla con algún ejercicio piadoso. La intención, como usted ve, era buena.....

—Lo que me ha sorprendido, le seré á usted franca—dijo Consuelo,—no es lo que me ha dicho

usted, sino que sea usted quien me lo diga. Cierta persona que no he de nombrar me había hablado de usted antes de que Adolfo le conociera, y me había dado á entender que no era usted nada devoto.

—Tan pequeño como soy—dijo Pío Cid, eludiendo la cuestión,—y tan oculto como vivo, y, sin embargo, hay quien habla de mí, y con usted.

—Todo se sabe, amigo mío, todo se sabe—añadió Consuelo en son de reprimenda;—y quien me habló de usted le conoce á usted á fondo, y quizás haya tenido con usted algo más que conocimiento, y aun que amistad.

—Eso nada tiene de extraño—dijo Pío Cid,—porque yo no tengo conocimiento ni amistad con nadie, aunque á algunos les llamo conocidos ó amigos. El único sentimiento que yo soy capaz de sentir es el amor, y lo siento por cuantas personas conozco. Los demás sentimientos son gradaciones ridículas, engendradas por la jerarquía social. Si la fraternidad humana estuviera en todos los corazones, sólo existiría el amor más ó menos vehemente, según la intimidad de las relaciones, pero sin que pudiera hallarse diferencia esencial entre el amor que inspira el pobre mendigo que va por la calle pidiendo limosna y el que se tiene á la mujer que es madre de nuestros hijos. ¿No es triste que por conveniencias sociales no pueda yo decirle á usted que la amo, y tenga que valerme de subterfugios para expresar una simpatía ó atracción que nada tiene de ofensiva ni pecaminosa?

—Ese es el ideal cristiano—dijo Consuelo, con-

fusa ante el atrevimiento con que Pío Cid le había dirigido una declaración de amor que podía tomarse en varios sentidos.

—Diga usted mejor—observó Pío Cid—que es el ideal humano, y que es un ideal fácil de conseguir. No crea usted que yo le hablo así con vanidad ó con afectación, puesto que, para mí, hacer las cosas como las hago es también comodidad y conveniencia. Mi manera de entender el amor es vulgarísima y no exige más que una condición generosa: la de no pensar nunca utilizar en nuestro provecho á nuestros semejantes. Yo sé de un jefe administrativo muy ceremonioso que tiene estudiadas veinte fórmulas para recibir á las personas que van á hablarle, según la categoría de cada una; yo no he podido aprender más que una fórmula, y con trabajo; para mí todas las personas tienen igual categoría, porque no deseo representar nada, ni busco el favor de nadie, ni conozco á nadie más que por sus obras. Lo mismo pasa en el amor: hay quien admite muchos grados, porque considera á las personas según su interés personal, su egoísmo. ¡Cuánto más sencillo y hasta cómodo no es medirlos á todos con el mismo rasero, y después unirse más estrechamente con quienes necesitan de nuestro consejo ó de nuestro apoyo! Yo tengo miedo á conocer caras nuevas, porque creo que los hombres somos más bien malos que buenos, y más bien tontos que discretos; mas puesto en el trance de conocer á alguien, le tomo por inmejorable y discretísimo, y me encariño á seguida con él, y le trato con intimidad si comprendo que puedo serle útil. Y me ha ocurrido

más de una vez que, sin buscarlas, he recibido atenciones que otros ansían y reclaman cometiendo grandes bajezas para obtenerlas. De suerte que mi conducta no tiene mérito porque no me cuesta ningún sacrificio; al contrario, soy feliz, y ni siquiera doy importancia á la felicidad.

—Es usted el único—dijo Consuelo—á quien he oído declararse feliz.

—Y usted podría serlo—indicó Pío Cid—sólo con seguir su natural inclinación. Usted se deja llevar de ciertas frivolidades y parece, si yo no me equivoco, una joven aturdida y caprichosa. Los jóvenes que en sociedad la galantean le dirán que es graciosísima y ocurrente. Y si celebran sus encantos, se fijarán en todos los que usted tiene menos en el que más vale.

—¿Cómo se van á fijar?—preguntó Consuelo.—Yo soy una de tantas. No espantaré por mi fealdad; pero tampoco tengo nada que llame la atención.

—Pero no me negará usted—insistió Pío Cid—que algún jovenzuelo le habrá echado algunas flores. Y si ha tenido confianza habrá dicho que tiene usted la nariz muy mona y picaresca, y con un gestillo travieso que da que pensar.

—¡Ay, si le oyera á usted Gonzalito!—exclamó Consuelo, sin poder contener la risa.

—¿Ve usted como Gonzalito no podía faltar?—observó Pío Cid.—Y de la boca le habrá dicho á usted que revela mucha pasión, como es la verdad. Y luego le habrá hablado del talle largo y fino, y de la mano elegante y de la espléndida cabellera. De todo le habrá hablado con acierto menos de los ojos, porque esto es lo que tiene usted

más personal y lo que hace de usted una verdadera mujer, muy diferente de las marimachos que hoy abundan, y que son las únicas que pueden vivir á gusto en nuestra falseada sociedad.

—¿Pero qué es lo que tienen mis pobres ojitos? —preguntó Consuelo con aire humilde.

—Tienen la gravedad y la tristeza que hay en usted—contestó Pío Cid.—En usted hay dos personas: una toda usted, alegría, travesura, versatilidad y una pizca de malicia; otra, sus ojos, que son modestia, seriedad y ciertos asomos de misticismo. Por esto al verla yo me he puesto de parte de sus ojos, que son lo que más vale, y le impuse la penitencia de la letanía.....

Adolfo entró de repente y la conversación quedó interrumpida. Consuelo se levantó diciendo:

—Voy á dejar la caja; otro día seguiremos nuestras adivinaciones.

—He llegado tarde—dijo Adolfo sentándose, y cuando volvió Consuelo comenzaron á hablar del tiempo y del modo de saludar, entrar y salir y demás operaciones elementales de que podían hablar en inglés ambos principiantes.

Aquella noche Consuelo estuvo muy preocupada, sin acertar á explicarse cómo tenía ella ya un secreto á medias con Pío Cid, á quien conocía de unos cuantos minutos, y cómo había sido ella la que había mentido para que su hermano no se enterase de una conversación que nada tenía de particular. Lo que más la impresionó fué lo que dijo Pío Cid de los ojos, y varias veces se miró al espejo para examinarse á sus anchas. Lo cierto es —pensaba al acostarse—que este hombre, que pa-

rece tosco y que luego es un finísimo caballero, ha sido el único que se ha fijado en mis ojos, que es lo que yo he apreciado siempre más en mí. Todos me han hablado de la boca encendida y del respinguillo de la nariz; pero esto abunda más que la peste; y lo que á mí me parecía siempre que valía algo eran los ojos, pequeñillos como son y todo. Y lo más raro es que un hombre de quien Rosita me habló poniendo la cruz me haya aconsejado rezar la letanía. Parece cosa de burla..... En fin, otro día veré más claro lo que esto quiere decir. Gracias que no hay peligro en estas confidencias, porque el profesor no parece mala persona, y luego podía ser mi padre por sus años.

Se arrodilló delante de una imagen de Nuestra Señora de la Almudena y rezó la letanía con devoción; pues aunque no tenía costumbre de rezar por la noche, era muy aficionada á las cosas de la iglesia, y entre el deseo de no obedecer y el de aquietar su conciencia triunfó éste. No rezó como una niña obediente, sino porque el ser desobediente le parecía una ofensa y casi un desprecio á la Virgen de su devoción. Pero después del rezo y antes de dormirse murmuraba:

—Explíquese como se explique, la verdad es que yo no he rezado nunca la letanía por las noches, y que esta noche la he rezado porque me lo han impuesto de penitencia. Y no me la ha impuesto ningún sacerdote, aunque confieso todos los meses, sino un hombre, un desconocido, que por noticias de Rosita era cosa de persignarse al verle.

En las lecciones sucesivas Adolfo pretextaba, unas veces al principio, otras al medio, salir un

instante; otras llegaba tarde, y siempre se arreglaba de modo que su hermana y Pío Cid podían hablar á solas, de lo que Consuelo no se disgustaba. No lo hacía Adolfo ciertamente por dejarlos solos, sino porque, á pesar de sus protestas, cuando Consuelo le adivinó la intención, estaba medio trastornado desde que dió en pensar en Martina, y en que ésta, según decían, no estaba casada con el que aparecía como su marido. Salía resuelto á llegar á casa de Martina cuando Pío Cid estuviera ausente para ver si podía insinuar sus amorosos sentimientos, y cuando más se atrevió á subir hasta el primer piso.

—Esto no es noble—decía;—Pío Cid es un amigo, y aunque Martina sea la mujer más asombrosa que yo me he echado á la cara en todos los días de mi vida, y aunque yo esté encaprichado como un majadero, hay que tener firme la cabeza. No es posible que yo esté enamorado, esto es un arrebatillo que pasará. Después de todo la dichosa Martina es una fiera. Una vez nada más me permití decirle una frase amable, de esas que me duele la boca de decir á mis amigas, y me miró con unos ojos que por poco me tira de espaldas. Pío Cid la habrá encariñado con la vida que lleva, y aunque yo le ofreciera un palacio, creo que me daría con la puerta en las narices. A esta mujer hay que entrarle por el ojo, y lo que haga lo hará por amor. Y vaya usted á ver cómo la voy yo á enamorar, estando por medio un hombre que siente la grama nacer..... La frase es suya. Nada, paciencia y dar tiempo al tiempo.

Después de estas y otras análogas reflexiones

volvía á su casa, interrumpiendo las conversaciones cada día más íntimas de su hermana y Pío Cid, quien en breve fué para Consuelo un consultor con quien tenía más confianza que con su misma madre. Y lo más extraño era que la joven tenía confianza porque veía en Pío Cid un amigo, tan desajeno de todo lo que oliese á amoríos, que se podía hablar con él como con un confesor; y, sin embargo, raro era el día que no le sacaba á barrera con preguntas imprudentes:

—¿Sabe usted quien fué quien me habló de usted antes de que yo le conociera? ¿No recuerda usted á Rosita Suárez?

—Claro que la recuerdo—contestó Pío Cid,—y le estoy agradecido por el bien que hizo á mi pobre hermana.

—Sólo que ella—insinuaba Consuelo—no sabía que estuviera usted casado. Se casaría usted hace poco.

—El 1.° de Febrero; pronto hará tres meses—contestaba Pío Cid, el cual en esto no mentía, puesto que consideraba á Martina como su mujer.

—¿Cómo usted, que dice que tiene tan flaca memoria para las fechas—insistía Consuelo,—recuerda ésa tan bien?

—Por la coincidencia—replicaba Pío Cid—de que ese día es el del Patrón de la ciudad donde yo nací, San Cecilio.

—Sería usted poco tiempo novio de su esposa—remachaba Consuelo.

—Poquísimo—aseveraba muy grave Pío Cid.—Como no soy ningún niño, no iba á gastar el tiempo en preámbulos.

—He oído decir—preguntaba otro día Consuelo—que Martina, su esposa, es una beldad de las que pocas se ven.

—En eso hay exageración—contestaba Pío Cid.—No es fea, y hasta se la podría llamar hermosa; pero su mérito principal no es su figura, sino su humanidad. Es una verdadera mujer, sin aliño, compostura ni refinamiento, con todas las buenas y malas cualidades que la mujer posee por naturaleza. Su tipo es muy diferente del de usted, y, no obstante, yo les hallo á ustedes dos un extraordinario parecido.

—¿Y una prima que tiene—preguntaba Consuelo,—que se llama Candelaria? Me han dicho también que es una bellísima rubia, casi albina, que no parece española.

—Candelita, como la llamamos—respondía Pío Cid,—es un primor, y tiene un talento clarísimo; parece más delicada que Martina, porque es pequeña y delgadita; pero espiritualmente es muy enérgica y su carácter es casi varonil, aunque desigual.

—Está usted rodeado de bellezas—terminaba Consuelo.—No se dirá que es usted hombre de mal gusto.

—El azar es mi mejor amigo—decía Pío Cid sentenciosamente,—y el azar lo ha querido así.

—¿Por qué me dijo usted días pasados—preguntaba Consuelo en otra ocasión—que no le gusta pasear más que á pie? ¿Cree usted que yo hago mal en montar á caballo? Pues ¿y si me hubiera usted visto cuando estábamos en París, que montaba todos los días en bicicleta?

—No creo que sean malos esos ejercicios—contestaba Pío Cid;—pero si se exageran, tienen el inconveniente de aturdir nuestro espíritu y privarle de su facultad más elevada: la contemplación. Nuestro organismo está hecho para percibir en reposo ó en movimiento no muy apresurado, como es el que naturalmente marcan al andar los pies, que son nuestro medio propio de locomoción. Si apresuramos artificialmente el movimiento, las cosas que nos rodean son percibidas con tanta rapidez, que sólo queda de ellas lo más grosero de la forma, desapareciendo cuanto de espiritual y delicado tienen. Cuando viajamos muchas horas en tren, al descender, todos los objetos son prosaicos; hemos perdido momentáneamente la facultad de contemplar y nos queda sólo la de ver, y al ver nos parecen más vulgares las cosas inmóviles que las que antes fugaces cruzaban delante de nuestros ojos. Y no crea usted que es grano de anís la facultad de contemplar: es quizás la única que nos diferencia del hombre primitivo y salvaje, que por no saber contemplar las cosas no descubre las relaciones espirituales que hay entre ellas y el hombre, y se limita á expresar sensaciones materiales por medio de unas cuantas palabras indispensables para la vida corporal.

—Pero ¿cómo sabe usted—preguntaba Consuelo—lo que les ocurre á los salvajes?

—Son muchos los exploradores—respondía Pío Cid eludiendo la pregunta—que han estudiado las costumbres de los salvajes, y aunque algunos no se han metido en estas honduras, y otros han creído quizás que cuando los salvajes se quedan absortos

y como embebecidos están contemplando, ni más ni menos que nosotros, no falta quien haya llevado más lejos las indagaciones y haya descubierto que la absorción del salvaje es pasiva, una especie de aturdimiento, que nada tiene que ver con la contemplación de lo espiritual, que brota de las entrañas de los seres. Lo que nosotros percibimos por la contemplación es para el salvaje tan confuso, como lo es para nosotros la armonía universal, que sospechamos que nos envuelve cual melodía inefable, engendrada por el movimiento concertado de los átomos, pero que no podemos gozar porque nuestros sentidos son demasiado groseros para percibir tan sutiles sublimidades. Un hombre en quien la actividad excesiva ha destruído el hábito de la contemplación, es un salvaje aunque vaya vestido á la última moda.

—Eso es decirme indirectamente—interrumpía Consuelo riendo—que yo soy también una salvajesa, ó como se diga.

—No era esa mi intención—bromeaba Pío Cid; —y, además, usted monta á caballo, y si no galopa con exceso ni trota en demasía, y se contenta con ir al paso ó á un trotecillo moderado, casi es lo mismo que si paseara á pie. Pero de todos modos, bueno es que la gimnasia no sea exclusivamente física; pues por mucho que interese el vigor del cuerpo, más debe interesar el del espíritu, y no comprendo cómo son tan pocos los que practican la gimnasia espiritual.

—¿Cree usted que yo no leo ni estudio?—replicaba Consuelo.

—Leer ó estudiar no es todo—decía Pío Cid.—

Los ejercicios espirituales son materia complicada, y quizás no haya arte tan difícil y hondo como el de dar vuelo al espíritu, manteniéndole ligado á la naturaleza, de la que no debe separarse, so pena de morir como el pez fuera del agua ó como el árbol arrancado de la tierra. Y lo hondo y difícil de ese arte se comprende considerando que su fundamento es el amor. El maestro de ese arte ha de amar á sus discípulos, y si no los ama, no les enseñará ni el abecé. La lectura es un ejercicio bueno cuando se lee lo que nos conviene, y malo cuando se leen libros que, aun siendo admirables, no producen en nuestra inteligencia una impresión benéfica. ¿Qué es lo que le gusta á usted leer?

—Poesías — contestaba Consuelo; — novelas también; pero son muy pocas las que me agradan.

—Su poeta favorito será Campoamor—decía Pío Cid, como si estuviese seguro.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntaba Consuelo.

—Porque usted es humorista por naturaleza—contestaba Pío Cid.—El humorismo nace de una contradicción espiritual que usted posee y que le sale á la cara. Usted tiene la risa en su nariz, graciosa y rebelde, y el llanto en lo hondo de sus ojos, tristes.....

—Vaya, que tiene usted unas ideas.....—murmuraba Consuelo bajando los ojos.

En estos diálogos, que á veces se confundían con la lección, y tenían el aire inocente del «¿Ha paseado usted mucho? —No; pero he tocado el violín.—¿Le gusta á usted bailar?—Sí; pero

me gustan más las carreras de caballos», y demás preguntas y respuestas, que se cursaban en inglés, iba Pío Cid apoderándose del espíritu de Consuelo é inculcándole un sentimiento religioso extraño, que no era la devoción vulgar, sino más bien la complacencia artística de los ejercicios espirituales y la sugestión de un amor infinito, que comenzó á tomar cuerpo en soñadas visiones, que á la muchacha le causaban sumo deleite. Un día Adolfo faltó á la lección para ir con Pablo del Valle á casa de Pío Cid, donde únicamente logró hablar con D.ª Candelaria, porque las niñas hicieron como que estaban muy ocupadas á fin de que la visita no se prolongase. Entretanto Pío Cid y Consuelo tuvieron un vivo coloquio, que debía ser el último, y en el que se formara la vocación firmísima que decidió del destino de la joven. Hablaron principalmente de amor, y ella estuvo más atrevida que nunca había estado.

—Algunas veces—decía—he pensado ya si mi vocación será religiosa; pero yo creo que si lo fuera sólo pensaría en asuntos piadosos y no tendría, como tengo, estas ansias de vida y de actividad febril y esta afición á los placeres mundanos. Quizás he tenido la desgracia de no sentir una pasión que me abriera los ojos, y, á falta de amor, me acojo á la fe, y creo ó empiezo á creer que mi felicidad está en encerrarme en un convento. Pero bien sabe Dios que tengo mis dudas y que temo echarlo todo á rodar si llegara á mis oídos una palabra de verdadero amor humano, no del que brinda la necia y viciosa juventud que nos galantea tan insulsamente que nos hace ver como de-

testable y vana una vida que acaso sea fecunda en goces cuando se sabe vivirla.

—No sé qué pensar—contestó Pío Cid;—pero de mí digo que, si hubiera tenido creencias, sería fraile á estas horas. Me enamora sobre todo la vida del espíritu, y son tantos los obstáculos que la entorpecen cuando se transige á vivir rodeado de las obligaciones y compromisos que la sociedad engendra, que creo preferible no empeñar el combate y volver desdeñosamente las espaldas, diciendo: «¿Qué me importa, triunfador ó derrotado, esa lucha, cuando tengo yo algo más alto adonde dirigir mis fuerzas y de donde recibir más noble premio?» Una debilidad suele costar cara, y en prueba de ello vea usted lo que me cuesta la que yo cometí saliendo de mi retiro, donde vivía como un monje, y lanzándome á crear una familia. He tenido que conocer y tratar algunas personas, y por ellas me veo ahora metido en la aventura política que usted sabe, y de la que no puede salir nada bueno. He tenido la suerte de tratar á usted, que es una de las mujeres más nobles que he conocido en mi vida, y ahora sufro la tristeza de dejarla, quién sabe si para siempre.

—Eso no—interrumpió Consuelo;—aunque usted triunfe y consiga después los más altos puestos, ¿quién impide que nos sigamos tratando como buenos amigos?

—La dificultad no está en que yo triunfe—contestó Pío Cid,—ni en que consiga lo que usted dice, que no lo deseo, sino en que, tarde ó temprano, nuestros rumbos se apartarán y no volverán á reunirse. Sin contar con que á mí no me

engañan mis presentimientos, y ahora presiento que no nos volveremos á ver, aunque sigamos viviendo á pocos pasos el uno del otro.

—No debe usted decir eso—afirmó resueltamente la joven;—mas por si acaso el presentimiento se cumpliera, voy á rogarle á usted que me deje un recuerdo. Adolfo me ha asegurado que es usted poeta; y aunque usted no me lo ha querido confesar, no se negará á escribirme unos versos en un álbum, en el que hay ya algunos..... «Tonterías de muchacha», dirá usted; pero son tonterías inocentes—agregó Consuelo saliendo de la sala donde daban las lecciones en busca del álbum, con el que volvió en breve.

Pío Cid había asentido con una ligera inclinación de cabeza al deseo de su discípula, y puesto en el aprieto de componer algo, tomó la pluma que se le ofrecía é improvisó una especie de dolora, que creyó sería del agrado de la joven, y que decía así:

Yo he visto una graciosa enredadera
Sobre el césped tendida en la pradera,
Y pensé en ti.
He visto un árbol sin ramaje, muerto,
Y de plantas parásitas cubierto,
Y pensé en mí.
Y soñé que aquel árbol adoraba
La linda enredadera y la llamaba:
—Ven, y á mi cuello abrázate amorosa;
Yo seré el firme apoyo de tu vida;
Tú serás la ilusión bella y piadosa
En que mi muerte quedará escondida.

Pío Cid se interrumpió un momento, y la joven, creyendo que la poesía estaba concluída, se in-

clinó un poco y la leyó en voz baja, diciendo con vivo interés al terminar:

—Son muy bonitos, pero falta lo principal, porque no se sabe lo que hizo la enredadera.

—Aun falta la segunda parte—dijo Pío Cid levantándose á mojar la pluma.

Se volvió á sentar con el álbum sobre la rodilla, y siguió escribiendo:

Pasó el tiempo, y la linda enredadera
Murió; yo la busqué por la pradera
Y no la vi.
Murió abrazada al árbol, solo, muerto,
Que de plantas parásitas cubierto,
Seguía allí.
Y soñé que aquel árbol suspiraba
Sumido en honda pena, y murmuraba:
—Ya somos dos los muertos: la piadosa,
Bella ilusión voló desvanecida,
Y ya vuelve á mostrar su cara odiosa
La muerte que se burla de la vida.

Consuelo tomó el libro que Pío Cid le ofrecía y concluyó de leer los versos, y volvió de nuevo á leerlos todos. Y su semblante se puso tan triste, que Pío Cid le dijo:

—Á quien no fuera usted no le hubiera yo escrito unos versos tan fúnebres, que quizás estarían mejor sobre una lápida en el cementerio que en un libro de recuerdos íntimos de una niña que aun no tiene veinte años. Pero yo amo la sinceridad, y esa idea se me ha ocurrido y la he dedicado á usted, á quien, por lo mismo que la quiero, no podía ofrecerle una impresión risueña que, por estar lejos de mi ánimo, habría de tener artificiosa

compostura. No me guarde usted rencor por mí ingrata franqueza.

—Al contrario—replicó la joven,—le agradezco esta prueba de estimación que me da; porque al dedicarme unos versos tan tristes, me habla como á mujer seria y formal; y esto me complace más que si me dedicara versos alegres y ligeros, como son todos los que hay aquí. La verdad—añadió hojeando el álbum—es la que usted ha escrito. A mí se me ocurría como más natural que la enredadera oyese al árbol y que los dos fueran felices, hallando el uno en el otro lo que á ambos les faltaba para serlo. Y, sin embargo, lo natural es que la enredadera se marchite y que, en vez de dar vida al árbol, muera ella también, y que el árbol se quede más solo y más muerto que antes estaba. Lo que más me entristece en esto, es pensar que, cuando á usted se le ocurren estas ideas, debe tener en su alma un vacío inmenso que asusta. Yo le he visto á usted siempre rehuir las conversaciones en que podía manifestar su descreimiento; pero, á pesar de su discreción, me parece ver en usted el hombre de menos fe que existe en el mundo; y si además de no tener fe no tiene tampoco alegría de vivir, ni esperanzas, ni ilusiones, ni ambición, su existencia será como la de ese árbol muerto de que habla aquí. Y lo que más me extraña es que haya usted despertado en mí sentimientos religiosos que estaban adormecidos. Quizás la pena que usted tiene por vivir sin creencias le inspire ese deseo de fortificarlas en los demás, porque de otro modo es usted incomprensible.

—No es usted sola—contestó Pío Cid—quien

ha notado en mí esa desilusión aparente de mi vida. Porque estamos acostumbrados á ver á los hombres luchar por ideas convencionales, y cuando un hombre lucha, ó mejor, trabaja sin guiarse por ninguna de esas ideas, se le cree desventurado, necio ó loco; pero nadie es capaz de penetrar en el pensamiento ajeno, y bien podría suceder que el que vive sin ideas fijas ó dejándose llevar de impulsos contradictorios, tuviera dentro de sí un ideal muy alto y permanente. ¿Cómo se concibe que un hombre irreligioso trabaje en pro de la religión unas veces, y otras en contra de ella, y que ese hombre no se mueva sin rumbo fijo, sino que sea tan firme é inconmovible como el árbol muerto, que muerto sigue clavado en tierra, mientras algunas de sus raíces están quizá echando retoños? Esto ocurre porque la muerte es fecunda y crea la vida, aunque sea sólo para entretenerse con ella; y un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu, y que se viera obligado á trabajar, sería un creador portentoso, porque no teniendo ya ideas de vida, que siempre son pequeñas y miserables, crearía con ideas de muerte, que son más amplias y nobles. Si ha habido un Creador que ha creado cuanto existe de la nada ó de la muerte para que acabe en la muerte y en la nada, y entre estos dos términos fatales ha dejado que la vida se desarrolle libremente, yo creo que reniegan de ese gran Artífice cuantos se empeñan en someter la vida á una idea personal y mezquina. Mejor es echar leña al fuego donde le hay, trabajar en favor de cuantos se esfuerzan por levantar su espíritu á las alturas ideales. Vulgar es

la comparación, pero exacta. Yo encuentro á un hombre caído en medio de la calle, y le ayudo á ponerse en pie, y después le dejo ir sin preguntarle adónde va. ¿Sería justo que por haberle levantado le obligase á venirse conmigo? Pues esto hacen los hombres, todos los hombres, cuando prestan un servicio intelectual; lo prestan para que el discípulo se someta á las ideas del maestro. Yo no he preguntado jamás á nadie las ideas que profesa ni he intentado cambiárselas por otras, porque yo mismo carezco de ideas personales, y si tengo alguna, la menosprecio mientras no se depura y se convierte en idea humana. Usted es religiosa, yo lo he comprendido así, y he notado que lo más firme que hay en usted es el sentimiento religioso, y que por él llegará usted muy alto si logra tomar vuelo. Por esto yo me he permitido influir en su ánimo, aunque estoy seguro que sin mi influencia en usted sola se hubiera despertado ese sentimiento adormecido. Más le diré: cuando yo la vi por primera vez no sé por qué se me figuró que usted debía estar vestida de monja y que con el hábito estaría mucho más bella que con ningún otro atavío.....

—Pero ¿cómo comprender—preguntó Consuelo emocionada—ese amor que usted demuestra á trabajar por todos los hombres y su afecto á la vida monástica? Bueno que simpatizara con las Hermanas de la Caridad, que se sacrifican por sus semejantes desvalidos ó enfermos, pero no con las monjas, que viven apartadas del mundo, consagradas al rezo y á la mortificación.

—Unas y otras son dignas de que se las admi-

re—contestó Pío Cid;—y estoy por decir que lo son más las religiosas contemplativas, porque su influencia en el mundo es más espiritual. Yo tengo una afición que le sorprenderá á usted. Me gusta pasar por las cercanías de los conventos de monjas á la hora de maitines ó vísperas, cuando llega á mi oído el vago rumor de las canciones, que me suenan á cosa inmutable y perenne como los movimientos de los astros. Para esta inquietud malsana que devora hoy á los hombres no hay mejor medicina que esos cánticos, que antes eran himnos de la fe, y ahora, por el cambio de los tiempos, son además himnos de desprecio á esta sociedad, cuya gloria se cifra en agitarse sin motivo y sin objeto. Esta afición mía la tengo desde niño, y ha influído no poco para que yo sea tan pacífico como soy y tan poco amigo de apresuramientos. Sin ella quizás sería un demagogo, y el tiempo que dedico á pensar y á contemplar y á soñar, lo dedicaría á pronunciar discursos disolventes y á fraguar asonadas ó revoluciones, como tantos otros desventurados..... Pero no insisto más. Ha llegado la hora de irme, y ojalá que, á pesar de mi presentimiento, volvamos á vernos y podamos continuar estas pláticas tan agradables, para mí al menos.

—Y para mí agradabilísimas—añadió Consuelo, mientras Pío Cid le cogía una mano entre las dos suyas y se la llevaba á los labios.

Sin decir más se separaron, quedando Consuelo muy preocupada.

—¡Qué hombre más singular!.....—pensaba.—Quién sabe si me querrá..... y si esa idea de que yo sea monja será un refinamiento de celos..... Él

es casado, ó como si lo fuera, y no ha podido portarse más caballerosamente..... Pero lo más particular es lo de haberme imaginado vestida de monja..... Voy á ver.....

Y se dirigió, leyendo en el álbum, á su alcoba, donde anduvo revolviendo su ropa, hasta que, por último, cogió un delantal blanco y almidonado, con el que se formó una especie de toca monjil, sobre la cual se prendió con alfileres un manto negro que le caía hasta los pies y que con una mano se sujetaba por debajo de la barba. Todo esto lo hacía delante del espejo de su tocador, y cuando vió la imagen de su figura transformada, se quedó mirándola con asombro y como adorándola, porque le parecía la imagen de una Dolorosa. La frente, que era lo más intelectual de la joven, se ocultaba tras la toca; parte de la barba desaparecía bajo el manto, y el rostro, así cortado, tenía una expresión más humilde. Pero el cambio trascendental de la figura estaba en el entrecejo, que ahora parecía más alto y como contraído, dando á la fisonomía un sello de dolor inefable. Aun la nariz perdía su aire descarado y burlón y aumentaba la tristeza del rostro, porque lo que antes era respingo insolente, ahora se convertía en una como suspensión violenta, sostenida desde el entrecejo por el arrebato y transporte de la mirada. Así quedaba casi anulada la expresión altiva y maliciosa de aquel rostro, y realzada la expresión mística de los ojos, por los que ahora miraba el espíritu vencedor. Y es tal la influencia del gesto en el espíritu, que así como el dolor íntimo se exterioriza en la expresión del rostro dolorido, así

el gesto del dolor puede engendrar el sufrimiento en nuestra alma.

Consuelo contempló largo rato su imagen transfigurada por la belleza del dolor, y luego entró en la alcoba, y sentándose junto á la cabecera de su lecho, apoyó la cabeza sobre las almohadas y quedó absorta y como anonadada. Su desolación era tan profunda como si hubiera perdido á todos los suyos y se hallara sola en la tierra; más aún: como si fuera madre y viera muerto á su único hijo.

Mientras tanto, Pío Cid llegaba á su casa entristecido por la conversación que había tenido con Consuelo y disgustado por tener que emprender aquella misma noche el viaje electoral á que le había comprometido Gandaria, no sin grandes esfuerzos á causa de la resistencia tenaz que Pío Cid opuso á un proyecto que, á su entender, era descabellado. Cuantas veces le habló Gandaria de este asunto, su contestación era la misma:

—Amigo Gandaria, yo le agradezco á usted su interés en favor mío, pero jamás me sacará usted de mi terreno. No soy tan tonto que espere ejercer, con mi insignificante personalidad, una influencia beneficiosa en nuestra política; ni soy tan desalmado que busque en la política mi propio medro. Dígame usted, pues, á santo de qué me voy yo á lanzar en esas aventuras electorales ni en esos calentamientos de cabeza.

—No sea usted tan exclusivista—contestaba Gandaria.—Si usted sale diputado y no quiere meterse en las intrigas del Parlamento, puede usted ser nombrado gobernador y desempeñar una

misión útil, donde tendrá campo ancho para sus notables aptitudes.

—Está usted equivocado—replicaba Pío Cid—si cree que yo tengo aptitudes para gobernar. No las tengo, y aunque las tuviera no podría hacer nada del otro jueves, porque dentro de nuestro sistema una autoridad secundaria queda cogida en el engranaje reglamentario y tiene que amoldarse á la situación que encuentra creada ya. Las provincias son feudos á la moderna, y un gobernador está obligado á marchar de acuerdo con el señor feudal que le toca en suerte. No es un gobernador, es un poder moderador. En los sistemas políticos notará usted siempre que todos los grados de la jerarquía reflejan en tamaños diversos el tipo de la jerarquía más alta. Si hay un rey que reina y no gobierna, todas las demás autoridades mandarán y no gobernarán tampoco; y el gobierno real y positivo residirá en las más escondidas covachuelas administrativas, á cargo de seres anónimos. Si hay dos partidos que turnen, todas las ciudades, villas, pueblos, aldeas, lugares y aun caseríos, tendrán su correspondiente turno. Yo recuerdo que en mi pueblo se llevaba con tanto rigor el sistema, que turnaban hasta los barberos. Dos había, y era tan fuerte la contribución que le imponían al de oposición, que le obligaban á cerrar temporalmente el establecimiento y á dedicarse á otro oficio; el de la derecha tenía que recoger basura, y el de la izquierda emigraba á un pueblo vecino, donde un su yerno que allí vivía le daba de mal comer á cambio de buenas cavadas en los bancales que labraba.....

—Y ¿cuál era mejor barbero?—preguntó Gandaria con la curiosidad infantil que se le despertaba siempre que oía hablar de cosas de la vida vulgar, de las que él estaba en mantillas.

—Yo no lo sé—contestó Pío Cid,—porque no he dejado nunca que nadie me afeite, y aun llevo la primera barba que me salió; pero la gente decía que el tío Zambomba, que era el barbero reaccionario, manejaba la navaja como una hoz, y que cuando se ponía á descañonar, más que barbero parecía segador metido en faena. En cuanto al compadre Elías, su radicalismo le hacía más temible. De él se contaba un chascarrillo quizás inventado por sus adversarios, á juzgar por la mala intención. Decían que cuando empuñaba la navaja, todos los gatos del pueblo entraban en la barbería, é inquietos maullaban á su alrededor como si en lugar de ver á un barbero afeitando á un hombre, vieran á una cocinera desollando un conejo. El paciente parroquiano preguntaba la razón de aquellos maullidos, y el compadre Elías contestaba entonces con gran flema: «No se asuste usted, amigo; es que están esperando que caíga alguna piltrafa.....» Pero, cuentos aparte—concluyó Pío Cid, mientras Gandaria se desternillaba de risa,—lo que yo quería decirle á usted es que un hombre puede mucho cuando expone ideas que influyen con el tiempo para cambiar los rumbos de la sociedad, y no puede nada cuando pretende reformar con su acción aislada lo que es malo por culpa de todos.

Así se iba defendiendo nuestro buen Pío Cid contra las malas tentaciones, cuando un revés in-

esperado dió pie para que Gandaria se saliera con la suya. Entre los compañeros de oficina de Pío Cid había uno, llamado Salas, que le trataba con cierta intimidad y venía á buscarle de vez en cuando para invitarle á dar un paseo. Pío Cid no tenía carácter para desairar á nadie, y le recibía amistosamente, aunque no le gustaba la conversación de su compañero, el cual tenía la mala costumbre de despellejar á sus jefes y decir horrores de la Administración pública, de la que él era uno de los peores funcionarios. Fué un día Salas á la calle de Jacometrezo, preguntó por su amigo, y supo que éste no vivía ya en la casa.

—¿Cómo se explica este cambio?—preguntó á Purilla, que había salido á abrir.—Habrá sido hoy mismo, pues él no ha dicho nada en la oficina.

—Hace pocos días—contestó la prudente muchacha;—y yo no sé decir más sino que se marchó, y ni recuerdo dónde vive ahora, aunque dejó las señas.

Creyó Salas que cuando Pío Cid nada le había dicho, tendría algún motivo para ello; y deseando enterarse, fué aquella misma noche al café donde se reunían algunos huéspedes de la casa, y allí cada cual le explicó la cosa á su modo, y ninguno favorable. Salas sacó en limpio que Pío Cid se había ido á vivir con varias mujeres, y que éstas no debían ser nada buenas; y al día siguiente llevó el cuento á la oficina, no con ánimo de dañar á su amigo, sino deseoso de aparecer enterado de una aventura picante, á la que él dió algún colorido de su propia cosecha, con el que Pío Cid podía pasar por un bajá turco de seis ó siete colas.

Rodando la noticia, llegó á oídos de D. Eustaquio, el jefe del Negociado, que era una excelente persona, salvo su manía censurable de meterse á arreglar vidas ajenas, y su exagerada devoción á la jerarquía administrativa. Á D. Eustaquio aludía Pío Cid cuando habló de las fórmulas que algunas personas emplean para hablar con sus semejantes; y diciendo que eran veinte, se quedó corto, porque pasaban de cuarenta las fórmulas estudiadas por aquel hueco funcionario. Á Pío Cid le recibía sentado, inclinando un poco la cabeza, y diciendo: «Hola, Sr. D. Pío; acérquese»; y quedaban aún ocho ó diez fórmulas por bajo, hasta la última, usada con los mozos de limpieza, que era sólo un ligero gruñido. Con la fórmula habitual recibió, pues, á Pío Cid un día, y después del «acérquese», le dijo que se sentara, que tenía que hablarle, y le habló así:

—Siento mucho mezclarme en asuntos que no son de mi incumbencia, en sentido estricto; pero como jefe de usted que soy, me juzgo obligado á llamarle la atención acerca de algún pormenor ó incorrección, ó no sé cómo llamarlo, de su vida, que indirectamente puede afectar á la consideración pública que debe merecer un empleado, no sólo por sí, sino que también por el cuerpo administrativo de que forma parte. Ha llegado á mis noticias, sin que yo lo pregunte, que usted vive..... no es fácil calificar cómo..... ¡amancebado! Esta es la palabra.....

Pío Cid se levantó con aire indiferente, y como si fuera á buscar algo que hubiera echado de menos, salió del despacho, dejando á D. Eustaquio

con la palabra en la boca. Fué á su mesa, recogió una cartera que tenía con algunos papeles particulares, se puso el sombrero, cogió el bastón bajo el brazo, y se marchó sin despedirse de sus compañeros, quienes se figuraron que saldría por encargo del jefe. Desde la oficina se encaminó á paso largo á la plaza del Ángel, donde vivía el diputado de su distrito, D. Romualdo Cañaveral, que aun no se había levantado, aunque ya era cerca de la una. Pasó Pío Cid al gabinete como amigo de confianza, y D. Romualdo le recibió, diciendo desde la alcoba:

—Llega usted con oportunidad, pues deseaba hablarle de lo mismo que usted vendrá á hablar conmigo probablemente. Siéntese, que voy á vestirme ahora mismo. ¡Qué vida endiablada lleva uno en este Madrid!..... Y usted tan perdido como siempre. Anoche hablamos de usted en Gobernación, porque le oí nombrar como candidato adicto. ¿Qué hay en esto?

—Pues hay—contestó Pío Cid,—que unos buenos amigos han querido meterme en ese berenjenal; pero yo no he aceptado. Por cierto que una de las razones que he tenido era mi amistad con usted. Ya que me sacaran diputado, me parecía lo más decente no salir como un pobre cunero; y para que yo fuera elegido en mi distrito había el inconveniente de que usted lo representa desde hace muchos años, y de que usted es quizás la única persona á quien yo debo algún favor y á quien no puedo jugarle una mala pasada. Y entonces me dijeron que usted se había declarado adicto y que le iban á dar una senaduría vitalicia. Si es así, re-

ciba usted mi enhorabuena, y conste que ni antes ni ahora he pensado meterme en elecciones ni como elector, ni como elegible.

—Pues hace usted mal, amigo Cid—replicó don Romualdo;—hace usted muy mal. Precisamente deseaba hablarle á usted para que nos pusiéramos de acuerdo, porque tengo mucho interés en que luche usted como adicto y en que no prospere la candidatura del títere de mi primo Carlos, que se presenta de oposición.

—¿Y lo de la senaduría?—preguntó Pío Cid.

—Es cierto que estoy indicado—respondió don Romualdo;—pero no canto victoria hasta que la combinación esté acordada. Usted debe luchar de acuerdo conmigo, y los dos juntos podríamos mandar mucha fuerza. ¿No es triste que un hombre como usted sirva en un empleo de última categoría?

—Ahora que habla usted del empleo—dijo Pío Cid,—le diré que del empleo venía justamente á hablarle. Lo pienso dejar porque tengo otras cosas á que atender, y quería pedirle á usted un nuevo favor, no para mí, sino para un amigo á quien aprecio.

—¿De qué se trata?—preguntó D. Romualdo.

—Se trata—contestó Pío Cid—de que usted, que es de la situación, pida al Ministro de Hacienda que en el puesto que yo dejo nombre á ese amigo mígo mío, que es un joven muy recomendable. Mejor dicho, el nombramiento para mi puesto no puede ser, porque mi recomendado no tiene título, pero pueden ascender á otro que lo tenga y darle á usted una credencial de 6.000

reales, con lo cual mi amigo se dará por muy satisfecho.

—Casi, casi—dijo D. Romualdo,—me atrevo á decirle á usted que cuente con la credencial como si la tuviéramos en la mano. Póngame usted en un volante de esos que hay sobre la mesa el nombre de su amigo.

Mientras Pío Cid escribía el nombre de Pablo del Valle y los méritos que le recomendaban, don Romualdo acababa de vestirse y asearse un poco, sin dejar de preguntar:

—Y ¿en qué se ocupa usted ahora que tiene que dejar el destino? ¿Es verdad que escribe usted en *El Eco*? ¿Conque, por fin, va usted á decidirse á probar fortuna en política?

Pío Cid contestaba á estas y otras preguntas sin fijarse en lo que contestaba; y, por último, se despidió, quedando en volver en la semana entrante, y en decidir entonces fijamente el partido que se había de tomar para la próxima elección, puesto que el ex diputado no quería dejar su distrito á merced de un pariente, que era su peor enemigo. Sin embargo, fué tan activo y puntual D. Romualdo, que á los tres días escribió á Pío Cid diciéndole que estaba servido y remitiéndole la credencial á favor de Pablo del Valle. Éste estaba presente al llegar la carta, y se quedó como alelado viendo su nombre en el Real nombramiento, sin comprender lo que aquello significaba, aunque su protector se lo explicó con gran claridad. Pero al fin sacó en limpio que tenía un destino de plantilla, de los más seguros de la Administración, y en el acto fué á desahogarse con Paca, á la que

habló seriamente de casarse en cuanto fuera posible, puesto que ya contaba con un sueldo fijo para sostener las obligaciones domésticas. Aquella misma tarde vino Salas á visitar á Pío Cid y á decirle, de parte de D. Eustaquio, que al día siguiente asistiera irremisiblemente á la oficina, pues, de lo contrario, el Director le impondría una suspensión de empleo y sueldo.

—Desde que salí de la oficina sin despedirme, me suspendí yo solo de empleo y sueldo para toda mi vida—contestó Pío Cid.—Le ruego á usted que no me hable más de este asunto, y que mientras no necesite de mí me deje tranquilo en mi casa, sin acordarse más de que yo he sido empleado público.

No dejó Pablo del Valle de ir á llevar la buena nueva á Gandaria, y á decirle que ahora que Pío Cid estaba sin destino, sería más fácil decidirle á entrar en la contienda electoral. Á la mañana siguiente se presentaron los dos, Sustantivo y Adjetivo, como les llamaba Pío Cid, y tuvieron con éste una entrevista muy larga y digna de quedar aquí consignada.

—Pero ¿qué me dice usted, amigo Cid—entró preguntando Gandaria—de esa ocurrencia de darle un puntapié á su destino? Cualquiera diría que tiene usted para vivir de sus rentas. ¿Qué diablos va usted á hacer ahora para ganarse la manducatoria?

—Si una puerta se cierra, ciento se abren—contestó Pío Cid de buen humor.—Á mí se me han abierto dos por lo pronto, y una es más grande que la de una catedral.

—¿Qué puertas son esas?—preguntó de nuevo Gandaria.

—Dos trabajos editoriales que me han salido el mismo día de ayer, entre cinco y seis de la tarde; uno de ellos, sin buscarlo. Mire usted este libro que está aquí abierto sobre la mesa.

—El Código civil—dijo Valle, viendo la impresión de las páginas abiertas.

—Pues bien—prosiguió Pío Cid;—estoy encargado de escribir un comentario filosófico é histórico comparado á cada uno de los artículos del Código, que son—añadió hojeándolo—1.976, sin contar las disposiciones transitorias. Ya voy por el artículo 7.º y llevo 23 cuartillas, y confío que el Código, con el comentario total, exigirá de quince á veinte volúmenes. Como que no me han puesto tasa, porque el género tiene ahora mucha salida, y en materia de jurisprudencia la cantidad mejora la calidad. Ningún abogado se asusta de tener en su despacho un testero lleno de tomos bien empastados, que sirvan de adorno é inspiren respeto á los clientes, y yo estoy decidido á que mi Código comentado llene él solo una estantería, con lo cual nadie pierde nada y yo gano una porción de miles de pesetas.

—¡Es usted atroz, amigo Cid!—exclamó Gandaria.—Y lo que me maravilla no es que todo eso sea verdad, que lo será sin duda; lo asombroso es que se ponga usted en el acto á escribir sus comentarios como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Á ver; va usted por el artículo 7.º..... ¿Qué comentario cabe aquí? «Si en las leyes se habla de meses, días ó noches, se entenderá que los meses

son de treinta días; los días, de veinticuatro horas.....»

—Y las horas, de sesenta minutos—interrumpió Valle.

—¡No interrumpa usted!—exclamó Gandaria. —Lo que dice es: «..... los días de veinticuatro horas, y las noches desde que se pone hasta que sale el sol». Y luego: «Si los meses se determinan por sus nombres, se computarán por los días que respectivamente tengan.» ¿Qué comentario va usted á poner aquí?

—Pues tengo materia para cuatro ó seis pliegos—contestó Pío Cid;—ahí cabe explicar casi un curso de cronología, aunque sea sólo para señalar las diferencias entre el mes legal, el civil y el lunar, con la historia de cada uno de los meses y las reformas juliana y gregoriana. Y, aparte de esto, hay un punto rigurosamente jurídico. El Código se sirve del año natural, computándolo por doce meses, y luego preceptúa que el mes legal tenga treinta días, un término convencional, puesto que hay meses con más días y con menos. Hay, pues, un año legal con trescientos sesenta y cinco días, y los bisiestos trescientos sesenta y seis; y otro año legal con trescientos sesenta días, sumando los doce meses á treinta. Usted creerá que la contradicción no tiene importancia; pero en las leyes una anomalía es un semillero de pleitos.....

—Y ¿qué iba á hacer el legislador?—interrumpió Gandaria.

—Nada más fácil—contestó Pío Cid—que suprimir los meses como medida de tiempo, del mismo modo que están suprimidas las semanas.

Con dejar como unidades fijas el día y el año, que se refieren á los movimientos del sol, bastaba; la luna es un satélite de marcha irregular, y no debe servir para los cómputos legales. Sin contar con que tampoco se demuestran simpatías por el astro de la noche, puesto que el mes legal no es el lunar, sino una menos que duodécima parte del año. En suma, á mí no me importa esta cuestión, pero voy á pedir en mi comentario la supresión del mes como medida cronológico-legal, y para justificar mi petición escribiré los cuatro ó seis pliegos que he dicho.

—Es usted el diablo en persona—dijo Gandaria.—Con esa vista que Dios le ha dado á usted, claro está que es usted capaz de comentar hasta el vuelo de una mosca.

—¿Y el otro trabajo editorial?—preguntó Valle.

—El otro es cosa corta; pero representa cien duros contantes y sonantes dentro de un mes, que tardaré en entregarlo. Para éste, cuento con usted.

—Pero ¿de qué se trata?—interrumpió Gandaria.

—Una obrita que se me ocurrió ayer mismo, y para la que hallé editor al instante, porque es un libro de venta. Se titula *El Médico de los pobres:* consejos prácticos y recetas útiles para la curación de las pequeñas dolencias que no exigen la asistencia facultativa.

—Y eso, ¿cómo va usted á componerlo?—preguntó Gandaria casi espantado.

—Es lo más fácil del mundo—contestó Pío Cid.—Es más obra de tijera que de pluma, porque la mayor parte de esos consejos y de esas

recetas están en libros impresos; lo único original será la manera de elegir y de ordenar los materiales y la claridad en la redacción, á fin de que hasta la gente más torpe comprenda y pueda utilizar el librito. En esta clase de obras ocurre como con los diccionarios: la mejor es la última, porque se tiene á la vista las anteriores. Exponiendo la doctrina en forma diferente, no hay peligro de que se nos acuse de imitación ni plagio, pues este saber vulgar y práctico es, como los idiomas, el tesoro de la humanidad entera, y á todos nos pertenece y todos podemos servirnos de él en provecho propio ó de la comunidad.

—Mucho me alegra—dijo Gandaria—verle á usted tan metido en labor, aunque por otra parte lo sienta, puesto que ahora no podrá usted perder el tiempo en los coloquios agradables á que me había usted acostumbrado. Sin ir más lejos, hoy venía á consultar á usted sobre un asunto que me interesa mucho; pero lo primero es lo primero: lo dejaré para mejor ocasión.

—Ese es un exceso de precaución—replicó Pío Cid,—pues yo no pienso dedicar á estos trabajos más que las horas que antes perdía en la oficina, y lo mismo me da escribir por la mañana que por la noche. Cuando éntre en el comentario histórico tendré que molestarme algo; pero ahora voy á escribir de un tirón el filosófico, que es cosa de coser y cantar. Así, pues, desembuche usted lo que traiga sin reparos, pues le agradezco que me saque un rato de mis inútiles filosofías.

—Son unos versos que trae—dijo Valle,—de los que está componiendo para el tomo proyectado.

—Ya ve usted—agregó Gandaria—que no echo en saco roto sus consejos. Los versos son malos, pero la culpa no es mía, sino de usted, que se ha empeñado en que yo sea poeta.

—Y lo será usted, y bueno — afirmó Pío Cid con aire de autoridad.— Crea usted lo que le dice un perro viejo y de buen olfato, como lo tengo yo, aunque me esté mal el decirlo. Á ver—añadió, tomando los versos que Gandaria le alargaba, y que estaban escritos en finísima vitela.

Y sin detenerse un segundo leyó los versos, con señales de gran complacencia, por el mismo orden en que Gandaria los había colocado. Cuando los hubo leído, separó las dos primeras hojas, diciendo:

—Éstos los rompe usted, no porque sean malos, sino porque tienen más sensualidad que sentimiento. Cuando se funde el hierro en el horno, sale hierro líquido, que es el que sirve para echarlo en los moldes, y sale también alguna escoria, que hay que tirarla porque no tiene aplicación; y en todos los trabajos de los hombres hay también una parte de escoria, de la que no se debe hacer caso, sino pensar que sin ella no habría quizás obras libres de impureza. El soneto «Á Lola» no está mal compuesto; pero cuando se llega al terceto final, donde el orgiasta se emociona viendo el relicario en el seno desnudo de la prostituta, es ya tarde para que se borre la impresión brutal que producen los otros once versos, que dejan chiquito á Espronceda en la canción «Á Jarifa», que, ó mucho me equivoco, ó le ha servido á usted de modelo.

—Así es, y él mismo me lo ha dicho—interrumpió Valle.

—La poesía en tercetos, cuyo título, «El beso eterno», es precioso, es una renovación original del episodio de Paolo y Francesca; y si los amantes salieran volando desde el principio á fundirse en el espacio y formar la estrella nueva del amor, no habría nada que decir; pero la descripción del baile es obscena á más no poder, y de una obscenidad elegante y refinada, de salón, que á ratos es repulsiva. No crea usted, sin embargo, que al romperlos se pierde lo bueno que hay en esas composiciones; lo bueno siempre queda, y yo le aseguro que en otras poesías reaparecerá lo que hoy destruye usted, y reaparecerá purificado y limpio de los lunares que lo afean. En cuanto á la tercera composición—continuó Pío Cid, mientras Gandaria guardaba las otras y le escuchaba sin parpadear,—tiene defectos; pero está inspirada en sentimientos más nobles. Aquí ya las sensaciones están más espiritualizadas, son más humanas, puesto que lo humano no es lo sensual ni lo corpóreo, sino la fusión de esto y de lo espiritual, la vena de sentimiento puro, sin escoria, del que sacamos nuestras mayores creaciones. Al decir esto iba releyendo la composición, que era como sigue:

SERENATA.

Oye, cautiva de amor,
la canción de un trovador
que, al suave son del laúd,
viene á calmar tu dolor
de la noche en la quietud.

Yo soy un cantor errante
que voy buscando anhelante
á una mujer ideal
que en mi alma brilla radiante
como visión celestial.
Yo la llamo con pasión
y le cuento mi aflicción;
mas ella de mí se esconde,
y á mi doliente canción
la ingrata nunca responde.
Mi cantar no es muy pulido,
pues mi arte no es aprendido;
canto desde que nací;
yo para amar he nacido,
y mi amor canta por mí.
Yo vivo en la soledad,
y mi vida es la ansiedad
de una muerte noble y bella
que á mi amada dé piedad
viendo que muero por ella.
Sigo el correr silencioso
de los ríos, y amoroso
va flotando mi soñar
hasta que encuentra reposo
en las orillas del mar.
Allí el oleaje le mece
y mi pena se adormece,
y, en lo infinito pensando,
mi dulce amor me parece
que oculta me está mirando.
Cautiva que, abandonada
en esta torre apartada,
velas, oye al poeta errante:
tú eres la visión amada
que busco siempre anhelante.
Aun no he visto tu figura,
mas, temblando, me asegura
mi corazón dolorido,
que tú eres la imagen pura
que soñé, de amor herido.

Dicen que un moro salvaje
te condujo á este paraje
para domar tus desdenes,
y que tú pagas su ultraje
con el amor que le tienes.
Mas yo en este amor no creo;
y pues cautiva te veo
en esta torre, velando,
se imagina mi deseo
que en ser libre estás soñando.
Yo por ti combatiré,
y libertad te daré:
soy un triste trovador,
mas si tú me das la fe,
tu fe me dará valor.
Quisiera que me miraras
aunque al mirar me mataras;
pero es tan triste la suerte
que implacable me deparas,
que sin mirar me das muerte.....
¡Ah! ¿No escuchas mis clamores?
¿Serán ciertos tus amores?
De tu imagen soberana
los suaves resplandores
se asoman á tu ventana.
Mas tú asomarte no quieres.
¡Cuán ingrata y dura eres!
Quizás mi voz te importuna,
y antes que oirme, prefieres
soñar mirando á la luna.
Ó quizás mi amor desdeñas
No porque lánguida sueñas
viendo la luna en el cielo;
que eres dura cual las peñas
y es tu corazón de hielo.
¡Monstruo horrible de dureza!
De la tierra la aspereza
tienes, la traición del mar,
y del cielo la belleza,
y del infierno el mirar.

Huyo de ti y sigo errante.
Beldad que brillas radiante
y no tienes corazón,
¡salud! aun voy anhelante
tras mi adorada visión.

—No me voy á fijar—dijo Pío Cid cuando acabó de leer—en defectos pequeños que el tiempo corregirá. El ropaje poético de un poeta incipiente es como el vestido de un niño que está creciendo. Bien ó mal hecho, no tarda en quedarse corto. Cuando usted esté completamente formado, ni sus sentimientos serán los que aquí aparecen, ni seguirá escribiendo quintillas. Éstas las ha compuesto usted porque la forma arromanzada le parecería demasiado vulgar y no acertaría con una rima nueva á su gusto. Entre ambos extremos eligió usted un término medio para salir del paso; pero de seguro su forma personal de expresión no será ésta, y habrá que esperar á que se forme. También le censuraría á usted la pobreza de epítetos, y haría mal, porque usted tiene gran imaginación, y si no le da vuelo es porque todavía no sabe versificar con soltura. Más vale que sea usted al principio seco y prosaico, porque el defecto más difícil de corregir en un poeta es el furor descriptivo, con el que las más veces se suple la falta de idea y sentimiento. Bueno es que el poeta tenga vista y oído; pero antes debe tener cerebro y corazón. En lo que yo voy á hacer hincapié es en el error grande en que usted ha caído al intentar infundir á un trovador sentimientos modernos, convirtiéndole en un personaje de carnaval. Si usted es amante de las leyendas, puede ser poeta legen-

dario, pero á condición de conocer muy bien la historia, para que sus poesías tengan carácter de época. Más plausible, más fácil me parece expresar sentimientos propios, cuando se tienen, y esto es lo que debe usted hacer y lo que ha hecho realmente, aunque se haya disfrazado de trovador.

—Pero ¿cree usted—preguntó Gandaria—que los sentimientos del hombre varían tanto que un trovador no puede sentir como yo siento ahora?

— Tanto varían—contestó Pío Cid—como el traje, aunque éste parezca depender del capricho, y aquéllos de la Naturaleza. Un trovador que vaga errante y famélico no puede dirigir á su amada una canción en la que hay dejos irónicos á lo Heine; el trovador, por grandes que sean sus desilusiones, ha de tener fe en algo, por lo menos en el amor y la poesía, puesto que por ellos arrastra su vida miserable; sin esta fe se dedicaría á un oficio prosaico que le asegurase los medios de vivir decentemente, y dejaría los versos para entretener los ratos de ocio. Así, pues, el trovador ama y no bromea con su amor, y si su amada le desdeña, ¿sabe usted lo que hará? Echarle la culpa al carcelero que la tiene guardada con llaves y cerrojos, ó al celoso marido que la espía y no la deja respirar. Porque el amante desdeñado por una mujer enamorada de otro corre gravísimo riesgo de quedar en ridículo, y por instinto se defiende, atribuyendo el desdén de la amada á la iniquidad de los que la rodean. Pero en nuestro tiempo, al cambiar la condición de la mujer, estos recursos ya no tienen fuerza. Ya no hay castillos ni prisiones, y una mujer enamorada puede po-

nerse de acuerdo con su amante y aun escaparse con él, así la guarden el más ridículo D. Bartolo ó el más furibundo Otelo. El amante desdeñado no tiene ahora otra salida que reirse él mismo de su amor no correspondido, para que esta burla del propio sufrimiento inspire al espectador algún sentimiento de benevolencia. Este amor irónico, que ya no es ciego del todo, como lo pintaban los clásicos, sino que entra en el combate con un ojo tapado y otro al descubierto, como los caballos en la suerte de varas, es un amor que los trovadores no conocieron por su dicha ; es una creación moderna, un engendro de la libertad y de la indiferencia. «Me han irritado y torturado cuanto han podido, los unos con su amor, los otros con su odio.....; pero la que más me ha torturado é irritado y martirizado, nunca me tuvo odio y nunca me tuvo amor.» Esto lo ha dicho Heine y lo han repetido en mil formas cuantos han sufrido el dolor más hondo de nuestro tiempo, el que nace de la manía diabólica de analizar los sentimientos y despreciarlos cuando nos afligen, para que nadie se ría de nuestra aflicción. Algo de esto hay en el trovador de su serenata. Al principio parece un trovador de verdad, y yo esperaba que concluyera maldiciendo las prisiones donde yace la cautiva y lamentándose contra el tirano que la guarda. Pero de repente salta usted á nuestra época y da usted ciertos toques humoristas y melancólicos, que son lo más acertado de la composición, pero que no concuerdan con lo que precede. ¿Se figura usted que es caballeresco obsequiar con una tan larga serenata á una pobre

prisionera, y decirle las lindezas que usted le dice para despedida? Estas cosas se le pueden decir á una mujer sin corazón, á una fría coquetuela que se complace en martirizar á sus adoradores, pero no á una cautiva, que por falta de libertad no es responsable del mal que sufran los que la aman. Así, pues, el temor del ridículo es el que le ha hecho á usted torcer el rumbo de la poesía, y en la equivocación demuestra usted que su espíritu es capaz de sentir el nuevo amor.

—Usted me dispensará—dijo Valle,—pero yo no veo tan claro que un amante desdeñado tenga que ser ridículo por fuerza. Lo mejor de Becquer nos haría entonces reir.

—Esto iba yo también á hacer notar—añadió Gandaria, deseando darse aire de conocedor de los poetas modernos, sin excluir los decadentes.—Mil ejemplos podría citarle, pero el más terminante es el de Verlaine, cuya poesía está casi totalmente inspirada por el sufrimiento de amor sin correspondencia.

—Ninguno de estos poetas—replicó Pío Cid—tiene nada que ver con el trovador de nuestra serenata. Ustedes confunden al amante engañado, y quizás herido á traición, con el que no es correspondido y no tiene, si vamos á examinar la cosa de cerca, ni derecho á quejarse. Pongan ustedes de un lado á dos amantes, ó marido y mujer enamorados, que para el caso es lo mismo, y del otro á un pretendiente importuno que llora sus amores viendo á los amantes dichosos. Los amantes hablan de su ventura, mirándose el uno en los ojos del otro; oyen de repente el són del laúd del

trovador que viene á dar la serenata, y para que no les moleste esta música indiscreta cierran la ventana ó balcón del aposento y dejan al poeta que cante hasta que se desgañite. Aunque este poeta fuese el mismo Homero en persona, yo les aseguro que cuantos presenciaran la escena descrita se reirían de él, y luego le tendrían lástima. Hay en nuestro espíritu cierta ponderación natural que instintivamente descubre la cantidad de fuerza que hay en cada amor, no por lo que ame un amante solo, sino por el amor total que ambos amantes se tienen. Si el trovador ama él solo, su amor, por grande que sea, no puede contrabalancear el que nace de un afecto correspondido entre un hombre y una mujer; y aunque éstos sean tontos de remate, el público no se reirá de ellos, porque representan un organismo apto para la creación de nuevos seres, un valor útil, contra el que toda burla se embotará. En cambio, el que ama sin que le hagan caso podrá crear obras espirituales, sublimes, pero personalmente está expuesto á que se le rían en la cara. Esta tristísima situación no tiene nada que ver, les repito á ustedes, con la del marido ó amante engañados. Invirtamos los términos y pongamos de un lado la mujer infiel y su amante, y del otro el amante burlado. Éste no vendrá á cantar trovas debajo de las rejas de su amada, sino que se presentará violentamente y dará lugar á una escena trágica. Aquí los amores opuestos pueden sostener el choque, porque el que ahora no es correspondido lo fué antes, y ambos tienen, como si dijéramos, reconocida la beligerancia. Y si el que tiene derecho

á luchar por su amor no lucha y se conforma con lamentaciones melancólicas, desempeña un papel poco lucido; porque es tan egoísta por naturaleza el amor humano, es decir, el doble afecto del hombre y la mujer, que cuando ha existido, aunque sea un instante, está condenado á luchar por su conservación. Nos reíamos del trovador que turbaba con sus importunas canciones los coloquios de la pareja enamorada, y pedimos al amante burlado que turbe, aunque sea con un puñal, la dicha de sus burladores. La calma, la resignación en estos casos, no nos parecerá humanidad, sino cobardía. Un hombre enamorado de verdad es un héroe por fuerza. Pero sería el cuento de nunca acabar si hubiéramos de agotar este tema. Lo que le recomiendo á usted principalmente, amigo Gandaria, es que en adelante, cuando componga nuevas poesías, fije antes el motivo poético en sus rasgos más salientes, del mismo modo que los pintores habrá usted visto que no comienzan á pintar, sino que antes dibujan, y aun antes de dibujar suelen trazar varias líneas que marcan las distancias ó posiciones de las figuras. Para tocar bien hay que templar el instrumento, y para escribir bellas poesías hay que templar el espíritu con arreglo á un diapasón, ó sea á un motivo poético. Si se lanza usted á componer á la ventura, la poesía saldrá desequilibrada, y á veces, por exigencias del consononte, concluirá diciendo algo que no tiene relación con el principio.....

—Yo creo, D. Pío, que usted peca por exceso de crítica—dijo Valle, que deseaba justificar en algún modo el aplauso que había tributado á los

versos de Gandaria.—Si esos versos se publicaran, no habría nadie que los censusara por los motivos que usted dice. Por esto yo he aconsejado á nuestro amigo que los retoque, sin quitar ni poner nada esencial; y yo le aseguro á usted que la crítica no hallará dónde hincar el diente.

—Dejemos á un lado la crítica de oficio—dijo Pío Cid.—El mejor crítico es un amigo imparcial y desinteresado: amigo, para que vea la obra con amor, sin ánimo de lucir su ingenio, estropeándola por decir algún chiste ó frase espiritual á costa de ella; imparcial y desinteresado, para que no oculte la verdad, para que señale las faltas que note, que cuando las notó mirando con ojos amigos, faltas son y no hay que darle más vueltas. No creo que ningún poeta verdadero aspire á pasar sin que le hinquen el diente; aspira á ser poeta, aunque la crítica le maltrate, y á ser un gran poeta, aunque el público le insulte.....

—Eso es cierto—interrumpió Gandaria;—yo le juro que no me mueve la vanagloria vulgar, y que si me dedico á escribir versos no es para que me los aplaudan, sino para ver si soy poeta de verdad, como usted me lo ha asegurado. Así, cuanto más severa sea la crítica más me satisface, estando aquí, como estamos, entre amigos. Pero lo que yo no comprendo es su idea del motivo poético. ¿Es un borrador, un boceto, un apunte, ó qué?

—Es la impresión madre, delineada en cuatro rasgos; hay impresiones que en determinados espíritus producen una gran germinación intelectual y sentimental; el motivo poético es una de estas

impresiones, recogida antes que se mezcle y se confunda con las ideas y sentimientos que de ella arrancan. Si usted no fija el motivo, la impresión primera se pierde, y antes de terminar la poesía se ve usted perdido, y sin darse cuenta echa mano de una idea secundaria, que se convierte en motivo céntrico, rompiendo la unidad de la composición, como ha visto usted en la serenata. Si quiere usted, yo le daré ochocientos motivos, aunque lo mejor es que usted componga los suyos sobre impresiones propias; pero para explicarle mi idea ahora mismo, vea usted qué fácil es el procedimiento. Usted está enamorado, como el trovador de la serenata, y como él, sufre y llora porque la mujer amada no contesta á sus lamentaciones á causa de que está enamoradísima de otro galán, que puede ser su propio marido para mayor moralidad de la historia; pero usted no es un trovador, es un hombre de nuestro siglo y sabe que el amor, por grande que fuera, tiene mucho de comedia. Así, pues, usted no pierde la cabeza en medio de sus más locos arrebatos, y á veces comprende que está cometiendo grandes tonterías. En tal estado de espíritu, que no deja de ser original, las impresiones corrientes, que antes no le hacían mella, ahora le dejan extrañas resonancias, manantial de fresca y sana poesía. Ve usted, por ejemplo, á su amada soltar un pajarillo que tiene encerrado en una jaula, y le hiere esta bondad para los pájaros, que contrasta con los desdenes de que usted es víctima. Y dando vueltas la impresión, se forma un motivo poético, que fija usted en estos rasgos.....

Pío Cid cogió la pluma y un pedazo de papel, y escribió:

Yo he conocido á una mujer extraña
De tan cruel bondad,
Que tenía un canario en una jaula
Y le dió libertad.....
Mas antes le cortó al triste las alas.
¡De oro parecen tus cabellos rubios,
Oh mujer inhumana!
Y el corazón, como el acero es duro,
Y el alma..... ¿tienes alma?

—Aquí tiene usted un motivo poético—prosiguió Pío Cid,—del que, ahondando, sale una poesía. El motivo poético no debe estar escrito en prosa, pero tampoco en versos regulares, á menos que no salga así espontáneamente. Es una impresión pura y espontánea, que á veces queda fuera de la poesía que se va á componer. ¿No ha visto usted á los canteros trasladar grandes piedras valiéndose de rodillos, palanquetas y cuñas? Y luego que la piedra está colocada en su sitio, ¿no ha visto usded que todos esos útiles auxiliares quedan tirados por los suelos como si no sirvieran para nada? Pues esto mismo le ocurre al motivo poético, sobre el cual debe girar ó rodar la composición hasta que esté rematada ó perfecta. Usted no se hace cargo del mecanismo obscuro de sus propias creaciones; pero siga mi consejo, y quizás un día se sorprenda usted viendo que de un motivo de esos, fijado con claridad, surge de repente, por elaboración interna, desconocida de usted mismo, una verdadera poesía; es decir, una vibración clara y sonora del espíritu. La única condición que re-

quiere el motivo poético es la legitimidad de la impresión. Por ejemplo: el género de malicia que yo atribuyo á la mujer extraña, es propio de una mujer rubia; la malicia de una morena tendría otro carácter, y el motivo poético debería ser diferente. Sin salir del reino de las aves, vea usted otro motivo:

Jugando con la trenza de su cabello negro,
Mi amada me pregunta con acento meloso:
—¿Qué pájaro, de todos, te parece el más bello?
Yo la miro, y respondo:
—Estoy criando un cuervo
Que me saque los ojos.

Lo de que los cuervos sacan los ojos á quien los cría, es vulgar y falso; pero á nosotros esto no nos importa si la impresión es plástica y sugestiva, porque probablemente en la poesía que de aquí saliera no subsistiría la comparación que constituye el motivo.

—Hombre—interrumpió Gandaria cayendo en el lazo,—voy á ver si saco de ahí esa poesía, y si el sistema de componer que usted me recomienda me da tan buenos resultados como á usted mismo. ¿Quiere usted darme este motivo de los cuervos?

—Tómelo usted—contestó Pío Cid;—y conste que el sistema á mí no me da buenos resultados porque yo no lo empleo; ni soy poeta, ni lo quiero ser.

—Pues usted escribe versos—replicó Gandaria.

—Pero los escribo al azar, sin componerlos—dijo Pío Cid,—sólo para que sirvan á Candelita

de motivos para las melodías que compone. Y casi nunca paso de la primera impresión, porque no tengo paciencia para sacarle la sustancia. Alguna que otra vez me ha ocurrido pensar naturalmente en verso y escribir después lo que he pensado, y éstas son mis poesías.

—Vamos á irnos—dijo Gandaria levantándose y metiéndose los varios papeles en su cartera—y á dejarle á usted en paz; porque si no, usted es tan amable que perdería por nuestra culpa todo el día y aun la noche. Sin embargo, tengo mis motivos de queja contra usted—añadió insinuando el motivo, no poético, sino electoral, de que otras veces había tratado.—Papá, que le ha tomado una gran simpatía, me ha dicho hoy que pensaba invitarle á una comida, á la que asistirá D. Bartolomé de la Cuadra, para presentar á usted y prepararle el terreno. ...; pero yo le aseguro que estoy avergonzado de haber hablado por usted, puesto que tan en poco estima los buenos deseos de sus amigos.

—Voy á sorprenderle á usted—contestó Pío Cid — diciéndole que he cambiado de opinión y que ahora no tengo reparo en correr la aventura política que tanto le interesa. Amor con amor se paga, y ya que usted escribe versos por complacerme, yo seré candidato por complacerle á usted.

—Pero ¿cómo se explica—preguntó Gandaria —esa súbita mudanza? ¿Habla usted con formalidad?

—Hablo con toda la seriedad de que soy capaz—respondió Pío Cid,—y la explicación de mi conducta es muy sencilla. Deseo darle gusto á us-

ted y al ex diputado por mi distrito, á quien debo algunos favores, el último el nombramiento de usted (dirigiéndose á Valle). No me gusta buscar las cosas, pero cuando ellas se presentan buenamente no es justo desdeñarlas, pues ¿quién sabe lo que podrá dar de sí este asunto, si cuaja?

—Délo usted por hecho, y no hablemos más—afirmó gravemente Gandaria, despidiéndose.—Pronto volveré, quizás hoy mismo. Hasta luego.

Se fueron él y Valle, quedando Pío Cid caviloso con la determinación repentina que había tomado, la cual tenía, además de los motivos que dió, otro más poderoso, que era el deseo que de pronto había sentido de ir á Granada y á Aldamar con el pretexto de la elección.

Tuvo lugar la comida anunciada por Gandaria, y en ella quedaron concertados Pío Cid y el ministro D. Bartolomé de la Cuadra para celebrar una entrevista y hablar despacio del asunto; y la primera impresión fué satisfactoria, porque á otro día, por la tarde, vino Gandaria y entró en la sala diciendo:

—Amigo Cid, la cosa está decidida. Don Bartolomé es un hombre muy grave, que no se precipita nunca, y por esto ha dicho lo de la entrevista; pero papá habló después con él, y me asegura que tiene usted su apoyo. Y basta que D. Bartolomé, que es hombre de pocos compromisos, diga una palabra al de Gobernación, para que sea usted de los indiscutibles..... Pero no le encuentro á usted trabajando y está usted muy pensativo: ¿ha ocurrido alguna novedad?

—Sí, ha ocurrido—contestó Pío Cid.—Anoche,

cuando volví de casa de usted, hallé una carta de ese joven llamado Benito, que vió usted aquí una noche, en la que me decía que, aunque era domingo, no venía porque en su casa había entrado la viruela espada en mano, hasta el punto de que en pocos días ha muerto la chiquilla de la patrona, y á la criada la han tenido que llevar al hospital. Ahora mismo vengo de allí, de hablar con la pobre Purilla; está fuera de peligro, y lo que me ha impresionado no es verla enferma, sino oirla discurrir como ha discurrido y mostrar la belleza de alma que ha mostrado.

—Deseche usted esos pensamientos—dijo Gandaria, algo inquieto al saber que Pío Cid había estado entre enfermos contagiosos;—yo no me juzgo cobarde, pero no me atrevería á ir á un hospital por nada del mundo; no es aprensión, es que me da miedo de ver cuadros de dolor y de miseria.

—Eso es como todo—replicó Pío Cid;—hay que acostumbrarse. Cuando yo estudiaba leyes concurría á las salas de autopsia; y no ha mucho, cuando vivía en la casa de huéspedes, acompañaba á los estudiantes de Medicina siempre que había anunciada alguna operación quirúrgica notable. ¿No sufre usted en un teatro cuando los actores representan bien una dolorosa tragedia, y después se va usted á la calle celebrando el talento de los actores y sin acordarse del mal rato que le han hecho pasar? ¿No hay quien ve en los toros un espectáculo artístico, mientras el que sólo percibe el lado brutal cree asistir á escenas de matadero? Pues en los hospitales, cementerios y demás lugares que el vulgo considera tristes, lúgubres, re-

pulsivos ú horripilantes, hay mucha belleza natural y artística, que ese vulgo no conoce porque no quiere llegar al goce por el dolor, ni siquiera por el dolor teatral, fingido, puesto que ya ve usted que la tragedia y el drama van de capa caída y que el público lo que desea es reir mecánica y tontamente. ¡Pobre gentecilla, que ignora que el sufrimiento llena la mayor parte de la vida, y que huye de la vida por huir del sufrimiento, y se contenta con hacer una agradable digestión de lo bueno ó malo que come! No sea usted así, amigo Gandaria, y tenga entendido que el hombre más grande es el que comprende más y ejecuta mejor. «Yo no sería capaz de hacer eso», es lo más triste que puede decir un hombre. No lo diga usted nunca.

—Está usted hoy mal encarado—dijo Gandaria;—voy á procurar distraerle con una poesía que he compuesto sobre el motivo de los cuervos. Á ver si la encuentra mala ó menos mala, porque buena no lo espero.

Pío Cid cogió el papel, y leyó en voz baja:

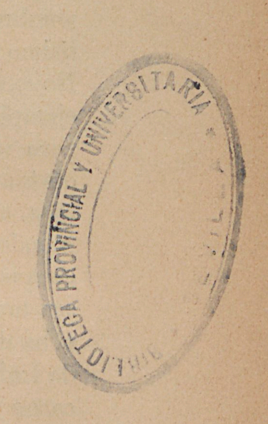
EL CAZADOR HERIDO.

—Cazador que vas al bosque
De los cuervos,
Ten cuidado, que en los árboles,
Traicionero,
Se oculta el rey de la banda
Al acecho,
Para sacarte los ojos
Con su pico corvo y negro.

⁂

—Cazador que fuiste al bosque
De los cuervos,
Fuiste alegre y vuelves triste
Como un muerto.....

—Miróme una mujer pérfida,
Sonriendo,
Y me sacó el corazón
Prendido en sus ojos negros.



⁂

—Una mujer más traidora
Que los cuervos,
Me ha robado el corazón
Sonriendo.
Por eso vuelvo tan triste
Como un muerto;
Que, aunque no se ve mi herida,
Traigo la muerte en el pecho.

—Esto es mejor que la serenata—dijo Pío Cid al terminar;—y aunque la forma ande aún cojeando, el sentimiento está dominado y graduado con maestría. Ahora mismo estoy yo contento, como la madre que ve por primera vez al hijo que acaba de parir. El poeta ha nacido, y aunque todavía esté en pañales, con el tiempo crecerá.

—Pero dígame usted—preguntó Gandaria,—¿habla usted sinceramente, con el corazón en la mano, cuando me asegura que yo tengo facultades de poeta? Yo he seguido la broma, como quien dice, pero tengo mis dudas; ¿no he de tenerlas? Escribir versos, mejores ó peores, no digo que no; esto no tiene importancia. Lo que yo no creo es que se pueda decir jamás de mí el poeta Ganda-

ria, como se dice el poeta Zorrilla, el poeta Campoamor ó el poeta Núñez de Arce.

—Y ¿por qué no?—preguntó Pío Cid.—¿Es usted de peor naturaleza que esos que acaba de nombrar? Malo es el desmedido amor propio; malísimo es el apocamiento ante las obras de valer. No exagere usted la admiración ni siga usted el ejemplo de nuestra juventud, que parece nacida para manejar el incensario. Vea usted que, no obstante los numerosos genios que tenemos en casa, el papel intelectual de nuestra nación en el mundo no es muy brillante que digamos; y fíjese en que no hay razón ninguna para que España no sea tan grande como las demás naciones, y en que si ha de igualarlas, y si es posible superarlas, han de trabajar por ella sus hijos, que hombres son de carne y hueso como los hijos de las demás.

—Eso sí—dijo Gandaria;—yo soy patriota como el primero, y si confiara hacer grandes cosas las haría, aunque sólo fuese por orgullo patriótico, aunque no saliera ganando nada.

—Pues inténtelas sin temor, sin descorazonarse por la endeblez de sus fuerzas—dijo Pío Cid.—Siga el ejemplo de los pequeños mirmidones, que para ser grandes bailaban sobre la tumba de Aquiles. Baile usted encima de todas nuestras glorias nacionales.

—¡No es mala la idea!—exclamó Gandaria, alegrándose como una criatura.

—Para que acabe usted de convencerse—agregó Pío Cid,—le diré que eso de las aptitudes y facultades para la poesía es un achaquecillo que se usa mucho y vale muy poco. Poetas lo son todos los

hombres capaces de ver las cosas con amor. Y ¿quién no ve algo con amor? Hay versificadores, músicos y pintores de oficio, y ejecutantes rutinarios de todas las obras humanas. Nada de esto tiene que ver con la poesía, que es creación; un poeta es un creador que se sirve de todos los medios humanos de expresión, entre los que la acción ocupa quizás más alto lugar que las formas artísticas más conocidas: las palabras, los sonidos, los colores. Hoy he visitado yo en el hospital á una muchacha que es una poetisa de cuerpo entero, sin haber salido nunca de criada de servicio. Cualquiera otra criada que no fuese Purilla, hubiera entrado en el hospital con miedo y con asco, y hubiera contado las horas y momentos que tenía que pasar hasta que le dieran el alta. Purilla fué por su gusto, por no causar perjuicios á su ama, y en vez de mirar lo que el vulgo mira, supo mirar y ver lo espiritual que allí flotaba, y concibió á seguida la idea de ser Hermana de la Caridad. Para que una criatura tan infeliz como Purilla tenga este arranque ha debido imaginar algo muy bello, que á falta de expresión artística sale á luz en un acto de la voluntad generosa. Y este acto es una creación poética, muy superior á lo que usted y yo hemos hecho hasta ahora.

—Y ¿cómo explica usted—preguntó Gandaria—el proceder de esa pobre chica?

—Lo explico por el amor—contestó Pío Cid.—Por lo que se explican todas las creaciones poéticas. Mucho me duele tocar á los sentimientos del prójimo, pero no creo que haya ninguna grave ofensa en decir reservadamente que Purilla estuvo enamo-

ñada de un hombre que no podía corresponderle; y que este amor desventurado, que á otra mujer quizás la lanzara á cometer cualquier disparate, á ella le dió ánimo para ennoblecerse. Aprendió á leer y á escribir y mil pormenores instructivos; se afinó como una señorita, y cuando la enfermedad la llevó á un lecho del hospital, en lugar de asustarse, vió el cielo abierto. Cuando yo me acerqué á su cama—añadió Pío Cid con emoción,—le conocí la idea en el rostro. No puede usted imaginarse lo que se alegró de verme y de poder explicarme el pensamiento que había tenido. «Pero, muchacha, le dije yo, eso no es tan fácil de hacer como de pensar. ¿Vas á dejar á tu ama? Y luego, hay que saber si tú sirves para el caso. —Á mí lo que me tiraba era la Paquilla, me contestó ella, y como se ha muerto, ¿para qué voy á volver á la casa á bregar con los huéspedes? Aquí ó donde me manden estaré mejor.» Entonces me dijo la Hermana que me había acompañado, que estaban todas admiradas de la vocación de Purilla y de su educación, que no era la de una criada. La Superiora, con quien hablé, se mostró asimismo muy encariñada con ella. En suma, nuestra poetisa será Hermana de la Caridad, y el amor que pudo tenerle á un solo hombre se lo tendrá á todos los hombres, en particular á los más desventurados.

—Aunque no me gusta ser indiscreto—dijo Gandaria,—me parece que usted ha desempeñado algún papel en la historia de Purilla, porque, si no, no se comprende el interés que se toma por ella.

—Si lo dice usted por la pobre condición de la

muchacha—replicó Pío Cid,—tenga entendido que para mí una criada vale tanto como la emperatriz más cogotuda de Europa. Purilla asistió á mi hermana en su última enfermedad, y por mi hermana supe yo lo del enamoramiento, y no porque Purilla lo dijera, sino porque los moribundos ven lo que no vemos los que disfrutamos de buena salud. Y si yo le he descubierto á usted un secreto de la vida íntima y siempre respetable de una mujer, ha sido para animarle, poniéndole delante de los ojos un ejemplo de lo que pueden los sufrimientos amorosos. Para un espíritu vulgar no son nada las desilusiones, los desengaños, los celos; porque la vulgaridad tiene buena encarnadura, y sana de todas las heridas que recibe. Pero los espíritus delicados no sanan tan fácilmente, y una herida en el corazón, menos, en el amor propio, se les encona, y si cura, les deja una huella indeleble. Y cuantas veces se pone el dedo en la herida, creación tenemos segura. Así es el hombre, todos los hombres, y usted como los demás.

—Vamos, usted cree—dijo Gandaria con forzada sonrisa—que yo soy el cazador herido de mis versos, y que alguna coquetuela me ha disparado un dardo venenoso.

—Y tan seguro como estoy, aunque usted se ría—afirmó Pío Cid.—En la herida esa confío más que en nada para que sea usted un gran poeta.

—Dispénseme usted si le digo—insistió Gandaria—que no comprendo la relación que pueda haber entre mis afectos y esas poesías que escribo por pasar el rato.

—No hay relación—dijo Pío Cid,—sino que son

una misma cosa. Usted se enamora de una mujer y la ve con ojos de amor, y la ve distinta de como la ve todo el mundo. El mundo, es decir, la gente indiferente, ve la apariencia, y usted ve la apariencia y el misterio que debajo de ella se encubre. ¿Quién ve mejor? Se dice que el enamorado no ve, porque la pasión le ciega; yo afirmo que los indiferentes son los que no ven, porque les ciega la indiferencia. Si éstos son los que ven, entonces hay que decir que el enamorado no sólo ve, sino que crea, espiritualizando la realidad, y dando á la realidad lo que ésta no tiene. Así, pues, todo hombre capaz de amar es un creador, un poeta, cuya visión es tan grande como el objeto de sus amores. Para la mayor parte de los hombres, la visión se reduce á un individuo á ó un pequeño grupo. Amo á una mujer, la mujer me ama, constituímos una familia, nos quedamos con nuestro amor de puertas adentro, y santas pascuas. La creación no pasa del primer grado, y encarna en el bello y robusto infante, que los papás acogen con júbilo. Pero si nuestro amor no halla tan expedito el camino, nuestro espíritu aprovecha la coyuntura para arrancarnos del afecto carnal, y comienza otra creación más espiritual, más amplia, como que no tiene límites, y puede abarcar toda la humanidad y el universo entero. No le quepa á usted duda, amigo Gandaria, de esta filiación de nuestras obras espirituales. Vea usted varios artistas, pintores ó escultores, que pintan ó esculpen un mismo modelo; muchos lo copian, lo imitan con mayor ó menor perfección; uno lo crea, y crea una obra de arte. ¿Por qué? Porque los unos son los

indiferentes, que ven las cosas como son, y el otro es el amante que descubre el sér espiritual, íntimo, del modelo artísticamente amado. Y como hay quien ama poco y quien ama mucho, hay pequeños y grandes artistas; y en el origen del arte humano, en la formación del alma creadora del hombre, hay eternamente una revulsión del amor natural, sin la que este amor no se remontaría á la contemplación pura de los seres. Un carácter débil no soporta las penas de amor, y cae en el odio, en la venganza y en mil bajas pasiones, y desea la destrucción y aniquilamiento de cuanto existe; un carácter enérgico reacciona y pasa fácilmente del odio momentáneo, engendrado por el despecho amoroso, á un amor más noble que el que primeramente tuvo. Este amor será menos vivo, pero es más hondo y más creador; y, ajustadas bien las cuentas, si bueno es el uno, mejor es el otro. Ya le decía yo á usted que el poeta errante de su serenata estaba á dos pasos de ser ridículo, como lo son los enamorados á quienes se da con la puerta en las narices; pero que también estaba muy cerca de ser sublime, como lo son los enamorados que saben volar por las alturas celestes y reirse desde allá de la amada desagradecida y del afortunado rival, si le hubiere. Conque ánimo, cazador sin ventura; cúrese usted la herida que lleva por dentro, y recoja con amor la sangre que de ella gotee, que esa sangre es néctar poético, digno de que lo saboreen los mismos dioses del Olimpo.

—No se burle usted, amigo Cid—dijo Gandaria, exasperado ante la insistencia cruel con que

Pío Cid le ponía el dedo en la llaga.—Si fuéramos á cuentas, quizás esté usted más herido que yo; porque yo no he hecho hasta ahora nada de particular; pero usted ha creado mucho más que yo, y, según su teoría, debe haber sufrido grandes contrariedades amorosas. Y, aun ahora mismo, ¿quién sabe si por medio habrá alguna pasioncilla contrariada?..... Algo podría yo decir....., pues aunque no soy ningún gran observador, no soy ciego del todo.....

—Eso lo dice usted por tomar el desquite—interrumpió Pío Cid,—porque quizás cree usted que yo le he llamado cazador con ánimo de burlarme del grave accidente que le ocurrió en su excursión al bosque de los cuervos.

—No es esa mi idea—replicó Gandaria,— es más bien curiosidad que he sentido por saber si en efecto todos los poetas comienzan por ser amantes desdeñados.....

—Pero aunque yo fuera un verdadero poeta—replicó Pío Cid,—habría que retroceder muchos años para investigar mis comienzos.

—También se refrescan las heridas—insistió Gandaria,—y así como apostaría algo á que su juventud ha sido borrascosa, estoy por pensar que ahora mismo está usted corriendo un temporal muy duro. Usted arde más ligero que la estopa cuando le sopla el diablo del amor, y sin salir de esta casa, tiene usted aquí una colección de bellísimos diablos..... No hablo en mal sentido—añadió Gandaria corrigiéndose, temeroso de haber ido demasiado lejos.—Usted es casado, y ha de observar, naturalmente, sus deberes de jefe de familia.

Quiero decir que por esto mismo, si le gustara alguna además de la suya, tendría que.....

—En ese punto va usted descaminado—dijo Pío Cid riendo.—Mi combustibilidad amorosa es sólo espiritual, y no hay peligro de que yo, á estas alturas, me enamore. Las primitas son para mí más bien hermanas ó hijas.....

—Usted lo cree así—interrumpió Gandaria;—pero ¿y si usted mismo se equivoca? No digo yo que sea usted un amante desdeñado, ni mucho menos; al contrario, ¿quién sabe si es usted correspondido con exceso? Sólo que usted es un hombre de honor, que sabe respetar á las mujeres, y por respetarlas, quizás sufra tanto como si recibiera crueles desdenes. En fin, yo soy un torpe, un majadero, que no debía meterme en lo que no me incumbe; perdone usted mi indiscreción.

—No es indiscreción—dijo Pío Cid—hablar con franqueza, cuando yo mismo le he dado el ejemplo. Á veces una observación oportuna nos da á conocer nuestros propios sentimientos, y bien pudiera usted ponerme sobre aviso contra mí propio diciéndome qué ha notado en mí que le autorice para pensar como piensa, puesto que yo tengo ahora la primera noticia.....

—No es nada, es una tontería de mi parte.....—dijo Gandaria;—había creído notar en usted cierta sospechosa predilección por Candelita.....

—Es verdad—asintió Pío Cid;—pero.....

Se oyó un grito agudo, y al mismo tiempo un golpe como de un cuerpo que cae desplomado. Pío Cid y Gandaria se levantaron llenos de sobresalto y miraron hacia la puerta clavada que había de-

trás del sofá, y que en otro tiempo debió servir para comunicar la sala con la habitación de al lado, que era dormitorio y despacho de Pío Cid. Este pensó sin vacilación lo que había ocurrido: que Martina había estado escuchando y había oído la revelación de Gandaria, que, aunque infundada, venía á corroborar las sospechas que ella abrigaba, puesto que más de una vez se había lamentado con su marido, insinuando vagamente los celos que de su prima tenía. Pío Cid acudió prestamente á socorrer á Martina, á la que, al abrir la puerta de su cuarto, vió tendida, cuan larga era, sobre el desnudo pavimento. Gandaria, que había seguido detrás, miraba con ojos espantados; y no sabiendo qué hacer ni qué decir, se despidió atropelladamente luego que Pío Cid, cogiendo en brazos á Martina y sentándola en una silla apoyada contra la mesa de escribir, dijo con tono muy tranquilo:

—Esto no es nada. Pronto pasará.....

Después que Gandaria se marchó, Pío Cid cerró por dentro la puerta, tendió á Martina sobre la cama, le roció el rostro con agua, y se puso á pasear, esperando que pasase aquel ligero desmayo, sin necesidad de mover en la casa un levantamiento. No tardó mucho en volver en sí Martina, que, más que desvanecimiento, lo que sufría era un ataque de furor reconcentrado por el silencio que se vería obligada á guardar, no obstante los motivos de queja que tenía ó creía tener desde que Pío Cid entró en la casa; y aprovechando la oportunidad de su desmayo para desahogarse, se incorporó en el lecho y se alisó los enmarañados cabellos,

mientras pensaba el modo de iniciar el combate. Como mujer que era, y mujer muy femenina, su rencor no iba contra Pío Cid, que ella creía verdaderamente culpable, sino contra Candelita, que, aunque fuera inocente, había cometido el delito de agradar y de ser amada, el mayor que á los ojos de una mujer enamorada puede cometer otra mujer. Sin embargo, no acertó á decir nada contra su prima, y hallando más á mano á Gandaria, enristró con él y comenzó con el siguiente *ex abrupto:*

—¿Se ha ido ya ese gomoso? Bien sabe Dios que tengo atravesado al tipo ese y á toda su familia. No sé á qué vienen esas conferencias ni esos tapujos; parece que vais á descubrir un nuevo mundo..... Lo que descubra el idiota ese..... Bien podía untarse algo para echar barba, y no que parece un chivo afeitado. Venir á sacar á las personas de sus casillas para..... yo no sé para qué..... Es decir, lo sé de sobra—añadió echando los pies hacia el borde de la cama como si fuera á apearse.—Sé que hoy las mujeres no tienen vergüenza, y que en cuanto ven á un hombre no guardan respetos á nadie; de seguro que te han echado el ojo para la hermana del necio ese. La joven parece una espátula; pero hay dinero y aparato..... Te haces el distraído; no me contestas—prosiguió con calma fingida.—¿Qué me has de contestar, si llevo la razón? Tú eres el que no quiere nada y el que no pretende nada, y en cuanto has visto dos dedos de luz, allá vas ciego á encaramarte ó á que te encáramen, aunque tengas que perder hasta la dignidad..... Todos sois lo mismo, hipócritas; esto es lo que sois

los hombres..... Y querer engañarme á mí como á una criatura recién nacida..... «Voy á casa de esos amigos (imitando la voz de Pío Cid), á hablar un poco en inglés...» Así se les secara la lengua á todos los embusteros..... De fijo que ya sabrán que yo no soy tu mujer..... Esas cosas se saben en seguida, y si no lo sabían, lo habrás dicho tú..... ¿Por qué, si no, te invitan á ti, y los demás somos un cero á la izquierda? Es que un hombre es siempre un sér privilegiado que es bien recibido en todas partes, aunque sea un canalla, mientras que á las mujeres no se nos perdona la falta más mínima. Tú eres más cuco que pareces: cuco no, egoísta es lo que eres, y por eso todo lo arreglas á tu conveniencia. ¿Qué tengamos con que no quieras nada tuyo, con que lo des todo, si esto lo haces por no molestarte? ¡Eso no tiene gracia! Y además, yo quisiera verte en ciertos lugares..... Al fin y al cabo, tú no has sido nunca nada, y si llegara la ocasión de que fueras algo, veríamos..... No veríamos, hemos visto ya—exclamó con nuevo furor.—Si apenas ha hablado cuatro palabras con una medio señorita, ya le hemos tenido haciéndose cruces ó poco menos..... Y todo porque la joven se da la importancia de una aristócrata....., como si yo no fuera más noble que todos los nobles de España juntos, como consta en los papeles que algún día te meteré por los ojos para que los veas bien. ¡Venirme con flato aristocrático á mí, que á orgullo no me gana nadie cuando quiero tenerlo! Y el día que vimos á la carilacia esa, de amazona, que nos la enseñaste como si no supiéramos lo que es tener caballos..... Pues si hubieras tú visto el

potrero de mi abuela, cuando teníamos el ingenio, te asustas. En el fondo, lo que tú tienes es ignorancia por no haber salido nunca de tus cuatro paredes; así es que todo te sorprende, y aunque quieras aparentar gran conocimiento del mundo, eres un babieca. Hombre, para lo único que tienes talento es para engañar y para manejar las personas á tu gusto. No sé como te las compones, que siempre te sales con la tuya; sin embargo (con tono amenazador) tú no conoces aún á Martina de Gomara; ¿qué me has de conocer? Tú has creído que yo soy una muñeca, con la que se puede jugar.....; pero eso ha sido porque yo me he hecho la tonta, por no meter la guerra en la casa. ¡No creas que la cosa va á durar, no! ¿Para qué sirve sacrificarse? Para que todo el mundo abuse cada día más. Yo he callado hasta hoy; pero ya esto acabó, vaya si acabó. No te hagas el distraído, ni pasees más, que me mareas; atiéndeme y contéstame, que no soy ningún perro, y dime si tú crees seriamente que esto va á seguir así.

—Esto, ¿qué es?—preguntó Pío Cid sin alterarse.

—Esto es esto—pronunció Martina con violencia,—de sobra lo sabes. Yo no vivo más así. Yo no tengo necesidad de que nadie me señale con el dedo. Vamos á ver, ¿son mis primas de mejor condición que yo?.... Pues entonces, ¿por qué te parece muy bien que Paca se case y que yo sola sea la que haga el Cristo? Si eres tan enemigo del matrimonio, cuando Pablito ha hablado de casarse has debido decirle que las ceremonias no sirven más que para perder tiempo y gastar dinero; pero

no, señor, no sólo no has dicho eso, sino que yo estoy convencida de que si Pablito no se casara le pondrías en lo ancho de la calle. Aquí tú solo tienes el privilegio de divertirte con la sociedad.....

—Pablito—interrumpió Pío Cid—es un buen muchacho, pero no sabe dónde está de pies, y hay que casarle dos ó tres veces, si es posible, para que se entere de que es casado y para que sepa, viendo lo que hacen otros matrimonios, lo que él ha de hacer. ¿Qué culpa tengo yo de que la mayor parte de los hombres sean como las mercancías que van de un punto á otro, que para que lleguen á su destino hay que pegarles una etiqueta? Yo, malo ó bueno, me tengo por hombre, y no tolero que me facture nadie. Tú eres mi mujer, ya te lo he dicho, y no hay que repetirlo más. Si la sociedad se incomoda, con no hacerle caso estamos listos.

—¡Bien!—prosiguió Martina;—pero aunque yo no le dé importancia á la sociedad porque la desprecio, dime, ¿qué salgo ganando con vivir como vivo? Yo soy aquí una de tantas; ni más ni menos que mis primas. Yo he oído siempre decir que el casado casa quiere, y puesto que tú me consideras como tu mujer, quiero ser dueña de mi casa y no estar á las órdenes de nadie. Aquí las amas son la mamá y la tía, ó, mejor dicho, el ama es mi tía, porque mi madre es una mujer sin disposición. Yo no soy nadie, ni dispongo de nada; estoy aquí como estaba antes de conocerte, quizás peor; ¿crees tú, repito, que esto va á continuar?

—Sí lo creo—afirmó rotundamente Pío Cid.

—¿Lo crees?—gritó Martina, saltando al suelo como si le hubieran tocado á un resorte.

—Sí—repitió Pío Cid con sequedad.

—¡Hola, amiguito; parece que tocan donde duele!—exclamó Martina poniéndose delante de Pío Cid.—Ya sé que yo para ti soy poco, casi nada. Y no me importa, porque tú para mí eres menos que un guiñapo. ¿Quién te va á querer á ti, cuando no sabes siquiera lo que es una mujer, ni las consideraciones que deben guardársele? Me has visto tirada en el suelo y me has recogido como se recoge un vestido que se cae, y no se te ha ocurrido darme nada..... Quizás deseabas que me muriera de una vez..... No sabes tratar á una mujer delicada, no sabes. Otro hombre, conociendo el estado en que me encuentro, se hubiera enternecido....., pero tú no me quieres á mí, ni quieres á nadie, y, si por desgracia, tienes un hijo, no le querrás tampoco, porque no tienes corazón..... ¡Ah! Ya te lo decía yo la primera noche que te conocí: ¡antes me hubiera muerto mil veces! Ya te lo decía: tú tienes algo bueno, pero mucho, muchísimo malo, un alma cruel como la de una pantera..... Eres un lobo disfrazado de cordero..... ¡Qué desgracia la mía!—añadió, sentándose en una silla y echándose á llorar.

—Si yo te tratara con blandura—dijo Pío Cid—á las veinticuatro horas habrías echado de la casa hasta á tu madre, y á las cuarenta y ocho me habrías pegado á mí. Y lo de que me pegaras es lo que menos me importa.

—¡Querrás decir—gritó Martina levantándose—que yo soy aquí la mala!

—Eres más egoísta que yo—contestó Pío Cid,—porque tú no entiendes el amor sin el exclusivismo, y te interesaría más hacer ver que eres el ama de la casa que conservar el afecto de tu familia.

—Y ¿qué te importa á ti mi familia?—preguntó Martina, reanudando la catilinaria.—Tú te has casado conmigo sola, y yo quiero ser sola, como lo son todas las mujeres que se casan. Si tú tienes otras ideas, podías irte á la Morería, y allí vivir á tus anchas con cuatro ó con cuarenta mujeres; pero aquí estamos en España, y yo no tolero que me engañes.

—¿Qué te importa si no me quieres?—interrumpió Pío Cid.

—No es por amor ni por celos por lo que te lo digo—contestó Martina,—es por orgullo. Es porque me considero demasiado grande para que un tipo como tú me ponga la ceniza en la frente. ¡Por amor iba á ser!—añadió con tono compasivo.—¡Pobre infelice! Á puntapiés tendría yo, si quisiera, hombres que valen más que tú. Tú eres un Don Nadie, lleno de pretensiones; y si se te puede mirar ahora á la cara, es porque yo me he tomado la molestia de ponerte decente..... ¡Cuando pienso—rugió de repente, amenazando á Pío Cid—que algunas veces hasta te he cortado el pelo y te he arreglado la barba, para que luego fueras á presumir por ahí con otras que no son dignas ni de lavar la ropa que yo ensucio! Para eso sirvo yo, para criada tuya, como si tú fueras alguien. Así te has crecido tanto, que hasta te consideras con derecho á burlarte de mí, sin siquiera darme explicaciones cuando te hablo. ¡Si supieras el odio que me estás

metiendo en el alma, quizás no te reirías, porque ahora mismo me están dando ideas de clavarte un cuchillo en el corazón!

—¿No dices que no tengo corazón?— preguntó Pío Cid sonriendo.

—¡No le tienes, no!—gritó Martina.

—Si así fuera—continuó Pío Cid,—me daría por muy contento, porque el corazón es un estorbo en la vida. Tú tienes un gran corazón y amas con el corazón y eres una calamidad, y lo serías mucho mayor si te dieran rienda suelta. Yo debo también tener corazón á juzgar por los muchos disparates que he cometido y cometo. Y si á pesar de todos los pesares nos entendemos nosotros dos, es por el corazón, porque nuestras ideas son casi opuestas. Yo te juro solemnemente que cuando me has insultado he permanecido en silencio, no por indiferencia, sino por escuchar tus insultos, que los sabes decir con mucha gracia y expresión. Ofenderme no me ofenden, porque lo dices sin motivo. Tus celos.....

—Yo no tengo celos—interrumpió Martina;—¡qué más quisieras tú!

—Bueno; tu amor propio, ó lo que sea—prosiguió Pío Cid,—anda viendo visiones. Yo soy muy franco, y si algún día te engañara te lo diría, precisamente para que no hubiera engaño, porque á mí no me gusta engañar á nadie. Vive, pues, tranquila y no des importancia á las necedades que á cualquiera se le ocurra decir.

—No son necedades—dijo Martina en tono más tranquilo.—Yo he oído muy bien que tú has dicho: Es verdad.

—Y ¿á qué he contestado yo: Es verdad?—preguntó Pío Cid.

—Á lo que te decía ese joven, de que tú tenías relaciones con.....

—No inventes lo que no has oído—rectificó Pío Cid con tono ofendido.—Ese muchacho ha dicho que si yo tenía ó no tenía predilección por Candelita, y yo habré contestado lo que es la verdad, que se la tengo por su talento. Mirá tú, quizás quiera más á Paca; á Candelita la atiendo más porque me interesa que estudie y que adelante.

—Pero cuando los extraños lo notan.....—insistió Martina.

—Los extraños como tú, no distinguen entre el afecto puro y desinteresado y el que oculta malas intenciones. No ven más que por fuera. Tú sabes que no llevas razón, y si tus quejas fueran sólo porque yo me preocupo por el porvenir de Candelita, demostrarías ser envidiosa, y la envidia es un sentimiento que me dolería mucho ver en ti.

—Yo no tengo para qué envidiar á nadie—replicó vivamente Martina;—y si yo quisiera, podría saber tanto como ella; sólo que no he tenido nunca paciencia para estudiar. Y luego, que las mujeres lo que deben hacer es casarse y tener hijos muy bonitos; lo demás son tonterías.

—Comienzas á hablar como un oráculo—dijo Pío Cid, cogiendo una mano de Martina y estrechándosela con cariño.—Tú eres buena, aunque tu carácter es un poco violento. Si quieres darme gusto, no hablemos más de lo que hasta aquí hemos hablado. Queriendo ó sin querer, pronto voy

á emprender ese viaje; á la vuelta veremos el partido que hay que tomar.

—Nada que venga de la familia esa—dijo Martina mirando á Pío Cid con mejores ojos—me satisface á mí. No sé por qué, creo que la amistad que te demuestran es falsa; quizá el tiempo te abrirá los ojos. ¡Éramos tan felices cuando no venía nadie y tú no salías más que para ir á la oficina! Esas entradas y salidas de ahora, esos visiteos y convites, no me agradan. Si tú te guiaras por mí, puesto que tienes esos trabajos, que dices que te durarán más de dos años, debías dejar las lecciones y dejarte de política, y ni siquiera escribir para el periódico, ó por lo menos no tratarte con los periodistas, que son gente que me es poco simpática.....

—Te advierto—dijo Pío Cid—que estamos encerrados no sé cuánto tiempo. Yo no sé cómo no nos han llamado ya. Quizá porque han oído tus gritos y no han querido meterse por medio. ¿Qué vas á decir si preguntan?

—¿Yo?—preguntó á su vez Martína con cierta coquetería.

—Di.....—le contestó Pío Cid, acabando de arreglarle el cabello y pasándole la mano por la cara, en la que aun quedaban huellas del lloriqueo reciente,—di que te has incomodado conmigo porque no estás conforme con mi viaje.

—Y ¡no estoy conforme, no, señor!—chilló Martina, alzando el gallo de nuevo.

—No empecemos otra vez—dijo Pío Cid dirigiéndose á la puerta y desechando la llave, mientras Martina le preguntaba con interés:

—Oye, cuando entraste á levantarme, ¿venías solo?

—No, que vino detrás Adolfito; pero se fué en seguida, sin decir bueno ni malo.

—Y ¿cómo estaba mi vestido? ¿Se me habrá visto algo?—preguntó Martina, subiéndosele los colores á la cara.

—No se te veían más que las puntas de las zapatillas. Tienes talento hasta para desmayarte, y si te dedicaras al teatro serías una gran actriz—dijo Pío Cid saliendo de la habitación.

Martina le siguió, y ambos entraron en la sala sin que D.ª Justa y las primitas, que allí estaban, hicieran ninguna pregunta, aunque en el aire se les conocía que habían oído algo y que no se daban cuenta exacta del motivo que hubiera para la gritería de Martina. «No será cosa mayor, pensarían, cuando tan pronto ha pasado la borrasca.»

Entretanto, el atortolado Gandaria sufría una terrible congoja, la mayor quizás que había pasado en su vida. Salió de casa de Pío Cid disparado y como loco, con el corazón oprimido, que parecía que se lo apretaba una mano muy fuerte. No acertaba á pensar, aunque concentraba la atención para recuperar la conciencia de sí mismo; ni siquiera veía por dónde andaba, aunque no andaba, sino que corría sin tropezar con nada ni con nadie. Sin saber cómo se halló en Recoletos, cerca de la estatua de Colón, y allí se detuvo sin saber si debía seguir hacia su casa, que estaba en la calle de Génova, ó si volver atrás y meterse en algún sitio donde hubiera mucha gente, para aturdirse un poco. Lo primero que se le vino claramente al

pensamiento fué la última estrofa de *El cazador herido*, y lo que más le extrañaba era que aquellos versos que él había escrito sin emocionarse, ahora le daban escalofríos y aun le parecían poco fuertes para expresar el dolor amarguísimo que le traspasaba de parte á parte como un finísimo florete:

..... aunque no se ve mi herida,
traigo la muerte en el pecho.

—No es que traiga la muerte—pensaba,—es que estoy muerto ya, porque parece que me han despegado la cabeza de los hombros y que yo no soy yo, sino un autómata.

Y en aquel instante, por una inconsecuencia muy propia de un poeta, que es lo que él comenzaba á ser sinceramente, se le ocurrió dar forma á su nuevo dolor en unos tercetos que comenzó á componer á la ventura:

¡Aun resuena en mi alma el grito agudo
que ella lanzó cayendo desplomada;
y aun veo de su rostro el dolor mudo.....

Mientras recitaba estos versos sin hablar, pero con involuntarias gesticulaciones, llegaba á la calle de Génova, buscando inconscientemente un refugio donde ocultarse. Como ballena que al sentir el arpón en el cuerpo se sumerge en el mar, hasta que muerta sale flotando á la superficie, así el pobre Gandaria, herido por el arpón poético que Pío Cid tan diestramente le había clavado, iba á esconderse en su casa para arrancarse aquel sentimiento nuevo en su vida: el deseo de dar forma á un pesar tan hondo como el que sentía. No le bastaba

sufrir, tenía que exteriorizar el sufrimiento de una manera artística y muy plástica, porque así le parecía que lo tenía delante de los ojos y que no sufría tanto como teniéndolo escondido dentro del pecho. Y era tal su impaciencia, que por la calle seguía componiendo y recitando en voz baja, y que después de repetir varias veces el primer terceto, pasó al segundo:

La ví en el frío suelo desmayada,
y no pude en mis brazos darle aliento,
ni dar luz, con mi amor, á su mirada.....,

Y después de repetirlo y de una breve pausa en busca de los consonantes, que parecían sordos al llamamiento del acongojado vate, prosiguió:

De amor y de dolor fué su lamento;
pero no fué por mí, aunque yo la adoro.....

—Esto no puede ser—se interrumpió;—si yo escribiera esto, me tirarían patatas á la cabeza. ¿Qué tengo yo que ver en esta escena? Ella ama á su marido, y aunque éste la engañe, ella le seguirá amando, y hasta se matará por él antes que mirarme á mí á la cara. Mi situación es ridícula, sí, señor. Pío Cid es el hombre más listo que existe en el globo terráqueo, y cuando él me dijo que estos amores sin esperanza están á dos pasos de hacer reir, me lo dijo con sobrada razón. Y gracias que él no sabe la verdad completa.....

—Caballero—dijo un criado de librea que estaba á la puerta de la casa donde entraba Gandaria,—¿adónde va usted? La señora ha salido.....

—¡Ah!—exclamó Gandaria con un movimiento de cabeza que indicaba que se había distraído pensando en negocios graves.

Y sin decir más salió de allí murmurando:

—¿Qué tal? Que yo dijera en mis versos que salí tan loco de su casa que en lugar de meterme en la mía me metí en la de mi vecina la Duquesa de Almadura..... Las carcajadas se oirían en el séptimo cielo..... ¡Oh! ¡Malditos sentimientos, que, aunque nos estén destrozando el alma, hacen reir tan fácilmente! Yo casi me iba también á echar á reir, y sin embargo, sufro como un condenado..... Como que poco me falta para llorar.....

Á los pocos pasos llegó á la puerta de su casa y, después de fijarse bien, cruzó la entrada, ligero como una liebre fugitiva, y comenzó á subir las escaleras de tres en tres, en tercetos, como su poesía.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





OBRAS DE ANGEL GANIVET.

ESTUDIOS.

Granada la bella.—Edición privada.—Helsingfors, 1896.
Idearium español.—Granada, 1897.
La vieja Europa.—(En preparación.)

OBRAS NOVELESCAS Y DRAMÁTICAS.

La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid.—Madrid, 1897.
Los trabajos del infatigable creador Pío Cid.—Tomo I.—Madrid, 1898.
La Tragedia.—Testamento místico de Pío Cid. (Inédita.)
La casa eterna. (Comedia de costumbres andaluzas.)

COLECCIONES DE ARTÍCULOS.

Cartas finlandesas.—Granada, 1898.
Hombres del Norte.—Semblanzas críticas de literatos noruegos, dinamarqueses, suecos y finlandeses.—(En publicación.)

Se hallan puestos á la venta: *La conquista* y *Los trabajos* á 3 pesetas el tomo, y el *Idearium español* á 1,50.

Diríjanse los pedidos: En Madrid, á Victoriano Suárez, Preciados, 48, y en Granada á Viuda é hijos de P. V. Sabatel, Mesones, 52.

